

GREG BEAR

Un thriller biotecnológico sobre la búsqueda de la inmortalidad, que se convierte en la más paranoica novela de conspiraciones.

VITALES

Lectulandia

Como en LA RADIO DE DARWIN, Bear analiza una nueva idea especulativa a partir de los actuales conocimientos biotecnológicos, esta vez sobre las posibilidades reales de una mayor longevidad humana.

Hal Cousins y su gemelo Rob son biólogos a la búsqueda de una mayor duración para la vida humana. Su investigación les llevará, por separado, a descubrir que algunos entre nosotros son mucho más viejos de lo que la naturaleza nunca pretendió lograr. Misteriosamente, todo ello se emparenta con un viejo proyecto, conocido con el nombre de Seda, nacido en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial bajo los auspicios y el control de Stalin. La más paranoica de las conspiraciones está servida.

Narrada desde la óptica del investigador Hal Cousins y también la del ex agente de la CIA, Ben Bridger, las sorpresas de este Thriller biotecnológico se suceden sin respiro en la agotadora y frenética búsqueda del hombre que creó Seda y las turbias razones que la explican. Un verdadero tour de force narrativo que concede escaso respiro al lector.

Lectulandia

Greg Bear

Vitales

Un thriller biotecnológico sobre la búsqueda de la inmortalidad, que se se convierte en la más paranoica novela de conspiraciones

ePub r1.0

Watcher 09-11-2017

Titulo original: *Vitals*
Greg Bear, 2001
Traductor: Pedro Jorge Romero
Colección NOVA nº 163

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Poul Anderson, mi amigo,
que decidió no hacerlo

Presentación

A estas alturas, los lectores asiduos a NOVA no han de extrañarse si les digo que Greg Bear es uno de mis autores favoritos, uno de los más representativos e interesantes de la moderna ciencia ficción. La que hoy presentamos es la novena de sus novelas aparecidas en NOVA y me siento orgulloso de anunciar, para 2004, la décima de ellas: LOS NIÑOS DE DARWIN (2003), la esperada continuación del premio Nébula 2000, LA RADIO DE DARWIN (1999, NOVA número 143).

¿Qué hay en la obra de Greg Bear que despierte mi interés (y, espero, el de los lectores de NOVA)?

Para mi se trata de una narrativa seria y a la vez divertida, que es capaz de aunar buenas especulaciones en torno a posibles avances científicos con ideas sugerentes respecto a lo que ello puede representar, y todo servido con la necesaria e imprescindible amenidad y con las mejores técnicas narrativas. ¿Qué más se puede pedir cuando uno busca buena ciencia ficción a principios del siglo XXI?

Por ejemplo, al menos para mí, fue la aportación de Greg Bear la que más me sedujo cuando las «tres B» de la moderna ciencia ficción, Benford, Bear y Brin, se embarcaron en el complejo y arriesgado proyecto de continuar la mítica FUNDACIÓN de Isaac Asimov precisamente allí donde este la había dejado inconclusa: el nacimiento de la nueva ciencia de la psichistoria de la mano de Hari Seldon.

En su colaboración a la llamada Segunda Trilogía de la Fundación, fue Greg Bear quien, en FUNDACIÓN Y CAOS (1998, NOVA número 124), aportaba y desarrollaba una de las más sugerentes ideas de esta nueva incursión por el mundo de la Fundación. Cuando Asimov introdujo, en ROBOTS E IMPERIO (1985), la llamada Ley Cero de la Robótica («un robot no debe dañar a la humanidad o, por su inacción, dejar que la humanidad sufra daño»); en realidad cambiaba el objeto de las clásicas Tres Leyes de la Robótica del individuo (el ser humano) a la especie (la humanidad), e introducía un nuevo problema que, pese a su evidencia, solo formalizó Greg Bear en FUNDACIÓN Y CAOS.

Me explicaré.

Si el objeto de las leyes de la robótica pasa a ser «la humanidad», cabe también la posibilidad de considerar el papel que juega el libre albedrío, incluso en esa humanidad tan sobreprotegida por los robots «giskardianos» (por el primer robot telé-pata Giskard, precisamente el autor de esa Ley Cero de la Robótica). Defender la necesidad y la capacidad de la humanidad incluso para equivocarse es el papel que, en la acertada visión de Greg Bear en FUNDACIÓN Y CAOS, han de acabar haciendo los robots «calvinianos» (fieles a las tres primeras leyes de la robótica que defendiera Susan Calvin, la primera robo-psicóloga asimoviana).

Debo reconocer que esa sugerencia del enfrentamiento entre robots

«giskardianos» y «calvinianos» me pareció, y con mucho, la mejor de las muchas ideas que incorporaba Greg Bear en su aportación a la Segunda Trilogía de la Fundación: los posibles «memes» alienígenas, la posible reacción evolutiva de la especie humana ante el exagerado papel protector de robots giskardianos como Daneel R. Olivaw y, en definitiva, la posible respuesta a preguntas claves en torno a la FUNDACIÓN asimoviana: ¿por qué no hay alienígenas en el Imperio Galáctico de Asimov? ¿Cuál es el papel de robots y ordenadores en ese complejo imperio y en la Fundación que le ha de suceder?

(Si ustedes me lo permiten, y esta sería la «obligada» interrupción publicitaria a la que ya estamos tan habituados..., les anuncio que, a mediados de este mismo año 2003, NOVA publicó CRISIS PSICOHISTÓRICA de Donald Kinsbury, quien, al margen y me temo que sin el permiso de los albaceas literarios de Asimov, se atrevió a analizar cómo podría ser el universo regido por una Fundación poseedora de la ciencia psichistórica, precisamente tras la recuperación de la caída del Imperio Galáctico. Asimov centró en la búsqueda del mítico planeta Tierra las tramas de LOS LÍMITES DE LA FUNDACIÓN y de FUNDACIÓN Y TIERRA, pero Kinsbury se atreve incluso a enmendar la plana al maestro. No se lo pierdan).

Volviendo a VITALES, nadie debería sorprenderse que fuera precisamente Greg Bear quien desarrollara esas ideas en la Segunda Trilogía de la Fundación. Y aún menos los lectores de NOVA que han tenido la oportunidad de conocer las sugerentes ideas de Bear en torno a la conciencia y la nanotecnología (REINA DE LOS ÁNGELES); la nanotecnología asociada a la conquista del espacio (MARTE SE MUEVE), las consecuencias sociales de la inteligencia artificial asociada a la nanotecnología y a diversas técnicas de psicoterapia ([ALT 47]), una posible evolución lamarckiana con la herencia de los rasgos adquiridos por los progenitores (LEGADO); la clásica investigación de un extenso y misterioso mundo-universo interminable en un asteroide (EÓN Y ETERNIDAD), o, más recientemente, las complejidades del nacimiento de una nueva especie en el seno de la humanidad (LA RADIO DE DARWIN).

En los últimos años, Greg Bear, siempre atento a los temas biológicos (en su página web www.gregbear.com hay incluso un apartado dedicado precisamente a la biología), parece haberse especializado en un nuevo tipo de thriller biotecnológico. LA RADIO DE DARWIN es un buen ejemplo de ello y este VITALES que hoy presentamos se apunta también a esa línea.

Creo que la mejor definición de lo que es VITALES la dan Stephen Baxter y David Brin, dos compañeros de Bear en la difícil labor de escribir buena ciencia ficción a principios del siglo XXI.

La opinión más sintética la ofrece Stephen Baxter al decirnos que «VITALES es el futuro del thriller, y un thriller de nuestro futuro», frase que extraigo de un comentario más extenso:

Sorprendente. Me sentí arrebatado por su feroz inteligencia, por la increíble investigación y la mucha intuición, y por su terrible lógica. VITALES es la última teoría en conspiraciones. VITALES es el futuro del thriller, y un thriller de nuestro futuro. VITALES es biotecnología de la más oscura. Lea esta novela con la luz encendida, y prepárese a no dormir fácilmente.

Porque lo que sorprende en esta novela de Greg Bear es el tono oscuro y turbio que ha llevado a etiquetarla como «un thriller biotecnológico sobre la búsqueda de la inmortalidad, que se convierte en la más paranoica novela de conspiraciones».

Como en LA RADIO DE DARWIN, Bear analiza en VITALES una nueva idea especulativa a partir de los actuales conocimientos biotecnológicos, esta vez sobre las posibilidades reales de una mayor longevidad humana.

Hal Cousins y su gemelo Rob son biólogos en búsqueda de una mayor duración para la vida humana. Su investigación les llevará, por separado, a descubrir que algunos de entre nosotros son mucho más viejos de lo que la naturaleza nunca pretendió lograr. Misteriosamente, todo ello se emparenta con un viejo proyecto llamado «Seda», nacido en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial bajo los auspicios y el control de Stalin. La más paranoica de las conspiraciones está servida.

Narrada desde la óptica del investigador Hal Cousins y, también, del ex-agente de la CIA Ben Bridger las sorpresas de este thriller biotecnológico se suceden sin respiro en la agotadora y frenética búsqueda del hombre que creó «Seda» y de las turbias razones que la explican. Un verdadero tour de forcé narrativo que concede escaso respiro al lector.

E, implícitamente, junto al agitado thriller, la novela viene a sugerir una especie de moraleja que ha explicitado David Brin con gran claridad:

Ahora, cuando se proclama con creciente entusiasmo que las llaves de la inmortalidad están al alcance de la humanidad, Bear nos advierte en VITALES que un mundo extraño y aterrador puede estar esperándonos si nos atrevemos a abrir esa puerta.

La especulación de VITALES es eminentemente biotecnológica, pero también política y conspirativa. Lo que, en definitiva, viene a convertirla casi en una novela de «terror» (que no de «horror» o «espanto» según la curiosa clasificación que elaborara Orson Scott Card en MAPAS EN UN ESPEJO).

Entre muchos otros, así lo afirma una autora de bestsellers como Tess Gerritsen: «Aterradora... Greg Bear no solo hace que hagas suposiciones, también te hace pensar. Es un maestro en el arte de convertir un concepto científico en un buen thriller».

Debo decir que no suelo ser aficionado a las novelas de terror (ya hay en el mundo demasiadas cosas que me aterrizan para que, además, busque el terror entre las sensaciones que pueda proporcionarme la lectura...), pero lo cierto es que,

incluso con ese tono de conspiración paranoica de la que VITALES es una pequeña obra maestra, a mí, más que terror, esta novela de Bear me interesa por su sugerente capacidad de reflexión, precisamente en torno a la línea del problema fáustico que denuncia David Brin: la función prometeica de la tecnociencia empieza, tal vez, a crear más problemas de los que resuelve. ¿Es bueno perseguir una mayor longevidad para los individuos cuando la especie no parece necesitarla? ¿Se ajusta esto al designio de la naturaleza para con la humanidad? ¿No tenemos derecho los humanos a perseguir nuestros deseos, aunque estos ya no se ajusten a la evolución biológica natural? ¿Hasta qué punto la cultura y las presiones sociales desvían el camino evolutivo natural? Y así hasta el infinito.

Por eso me gustan las novelas de Greg Bear: me entretienen, me divierten (aunque puedan preocuparme y aterrorizarme un poquito...) y, eso es lo más importante para mí, siempre me sugieren nuevos caminos de reflexión que son, al menos en mi caso, algo que me parece fundamental en la buena ciencia ficción en un mundo tan complejo como el que nos ha tocado vivir.

*Y, para finalizar, una última observación que tal vez solo sirva a algunos viejos connaisseurs de la ciencia ficción. VITALES me ha recordado, y mucho, un inolvidable y cautivador relato largo (una cincuentena de páginas) que escribiera, hace más de cincuenta años, Fredric Broto: «Come and Go Mad» (publicado en julio de 1949 en la revista *Weird Tales*), y que en español se puede encontrar, por ejemplo, como «Ven y enloquece» en la edición que hicimos en 1988 en Ediciones B de LO MEJOR DE FREDRIC BROWN, en la vieja colección de bolsillo Libro Amigo/Ciencia Ficción (60/16). Y VITALES no desmerece, ni mucho menos, a su posible inspiradora...*

Que ustedes lo disfruten (aunque, si Gerritsen tiene razón, tal vez sufran un poquito...). No teman, vale la pena.

MIQUEL BARCELÓ

Nuestros cuerpos están compuestos de células. Las mitocondrias son las partes de nuestras células que generan las moléculas ricas en energía que usamos en cada instante de nuestras vidas.

Hace miles de millones de años, las mitocondrias fueron invasores bacterianos, parásitos de las células primitivas. Unieron fuerzas con sus anfitriones y, ahora, son imprescindibles.

Mis mitocondrias suponen una proporción muy grande de mí. No puedo hacer el cálculo, pero supongo que su masa neta es tanta como la del resto de mi cuerpo por separado. Mirándolo de este modo, podría tomármeme por una enorme colonia bacteriana móvil que opera un complejo sistema de núcleos celulares, microtúbulos y neuronas para el placer y el sustento de sus familias y que, en este momento, opera una máquina de escribir.

Lewis Thomas

Los orgánulos como organismos, 1974

Amamos al camarada Stalin más que a papá y a mamá. ¡Que viva el camarada Stalin un centenar de años! ¡No, doscientos! ¡No, trescientos!

*Canción cantada por los niños soviéticos,
principio de los años cincuenta*

PRIMERA PARTE

HAL COUSINS

28 de mayo - San Diego, California

La última vez que hablé con Rob estaba facturando mi equipaje en el aeropuerto Lindbergh para volar a Seattle y encontrarme con un ángel. Mi móvil sonó y destelló en la pantalla Némesis, el código para mi hermano. Hacía meses que no hablábamos.

—Hal, ¿te ha llamado papá? —preguntó Rob. Sonaba tenso

—No —dije. Papá había muerto hacía tres años en un hospital en Ann Arbor. Cirrosis hepática. Se había ahogado en su propia sangre debido a las venas que le reventaron en el esófago.

—Alguien llamó y sonaba como papá, te lo juro —dijo Rob.

Mamá y papá se habían divorciado y mamá vivía en Coral Gables, Florida; y mamá no había querido relacionarse con nuestro padre incluso cuando se estaba muriendo. Rob había aguantado la vigilia del moribundo en el hospicio. Antes de que pudiera saltar a bordo de un avión para unirme a ellos, papá había muerto. Dejó de soltar tacos dirigidos a nadie en particular —demencia producida por fallo hepático— y se durmió; entonces Rob dejó la habitación para tomar una taza de café. Cuando volvió, encontró a nuestro padre sentado en la cama, con la cabeza gacha, la barbilla sin rasurar y el pálido y flojo pecho empapados en sangre como un vampiro geriátrico. Papá estaba muerto incluso antes de que las enfermeras se presentaran. Sesenta y seis años de edad.

Fue una muerte triste y horrible, el final de un duro camino en el que papá se la había pegado deliberadamente contra cada bache. Mi hermano se lo había tomado muy mal.

—Estás cansado, Rob —dije. El aeropuerto, kilómetros de acero bruñido y cristal grueso de bordes verdes, ondulaba a mi alrededor como un acuario para peces.

—Es verdad —replicó—. ¿Tú no?

Había estado en Hong Kong justo la noche anterior. No había dormido en cuarenta y ocho horas. Nunca puedo dormir en un avión que vuela sobre el agua. Una neblina de nombres y reuniones ridículas y un dolor de estómago gracias a la comida de las líneas aéreas francesas era todo lo que tenía como recuerdo de mi viaje. Me sentía como un perro de exhibición que llega a casa sin medalla.

—No —mentí—. Estoy bien.

Rob siguió murmurando durante un rato. El trabajo no iba bien. Tenía problemas con su esposa, Lissa, una belleza rubia de piernas largas que pertenecía a una zona normalmente fuera de nuestro poder de atracción. Sonaba tan cansado como yo, e incluso más confuso. Pensé que se estaba mostrando reservado acerca de lo mal que

estaban las cosas realmente. Después de todo, yo era su hermano menor. Por dos minutos.

—Ya basta de mí —dijo—. ¿Cómo va la búsqueda?

—Va —dije.

—Quiero que lo sepas. —Silencio.

—¿Qué?

—Odio los misterios.

—Protégete la espalda.

—¿Qué significa eso? Deja de joder.

La risa de Rob sonó forzada.

—Aguanta, príncipe Hal.

Siempre me llamaba así cuando quería jugármela.

—Ja —dije.

—Si llama papá —dijo—, dile que le quiero.

Colgó. Me quedé de pie en una esquina del alto y soleado vestíbulo con el cristal verde y el acero blanco cegador a mi alrededor; entonces maldije y marqué el número del móvil —sin éxito— y todos sus otros números.

Lissa respondió en Los Ángeles. Me contó que Rob estaba en San José, no tenía ningún número local suyo, ¿por qué? Le conté que me pareció cansado y ella dijo que había estado viajando un montón. No habían hablado mucho últimamente. Respondí con generalidades en respuesta a su desconcierto y colgué.

Algunos creen que los gemelos siempre están cerca el uno del otro y que siempre saben lo que el otro está pensando. No es verdad, no es verdad para nada en el caso de Rob y yo. Nos peleábamos como gatos monteses desde que teníamos tres años. Creíamos que éramos gemelos solo por accidente y que estábamos en esta larga carrera cada uno por su cuenta, una pelea justa desde el principio pero sin demasiada confraternización durante el camino.

Incluso así, habíamos elegido cada uno por su cuenta la misma carrera, cada uno por su cuenta se había interesado en los mismos aspectos de biología y medicina, y cada uno por su cuenta se había casado con mujeres de gran belleza que no podíamos mantener a nuestro lado. Puede que no me gustara mi gemelo, pero tan seguro como el infierno que lo quería.

Algo iba mal. Así que ¿por qué no cancelaba mi vuelo y hacía algún intento para encontrarlo y preguntarle qué podía hacer yo? Me ofrecí excusas a mí mismo. Rob intentaba volverme majareta. Príncipe Hal, no me digas.

Volé a Seattle.

18 de junio - Fosa de Juan de Fuca

Caímos en una larga y lenta espiral, envueltos por un pequeño vacío tan brillante y negro como una burbuja de obsidiana, a través de dos mil quinientos metros de noche eterna. Tenía un montón de tiempo para pensar.

Mirando a mi derecha, por encima del hombro, me concentré en la cabeza del piloto doblada bajo el resplandor de una única lámpara. Dave Press se frotó la nariz y se retiró a las sombras. Era mi tercera inmersión en este viaje, pero la primera con Dave como piloto. Viajábamos solos, solos los dos, sin observador o respaldo. Nuestro sumergible de profundidad, El Triunfo de María, descendía a una velocidad de quince metros por minuto, novecientos metros por hora.

Dave se inclinó hacia delante de nuevo, silbando sin melodía.

Entorné los ojos hasta conseguir dos ranuras borrosas e imaginé que la cabeza de Dave era lo único que existía. Solo una cabeza, mis ojos, trescientos metros de océano por encima y más de kilómetro y medio por debajo. Durante unos segundos, me sentí como el negro Pip, expulsado por la borda de uno de los botes balleneros de Ahab, chapoteando durante horas sobre las olas que le caen encima. Pip cambió. Dejó de ser un vivaz grumetillo para pasar a ser una cosita solemne y profética, apenas de este mundo, debido a las largas horas de natación rodeado de gaviotas y el sol. ¿Qué era eso comparado con donde estábamos, encapsulados en una burbuja de plástico y tirados en el mayor tintero del mundo? Lo de Pip eran unas alegres y soleadas vacaciones.

Ciento ochenta minutos para descender hasta la fosa, doscientos para volver, entre trescientos y cuatrocientos minutos en el fondo, si todo iba bien. Un viaje de doce horas hasta el Infierno y vuelta, o al Edén, dependiendo de tu punto de vista.

Tenía la esperanza de que fuera el Edén. Yo, el príncipe Hal Cousins, científico, egotista supremo, creyente principal en el mundo material, con miedo a la oscuridad y no precisamente en buenos términos con Dios, iba a hacerle una visita a las ecologías más primitivas, buscando la fuente de la juventud. Peregrinaba de vuelta a donde el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal nos había enseñado cómo morir. Planeaba reclamar esa fruta y realizar algunas pruebas de laboratorio.

Esta blasfemia me parecía un intercambio justo por tantos millones de generaciones de atractivos, inteligentes y curiosos seres que se hacen viejos, arrugados y enferman. Convirtiéndose en vegetales feos y seniles.

Convirtiéndose en el fertilizante de Dios.

Dos kilómetros bajo la superficie del océano, los humanos somos huéspedes

inesperados en un antiguo y turbio sueño. Allá abajo, anidando entre las grietas de la piel en expansión de la tierra, islas de calor y emanaciones venenosas surgían de abismos ígneos, con congregaciones de algodonosas alfombras blancas bacterianas.

Esos son los mejores lugares, creen algunos científicos, para buscar el Edén, el Lugar del Comienzo.

La visión se alejó. Dormité durante unos pocos minutos y desperté con un sobresalto, golpeándome la cabeza contra el respaldo del asiento de malla metálica. No estaba hecho para los sumergibles. Dave puso el dedo sobre la palanca de control.

—La mayor parte de la gente está demasiado nerviosa para dormir aquí abajo — dijo—. El tiempo pasa muy rápido.

—Reacción nerviosa —dije—. No me gustan los lugares estrechos.

Dave sonrió, y entonces devolvió su atención a las pantallas.

—Normalmente vemos un montón de cosas ahí fuera; bonitas linternas mágicas de las profundidades. Hoy parece desierto. Qué lástima.

Elevé la vista hacia los brillantes números azules del cronómetro de inmersión. ¿Una hora? ¿Dos?

Solo treinta minutos.

Todo sentido del tiempo había desaparecido. Todavía estábamos en las primeras etapas de la inmersión. Me senté erguido en el asiento y estiré los brazos con los codos doblados. Mi traje térmico plateado crujió.

Me gustaba Dave. Me gusta casi toda de la gente, al principio. Dave estaba en la segunda mitad de los treinta, tenía la reputación de un cristiano devoto, era bajo y rollizo, con un pelo rubio fibroso, grandes e inteligentes ojos verdes, labios gruesos y de sonrisa rápida e indiferente. Parecía un tipo preparado y responsable, bueno con las máquinas. Había pilotado antiguamente DSVs — vehículos de inmersión profunda— para el Santuario Marino Nacional del Golfo de Farallones, parte de la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica, ANOA. Hacía solo un mes había firmado con el Mensajero del Mar para pilotar el submarino particular de investigación de Owen Montoya, su carísimo y elegante juguete, El Triunfo de María.

Hacía frío fuera de la esfera de presión de plástico: dos grados por encima del punto de congelación. El frío había reptado al interior y los trajes apenas nos mantenían cómodos. Evité restregar la mano contra las dos vigas de titanio que recorrían la esfera desde la popa. Estaban cubiertas de condensación.

Dave gruñó expresivamente y se agitó en el asiento, sin avergonzarse, solo incómodo.

Mi nariz estalló.

—Adelante, déjalo salir todo —sugirió Dave—. Desaparecerá.

—Estoy bien.

—Bien, tendrías que ponerte a la par conmigo. Arroz y macarrones la noche pasada, con montones de pimienta.

—No como nada excepto pescado la noche antes de una inmersión. No me da gases. —Sonaba a listillo y digno de un boy scout, pero de hecho me sentía bien. Hay que estar preparado.

—Estoy intentando perder peso —confesó Dave—. Dieta rica en hidratos de carbono.

—Ah.

—¿Algo más de luz? —preguntó Dave. Trasteó con un par de interruptores y otras tres lámparas proyectaron puntos blancos sobre los controles del submarino. Desvió el resplandor concentrado lejos de dos pequeñas pantallas de color turquesa, abarrotadas de gráficas y números que se desplazaban. Informes continuamente actualizados de las células de combustible y las baterías, el ordenador de a bordo, balizas de navegación y los impulsores de proa y popa. Cuando estuviéramos a la profundidad adecuada, una tercera pantalla superior, más grande, ahora mismo en blanco, nos permitiría alternar entre el vídeo de las cámaras digitales y las imágenes del escáner lateral.

Todo lo que podíamos oír desde el exterior, a través de la esfera y el casco, era el pin de nuestro sonar activo.

Todo en orden, pero aun así me sentía aprensivo. Se corría poco riesgo a bordo del DSV, me había dicho Jason, el controlador y director de inmersión, antes de mi primer descenso. Solo guíate por la rutina y tu entrenamiento.

No tenía miedo del dolor o la incomodidad, pero anticipaba una escala tal de vida que pondría todo riesgo en una nueva perspectiva. Toda nueva y arriesgada aventura podría prematuramente truncar un período vital no simplemente nonagenario, sino de un millar, diez millares, de un centenar de millares de años...

Hasta aquí era solo un escozor, una actitud que sabía que necesitaba un reajuste. Todavía no había alcanzado el nivel de fobia.

A los veintinueve años, trabajé duro para evitar lo que Rob una vez describió como el síndrome de Pobrecito de Mí. Siempre pude confiar en Rob para que me ofreciese la iluminación. En verdad, una parte de mí le habría dado la bienvenida a unas pequeñas vacaciones. El vacío podría ser un placer comparado con la perplejidad egocéntrica y ansiosa de mi existencia reciente: divorciado, gurú de teléfono móvil para tertulias radiofónicas, semicelebridad, científico pedigüeño, mendicante, soñador, idiota. Príncipe Hal, mi capa, mi montura para siempre jamás.

Asusta.

—Pareces filosófico —dijo Dave.

—Me siento inútil —dije.

—Yo también, a veces. Este bebé prácticamente se conduce solo —dijo Dave—. Puedes ayudarme a realizar un chequeo de rutina dentro de diez minutos. Entonces enviaremos nuestro informe a Madre.

—Vale. —Lo que fuese.

Rodé y ajusté el asiento para yacer sobre mi estómago, al estilo Cousteau, más

cerca de la fría superficie de la burbuja. Mi aliento empañó el plástico suave, un punto de niebla en la oscuridad surrealista. Para experimentar, saqué mi cámara digital Nikon, con la cubierta de la lente envuelta en cinta aislante para evitar arañar la superficie de la esfera. Miré la pantalla de la cámara, jugueteé con la exposición, experimenté con la resolución y el tamaño de archivo.

—También ayudan los que se sientan y esperan —dijo Dave ajustando la orientación del submarino. Los motores gimieron a estribor—. A veces jugamos al ajedrez.

—Odio el ajedrez —confesé—. El tiempo es valioso y debería servir para tareas constructivas.

Dave sonrió.

—Nadia me lo advirtió.

Nadia Evans, la piloto de submarino número uno a bordo del Mensajero del Mar, estaba enferma en su camastro de la superficie. Un rico y cremoso pudín caducado había hecho muy infelices a ocho de nuestros tripulantes. Nadia había planeado llevarme con ella en esta inmersión, pero un sumergible de profundidad que carece de retrete no es lugar para una cagadera.

Mejor que nos mantuviésemos concentrados en nuestro destino y lo que podríamos ver. Descendíamos hacia Planeta Extremo. Oscuridad eterna e increíble presión.

Todavía a kilómetro y medio por debajo, a intervalos irregulares a lo largo de la red de fosas en expansión, enormes géiseres vomitaban hirvientes penachos de agua supercalentada, sulfuros tóxicos y bacterias de la corteza profunda. Los minerales del flujo se agregaban para erigir tubos en torno a los géiseres. Algunos tubos se erguían tan altos como chimeneas industriales y les crecían anchos abanicos horizontales como hongos en un árbol. El flujo sobrante siseaba a través de poros y grietas por todos lados. El magma fluía viscoso de las grietas más profundas como pasta de dientes negra y granulosa, chasqueando como reptiles en combate. Cerca, más abajo, a través del hidrófono, se podía oír las fumarolas siseando y rugiendo. Wags había bautizado una gigantesca fumarola como «Godzilla».

Música gargantuesca de la Tierra.

Allá abajo, el agua está saturada con el equivalente químico de las profundidades de la luz del sol. La sopa de sulfuro de hidrógeno alimenta bacterias especializadas, que a su vez forman la base de una cadena alimenticia aislada. Gusanos tubícolas coronan viejos flujos de lava y se reúnen alrededor de las fumarolas en bosques sociales, como flacos penes de punta rojiza. Pequeños cangrejos aristocráticos se escurren lentamente entre los tallos ondulantes como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Peces alargados y lentos de cola de rata —buitres de las profundidades con grandes ojos llenos de curiosidad— se paran como interrogantes, esperando a que la muerte les suelte su pequeña ración para la cena.

Me estremecí. Los pilotos de DSVs creen que el frío te mantiene alerta. Dave

tosió y tomó un trago de una botella de agua, devolviéndola a su sostén. Nadia había sido mucho más entretenida: ingeniosa, bella y ansiosa por explicar todo acerca de su bebé de inmersión.

La pequeña esfera, de tan solo dos metros de ancho, se llenó con sonidos reconfortantes: el pin de una señal direccional cada pocos segundos, pitidos graves desde las balizas soltadas meses antes, otro pin del sonar, a ritmo constante, los suspiros y gemidos de las bombas y el clic de los solenoides.

Rodé sobre mi trasero y transformé de nuevo el asiento en vertical. Entonces me doblé para quitarme las zapatillas, unos gruesos botines tejidos, en realidad, con suelas de goma. Miré por entre mis rodillas hacia el reflejo del aire atrapado en la estructura del submarino en la parte baja de la esfera. La burbuja plateada era muchas veces más grande hacía solo cuarenta minutos.

Seiscientos metros. La presión exterior era ahora de sesenta atmósferas, setenta kilos por centímetro cuadrado. Nadia lo había descrito como Un Tío Realmente Grande saltando sobre tu cabeza. Dentro, a una atmósfera, no podíamos sentirlo. La esfera distribuía la presión equitativamente. Sin ceder, sin temblores, sin borrachera de las profundidades. Casi como viajar por una autopista. Ni siquiera tendríamos que pasar un tiempo en la cámara isobárica cuando volviéramos.

El submarino llevaba una carga de barras de acero, lastre para soltarlo cuando quisiéramos cambiar a una flotación casi estable. Dave encendería el altímetro a unos treinta metros sobre el fondo del mar y dejaría caer los lingotes como pequeñas bombas. Algunas veces el DSV retenía unas cuantas, manteniéndose un poco pesado, y apuntaba sus impulsores hacia abajo para levitar como un helicóptero. Un poco más ligero y podría «flotar», apuntando los impulsores hacia arriba para evitar levantar el cieno.

Una hora de inmersión. Novecientos metros. La esfera se volvía más fría y el tiempo se aceleraba considerablemente.

—¿Cuándo conociste a Owen Montoya? —preguntó Dave.

—Hace unas semanas —dije. Montoya era un tema de conversación fascinante alrededor del refrigerador de agua: el elusivo tío rico que daba empleo a todos a bordo del Mensajero del Mar.

—Debe de aprobar lo que haces —dijo Dave.

—¿Y eso?

—El doctor Mauritz solía tener la prioridad más alta para venir en estas inmersiones. —Stanley Mauritz era el principal oceanógrafo y director de investigación, en préstamo al barco por parte de la Institución Scripps a cambio del apoyo de Montoya a la investigación de doctorandos—. Pero has tenido tres seguidas.

—Sí —dije. Los investigadores a bordo del Mensajero del Mar peleaban entre sí por el equipo y los recursos igual que los científicos de cualquier otro lado.

—Nadia trata de mantener la paz —añadió Dave después de una pausa.

—Lamento perturbar el equilibrio.

Dave se encogió de hombros.

—Me mantengo al margen. Hagamos nuestro chequeo.

Usamos los monitores de color turquesa individuales para examinar diferentes sistemas a bordo, centrándonos primero en el aire. El Triunfo de María mantenía una atmósfera enriquecida con oxígeno a casi la presión del nivel del mar.

Dave levantó el micro y le dio al interruptor.

—María a Mensajero. Estamos a mil metros. Chequeo de sistemas OK.

La voz grave de Jason, nuestro director de inmersión y controlador, llegó unos segundos después.

—Te leo, María.

—¿Cómo va lo de Nadia y Max? —preguntó Dave con tono socarrón. Max era el agregado científico del barco. Los rumores sobre su romance habían circulado durante semanas—. ¿Algo sabroso que comentar?

La pregunta parecía fuera de tono.

—Nada por el momento —creí oír—. Posiblemente, Nadia pase la mayor parte del tiempo perdida dentro de su propia cabeza.

—¿Qué tiene Max que yo no tenga? —preguntó Dave, y me guiñó el ojo.

Max tenía veintisiete años, era seguro de sí mismo sin ser arrogante, guapo, pero inteligente y de trato agradable. Su especialidad eran los Vestimentíferas, gusanos tubícolas. Dave no podía competir con Max, y yo tampoco, si nos ponemos a ello.

—Basta de mujeres —sugerí—. Estoy superando un divorcio.

—Pobrecito —dijo Dave—. Nada de ajedrez, nada de mujeres. Eso solo deja la filosofía. Explica a Kant o a Hegel, elige uno.

Solté una risilla.

—Tenemos un montón de tiempo —dijo Dave, y frunció el entrecejo como un niño pequeño desconcertado—. O bien leemos o bien jugamos al ajedrez o bien nos conocemos mejor el uno al otro. —Trasteó con la almohadilla táctil en el brazo del asiento y una vez más invocó la lectura de atmósfera—. Maldición, ¿está cambiando la presión? No debería. Mis tripas me están dando la lata.

Me estremecí.

Ciento veinte metros.

—Me he encontrado con Owen solo una vez —dijo Dave—. Todo el que trabaja para él lo llama Owen, u Owen Montoya, nunca don Montoya y jamás «señor». Su gente confía en mí para que su caro juguete no sufra ningún contratiempo, pero cuando me estrechó la mano, no sabía quién era yo. Le deben de presentar un montón de gente.

Asentí. Montoya parecía disfrutar de su intimidad. Mejor no divulgar demasiado a la mano de obra contratada. Sin embargo, sentí un pequeño pinchazo de orgullo por haber pasado tantas horas con ese hombre rico y poderoso, y que me hubiese dicho que éramos simpáticos.

Había conocido a todo tipo de gente, rica y superrica, en mi búsqueda de financiación. Montoya había sido el mejor de un lote variado, y el único que era directamente dueño de un buque oceanográfico y un DSV.

Caía bastante mejor que Song Wu, el sexagenario chino dueño de night clubs que había insistido en que probara su alargador de juventud favorito: extracto de vejiga de serpiente diluido en vino de arroz. Había sido toda una experiencia, sentado en su sala de estar, a doscientos metros sobre Hong Kong, observando cómo el señor Song exprimía un aceitoso líquido verde de una vesícula en un vaso mientras yo trataba de mantener una conversación con su amante tailandesa de dieciséis años. El señor Song rehusó darme un solo penique de agujero cuadrado hasta que no le hubiese dado un buen meneo a la bilis de serpiente.

Mientras tanto, un arrugado experto en feng shui ataviado con un traje gris de seda había dado vueltas alrededor de todo el enorme apartamento, haciendo girar un disco dorado de cartón barato sobre los azulejos de mármol del suelo, balbuceando acerca de equilibrar las fuerzas del pasado y el futuro.

—¿Conoces a Owen personalmente? —preguntó Dave.

—No demasiado bien.

El Triunfo de María se niveló y nos alertó con un pequeño campaneó. Los termómetros del submarino habían detectado un aumento de temperatura. El mapa marino saltó en el monitor entre los dos y una pequeña x roja apareció marcando el lugar donde habíamos encontrado aguas más cálidas. Acabábamos de cruzarnos con un megapenacho, un vasto champiñón de flujo rico en minerales elevándose desde un campo de fumarolas.

—Ese puede ser el nuevo, el Campo 37 —elucubré. Miré el mapa impreso del terreno pegado entre nosotros, punteado con los campos de fumarolas conocidos en verde, y seis fumarolas rojas rugiendo a lo lejos a lo largo de una erupción reciente.

—Puede —dijo Dave—. También podría ser el Campo 35. Estamos a cuatro kilómetros al este de ambos, y la dirección de la corriente cambia en esta época del año.

El agua marina del mundo —toda el agua marina del mundo— se procesa a través de fumarolas volcánicas submarinas cada pocos millones de años. El océano se filtra a través de la capa sedimentaria y las rocas porosas. Contactando con magma en ocasiones solo a unos pocos kilómetros bajo la corteza. Los géiseres abisales escupen de vuelta el agua supercalentada a temperatura de vapor hirviente; bastante por encima de los trescientos cincuenta grados centígrados. Pero a presiones que exceden las doscientas cincuenta atmósferas, el agua permanece líquida y se eleva como humo de una chimenea, enfriándose y extendiéndose, suficientemente cálida y densa como para ser detectada a esta altura sobre el campo: un megapenacho.

—Nadia me ha dicho que estás buscando una nueva clase de xenos —dijo Dave—. Patatas feúchas.

—Patatas interesantes —dije.

Casi todas las inmersiones en estas áreas encontraban xenos: xenophyophora, los vagabundos unicelulares del fondo marino, algunos tan grandes como puños cerrados. Los xenos están emparentados lejanamente con las amebas y se parecen a esponjas de baño espumosas. Usan arena como lastre, pegan sus excreciones como estabilizadores y cubren sus mucosos exteriores con desechos mientras ruedan por el fondo del océano. Sus cuerpos llenos de circunvalaciones y tubos esconden a muchos pasajeros: isópodos, bacterias, moluscos predadores. Verdaderos monstruos, pero maravillosos e inofensivos.

—¿Qué resulta tan interesante de los xenos? —preguntó Dave.

—Tengo una instantánea tomada por algunos estudiantes de posdoctorado hace dos meses. Encontraron lo que llamaron «campos de margaritas marinos» al norte de las nuevas fumarolas, pero no tenían una buena localización de la zona porque una de las balizas había dejado de emitir. Examiné un espécimen congelado hace dos meses en la Universidad de Washington, pero estaba chafado, las membranas reventadas. Otro espécimen en formalina era solo una masa gris.

Dave había recibido un resumen de la misión. No le había contado nada que no supiera de antemano.

—Qué asco —dijo—. Bien, ¿qué tiene eso que ver con Owen?

—Exacto. —Sonreí.

Dave enarcó las cejas.

—Me ocuparé de mis propios asuntos y pilotaré —dijo y se restregó el dedo bajo la nariz—. Pero tengo un máster en bioquímica marina. Quizá pueda aportar asistencia técnica cuando llegue la ocasión.

—Eso espero —dije.

—¿Owen está interesado en la inmortalidad? Eso es lo que he oído.

—No lo sé. —Cerré los ojos y fingí dormirme. Dave no me molestó cuando hizo el chequeo a mil quinientos metros. No creo que le gustara mi actitud más de lo que me gustó a mí la suya.

Owen Montoya pretendía quedarse sin pareja cuando llegara el momento de sacar a bailar a la Segadora. Eso es lo que nos había llevado a conocernos.

Pon en marcha la Máquina de Retroceso, Sherman.

3

Tres semanas antes, un esbelto helicóptero azul, brillante como un insecto, me llevó sobre Puget Sound hasta Anson Island. Eran las seis en punto de una tarde de primavera en el noroeste y el tiempo se mostraba gloriosamente encantador. Me sentía más vivo de lo que me había sentido en un año, desde que me divorcié de Julia.

Cuando vuelo, normalmente soy un pasajero nervioso, especialmente en helicópteros, pero el joven piloto de mandíbula cuadrada, con sus ojos envueltos en gafas de sol azul metálico, era tranquilizadamente diestro y yo estaba demasiado ocupado disfrutando de las vistas.

«Llevaba puesto mi traje azul pólvora —dice Philip Marlowe en *El sueño eterno*— con camisa azul oscuro, corbata y pañuelo a juego, zapatos negros, calcetines de lana negros con relojes azul oscuro. Estaba arreglado, limpio, afeitado y sobrio, y me importaba un bledo quién lo supiera... me sentía como si valiera cuatro millones de dólares».

Yo llevaba puesta una chaqueta deportiva negra de algodón, camisa blanca arrugada de algodón con corbata negra, calcetines altos negros, zapatos negros brillantes —eso al menos era igual— e iba a pedir cuarenta mil millones de dólares. Owen Montoya podía haber comprado y vendido a los Sternwood un centenar de veces, incluso teniendo en cuenta la inflación.

Llevaba puesto lo mismo cuando visité a otros ángeles, mecenas financieros lo suficientemente visionarios, o lo suficientemente chalados —a veces tenía problemas en diferenciarlos— como para gastarse pequeñas fortunas en un Ponce de León microbiológico. No lo había hecho demasiado mal; mis periplos me habían financiando durante los últimos cinco años.

No era un fraude. Si los ángeles eran listos, intuían que yo casi tenía el producto final. Si eran estúpidos —como el señor Song— invertían en acciones de vesícula de serpiente.

Estaba muy cerca. Solo un poco de calderilla y un montón de trabajo duro, y podría saltar el muro que rodea el Edén y encontrar el tesoro definitivo: fuerza y vigor durante un millar o diez millares de años, puede que más, dejando aparte accidentes y perturbaciones de alcance geológico.

Era un pensamiento sorprendente y nunca dejaba de provocarme un escalofrío.

El helicóptero hizo un suave viraje al norte, y volamos sobre Blakely Point en Bainbridge Island. Al este de nuestra línea de vuelo, a medio camino entre Bainbridge y Seattle, un crucero de vacaciones yacía como una dama rolliza y serena sobre las suaves ondas del océano azul, su proa entrometiéndose en un banco de niebla dorada. Los pasajeros se reunían en la cubierta de observación acristalada debajo del puente elevado, nadaban en las tres destellantes piscinas plateadas o giraban en un baile al aire libre sobre la cubierta. La clase de vacaciones que a Julia le encantaba. Al final, había empezado a irse de vacaciones sin mí.

Julia había terminado por considerar mi charla tan interesante como un curso sobre toxicología. Había disimulado su aburrimiento durante unos pocos años, encantada de estar casada con un joven de camino a la plaza fija en Stanford, un tío que publicaba regularmente pequeñas comunicaciones en *Nature* y artículos más largos en *The Journal of Age Research*. Pero la diferencia entre nuestras mentes, nuestras educaciones, terminó por abatirla. Se quejaba de que no podía...

Basta de esa mierda. No voy a pasarme la eternidad así, llorando por el pasado.

Dos ferries blancos y verdes surcaban las aguas con más propósito y energía, sus estelas cruzadas por veleros, catamaranes y yates. Navegantes ricos y poderosos por todos lados, pero ¿cuántos han oído hablar de mí? ¿Cuántos se tomarían la molestia de escuchar mis ideas? No muchos. Eran como ovejas corriendo al matadero, sacudiendo alegremente sus cabezas lanudas, bee, bee.

Rechiné los dientes y traté de disfrutar del ocaso haciéndole al mundo lo que hacía el rey Midas.

Treinta minutos después de dejar Seattle atrás, el helicóptero descendió unos centenares de metros para describir un círculo sobre una isla de tamaño medio, punteada con grandes mansiones de estructura antigua. Rodeamos una punta escasamente boscosa para levitar sobre una cala profunda y ancha. Me esforcé en descubrir el misterio de un objeto flotante anclado a pocos metros de la orilla de arena y cascajos. No era un amarradero...

El resplandor dorado de su cubierta disminuyó mientras lo sobrevolábamos para definirse como un círculo de aterrizaje. Era un helipuerto, muy alto sobre el agua, montado sobre inmensos pontones.

—Mide treinta metros por cada lado —me contó el piloto, sonriendo con orgullo impersonal—. Está equipado con tanques de repuesto, una estación meteorológica automática y un taller de reparación. Impresionante, ¿no? La comunidad de la isla le negó a Owen el permiso para un campo de aterrizaje en su propiedad —entrecerró los ojos ante tales actitudes poco progresistas—, así que Owen construyó en su lugar uno flotante.

Cerré los puños, pero el piloto, expertamente y sin apenas una sacudida, llevó la pequeña libélula hasta justo el centro del círculo de aterrizaje. Saludó con la mano a un asistente y paró el motor. Las aspas deceleraron con un trino descontento mientras dos hombres con monos grises aseguraban los raíles a la cubierta.

El piloto abrió la puerta del pasajero y señaló hacia el borde de la plataforma.

—Hay un ascensor y escaleras por allí. Esperaré. —Y sonrió como si yo fuera el hombre más importante del mundo. Después de su jefe, por supuesto.

Mientras caminaba hacia las escaleras, una brisa me erizó el vello de los brazos a través de las mangas. Sobre mi hombro, vi al personal de la plataforma, cubriendo el vehículo para protegerlo de la sal.

Cruzando el puente hasta la playa, tuve mi primera impresión clara de la casa. La mansión de Montoya encaraba la cala con una pared acristalada de diez metros de

alto. Seis arañas de luces Dale Chihuly colgaban detrás de los cristales tintados, distribuidas equitativamente a lo largo del vestíbulo como fuegos artificiales congelados en azul y púrpura.

No había visto la casa mientras se acercaba el helicóptero, y ahora entendí el porqué: el tejado estaba cubierto con parches de vegetación baja. Indistinguible del resto de la isla azotada por el viento.

Betty Shun, la asistente personal de Montoya, cruzó la playa cuando llegaba al final del puente. De mi edad, un par de veranos más o menos, medía metro setenta y cinco. Tenía una cara impertinente y sensual, pero no demasiado hermosa, coronada por un champiñón de pelo negro espeso. Su cuerpo estaba en su cenit y lo sabía, una camisa ajustada revelaba muchos atractivos, esculpidos durante muchas horas de entrenamiento y, a juzgar por la estructura adiposa de su cara, determinación a la hora de hacer dieta. La evalué como un compañero de viaje, dispuesta a agarrar la vida, sacudirla y hacerle unas cuantas preguntas difíciles.

—¿El doctor Henry Cousins, supongo? —preguntó Shun con una adorable entonación.

—Hal —corregí.

—Hal. Bienvenido a Anson Island.

La pared de cristal y la mansión que se escondía detrás delataban una elegancia con gusto que se preocupaba poco por las demostraciones de cara a la galería. Montoya no era ningún Trump o un mafioso de Las Vegas. Solo desde la cala podías saber que un hombre rico y poderoso pasaba parte de su tiempo aquí.

—La pasada semana Owen tuvo como invitado a Gus Beck—me contó Shun mientras llegábamos al paseo de la playa—. Y a Philip Castler la semana anterior. No le gustó lo que tenían que decir.

—¿De verdad? Me sorprende.

Shun sonrió.

—Hay demasiados listillos en el negocio —dijo—. Sea amable. —Podía intuir su inteligencia, competitiva y feroz, como una ola de calor. Me entretuve con un ocioso pensamiento masculino sobre conquista, y luego lo apagué. Algo en esa cara, ese cuerpo, me decía que Shun, pese a todos sus encantos, tenía demasiado carácter como para quedarse con ningún hombre demasiado tiempo. Por lo menos, ningún hombre que valga menos de mil millones de dólares.

—Gus no dejaba de hablar sobre transferirnos —dijo—. A cerebros de silicio, ¿sabe? Nunca me ha convencido demasiado la idea, ¿y a usted?

—No demasiado —concedí.

—Philip se mostró brillante, pero demasiado impreciso. Y no paraba de pedir dinero. Es grosero e innecesario. Si los visionarios de Owen tienen los pies firmemente plantados en la tierra, el dinero no es un problema.

Eso era algo que había aprendido hacía tiempo cuando me dirigía, con el

sombrero en la mano, a visitar a los Sternwood del mundo.

—Owen y Philip tuvieron una pequeña discusión, lamento decirlo. El señor Castler volvió a casa con la cara roja y las manos vacías. —Sonrió alegremente, como si estuviera comparando p untuaciones.

Montoya había hecho su dinero a partir de clips para papel, o su equivalente en la era cibernética: unidades de memoria TeraSpin para aplicaciones domésticas, más rápidas, baratas y compactas que cualquier otra. Hacía diez años valía un millón de dólares en acciones —algunos miles en metálico— y vivía en una vieja casa cutre en Wallingford, al oeste de la Universidad de Washington. Ahora era uno de los hombres más ricos en un territorio que en cualquier mapa financiero estaba a unos pocos grados al norte del sultanado de Brunei.

Nunca había conocido a un ángel tan rico, y me preguntaba cómo sería Montoya en persona. La última foto que había visto tenía al menos cinco años de antigüedad. Es tan fácil confundir a los ricos y poderosos con dioses. Ambos pueden encumbrarte o destruirte según les plazca en el momento. La principal diferencia es que a los dioses de hoy en día les gusta que los llamen por su nombre de pila.

Shun levantó el brazo y me enderezó el cuello de la camisa cuando las altas puertas de cristal se hicieron a los lados. Un olor a anís y creme de menthe llenó el aire húmedo de la tarde.

—Ya casi estamos. —Dave me sacudió por el hombro y señaló con la mano el medidor de profundidad; entonces activó el sonar de fondo. Estábamos a unas decenas de metros sobre el fondo marino. Sobre la pantalla, una imagen sónica del terreno ondulaba con fantasmales ondas azules. La pantalla mostraba una fila de líneas paralelas entre dos paredes de roca. Las líneas se parecían vagamente a un costillar.

—¿Es eso una ballena muerta? —pregunté, torciéndome a la derecha para tocar la pantalla LCD.

—Lo dudo —dijo Dave—. Estamos pasando justo por encima. Echemos un vistazo.

—Las ballenas muertas son guais —dije—. Son como gasolineras en el desierto. Los propágulos se mueven de cadáver en cadáver en el fondo. Algunos llegan a las fu-marolas y se establecen definitivamente.

—Esa es una teoría —concedió Dave—. Pero no creo que sea una ballena.

Empujó una palanca graduada y el DSV tembló mientras soltábamos la mayor parte de nuestro lastre de acero.

—Lo intentaremos con cinco kilos por debajo de neutra. «Revolotea como una mariposa, pica como una abeja». —Introdujo aire comprimido en los tanques de lastre hasta que alcanzamos flotación neutra. Entonces apuntó los impulsores hacia abajo y deceleró nuestro descenso.

Levitamos a unos quince metros, con el sonar pitando insistentemente. Desactivó los impulsores para evitar levantar una nube de lógamo.

—Enciende la hilera de luces inferior —sugirió.

Le di al interruptor, que encendió una hilera de luces instaladas directamente en la parte inferior de la esfera de presión.

—Voy a mover algo de lastre hacia delante. —Dave inclinó el morro treinta grados, dándonos un amplio grado de visión del fondo, y nos propulsó hacia delante en modo de «vuelo» controlado, mucho más preciso que la caída libre con lastre. La estructura del DSV estaba equipada con un pequeño sistema de rieles de pesos de acero que podían ser desplazados a proa o popa, babor o estribor, para ajustar la inclinación. Esto le permitía al submarino ahorrar el uso de los impulsores y conservar energía. Cuanta más energía tuviéramos en reserva, más tiempo podríamos permanecer en el fondo.

Dave metió la mano en la caja del guante de datos, una jaula de plástico que contenía un guante negro forrado de cables. Con la mano izquierda tocó la pantalla de instrumentos y pasó el control de las luces al guante. Flexionó, movió y dobló los dedos expertamente. Las luces horadaron a través de una fina nube de desechos y crearon brillantes óvalos blancos sobre un pequeño pesquero de madera.

No era una ballena, después de todo.

—Es el Castle Rock II —dijo con una risilla seca—. Un viejo pecio. —La cabina del pesquero se erguía recta, intacta después de su largo descenso a través de la noche, pero las ventanas bostezaban a la oscuridad como cuencas oculares vacías. La cubierta y el casco aplastados y astillados mostraban las costillas de madera del barco—. Creí reconocerlo, pero han pasado un par de años. El Campo 37 debe de estar a un centenar de metros al norte, si seguimos este cañón poco profundo. Hace un poco de corriente hoy, pero parece que está de nuestro lado.

Recorrí con la mirada el casco quebrado, perdido en una oscuridad perpetua y fría y me pregunté cómo sería el tiempo allá arriba. ¿Nos recuperarían sin problemas? En el último viaje, nos habíamos pasado tres horas en el océano espumoso y agitado, con nuestras balizas destellando, antes de ser izados a bordo del Mensajero del Mar.

A nuestro alrededor, el fondo oceánico estaba cubierto con rotos mantos de lava como las piezas perdidas del rompecabezas de un gigante. Las paredes del cañón, de no más de quince metros en ambos lados, no eran visibles en el agua turbia. El sonar lateral nos reveló que estábamos rodeados de lo que parecían columnas de un antiguo templo. Una vez, un lago de magma se había estancado en el cañón y se había encostrado. Grietas en la corteza habían permitido que el agua se filtrara y solidificara las columnas. La lava bajo la corteza había sido drenada entonces. Cuando el basalto fundido se retiró, el mar había roto la corteza. Solo las columnas permanecieron.

Dave empujó El Triunfo de María hacia atrás con unos pocos chorros de los impulsores. Podía distinguir el nombre del pesquero, tal como Dave lo recordaba, pintado sobre un arco roto en la quilla aplastada.

—Vayamos al este —dijo Dave—. Y subamos un poco. El pesquero arrastró consigo unos cuantos sedales cuando se hundió.

Nos encontramos en la Sala Grande de la mansión, como la describió Betty Shun, casi dieciocho metros de largo y nueve de ancho. Era la habitación que olía a anís y creme de menthe. Tragaluces escondidos entre el bosque superior filtraban la última luz del día tiñéndola de verde y dejándola caer sobre un ancho escritorio de caoba cubierto por periódicos, revistas y un pequeño portátil. Sillones forrados de acolchado tejido amarillo reclamaban nuestra atención como el regazo de generosas huríes. El mobiliario flotaba sobre una alfombra malva de suavidad aterciopelada acentuada por lunas blancas y viejos soles amarillos.

Betty Shun nos presentó y le dio a Montoya una resma de papel que había impreso unos minutos antes. Entonces se fue, meneando el dedo y diciendo, con una sonrisa:

—Portaos bien, chicos.

Montoya me tendió la mano. Se la estreché y la juzgué, lo que siempre es injusto y completamente natural: piel húmeda, presión ligera. Un saludo educado. Era bien parecido de una manera áspera, con una nariz corta y levantada y penetrantes ojos negros. Sus mejillas habían quedado marcadas por el acné en la adolescencia y una fina perilla le adornaba la barbilla. La sonrisa era espontánea pero tímida. Las ropas le quedaban sueltas pero le sentaban bien, y sus sandalias eran viejas amigas, desgastadas y confortables. Montoya no habría impresionado a nadie que se encontrara con él en una esquina de la calle.

Me invitó a que me sentara junto a él frente a una ornada y larga barra de latón y madera de arce.

—Bienvenido a la Fortaleza de la Soledad —dijo—. Soy el mayordomo. En realidad Betty es Supergirl. Café a esta hora, vino con la cena a las ocho, Madeira a los postres, y charla hasta altas horas de la noche si se queda levantado. —Fue detrás de la barra—. ¿A qué se anima?

—Un capuchino. Por favor.

Montoya había vendido TeraSpin tres años antes y pasaba la mayor parte del tiempo en las juntas de caridad. Había concedido dinero para investigación y financiado becas en más de sesenta universidades del mundo.

Se situó frente a la cafetera del bar y tarareó el tema de El imperio contraataca mientras la válvula rugía y escupía. Que uno de los hombres más ricos del mundo me estuviera hirviendo la leche era intrigante. Pensé que había un toque de tedio en sus ojos, pero es muy fácil pasarse analizando a los ricos. Quizá miraba de esa manera porque le habían decepcionado muy a menudo.

—¿Le ha hablado Betty acerca de Gus y Phil? —preguntó Montoya mientras vertía espuma y leche caliente desde el pequeño pichel de acero.

—Sí —dije.

Estar cerca de Gus Beck me ponía nervioso. Era quisquilloso y demasiado

brillante. Nunca se sabía cuándo podría estallar en un ataque de probidad crítica sobre temas técnicos. Phil Castler era exactamente el opuesto: elegancia del viejo continente, feroz en el debate, pero por lo demás, contenido y modesto.

Montoya roció con cacao la espuma, me pasó el capuchino y salió de detrás de la barra con otra taza llena de simple café negro. Se sentó en el taburete a mi lado.

—¿Y?

Sonreí.

—Transferirse al ciberespacio, vivir en un ordenador o dentro de un cerebro robótico, inmortalizado en hardware, en silicio...

—¿Le hace reír la idea? —preguntó Montoya, sorbiendo café.

—No, solo que no creo que ocurra a tiempo para usted y para mí.

—Cuénteme por qué —pidió Montoya remilgadamente.

—El demonio actúa en los pequeños detalles. La mente es el cuerpo. Gus está todavía junto a Descartes si cree que se pueden separar.

—Explíquese.

—Descargar los patrones del cerebro no es suficiente. Todo lo que sabes y piensas está almacenado en las neuronas, pero la consciencia está en las células del cuerpo entero. La mente es en realidad un complejo de cerebros, con contribuciones importantes de los sistemas nervioso e inmunológico. La carne es inteligente, toda la carne, y toda ella contribuye a la personalidad, en un nivel u otro. Llévate el cuerpo y te conviertes en casi-cerveza: destilada pero sin espíritu.

Montoya se rio y miró a otro lado, restregándose una mano contra el pecho.

—¿Por qué no capturar el estado de cada célula, cada neurona en una computadora? Una máquina de resonancia magnética podría hacer algo parecido, ¿no?

—Cada una de nuestras células es como una gigantesca fábrica con miles de máquinas y operarios. Lo que hacen las células, las decisiones que toman, cómo viven, contribuye a cómo piensas y cómo te comportas. No seríamos capaces de capturar tanto nivel de detalle en una memoria artificial en el período que nos queda de vida. Y aunque pudiéramos, un solo ser humano probablemente ocuparía toda la capacidad de proceso de todos los ordenadores de la Tierra.

Montoya asintió.

—¿Y la idea de Castler, enviar nanomáquinas y limpiar un organismo envejecido? Preguntas fáciles hasta ahora.

—Resulta una buena teoría, pero ¿cuántos años tiene, Owen?

—Cuarenta y cinco —dijo.

—Tendrá noventa antes de que la nanotecnología sea viable y segura. Cincuenta años pasan volando.

Estaba subestimando ligeramente en mi beneficio las posibilidades de éxito de Phil, que ocurriera en treinta años no era del todo imposible.

—¿Me está diciendo eso para que le financie a usted?

—Creo que Gus y Phil son brillantes. Le animo a que los financie a ambos. Pero sus ideas son a largo plazo.

—Odiar que les diga eso —dijo Montoya. Me miró directamente—. ¿Por qué son sus teorías más convincentes?

—No le voy a convertir en un carámbano y esperar que dentro de cien años alguien sepa cómo repararle. No voy a pelarlo neurona a neurona y entonces transferirlo a un banco de memoria que ni siquiera ha diseñado nadie todavía. Puedo empezar a incrementar su esperanza de vida en los próximos años con intervención mínima. Si usted y yo queremos permanecer jóvenes y saludables durante más tiempo —dije para rematar—, nuestra única esperanza es el mantenimiento médico, mantener nuestros cuerpos vigorosos. Específicamente, ajuste cromosómico mitocondrial.

—Beck se volvió rojo cuando le dije que iba a encontrarme con usted —dijo Montoya—. Dijo que era usted insufriblemente arrogante. Que estaba reciclando teorías que habían sido descartadas en 1920. Pensé en pedirle a Betty que le trajera una escupidera.

—Hay un montón de pasiones sueltas —dije. Gus y Phil eran mis rivales, pero merecían un cierto grado de respeto, incluso por parte de un hombre tan rico como Montoya.

—Estoy de acuerdo, están lejos del camino a seguir —dijo Montoya—. Nunca verán la Tierra Prometida. He leído sus trabajos. Me gustan. Cuénteme más.

6

—Eso es nuevo —dijo Dave, haciendo girar el DSV e iluminando con nuestros reflectores superiores un racimo de gusanos tubícolas. Más allá de los gusanos, las luces del submarino tremolaron a través de nubes blancas como tiza vieja: un manantial rico en bacterias, pequeño pero productivo.

»Veamos. —Aproximó cautelosamente el submarino unos cuantos metros. Bajé mi guante de datos, sintiendo cómo la caja de restricción entraba con un clic en su lugar, maniobraba un brazo mecánico abarrotado de sensores y soltaba una sonda en el flujo del manantial.

»Méteselo, mete ese anticuado termómetro rectal directamente en los cimientos de la Tierra — dijo Dave con otra mirada maliciosa de reojo. No era gracioso—. Ochenta y seis grados centígrados — dijo.

—Felicidades.

—Solo soy el piloto —dijo formalmente—. Tú eres el investigador. A ti te caerá el mérito.

Montoya escuchó mi conferencia durante dos horas. Hicimos una pausa para tomar una cena rápida; pastel de cangrejo y vegetales rebozados, acompañados de un excelente pinot gris de Oregón. Nos estudiamos mutuamente, y ninguno de los dos quería revelar demasiado. Con la mirada un poco vidriada, ordenó una pausa a las diez de la noche. Betty Shun apareció para darme un tour por la mansión mientras Montoya hacía algunas llamadas.

La pared de cristal era la fachada del ala este. El ala oeste terminaba en un amarradero de botes construido sobre la roca natural de otra cala. Fácilmente duplicaba lo que al principio parecía simplemente enorme. El plano horizontal de la Fortaleza de la Soledad de Montoya cubría un total de diez mil metros cuadrados —dos acres y un tercio—, coronado por el bosquecillo doblado por el viento, las rejillas de ventilación camufladas como troncos cortados de árboles y los condensadores como piedras cubiertas de musgo.

—No intente hacer este tour solo, doctor Cousins —me advirtió Shun en la cancha interior de tenis con suelo de tierra batida—. Sin una vara de admisión, se quedaría encerrado en la primera habitación en la que entrara. —Me mostró una pequeña barra de plástico—. Seguridad tendría que rescatarlo. —Se miró el reloj de pulsera—. Owen no necesita una vara. La casa lo reconoce. Sus pasos, su voz...

—¿Su ADN?

Sonrió y le dio golpecitos al reloj con el dedo.

—Owen ya debe de estar listo. Estamos exactamente a treinta y seis metros de él, a vuelo de láser. —Me dirigió una mirada que contenía tanta información como una enciclopedia de veinte tomos, pero era incapaz de abrir ninguno y mucho menos de leerlos—. ¿Por qué le soltaron de su último trabajo de investigación?

—¿En Stanford?

Asintió.

—Se acabó el dinero en mi departamento. Yo era subalterno.

—¿No hubo algún tipo de discusión?

—Unos pocos en la facultad no estaban de acuerdo con mi trabajo. Pero mis artículos todavía se publican, señorita Shun. Todavía soy un científico con reputación.

—Owen es aficionado a las teorías estafalarias, e incluso más aficionado a retorcerle los bigotes a los académicos. Pero me disgusta verlo decepcionado, doctor Cousins.

—Hal.

Sacudió la cabeza educadamente; que sea una charla de negocios.

—Owen necesita algo con lo que pueda comprometerse. Algo sólido.

Betty Shun me dejó con Montoya en el porche más grande del ala oeste, con vistas al embarcadero. Eran las once y media. Intercambiamos gentilezas durante un

rato y escuchamos el romper de las olas, con mantas sobre las piernas, sorbiendo cerveza de barril de los vasos y las cabezas calentadas por radiadores. ¿Me gustaba el béisbol? Montoya era dueño de un equipo de béisbol en Minneapolis. Le di toda la conversación que pude sobre béisbol, habiendo leído aquella tarde el USA Today en el Hotel W.

Montoya volvió a sacar el tema principal.

—No dice usted mucho acerca de la ingestión calórica reducida —dijo—. Según la mayor parte de los expertos es la única técnica anti envejecimiento que se ha probado que funciona.

—Solo es la punta del iceberg —dije.

—No ha hundido su arpón todavía, Hal. Necesito saber más... mucho más. — Sonrió cansadamente. Ahora o nunca.

Depositó el vaso en el centro de la mesa y me inclinó hacia delante.

—El problema real es que respiramos. Oxidamos. Acumulamos venenos con el paso del tiempo debido a la manera en que quemamos combustible. Somos parte de una vasta conspiración biológica de miles de millones de años de antigüedad, y tenemos que liberarnos de las cadenas y tomar el control.

—Ha experimentado con usted mismo, ¿no es cierto? —preguntó Montoya.

—Preferiría mantener algunas cosas dentro de la confidencialidad hasta que rubriquemos nuestra relación.

—Ha experimentado —dijo, sin admitir que le contradijesen—. Se ha inyectado a sí mismo cápsulas víricas para injertar genes modificados, pero nadie sabe qué genes, al menos nadie que yo tenga en nómina.

—He llevado una o dos cosas más allá de la etapa teórica —admití.

Montoya elevó la mirada hasta encontrarse con la mía.

—¿Y?

—Obviamente, no la jodí demasiado. Todavía estoy aquí. Pero es solo el principio —dije—. Hasta que no sepa por qué la obsolescencia individual se hizo predominante hace unos pocos miles de millones de años, voy a envejecer y morir como todo el mundo. Y usted también.

Todavía estaba siendo vago, y lo sabía. Me chorreaba el sudor por las axilas.

—Hasta ahora hemos estado bailando alrededor del centro. Ha sido un gran baile, pero necesito algo más. He firmado su acuerdo de confidencialidad y no divulgación, Hal. —Montoya sonrió, añadiendo el encanto patentado que le había llevado tan lejos en el mundo de los negocios—. Déme una pista de lo que hay detrás de la puerta número uno. Le valdrá unos cuantos días en mi buque. Gratis. Pondré eso por escrito también, si lo desea.

—No será necesario —dije, tragando saliva.

—Soy todo oídos. Y tengo toda la noche.

—No nos llevará tanto tiempo —dije mientras mentalmente ordenaba mis notas. Posiblemente este iba a ser el discurso más importante de mi vida—. Empecé por

alterar unos pocos genes de la E. Coli, una bacteria intestinal común. —Me di golpecitos en el estómago—. Luego modifiqué algunos de mis propios genes...

—Terapia génica radical —musitó Montoya.

—Algunos lo llaman así —dije—. Pero son solo pasos vacilantes para resolver un antiquísimo caso de asesinato. ¿Quién nos diseñó para morir y por qué? Resulta que estamos siendo traicionados por los orgánulos celulares, pequeños órganos, llamados mitocondrias. Las mitocondrias producen ATP. El ATP es la molécula que nuestras células usan para almacenar y liberar energía. Una vez, hace tiempo, las mitocondrias fueron bacterias. Lo sabemos gracias a que tienen sus propias cadenas de ADN, como cromosomas bacterianos.

Me observó con atención.

—Respiración... parece bastante importante. Respirar usando oxígeno, ¿correcto? Asentí.

—Entonces ¿por qué dejamos que las viejas bacterias lo hagan por nosotros?

—Las mitocondrias solían vivir libres, hace unos miles de millones de años. Entonces inventaron los primitivos anfitriones celulares, se convirtieron en parásitos. Con el tiempo, los anfitriones, nuestros antepasados unicelulares, averiguaron que los invasores tenían un talento. Eran ocho veces más eficientes en convertir azúcares en ATP. Formamos una relación simbiótica. Las mitocondrias se volvieron esenciales. Ahora, no podríamos vivir sin ellas.

—¿Y las mitocondrias nos dicen cuándo envejecer y morir?

—Son muy influyentes.

Se pellizcó y tiró del lóbulo de la oreja.

—Explíquese.

—Las mitocondrias resultan ser espías. Quintacolumnistas. Examinan nuestros niveles de estrés, salud mental y física, y le pasan la información a pequeñas bacterias que se esconden en nuestros tejidos.

—¿Tenemos gérmenes en nuestros tejidos? —preguntó Montoya frunciendo el entrecejo—. ¿No los elimina el sistema inmunológico?

—Algunas bacterias se entierran profundamente y se esconden durante años. Disparan enfermedades como la arteriosclerosis, atascando las arterias.

—¿Y qué ocurre si me paso la vida relajándome? Sin estrés.

—Todo lo que hacemos causa diferentes tipos de estrés —dije—. No se puede permanecer saludable sin un cierto estrés. Pero si fracasamos en nuestro trabajo, si somos desafortunados en el amor, si enfermamos, si nos sentimos furiosos o tristes, nuestro cuerpo se llena de hormonas de estrés. Virus y bacterias desafían al sistema inmunológico, y este tiene más probabilidades de fallar... Incluso si no falla, con el tiempo, por alguna razón, no nos recuperamos tan rápidamente. Acumulamos errores genéticos en nuestras células. Nos deterioramos. Nos debilitamos. La red mitocondrial lee esas señales e informa a las bacterias enterradas profundamente en

los tejidos, y la conspiración en pleno chismorrea con los bichos en nuestras tripas. Los bichos, a su vez, le dicen a las mitocondrias que trabajen menos eficientemente. Esa es la razón última del envejecimiento. Juntos actúan como juez, jurado y en última instancia como verdugo.

—Eso es demasiado como para tragárselo de una sola vez —dijo Montoya—. Soy escéptico respecto a eso de las bacterias comunicándose y cooperando. ¿No crecen y se alimentan aleatoriamente?

—¿Qué tipo de cepillo de dientes usa? —pregunté.

Montoya sacudió la cabeza, desconcertado.

—¿Importa?

—Usted dígamelo.

—Un Sonodyne. Tengo una gran inversión en la compañía.

—Usa cerdas que vibran a alta frecuencia, ¿cierto?

—Sí.

—Hay más de quinientos tipos diferentes de bacterias en nuestra boca —dije—. No todas causan caries. Algunas repelen o destruyen a sus primas infecciosas. Una boca sana se parece más al Amazonas que a un anuncio de Listerine.

Montoya exhaló en la palma de su mano y olisqueó el resultado.

—¿Me huele el aliento? —preguntó sonriendo.

Le devolví la sonrisa.

—En absoluto. Pero algunas de ellas se unen unas con otras y se adhieren como cemento a sus dientes. Después de un tiempo, construyen capas de arquitectura bacteriana sobre el esmalte. Los dentistas lo llaman «placas». Es una comunidad de bacterias de muchas clases diferentes en cooperación: una biopelícula. El Sonodyne hace vibrar la biopelícula hasta que se fractura: rompe la argamasa que las bacterias usan para agarrarse a los dientes. En esencia, lo que hace es demoler sus casas y sacudirlas de tal manera que ni siquiera pueden hablar.

—Mira, mamá, sin caries.

—Otras comunidades bacterianas colonizan la piel, las membranas mucosas, y, por supuesto, los intestinos, donde realizan servicios digestivos imprescindibles. —Me daba cuenta de que estaba a punto de propasarme con respecto a lo que mi ángel podría aguantar oír—. Hay tantas bacterias en los intestinos que incluso las personas que se están muriendo de hambre excretan heces, compuestas en su mayor parte de bacterias.

—Guau —dijo Montoya—. Chismorreo en la gran ciudad de los gérmenes. Pero ¿si somos tan importantes para ellas, por qué nos destruyen?

—Un rebaño de antílopes se libra de los viejos y los cansados para dejar paso a los jóvenes y saludables. Los leones podan los rebaños como si fueran rosales. Los leones son depredadores, pero al final son socios con grandes inversiones en la salud del rebaño. Las bacterias son más que socios mayoritarios: son los depredadores con más éxito de todos. Somos sus rebaños. Envejecer y morir es una forma de mantener

al rebaño fresco y sano.

—Entonces ¿cómo causan las bacterias el envejecimiento? —preguntó Montoya, inclinándose hacia delante y moviendo su lengua entre los labios.

—Las bacterias en el intestino producen cantidades de una pequeña proteína que llamo hades. — Ahora sudaba de verdad—. Nuestros tejidos abren receptores especiales, codificados en genes que creo provienen de lo que una vez fueron cromosomas mitocondriales. Hades se infiltra. Le da cuerda a un reloj molecular días o semanas después de que hayamos nacido. Con cada tic del reloj, las bacterias incrementan la cantidad de hades que importan a nuestros tejidos. Hades altera la forma en que las mitocondrias trabajan: las atasca, las obliga a convertir ATP con una eficiencia menor. Acumulamos los oxidantes y radicales libres resultantes, subproductos de la respiración que dañan nuestro ADN. Nuestras células no pueden reparar el daño. Empezamos a perder la resistencia de la juventud. Nos hacemos viejos.

Montoya levantó su mano y se frotó unas pocas manchas de color hígado de poco tamaño en el dorso.

—Manchas de edad —dijo—. Y no soy tan viejo. Así que ¿cuál es el beneficio para las bacterias?

—Hay un montón de oro aguardándolas al final. Llegado el tiempo, nos volvemos tan débiles, tan repletos de errores genéticos, que la enfermedad o el cáncer nos elimina. Entonces, las bacterias celebran una orgía. Se pegan un banquete como vasallos que se comieran a un rey muerto.

—Cristo —dijo Montoya apretando el puño.

—Ese es el artículo que publicaré en unos pocos meses, comunicación entre E. Coli y mitocondrias en células intestinales humanas. Estoy dejando lo de hades de lado por ahora.

—Podríamos simplemente matar a todas nuestras bacterias. Eliminarlas con radiación o algo. Vivir en entornos estériles.

—Lo intentaron en los años veinte, y no funcionó —dijo—. El hecho es que estamos diseñados para morir. El reloj molecular también actúa como mecanismo de seguridad. Sin bacterias, seguimos envejeciendo, pero más rápido. Una cierta cantidad de hades puede servir a un doble propósito; si somos activos y productivos, puede que incluso ponga a cero el contador del reloj. Puede que ayude a reparar daños genéticos. Sin hades, viejos virus en nuestro ADN empiezan a saltar y a desafiar a nuestro sistema inmunológico. Nos volvemos más propensos al cáncer o a enfermedades autoinmunes.

—Como una bomba de relojería —dijo Montoya—. Horroroso. Supongo que ha encontrado una manera de desactivarla.

—Estoy cerca. La solución no es simple, pero involucra entrenar bacterias para que bombeen la cantidad justa de hades en el momento adecuado; ni demasiado ni poco. Y tenemos que interferir en el chismorreo de nuestras mitocondrias. Estoy

bastante seguro de que puedo engañar a nuestros socios bacterianos para que le den marcha atrás al reloj. Viviremos más, quizá mucho, mucho más.

Montoya flexionó los dedos y se los llevó a los labios con algo parecido a la satisfacción.

—¿Por qué ir contra las leyes de la naturaleza? —preguntó suavemente, clavándome una mirada límpida—. ¿Por qué vivir más tiempo del que los «jueces» quieren?

—Ahora somos chicos crecidos. Descubrimos el fuego. Los antibióticos. ¿Nos dieron las bacterias permiso para ir a la Luna? Estamos listos para hacernos cargo y ser responsables de nuestro destino. Que se fastidien las viejas tradiciones.

Montoya sonrió.

—Nunca he tratado de pensar como un germen.

—Yo lo hago continuamente —dije—. Es revelador.

Montoya hizo una mueca.

—Una visión completamente nueva de la existencia humana —dijo—. Me hace sentir mareado.

—No tan nueva. —Cogí la mochila y saqué una lista de los investigadores cuyo trabajo me había ayudado—. Va a haber un montón de premios Nobel para esta gente en la próxima década. —Me estaba arriesgando, pero no podía trabajar para un hombre que estuviera siempre tras el rastro de alguien más famoso. Montoya tenía que creer que realmente yo tenía el producto.

—¿Qué pasa con su Nobel?

Me encogí de hombros.

—No es importante —dije—. Estoy en esto para el largo viaje. —Algunas veces me susurraba esa frase a mí mismo para dormirme por las noches. El Largo Viaje. El Viaje Realmente Largo.

Un mayordomo —rubio nórdico y de unos sesenta años— trajo una bandeja con vasos y una botella de Madeira Malmsey de 1863. Sirvió, y Montoya me pasó un vaso de cristal.

—Los premios Nobel no serán ni la mitad del resultado —murmuró Montoya. Entrecerró sus ojos como si fuera a quedarse dormido e inclinó su cabeza hacia atrás. Allí estaba. Mi ángel estaba a punto de sacar su espada llameante—. Tiene usted una poderosa visión. ¿Cómo puedo ayudarle a continuar su trabajo?

Saqué las fotos tomadas por la tripulación del Alvin el mes anterior. Montoya las examinó y les dio la vuelta para mirar mis anotaciones.

—Hay algunos lugares en las profundidades que me gustaría visitar —dije—, y algunos problemas que me gustaría solucionar. Me gustaría hacerlo en secreto... Hasta que averigüe si soy un idiota de campeonato o realmente estoy al borde de una revolución.

—¿Qué obtendré yo de esto?

—Nada exclusivo para usted —dije—. Mi trabajo es para todo el mundo. Sin

patentes, sin exclusivas de marketing. Soy bastante cabezón al respecto. Pero puede, solo puede, que tenga la oportunidad de vivir unos centenares de años más. O un millar. O diez millares.

Montoya levantó el dedo y pareció moverlo al compás de una música inaudible. Sus ojos se volvieron soñadores.

—La eternidad quiere decir para siempre sin tiempo. Como estar inmóvil por siempre jamás. ¿Lo sabía?

Sacudí la cabeza. La filosofía siempre había sido mi punto débil. ¿Para qué discutir sobre la palabra impresa cuando hay miles de proteínas y enzimas, los verbos y sustantivos de la biología real, que memorizar y comprender?

—¿Sabe lo que quiero hacer, Hal? —preguntó Montoya. Miró hacia fuera sobre el escudo de plexiglás al final del porche y levantó su vino de Madeira dorado hacia las rompientes olas—. Quiero construir una nave estelar enorme. Quiero viajar a otros sistemas solares, poner el pie en mundos nuevos y celebrar con mis amigos mi cumpleaños un millón. Quiero mojar mis dedos en las aguas de costas desconocidas y ayudar a encantadoras jovencitas entusiastas a convertirse en madres.

Montoya terminó su bebida de un solo trago.

—Tengo todo el dinero que necesito, Hal. Lo que no poseo es tiempo suficiente.

A la mañana siguiente tenía una promesa de Montoya por valor de tres millones de dólares.

El Triunfo de María se las había arreglado para cruzar por entre tres enormes chimeneas. Fuera, el sulfuro de hidrógeno se había incrementado desde un rastroapestoso hasta niveles tóxicos para los humanos. Allí donde las temperaturas dignas de una caldera de vapor no escaldaban, la vida florecía. Gusanos tubícolas reunidos en extraños ramilletes entre las chimeneas. Cangrejos blancos se arrastraban como hormigas en la hierba. Ninguna ciudad alienígena podría ser tan fantástica y tan extrañamente maravillosa.

Durante un segundo, divisé algo gris y serpentino justo detrás de un muro de gusanos tubícolas. Traté de atraer la atención de Dave, pero cuando se volvió a mirar se había esfumado. ¿Una corriente? ¿Un agregado de bacterias en forma de cinta soltadas de su sitio al haber sido escaldadas por un geiser?

—Tenemos unas dos horas —me recordó Dave—. Esas chimeneas deben de tener veinticuatro metros de alto.

—Aquí abajo podría ocurrir en tan solo unos meses.

—Sigue siendo condenadamente maravilloso. Uno de los campos más grandes que hemos encontrado. —Dave sacudió la cabeza—. Pero no estás interesado en los gusanos tubícolas.

—Ahora mismo no.

Los gusanos tubícolas nacen vacíos, entonces chupan bacterias a sus tripas vacías y confían en ellas para que procesen sulfuros y les provean de nutrientes. Viven entre dos y dos siglos y medio, tres a lo sumo. Impresionante, pero son los gérmenes los que dan las órdenes.

Quería pruebas de los tiempos anteriores, cuando los anfitriones todavía plantaban cara firmemente y las bacterias mostraban claramente sus verdaderas intenciones.

—Bajo el penacho —le recordé a Dave—. Vamos a un centenar de metros al este. Las paredes parece que se abren y hay menos fumarolas.

—Allí están —dijo Dave comparando la imagen de nuestro sonar delantero con el mapa cartográfico hecho hacía varios meses... un mapa, por cierto, que no señalaba el Campo 37.

Volvió a comprobar nuestra posición, triangulando entre los pulsos de la nave nodriza y las balizas en el suelo oceánico; entonces empujó la palanca de control hacia delante. Dos, tres, cuatro nudos; un planeo suave sobre el bosque, sobre los gusanos tubícolas y rodeando los géiseres rugientes en erupción.

Pasamos lo suficientemente cerca para echarle un vistazo a un reborde que sobresalía casi dos metros de una chimenea. La parte inferior del reborde estaba pintada con ondulantes charcos plateados. Agua super calentada rica en minerales que rechazaba mezclarse con el fluido local más frío, y que se congregaba bajo la superficie rugosa del reborde y reflejaba nuestras luces.

—Me ponen nervioso esas cositas —dijo Dave—. Casi se me cae una encima cuando trabajaba para la ANOA. Solo la rocé con un brazo manipulador y ¡bam!

—No es común, ¿verdad? —pregunté.

—No mucho —admitió Dave—. Pero una vez es suficiente. Bueno, me cago en... digo, mecachis.

Eso no sonaba como Dave el de fiar, el cristiano, el preparado piloto de DSVs de la ANOA. Le eché una mirada preocupada, pero estaba demasiado ocupado para darse cuenta.

Encontramos nuestro camino entre las largas y serpenteantes paredes del cañón, impulsándonos a medio nudo. Las fumarolas quedaban ahora detrás de nosotros, pero lanudos grumos de bacterias caían a nuestro alrededor, destellando a las luces. Bacterias coaguladas formaban conglomerados, alfombraban el fondo marino o eran arrastradas por el megapenacho, y entonces podrían ser transportadas durante kilómetros, y precipitarse como nieve falsa del árbol de Navidad de unos grandes almacenes.

—Parece prometedor —dijo Dave. Le tembló el brazo. El minisubmarino se escoró y Dave corrigió la posición—. Mierda.

—Concéntrate —dije. La vista exterior se estaba volviendo interesante. Un légamo fino y viscoso cubría el fondo del cañón. Ideal.

Una cinta larga y segmentada como una gruesa hoja de hierba flotó delante de nuestras luces.

—Allí. —Señalé. Dave invirtió los impulsores para reducir nuestro avance, y la cinta nos saludó con un temblor frenético y gelatinoso. Entonces, antes de que pudiera activar el guante de datos en mi lado y extender el brazo manipulador, el organismo se fragmentó en pedacitos de gelatina giratorios.

Observé cómo los pedazos se perdían en la profundidad.

—Lo siento —dijo Dave.

Estaba furioso. Y sin razón. ¿Cómo podíamos decelerar si no? ¿De qué otro modo podíamos maniobrar para atrapar esa interesante anomalía del fondo marino?

—¿Algún tipo de cnidario?

—No lo creo. Subamos un poco y descendamos con los impulsores hacia arriba.

—De acuerdo.

—Solo concéntrate, por favor. Movié los labios en silencio. Aparté los ojos de su cara y observé la superficie iluminada entre ambos y luego regresé a su cara.

Nos elevamos seis metros y flotamos a lo largo del estrecho cañón. Las paredes descendieron. Dejamos atrás una columna de lava, solitaria y rugosa. Todo estaba cubierto de légamo y conglomerados de bacterias. No había movimiento, excepto por la caída de la nieve bacteriana; inmóviles y vacíos, perdidos en una quietud milenaria.

Me tembló la mano dentro del guante. El manipulador respondió con un empujón rechinante hacia delante.

—Con cuidado —dijo Dave.

Me moría de ganas de decirle que te den, pero tenía razón. Despacio se llega lejos. Concentración.

Dave rompió el silencio con un largo y profundo pedo.

—Dios, lo siento —murmuró.

Su peste llenó la esfera. Era denso y verde, como una jungla, pero gaseoso, como un cadáver hinchado. A decir verdad, nunca había oído un pedo como ese y tuve que contener las arcadas.

—No me siento muy bien —dijo Dave—. Esto no tiene nada que ver con el arroz y la pimienta.

Mi punzada de irritación se convirtió en una oleada de urticaria. Pequeñas chispas de resentimiento y frustración iban y venían como luciérnagas con aguijón. No podía concentrarme. Miré con ira a Dave y me devolvió una mirada maligna que me abatió completamente. Los dos nos dimos la espalda. Habíamos estado a punto de empezar a pegarnos. Como no podíamos dar vueltas enfrentados y bufar, nos habíamos limitado a mirarnos de mala manera, y acordamos una tregua.

El sudor me empapaba los sobacos.

El submarino se arrastraba por encima del fondo. Tomé el control de la barra inferior de luces y las encendí en arco.

Algo grande, redondeado y largo apareció en nuestro campo de visión, yaciendo horizontalmente en el fondo como el mástil talado de un barco.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté, sobresaltado.

Dave prácticamente me arrebató el control de las luces; entonces soltó una risilla.

—Es un conjunto de apartamentos de lujo caídos del cielo. Echa un vistazo.

Lapas, anélidos barrenadores y poliquetos tachonaban la forma misteriosa como gusanos en un cadáver.

—Es un tronco —dijo Dave—. No estamos lejos de algunos grandes bosques, la península de Olympic, Vancouver.

—Cierto.

A unas pocas decenas de metros al este, nos topamos con otro tronco. Una cadena que babeaba ríos y charcos de óxido naranja ataba el tronco a al menos otros siete, todos rebosantes de vida, todos desprendidos de una almadía quién sabía cuántos años o décadas atrás. Les lleva mucho tiempo a los carroñeros de las profundidades mudarse a tales riquezas, pero cuando lo hacen los organismos se congregan desde un radio de varios kilómetros para compartir el festín.

Continuamos nuestro camino al este unos cuantos metros más, siguiendo los ríos de óxido hasta que se desvanecieron en el lécamo. Levanté la barra y extendí las luces en arco de nuevo. Dave no hizo ninguna objeción.

Delante, docenas de pequeñas burbujas gelatinosas se bamboleaban en el lécamo como pelusillas bajo la cama de un chaval. Roté toda la barra de luz, inundando el fondo con un resplandor diurno.

—Ahí están —dije. Docenas de xenos proyectaban largas sombras. El DSV

planeó sobre ellos, perezoso como una manta bien alimentada. Nuestras luces revelaron cientos más, luego millares, moviéndose a trompicones por el lógamo. Solo podía percibir borrosamente las huellas de sus lentos movimientos rodantes.

—Los tenemos —dijo Dave—. ¿Y ahora qué? —Todo volvía a ir bien. El olor se desvanecía o yo era capaz de ignorarlo.

Continué moviendo las luces. Dave detuvo el submarino suavemente.

—¿Ves aquellas cosas? —pregunté—. Aquellos abanicos... y allí, montículos gelatinosos más allá. — Volví a activar el manipulador y armé la punta de su garra con un tubo rotatorio de succión—. ¿A qué se parecen?

—¿Romero de costa? —preguntó Dave, como si estuviera ansioso de confirmar mis esperanzas.

—Algunos puede que los llamen así. Un poco de tono amarillo a la luz. Pero no son sifonóforos. Son otra cosa.

Me chupé los labios, con temor a estar mirando desechos sueltos, engañándome a mí mismo. Pero no eran desechos. Eran reales.

—Nunca he visto nada igual —admitió Dave—. Parecen globitos aplastados.

—Flotadores —dije—. Embalaje de burbujas.

Los ojos de Dave eran perfectamente normales en esta situación, bien abiertos, con interés especulativo.

—No son ni medusas ni corales. Y no son algas... no aquí abajo.

—Ráscate el cerebro —dije, atolondradamente—. Piensa hacia atrás. Muy atrás. Fósiles vivientes.

—¿Ediacara? —preguntó Dave, e inmediatamente sacudió la cabeza: no puede ser.

—Eso es —dije. Me temblaban las manos.

Los fósiles grandes más antiguos conocidos, de diez millones de años antes de que hubiera animales con concha o huesos, son pilas de colonias bacterianas llamadas estromatolitos, o las peculiares formaciones que Adolf Seilacher llamó vendobiontes. Otro nombre de grupo es Ediacara, por el yacimiento australiano donde se encontraron por primera vez especímenes de ese tipo. Estas antiquísimas formas de vida se habían aposentado en los fondos de océanos poco profundos hacía unos seiscientos millones de años. Todo lo que habían dejado detrás eran moldes arenosos, huellas, poco más que fantasmas en piedra. Hasta ahora.

Percibí grandes cámaras organizadas radialmente o en cuadrículas, algunas enraizadas, otras flotando justo por encima del fondo. Campanas con aspecto de champiñón; gráciles frondas ondulantes; hojas articuladas; colchones de aire gelatinosos propagándose sobre el lógamo. Y rodeándolos por todos lados, quizá sus primos y sucesores —posiblemente incluso sus larvas, sus propágulos, las formas que asumían para expandirse a hábitats favorables—, los xenos.

Estaba elucubrando. No sabía a ciencia cierta si los xenos tenían algún tipo de conexión con esas antiguas maravillas. Pero allí estaban, coleguillas en el fondo del

mar, justo a la vuelta de la esquina desde el Edén. Si estos eran de verdad los últimos vendobiontes, habían encontrado un nicho seguro a salvo de seiscientos millones de años de evolución. Los depredadores metazoos — nuestros antepasados entre ellos— habían expulsado a estas viejas criaturas obligándolas a esconderse, exiliándolas al fondo de las profundidades oceánicas.

Estaba yendo demasiado lejos. Demasiada intuición y poca atención, no la suficiente ciencia.

—¿Eso es una medusa... sobre un tallo? —preguntó Dave.

Las luces estaban calentando el área, obligando a algunos organismos a expulsar fluido y contraerse como pequeñas pasas arrugadas.

—Disminuye las luces —sugerí.

Dave bajó la intensidad. El fondo se llenó de un brillo dorado, absolutamente adecuado para mi estado de ánimo. Deseé tener una habitación de ese color para sentarme y soñar. Soñar con el Jardín del Edén.

Nadie sabe qué era exactamente la biota Ediacara, y donde hay misterio, hay especulación, y donde hay especulación es donde se labran carreras científicas. Los colegas pueden debatir entre sí, las amistades pueden diluirse en las discusiones. Las preguntas vienen y van y las teorías mueren una docena de veces antes de resucitar y ganar la batalla. Una posible conexión entre los xeno-phyophora y los almohadillados vendobiontes no había pasado desapercibida, pero nadie había llegado tan lejos como yo con tan pocos medios.

Se parecía mucho a un jardín, un jardín para pulpos, empecé a canturrear, en la sombra...

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Dave dándome golpecitos en el hombro.

Me sobresalté, mi ensoñación rota, y dije sin aliento:

—Sí. Demos una vuelta. Con los impulsores hacia arriba. Parecen delicados. Y empecemos a documentar.

—El vídeo ha estado en marcha desde hace varios minutos —dijo Dave—. Cogeré la Hasselblad. Tú cubre el paisaje con la cámara digital. A ver, déjame establecer una cuadrícula para hacer las fotos. —Elegió en los menús de control en la pantalla LCD de la cámara, y cuadros de luz roja pulsante se superpusieron sobre la escena fuera de la esfera. Nuestras cámaras se coordinaron con la cuadrícula destellante.

Rodeamos el jardín, tomando fotos durante casi quince minutos.

—¡Au! —dijo Dave agarrándose el estómago.

Apenas lo oí.

—Mecachis.

—Recolectemos —dije.

—Vale —dijo.

Nos pusimos en posición para capturar algunos de los organismos más pequeños. En cierta forma, romper los abanicos o las campanas parecía un sacrilegio... pero que

sin duda cometeríamos.

Metí la mano en el guante de datos y extendí el brazo manipulador, ahora con una punta equipada con un tubo rotatorio de succión. Era una versión especial de una herramienta usada por los primeros colectores para extraer especímenes. El nuestro hacía girar un ventilador de hojas variables para bombear agua a un tubo plástico.

Coloqué el tubo cerca de un xeno delante de los patines del DSV y le di a un pequeño gatillo. El ventilador giró. Cuando el xeno pasó por delante de un fotodetector, el ventilador se desactivó antes de que aplastara la burbuja arenosa contra la malla. Las válvulas se cerraron y taparon el tubo, que fue expulsado como un casquillo usado en el cargador de un arma.

Otro tubo se colocó en la recámara, y, segundos después, otro espécimen —un tallo segmentado— fue absorbido limpiamente en la prisión de plástico. Al tercer tubo, obtuve una pequeña flor marina, cada pétalo una célula entera cubierta de pelillos, como un racimo de grosellas.

Su apariencia de joyas translúcidas me dio la pista final. No estaban compuestos por tejidos de múltiples células minúsculas que eran comunes en los organismos más familiares. La luz dorada del submarino atravesó gruesas membranas celulares con una curiosa refracción, como la interferencia entre dos capas de cristal. Pequeños grasientos arco iris encantadores.

El Mensajero del Mar tenía ocho cámaras presurizadas para mantener los especímenes con vida. Registré la temperatura y la presión para cada tubo y los inyecté en las cámaras.

Muestras de agua marina de las condiciones ambientes fueron analizadas por un laboratorio de la NASA en miniatura, guardando los datos para transmitirlos durante la próxima conexión. Los laboratorios a bordo del barco nodriza empezarán pronto a preparar acuarios específicos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Dave.

Absorbí otro espécimen y puse otro tubo en la recámara.

—¡Son maravillosos! Nunca he visto nada igual.

Dave soltó otro gemido. Su cara estaba pálida y verde en la luz reflejada del fondo marino.

—¿Estás bien?

—La verdad es que me siento raro. Juro que no tomé postre.

Durante un momento, haciendo un esfuerzo, me olvidé del brazo manipulador y los preciosos especímenes y me erguí en el asiento.

—Parece como si tuvieras un resfriado. —Extendí mi mano para tocar la frente de Dave. Me la apartó bruscamente.

—Hijo de tortuga.

—Caguen dios —dije simultáneamente, y me sentí repentina e irracionalmente furioso, como si se hubiese encendido una bombilla de hostilidad en la cabeza—. ¿Vas a joderla porque comiste algo?

Se encogió y se agarró el estómago, los ojos se le oscurecieron por otra ola de dolor.

—No tomes el nombre del Señor en vano delante mío, colega —gruñó—. Agarra tus muestras y salgamos de aquí. ¡Rápido!

Moví hacia atrás el asiento, dirigí el brazo hacia las cámaras de presión y eyecté los últimos tubos, uno, dos, tres, en los receptáculos. Cuánto más por recolectar. Pero el entrenamiento y la simple humanidad le ganaban a la ciencia.

Dave tenía mal aspecto. Se agarró de las rodillas.

Un olor irritante y tropical llenó la esfera. No era flatulencia. Provenía del sudor de Dave, de su piel, y estaba empezando a ponerme enfermo a mí también.

La superficie quedaba directamente hacia arriba, a más de dos kilómetros. Tres horas como mínimo.

Le eché un último vistazo al Jardín del Edén; lo que Mark McMEnamin había llamado el Jardín de Ediacara. Sereno, virginal, aislado, al socaire de las eyecciones de los géiseres, tal como lo había visto en las fotos —e imaginado en mis sueños—, mi triunfo, la cumbre de mis exploraciones, quizá la llave de toda mi investigación...

—Vámonos —dije.

—Cachis —murmuró Dave. Se le desenfocaron los ojos, salvajes como los de un animal atrapado en una jaula. Golpeó con su mano contra la superficie interior de la esfera con un doloroso pam. La esfera tenía quince centímetros de grosor. No había riesgo de que la rompiera con las manos desnudas.

—Esto es demasiado... puñeteramente estrecho —dijo—. Más frío que las tetas de una bruja —añadió, con los ojos fijos en los míos, como si esperara aplauso o crítica por una interpretación dramática.

Estaba claro que no era un blasfemo experimentado. Ahogué una risa.

—Puedo llamarte Hal, o Henry, ¿no? —preguntó aunando razonamiento con sinceridad.

—Claro —dije—. Dave, tenemos que subir ya.

—Tengo que preguntarte una cosa. —Extendió las manos y los dedos se cerraron espasmódicamente como si pretendiera agarrar algo en el aire entre nosotros. Un poco a la izquierda y me estaría estrangulando—. No me importa un... trasero de caballo... no me importa un comino si conoces a Owen Montoya. Pero ¿te ha llamado alguna vez por teléfono?

—Sí, supongo que sí. Dave...

—¿Te ha dicho alguna vez lo que tienes que hacer con tu vida?

Esto no tenía sentido.

—Puede —dije.

—¿Te ha llamado alguna vez tu padre, mucho después de que haya muerto?

—No —dije. Eso me perturbó, y empecé a asustarme de verdad. Mi hermano me había preguntado exactamente lo mismo—. ¿Por qué?

—Mecachis en todos ellos. Todos los jefecillos ahí fuera haciendo sus llamaditas

de teléfono y diciéndome a mí, de entre toda la gente, lo que tengo que hacer. Bueno, no entiendo ni una palabrita de lo que dicen, pero me enferman. ¿No crees que sea eso?

No creía que fuera por la dieta rica en carbohidratos.

—Dave, puedo sacarnos de aquí. Relájate y suelta el control.

—No sabes una mierda acerca de este barco. —Sacudió su cabeza lanzando apestosas gotas de sudor contra el interior de la esfera.

Me quedé con la boca abierta. Notaba borrosamente que estaba a punto de ponerme a rebuznar como un burro gracias a lo ridícula que resultaba la situación.

Con un encogimiento dramático y un tirón, Dave se agarró a la palanca de control. Los impulsores de popa giraron con un desagradable sonido metálico, agitando el yacimiento de debajo. El reflujo hizo jirones el delicado jardín. Las luces doradas brillaron como el ocaso a través de la ascendente nube de légamo y unas cuantas chispeantes bolitas sucias —xenos y pedazos de otras criaturas— explotaron delante de la esfera de presión.

—¡No! Contrólate, Dave.

—Que se fastidien —dijo fríamente. Y entonces soltó un grito que casi me rompió los tímpanos. Se retorció, tiró el guante de datos, que quedó colgando de sus cables, y empujó el mando completamente hacia delante. El minisubmarino empezó a responder, inclinándose, pero el piloto automático saltó.

Una vocecilla femenina anunció.

—Maniobra extrema. Cancelada.

—¡Mecachis en ti! —gritó Dave. Soltó el mando. Su puño de dedos gruesos me golpeó la mejilla y me tiró de espaldas. Me escudé con el brazo y me lo golpeó un par de veces, entonces lo agarró con ambas manos, retorciéndomelo como si quisiera arrancármelo para poder llegar al resto de mí.

—¡Dave, por Dios, para! —aullé, asustado de verdad. ¿Debería luchar para defenderme de mi piloto, quizá dejarlo inconsciente, posiblemente matándolo?

¿De verdad sabía cómo volver a la superficie yo solo?

Me soltó el brazo y pareció reconsiderarlo. Entonces, con un gruñido final, arrancó la palanca de control de su lugar y la blandió sobre su cabeza. Antes de que pudiera alzar mis manos de nuevo, la estrelló contra mi sien. Me sujeté la cabeza con una mano y la palanca con la otra.

Dave me arrancó la palanca de las manos y arañó con ella la superficie interior de la esfera produciendo un chillido agudo. La punta de metal cavó un surco blanco poco profundo en el plástico. No contento con eso, arponeó la esfera con la palanca, marcándola con un pentagrama de pinchazos. Mostró una sonrisa perruna de placer, como un niño pintarrajeando las paredes con un rotulador. Entonces desató un frenesí de golpes tremendos, mientras volaban gotas de sudor y saliva.

Me retiré, ignorando la sangre que me goteaba por el brazo. Viendo una oportunidad, me enderecé y golpeé. Vio venir el golpe y se agachó. Nos enzarzamos

como dos colegiales. Me arañé los nudillos contra la parte superior de la esfera, y entonces conecté un golpe sólido contra un lado de su mandíbula.

La mano me estalló de dolor.

Dave dejó caer la palanca. Resonó contra el fondo de la esfera de presión. Se encogió sobre sí mismo como un insecto en la jarra de un entomólogo y gimió. Entonces echó la cabeza hacia atrás, con la boca completamente abierta y soltó el aullido de un niño frustrado. Sus manos se agitaron y estremecieron.

Dave dejó de aullar y se quedó quieto y rígido.

El olor empeoró.

Lo observé preocupado, listo para pelear otra vez, entonces perdí el control, me doblé y vomité. Solo había un poco de fluido amargo en el estómago. Chorreó entre mis rodillas hasta debajo del asiento. Me di cuenta de que la burbuja plateada de aire bajo la esfera, atrapada en la estructura, no era mayor que la del medidor de nivel de un carpintero.

Tanta presión.

Me erguí en mi asiento esperando que la esfera se partiera a lo largo del surco blanco o cediera por los pinchazos.

La educada voz femenina del submarino habló.

—Por favor, ejerzan control directo para desconectar el piloto automático.

Hice los cálculos, extrañamente precisos pese al pánico. Doscientas cuarenta y cuatro atmósferas en el exterior. Veinticuatro millones setecientos veintitrés pascales. Unos doscientos ochenta y cinco kilos por centímetro cuadrado. Un coche de cuatro puertas aparcado sobre cada seis centímetros cuadrados.

Se me aclaró la cabeza. Me limpié con el dorso de la mano la sangre de la mejilla y la restregué contra la tela del traje térmico. Entrenamiento. Piensa.

Tenía mi propia palanca de control encajada debajo del asiento. Podía ser extraída, insertada en su hueco y activada. Podía tomar el control de El Triunfo de María. Dave soltó un suspiro y se colapso. Parecía uno de esos maniqués de espuma de poliuretano que siempre hay a bordo de los buques de investigación para que los lleven hasta el fondo, para que allí los aplaste la presión y subirlos de nuevo para regocijo del personal. Observé con horror. Pero solo se estaba quedando laxo, y eso parecía aún peor: relajación completa y total. Sus ojos semiabiertos tenían un brillo olvidadizo, indiferente. Se movieron en mi dirección mientras su cabeza se hundía en su pecho. Dave se deslizó hacia delante hasta que el arnés del asiento, todavía en su lugar alrededor del hombro, lo detuvo.

Parecía muerto.

El Triunfo de María rotaba sobre el fondo oceánico. Metí la mano bajo el asiento y palpé la palanca de control, la saqué de su sujeción, la levanté para examinar el conector y traté de encajarla en el panel de control. Me goteaba el sudor en los ojos. La palanca no encajaba. Me incliné y con dedos húmedos saqué el protector de plástico del hueco de la palanca. Temblaba tanto que me llevó una docena de intentos

hacer que encajara y empujar hacia abajo con la suficiente fuerza para que hicieran contacto los conectores eléctricos y mecánicos.

Moví la palanca.

—Control del piloto automático desactivado —anunció la voz de El Triunfo de María—. ¿Empezamos la vuelta a la superficie?

No me habían informado de todo lo que el piloto automático podía hacer; no había habido ninguna necesidad.

—Claro —dije—. Sí, por favor.

Empujé a Dave con la punta de un dedo. Inerte. Había aplastado la pantalla LCD y un par de monitores menores. O el piloto automático o nada.

El submarino continuaba rotando.

—Sí —dije en un tono más alto—. Sube.

—Responda claramente para la activación por voz.

—¡SÍ! —grité—. ¡SUBE!

—Comenzando ascenso a la superficie. Transmitiendo señales de emergencia.

El agua en el exterior se volvió más luminosa. Ahora tenía un gris crepuscular. Me limpié el sudor frío de los ojos.

Dave se movió cerca de diez minutos antes de que emergiéramos. Lo observé desde mi asiento, listo para golpearlo de nuevo.

—Me siento mal —gimió.

—Quédate quieto —dije.

Abrió los ojos al ver mi cabeza ensangrentada.

—Córcholis. ¿Qué ha pasado?

El buen cristiano estaba de vuelta.

—Te volviste loco.

Sus ojos parecían tristes, traicionados.

—No me volví loco —dijo—. Tú intentaste pegarme.

—Rompiste tu palanca de control y golpeaste la esfera —dije. No tenía ganas de discutir con el hombre, no después de pasarme tres horas atrapado con él en una bola oscura, maloliente y destrozada.

Dave miró las marcas y los golpes en la esfera.

—Estábamos recolectando especímenes —dijo con voz espesa.

—Cállate.

—Puedo pilotar —dijo.

—Rompiste la palanca de control. El piloto automático está al mando. Simplemente cállate.

La cara de Dave mostró culpa e incredulidad.

Emergimos y las balizas se activaron automáticamente. A través de las olas que rompían contra la esfera —tenía que ser nuestra suerte, marejada— intenté divisar el buque nodriza. No podía ver nada de nada. Hora de salir y subirse al techo del submarino, junto al mástil, aunque solo fuera para coger algo de aire fresco. Me arrastré hacia el tercer asiento, sin ocupante, para abrir la escotilla.

—Está demasiado picado ahí fuera.

—Que te den —murmuré, y me arrastré al interior del túnel, una tubería en forma de L de apenas sesenta centímetros de ancho. Maldiciendo, me arrodillé en el habitual charco de agua en la base del túnel, me puse en pie y retorcí los brazos para empujar y girar más palancas y ruedas.

La escotilla suspiró y mis oídos hicieron pop. Me cayó una lluvia de espuma marina. Inhalé con ansia el aire frío del mar, increíblemente dulce y vivo. Busqué el Mensajero del Mar y lo encontré a las tres en punto, a algo más de mil metros.

Aullé en el viento y agité los brazos. No me atreví a arrastrarme más lejos. —Dave podía cerrar la escotilla y sumergirse de nuevo. Encajando la pierna, me aferré a la malla de la esfera de presión.

Dave me miró a través de la burbuja, aún en su asiento. Parecía asustado. Estaba

llamando por radio. Tenía sentido, pero todavía no estaba dispuesto a olvidar ni perdonar. El Mensajero del Mar debería haber estado casi encima de nosotros respondiendo a nuestra señal de emergencia con su grúa en forma de H preparada para recogerlos y la rampa hinchable extendida como una lengua.

—No responden —gritó Dave a través del tubo—. Vuelve dentro y cierra la escotilla.

—Ni de coña —grité—. Me quedo aquí fuera.

—Mira —dijo, con voz ronca y quebrada—. Hay marejada fuerte. Si te vas a quedar fuera, hazlo del todo y cierra la escotilla o entrará agua y nos hundiremos.

Las olas golpeaban más fuerte que nunca y el viento arrancaba espuma de las crestas hacia mis ojos. Las luces del buque estaban apagadas y era el atardecer. Todas las luces de navegación y posición deberían haber estado encendidas, y los reflectores de búsqueda horadando el agua, buscándonos.

Nada. El Mensajero del Mar parecía muerto.

—Voy a aproximarnos al buque —gritó Dave—. Y voy a cerrar la escotilla, maldita sea.

—De acuerdo —dije. Renuente, me dejé caer y cerré la escotilla superior. Pero permanecí en el tubo, con la espalda aplastada contra la pared metálica, que todavía conservaba el frío de las profundidades.

—Estoy bien de verdad —insistió Dave; su voz resonaba hueca en la esfera—. Lo juro, no sé que pasó.

—Trataste de matarnos a los dos.

—¡No puede ser cierto! Lo juro.

Dejé el tema. Dave ocupó el asiento y trató de desconectar el piloto automático. Algo iba mal, y al principio no le dejaba hacerlo. Cogió la almohadilla táctil y tecleó una orden de prioridad. El piloto automático se desconectó con un pequeño campaneó.

Entonces Dave maniobró con mi palanca de control.

El submarino cortó de frente las olas para evitar volcar. Nos sacudimos como un cubo en un mezclador de pintura a cámara lenta, con mareantes tirones y algunos golpes duros. Quedarse en el interior del tubo me dejaría morados que durarían días. Descendí a la esfera.

El submarino cabeceó hacia arriba en una ola y captamos otro vistazo del Mensajero del Mar. La gente corría por la cubierta superior hacia el castillo de proa. Las luces seguían apagadas. Otro cabeceo, y vi un destello de un brillante amarillo anaranjado cerca de la popa, y después, cinco más, rápidos.

—¿Has visto eso? —pregunté, como si de nuevo Dave y yo fuéramos compañeros tratando de adivinar cómo era el mundo exterior.

—Fogonazos de arma de fuego. —Su cara se volvió gris—. ¿Qué demonios?

—¿Cómo subimos al barco si no nos elevan?

—Abandonamos el DSV, nadamos hasta el barco y usamos la rampa de popa. Es

más que probable que una ola nos empuje hasta arriba.

—O nos rompa la crisma —dije.

Dave no lo negó.

—Hay una plataforma de buceo en el lado de babor... si es que la han bajado con este mar, lo que no es muy probable. Tenemos que salir del agua rápidamente.

Un punto importante. Una inmersión en aguas heladas durante diez o quince minutos, incluso con los trajes térmicos plateados, podía ser mortal.

—Es necesario que les hagamos saber lo que ha ocurrido —dijo Dave.

—¿Que perdiste la chaveta allá abajo?

El piloto pareció admitir ese escenario.

—Tu cerebro no está al mando —dijo Dave. Parecía un niño pequeño asustado confesando algo terrible—. Solo tienen que llamarte por teléfono y se acabó.

La mente de Dave Press se dirigía al norte, luego al sur. No sabía siquiera cómo leer la flecha de la brújula.

Abruptamente, el Mensajero del Mar se iluminó como un pesquero de calamares en un desfile: balizas, luces de navegación. Cintas rotas de rojo y verde se reflejaban en las olas. El rayo de un reflector trazó un arco desde el puente, y otro desde la popa. Barrieron las aguas y luego convergieron sobre El Triunfo de María. Dave se escudó los ojos con la mano.

—Alguien se ha despertado al fin —dijo. Se limpió la cara con las manos y se miró las palmas, sacudiendo la cabeza tristemente—. Eso es para mí. ¿Vienes?

Dave se empujó a sí mismo fuera de su asiento y me dirigió una mirada como si fuera a por un café, ¿yo también quería uno?

—No puedes nadar desde aquí —dije. ¿Qué pretendía, abandonar el submarino e intentar llegar hasta el busque nodriza? Estábamos demasiado lejos, incluso para un nadador resistente, con ese mar.

Agarró una barra sobre la cabeza y tiró de sí mismo hasta ponerse boca abajo frente a la escotilla, entonces, con una experta agilidad que chocaba en un tipo rollizo, se balanceó y se dejó caer de rodillas en el tercer asiento.

—Hasta luego. Haz caso de mi consejo, por lo que vale. Mantente alejado de los teléfonos.

Antes de que pudiera reaccionar, se escurrió por el tubo. Maldije y fui tras él, pero era tan resbaladizo como una foca, saliendo por la escotilla antes de que pudiera agarrarlo de un tobillo.

Me quedé a mitad del tubo, atascado en un ángulo precario. Se me dobló la pierna, y el submarino dio un tumbo. Durante un momento, mi rodilla levantada se atascó en el tubo y no podía moverme. Luché por retroceder, y cuando no pude, intenté seguir subiendo.

Me había empotrado como un corcho en una botella.

Una ola cayó a través de la escotilla superior y me empapó. Farfullando, hice presión con ambas manos sobre la rodilla y la empujé con fuerza hacia abajo,

dolorosamente, hasta que se liberó de una juntura de acero soldado, entonces me revolví para intentar agarrar un asidero.

Saqué la cabeza por la escotilla. El ocaso abandonaba el cielo occidental, desvaneciéndose en azul y luego negro. Las estrellas llenaban el cenit, visibles incluso a través de la espuma de las crestas blancas que salpicaban y se precipitaban a mi lado.

No veía a Dave por ningún lado. Otra ola casi me cegó e hizo girar el submarino. Me quité el agua de los ojos y parpadeé ante la pesadilla. El Mensajero del Mar se había acercado y estaba poniendo las hélices en reversa a doscientos metros a estribor, flagelando el mar hasta convertirlo en espuma danzarina.

Desde cubierta dispararon una bengala y trazó un arco sobre El Triunfo de María. Sabían dónde estaba.

—¡Coged a Dave! —grité, y agité los brazos sobre mi cabeza—. ¡Hombre al agua!

Otra ola se alzó amenazadoramente, una masa verde tan alta que podía ver las últimas luces del día a su través. Se estrelló contra la pequeña abertura del submarino y me aplastó contra la tapa metálica. La escotilla cayó con fuerza sobre mi cabeza y dedos. La explosión de dolor me produjo un ataque de rabia ciega, y le pegué un golpe a la escotilla que la envió hacia atrás, la cogí cuando rebotó y la volví a tirar, y otra vez más, con toda mi fuerza.

Cuando la rabia desapareció, con los dedos y la cabeza latiéndome de dolor, la dejé caer y sellé la escotilla. No iba a arriesgarme con el mar abierto. Temblaba tanto que pensé que rebotaría en el interior de la esfera. Durante un momento vi a Dave en el agua, debatiéndose y ahogándose, pero solo era un torbellino de burbujas.

Estaba acabado... iba a morir.

Me sorprendí gimiendo como un perro apaleado; entonces, al oír el ruido del agua al sacudirse en el fondo de la esfera, recordé los especímenes, encerrados a salvo en sus cámaras. Mi razón para estar allí, la recompensa por meses de hacer el circuito de los ángeles. Había sobrevivido a un piloto maniaco de submarino, estaba a flote, todavía tenía el premio, la Manzana putativa, el Vellocino Dorado de los Dioses.

Nadie dijo que fuera a ser fácil.

Trasteé con el transmisor buque-a-buque, cambiando frecuencias, y finalmente una voz sin aliento respondió;

—Aquí Mensajero. ¿Eres tú, Dave?

Reconocí a Jason, el controlador y director de misión para el DSV. Apreté el botón del micro.

—Soy Hal. Dave se ha lanzado. Está en el agua. Enviad una zodiac... puede que todavía esté a flote.

—Mierda. —Jason dejó el micro abierto y creí oír sollozos—. ¿Estás pilotando el submarino?

—Está en piloto automático.

—Hal, tenemos una situación muy mala. Alguien está disparando en el barco. Puede que haya heridos. ¿Hal?

—Estoy aquí.

—Paul y Stan fueron a popa hace unos minutos. No podemos volver a la grúa hasta que no hayan regresado.

—Dave se volvió loco, Jason —dije, ansioso de dejar claro mi propia historia de penurias. Parecía que era demasiado para que lo absorbiera, y decidí dejar el asunto por ahora—. Simplemente llévame a bordo del Mensajero.

—No sé cuánto tiempo llevará. Aguanta. Lo haremos lo mejor que podamos.

—Claro —dije, y pegué la mano contra la superficie de la esfera de presión. El submarino casi dio la vuelta sobre sí mismo.

Me encorvé y agarré el micrófono como si fuera un salvavidas.

Nadia en persona se debatió arriba y abajo en el agua cerca del DSV y sujetó la estructura con un gancho de la grúa. Saludé con la mano, y ella me hizo una señal de asentimiento con la barbilla, su pelo negro mojado asomándose fuera de su capucha, los ojos negros distinguibles incluso detrás de la máscara. Aseguró el gancho a una anilla y nadó hasta perderse de vista. Cuando terminó con los otros ganchos, trepó a la superficie de la esfera. Miré por encima del hombro para verla. Detrás de ella se alzaba la oscura popa del Mensajero y la silueta de la gran grúa roja montada hacia popa detrás del helipuerto. Vi a Jason entrar en una pequeña cabina, a salvo del tiempo que estaba empeorando.

Entonces las sábanas de lluvia que caían hicieron imposible ver nada fuera. Sentí cómo el submarino se elevaba por encima de las olas, sentí que las olas nos agarraban, y con un tirón, el submarino se soltó de la succión del mar y se balanceó en el aire. Paul y Stan me esperaban en los carriles y empujaron El Triunfo de María hacia los rieles. Los carriles se retiraron hacia la popa con un rechinar de maquinaria.

Nadia bajó de un salto para ayudar a Jason a asegurar el submarino a la cubierta. Trepé por la escotilla con su ayuda.

—No podemos encontrar a Dave —dijo con los labios casi azules por el frío—. Gary está ahí fuera con la zodiac. —Parecía enferma, pero se mantenía en pie hablaba con claridad. Me enamoré en ese momento allí mismo, con alivio, admiración y algo más que una pequeña parte de atontamiento debido a la cercanía de la muerte.

—Lo siento. ¿Qué ha ocurrido?

—Un desastre —dijo Nadia. Subió la escalerilla del pozo.

—Dave se volvió un poco majara allá abajo —dije— Trató de matarme.

Me dedicó una mirada inexpresiva desde lo alto de la escalerilla.

—¿Qué quieres decir con majara?

—Trató de sabotear el submarino. Arrancó la palanca de control y la usó para agujerear la esfera.

—Jesús —dijo, pero no parecía sorprendida. Quizás estaba bajo shock. Se apoyó contra el casco—. El doctor Mauritz coló una pistola a bordo. Mató a Thomas y Sylvia. Paul y Stan lo detuvieron aquí mismo, donde estamos. Está atado en la enfermería.

Antes de ayer había hablado con Mauritz durante un par de horas.

—Qué estupidez —fue todo lo que pude decir. Miré alrededor y vi salpicaduras de color rojo oscuro sobre la cubierta y en el casco bajo una de las luces de emergencia. Goteaba sangre del plafón. La visión me golpeó haciéndome perder el equilibrio y busqué una zona limpia en la que apoyarme.

Nadia agarró una toalla de un laboratorio abandonado, regresó al pasillo de cubierta limpiándose la cara y me lanzó una mirada extraña y acusadora.

Me sentí como Jonás.

—No encuentro a Max —dijo, y tiró la toalla de vuelta al interior del laboratorio. Ambos oímos el helicóptero al mismo tiempo. Se dio la vuelta con un cansino encogimiento de hombros, los párpados bajos, y dijo—: Deben de ser los guardacostas.

—Nadia, tengo los especímenes —le grité mientras se balanceaba en la escalerilla hacia el puente.

—Que le den a los especímenes —gritó—. ¡Ha muerto gente, Hal! ¿No lo entiendes? —Hizo una pausa al llegar arriba y sus ojos enrojecidos me horadaron—. Mauritz te buscaba a ti. Quería matarte a ti.

Un cúter guardacostas de ochenta metros de eslora se posicionó al lado del Mensajero del Mar. El helicóptero Bell, atado al helipuerto, había traído a dos agentes del FBI. En esos momentos estaban reuniendo pruebas y entrevistando a Stan y Paul.

Trajeron al doctor Mauritz hasta la cubierta en una camilla, pasando por el comedor de la tripulación, fuertemente atado y hablando por los codos, tratando de explicar que ahora estaba bien, que ya lo podían soltar. Mauritz tenía una cabeza ancha que clareaba. Poseía una especie de acento aristocrático inglés, y francamente parecía un científico loco. Pero sonaba como si quisiera disculparse y al mismo tiempo aturdido.

Había dado bastante guerra. Stan y Paul lo habían golpeado duramente. Su cabeza estaba cubierta de vendajes.

No sabía cuánto tiempo podrían durar los especímenes en el submarino. Sabía que permanecerían presurizados y a la temperatura apropiada durante al menos otras cuatro horas, a menos que algo fuera mal. No quería arriesgarme, pero tampoco quería parecer un gilipollas insensible. El humor a bordo, comprensiblemente, no era demasiado bueno.

Esperé en el comedor de la tripulación, sorbiendo una Coca-Cola light.

La sensación Jonás es indescriptible. No se trata de nada que hayas hecho personalmente. Trata de una sombra pendiente sobre ti, una asociación, de la que no te puedes librar, entre tu persona y sucesos de mierda que nadie entiende. Allí estaba, lo más parecido a un marginado a bordo del Mensajero del Mar, justo en el centro de la diana. ¿Por qué querría Mauritz pegarme un tiro? Apenas me conocía. ¿Por qué querría Dave Press ahogarme y hundir el DSV? El DSV era el niño mimado de todo el mundo. Los pilotos se retarían a duelo por el privilegio de llevar El Triunfo de María a las fumarolas.

Nada encajaba. Sin una explicación racional, incluso el más listo de los científicos revertía a un estado tribal en el que sospechaba mal yuyu.

El cansancio se pegó al shock emocional. No podía evitar tiritar. Solo en el comedor, esperando a que los agentes siguieran su lista hacia abajo y hablaran conmigo. Me preocupaban los especímenes.

Jason entró y me miró.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien.

—Owen llamó al capitán Burke y le preguntó por ti. Dijo que cuidara de ti y tu trabajo. Llevé los especímenes al acuario. Están bien, creo.

Entre líneas, Jason estaba diciendo que lo que Montoya quería, lo obtenía, incluso durante una investigación policial. Pero Jason no tenía por qué estar de acuerdo.

—Owen sabe lo nuestro, lo del barco —continuó—. Salimos por la tele. ¿Seguro que estás bien?

—Gracias por sacarlos del submarino —dije, asintiendo con la cabeza como un perro mareado en la ventanilla de atrás de un coche. Le podía haber dado un abrazo por traer buenas noticias.

—¿Qué has encontrado? —preguntó, y se mordió el labio, asintiendo conmigo. Hicimos oscilar las cabezas, emparejando los ritmos, y eso fue demasiado raro. Paré.

—Xenos —dije.

—Bien. Te sumergiste para buscar xenos. A mí me parecen cnidarios, sin embargo. ¿Estás seguro de que encontraste lo que buscabas? ¿Los cogió Dave o tú?

—Yo usé el tubo de succión.

—¿Conocías al doctor Mauritz, antes de subir al barco? —preguntó Jason.

—No —dije.

—¿Por qué saltó Dave por la borda?

—No lo sé —dije.

—¿No lo heriste y luego lo tiraste, solo para que no se supiera? ¿No peleasteis, quiero decir, y lo heriste en defensa propia?

—No. El lo hizo todo.

—¿Dijo que quería matarte?

—No, solo empezó a... —Inhalé profundamente—. A intentar soltar tacos y no lo hacía demasiado bien. Divertido, pero daba bastante miedo, también. Mejor será que espere a la policía. No quiero que parezca ensayado de antemano.

—Cierto —dijo Jason. Se levantó y metió las manos en los bolsillos—. Fíenos encontrado a Max. También está muerto. Nadia está muy afectada. Me quedé mirándolo.

—Lo siento —dije, como si todo fuera culpa mía.

—Sí.

Jason se fue, y entró un hombre alto con un impermeable azul. Tenía cuarenta o cuarenta y cinco años, vestido, debajo del impermeable desabrochado, con un jersey de lana y pantalones caqui de trabajo, húmedos de agua de mar. Era un agente del FBI de la oficina de Seattle. Su nombre era Bakker, y me hizo un montón de preguntas, muchas de las cuales no tenían sentido hasta que me di cuenta de que no sabía que estaba en El Triunfo de María cuando Mauritz perdió un tornillo. Asimismo, el agente Bakker no había sido informado de que Dave Press había desaparecido, presumiblemente ahogado.

Las noticias parecieron confundirle, así que le dio la vuelta a sus notas y empezó desde cero.

—¿Qué demonios es un DSV? —preguntó. Hacia el final de la entrevista, yo estaba a punto del colapso. Bakker dobló su libreta de notas. Las piezas tampoco encajaban para él. En su experiencia, los científicos no iban por ahí matándose los unos a los otros.

Después de que se fuera, me estiré en el largo banco acolchado detrás de la mesa

central y perdí la conciencia. Debería haber soñado con una caída a través de tinta, esta vez sin burbuja, ahogándome en una noche eterna y maloliente. En vez de eso, soñé que estaba en un desierto, caminando al lado de un tipo con una mata alborotada de pelo blanco, con una larga camisa gris.

Seattle, Washington

El barco volvió al puerto de Seattle a la mañana siguiente y agentes y guardacostas lo tomaron por asalto. Hombres y mujeres diligentes desfilaron a bordo y empezaron a pegar cintas amarillas. Una docena de agentes con cámaras digitales y equipos de criminología tomaron muestras. Se nos dieron instrucciones de no tocar nada, y especialmente, de que no retocáramos nada.

Jason intervino en mi favor con el agente al mando, y nos permitió a Nadia y a mí bajar al laboratorio y comprobar los especímenes recogidos durante la inmersión. Nos acompañaba una joven agente, con una constitución muy parecida a la de Dave, pensé, los pantalones de su traje eran de una talla demasiado pequeña y estaban demasiado tensos. Nos observó con sospecha desde debajo de una gorra con visera posada airoosamente sobre un pelo que parecía hileras de un maizal, y nos hizo un montón de preguntas.

Se daría cuenta si intentaba jugársela, juzgué.

Nadia llevó la mayor parte de la conversación. Hoy tenía más color, pero sus maneras eran frías y eficientes, como si sus emociones tuvieran la batería baja.

Intentaba figurarme cómo sacar mis premios del Mensajero del Mar. Era probable que el buque estuviera clausurado durante días, y no tenía ni idea de qué les podía ocurrir durante tanto tiempo. Solo quería embalar los contenedores y enviarlos del Mensajero del Mar al laboratorio que tenía alquilado al sudeste de lago Union. Estaba ansioso de tener a mis criaturitas estabilizadas con las soluciones adecuadas, con un suministro de agua marina fresca y bajo una presión segura.

Quizás era una desconexión emocional, como el fusible de un circuito fundido o quizás era un shock. Todo lo que necesitaba en la Tierra, ahora mismo, era documentar y describir a los vendobiontes, si eso era lo que eran. Hacer unas cuantas pruebas. Contarles los deditos de las manitas y los piecitos.

No era que no me preocupara por el resto. Solo que no tenía ni un pista de cómo podía ayudar a que Nadia se sintiera mejor, o hacer algo por Jason. Ciertamente no me sentía responsable por lo que había ocurrido, pese a lo extraño de las circunstancias.

A lo mejor era que el Mensajero del Mar estaba gafado.

Eché un vistazo a mi camarote. La agente rolliza con traje demasiado ajustado estaba allí con dos hombres en traje de calle, y quiero decir de calle, trajes negros y gabardinas.

Mis ropas, libros y ordenador estaban tirados en la cama, siendo violados.

—Hola —dije.

La joven agente se había quitado la gorra y la verdad era que sus hileras eran perfectas. Tenía los ojos intensos e indescifrables, y la piel de su cara era una obra de arte inmaculada.

—Ya hemos acabado con eso —dijo indicando las ropas en la cama—. Pero nos gustaría quedarnos con eso. —Giró el brazo y también todo el torso, para señalar mi ordenador y tres libros de texto.

—Los libros están disponibles en Amazon punto com —dije—. El ordenador contiene información privada. A menos que tengan una orden de requisita, me gustaría llevármelo. No estoy bajo sospecha. ¿O sí? —Reuní mis escasas ropas, y con un marcado gesto las metí de nuevo en la bolsa de viaje, haciéndolas una bola y apretando mangas y perneras.

—Necesitamos determinar las relaciones y las circunstancias —dijo.

—¿Soy un sospechoso?

—No —admitió.

—¿Tienen una orden que les permita... —busqué la expresión legal adecuada, y me di por vencido— mangonear documentos privados?

—No —dijo, con una expresión de sublime aplomo.

—Lo mantendré ordenado y bien cuidado, y estoy seguro de que me lo comunicarán si las cosas cambian —dije, un poco tembloroso por mi propia presunción, y por la suya. Tiré el ordenador y los libros en la bolsa y cerré su cremallera.

Pasé junto a Nadia en el corredor mientras arrastraba la bolsa sobre sus ruedas hacia la pasarela. Estaba fumando un cigarrillo y parecía completamente destrozada.

Miró en mi dirección, entonces miró a otro lado bruscamente y aplastó su cigarrillo contra una lata. Nunca antes la había visto fumar.

—No diré que ha sido un placer —dijo.

Me paré y la contemplé tristemente, todavía zumbando de rabia por lo ocurrido en mi camarote. Cambié el asa de la bolsa a mi mano derecha.

—Me siento como un condenado Jonás —dije, y me di cuenta de que mis ojos se estaban llenando de lágrimas—. Cristo, ¿qué es lo que he hecho?

—Nada —dijo Nadia.

—No tengo ni idea de por qué Dave se volvió loco en el submarino, o de por qué Mauritz intentó matarme. De veras.

Mantuvo su cara dirigida hacia las sombras y las grises y deprimentes superficies de cemento del muelle. Me enfurecía con todas las mujeres que habían intentado tozudamente dejarme de lado, clasificarme en un nicho o echarme la culpa de algo, con o sin motivos.

—Esto es una locura —dije, y arrastré mi ridícula maletita hacia la pasarela.

—Betty Shun quiere hablar contigo —dijo Nadia, masticando la información como si fuera un insulto. T e llaman a la oficina del jefe.

Miré hacia atrás con los ojos abiertos. Estaba encendiendo otro cigarrillo.

Nuestra generación había adoptado a Dean Martin y Frank Sinatra, leyendo novelas baratas, llevando trajes negros y fumando cigarrillos, como todos los suicidas con depresión posbélica de los cincuenta, pero sin sus excusas.

Me sentí enfermo.

Después de una noche de mal sueño en la cuarta planta del Homeaway, a solo unas manzanas del edificio Genetron y de mi laboratorio alquilado, corrí las cortinas. Al otro lado del lago Union, la niebla matutina se deslizaba sobre tanques oxidados y tuberías y el amplio césped del parque Gasworks. Me quedé contemplando el paisaje durante cinco minutos, sintiéndome afortunado. No era ningún Jonás. No era yo el que estaba gafado. Había sobrevivido, y eso quería decir que tenía suerte, quizás incluso estaba predestinado en el gran esquema de todas las cosas.

Solo el FBI y un par de asesinatos se interponían en mi camino, y eso me jodía un montón.

Rob hubiese reconocido mi estado de ánimo instantáneamente. El príncipe Hal no se salía con la suya.

Un móvil sonó en la mesilla de noche. Las terminales de datos en Estados Unidos habían estado jodidas durante semanas, con virus. Llevaba cuatro conmigo, de cuatro sistemas diferentes, solo para estar seguro: un PalmSec, un InfoBuddy y dos Nokias estándar.

Era el PalmSec el que pitaba. El impertinente tono triple a.m. me decía dos cosas: que tenía una llamada y que era antes de las doce. Abrí la carcasa, desbloqué el teclado y respondí.

—Cousins.

—Doctor Cousins, Betty Shun. ¿Cómo está?

—Como una rosa —dije, y me arrepentí de la frivolidad.

—Aquí estamos muy tristes —dijo—. Hemos perdido a un montón de amigos.

—Sí. Lo sé.

—Tenemos que reunirnos. Llevaré conmigo a un hombre que también trabaja para Owen. Quiere hablar con usted.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Estamos en un coche delante de su hotel. Le llevaremos al Crab Cart para que desayune.

Me habían dado mis órdenes de ruta. Pero quería examinar mis especímenes. El tiempo se agotaba.

Como siempre.

Betty Shun estaba en el vestíbulo, llevaba un abrigo de cuero verde y pantalones anchos. Me volví y vi a un hombre robusto, que empezaba a quedarse calvo y bordeaba la segunda mitad de los cuarenta, empujar la puerta del lavabo de caballeros, soplándose en las manos. Se aseguró de que estaban secas antes de ofrecérmela para estrecharla.

—Hal Cousins, este es Kelly Bloom —nos presentó Betty. Shun, Bloom, Press... empezaba a ver un patrón, todos miembros del Club del Verbo Monosilábico^[1]. Bloom vestía enteramente de tela vaquera: pantalones, chaqueta con botones de latón, camisa azul. Y unas Air Jordán, viejas pero escrupulosamente limpias.

—Doctor Cousins, lo primero, felicidades —dijo Bloom—. Vayámonos de aquí a algún lugar tranquilo.

Me escoltaron hasta el coche. Esperaba una limusina o como mínimo un BMW, pero el coche aparcado delante del vestíbulo del hotel, con goterones de lluvia y con pecas de barro, era un Ford Taurus de mediados de los noventa, con el parachoques delantero abollado y rozaduras en el lado del conductor.

—¿Suyo? —le pregunté a Bloom.

Sonrió.

—Va a ser un día muy largo, ¿no? —le pregunté a Betty. Me dedicó una sonrisa estudiada.

El Crab Cart era tranquilo y oscuro. En la parte de atrás, bajo las ventanas que daban a yates en los amarraderos privados, las cabinas estaban separadas por barreras de cristal y madera. Betty pidió primero, gachas y dos huevos. Bloom no tomó nada, ni siquiera café, manteniendo su postura ascética. Yo pedí un tazón de Wheat Chex, tostadas y una tortilla de cangrejo pequeña. Bloom sonrió mientras yo atacaba mi comida. Betty se comió la mitad de sus gachas, ambos huevos y se limpió remilgadamente la boca con la servilleta.

Empezaron las preguntas. Bloom hablaba con un tono bajo ahogado, un suave acento de Carolina del Norte. Mantuvo sus manos juntas sobre la mesa de roble.

—¿Sabe de alguna razón por la que alguien podría querer matarlo? —preguntó.

—No —dije—. Usted es un investigador privado, ¿no es así?

—Ambos trabajamos con el departamento de seguridad de Owen —respondió Betty. Ladeó la cabeza ante mi arqueado de cejas—. ¿Creía que mi trabajo era ser un florero? —Se rio, un cascabeleo tintineante—. Owen puede permitirse pagarlas mucho más bonitas, pero no tan listas, ni más cautas.

—Vale —dijo Bloom—. ¿Comprende que no intentamos evitar la investigación policial y que no tenemos ninguna autoridad? No tiene que responder.

—Es muy decente por su parte advertírmelo —dije. El estilo ejecutivo de Seattle; te sacude por los hombros, pero sin malos modales.

—Intentamos serlo —dijo Bloom—. Owen quiere entender qué ocurrió. Usted estaba a bordo del DSV con Dave Press durante el tiroteo en el Mensajero del Mar. ¿Cree que Press actuaba de forma rara?

—Actuaba de forma amenazadora —dije—. No precisamente rara.

—¿Qué es lo que hizo?

—Se lo conté a la policía, intentaba decir palabrotas y no se le daba muy bien precisamente.

—¿Hacía preguntas inadecuadas?

—Sí —dije—. Pero eso no era tan malo... quiero decir... —Hice una pausa—. Eso no se lo comenté a la policía.

Bloom se encogió de hombros. Estos tensaron su chaqueta de tela vaquera.

—¿Habló acerca del señor Montoya?

Bloom era nuevo en el personal de Montoya, deduje.

—Preguntó cómo nos conocimos, cosas así. Nada sospechoso.

—¿Preguntó qué hacía para el señor Montoya?

—Habló acerca de que yo había conseguido privilegios especiales con respecto a las inmersiones. Resentimiento a bordo del Mensajero del Mar.

—¿Resentimiento que afectaba al doctor Mauritz?

—Supongo. Pero la mayor parte eran chismorreos... ya sabe.

Bloom asintió, pero no estaba satisfecho.

—El doctor Mauritz realizó un arbitraje anónimo de un artículo suyo antes de ser publicado —dijo. Recomendó que fuera rechazado.

—No lo sabía —dije—. Pero tampoco podría haberlo sabido, ¿no?

—¿Mostró alguna vez animosidad hacia usted? Lo entendí al principio como anonimidad.

—No delante de mí. Parecía agradable, pero teníamos poco contacto.

Betty Shun interrumpió.

—Esto no nos lleva a ningún lado. Doctor Cousins, Owen mandó trasladar sus especímenes del Mensajero del Mar a su laboratorio.

—Tendría que habérmelo dicho directamente —dije.

—Se aseguró de que fueran entregados a sus estudiantes posdoctorados y de que fueran bien tratados.

—Están en contenedores especiales a presión —dije, con mi furia en aumento—. Tendrían que haber sido transportados en una furgoneta con generador. Acordamos que los especímenes eran increíblemente delicados... la temperatura allá abajo hace que sus membranas...

—Todo se hizo de acuerdo con sus instrucciones —dijo Shun—. Si lo desea, le llevaremos hasta allí.

—Es un paseíto. Puedo ir yo mismo —dije entre dientes.

—En coche es más rápido —dijo persuasivamente—.

Y Owen...

—Sí, sí, Owen quiere un informe.

Fuimos en coche hasta el viejo edificio Genetron. Estaba en una antigua planta eléctrica a la que le dieron un maquillaje de millones de dólares cuando los de Genetron se mudaron. Puedes ver el edificio, con sus altas chimeneas, desde el puente de la I-5. Genetron fue vendido al gigante farmacéutico franco-suizo Novalis, que me alquilaba el laboratorio en la instalación, ahora vacía, por un buen precio... y seguridad garantizada.

El vestíbulo era un caro desperdicio de madera clara y acero inoxidable, con una moqueta verde que hacía juego con la chaqueta de cuero de Betty Shun. Un guardia de seguridad comprobó mi tarjeta y les dio a Shun y Bloom pases temporales. Les enseñé el camino hasta el laboratorio en el piso a nivel de suelo, al final de una larga sala en el lado norte del edificio.

—¿Tiene que venir con nosotros? —le pregunté a Shun, señalando con la mano a Bloom.

—Sí.

Bloom levantó la cabeza como si le azotara el viento y me hizo un guiño.

—Puede que los especímenes estuvieran en malas condiciones —dijo Betty mientras atravesábamos la sala—. No sabíamos si estaban vivos o muertos. Lo hicimos lo mejor que pudimos, a petición de Owen.

—¿Les ayudaron Nadia o Jason a transportarlos?

—No —dijo Betty—. Nadia está ahora mismo bajo custodia policial.

Me tomó completamente por sorpresa.

—¿Por qué?

—Bajo sospecha de manipular la comida a bordo del Mensajero del Mar.

—Es una idiotez —dije.

—Pensamos lo mismo.

—¿Manipular cómo? —Entonces recordé el pudín cremoso y sus resultados—. Algunos tomaron un postre caducado, pero...

Bloom interrumpió.

—Se produjeron muchos comportamientos extraños a bordo desde el principio del viaje. Peleas, discusiones, discursos irracionales en momentos poco adecuados.

Había pasado la mayor parte del tiempo en mi camarote. No fui demasiado sociable; y tenía un montón de lectura atrasada que poner al día.

—Alguien pudo haber puesto drogas en la comida o el agua —concluyó Bloom.

Mi laboratorio ocupaba dos habitaciones, cada una de seis metros cuadrados, conectadas por una puerta doble blanca. Había encargado unos tanques especiales de contención para los especímenes. Dan y Valerie, mis dos ayudantes, estaban presurizando los tanques cuando entramos.

Dan tenía un doctorado en microbiología marina, con la apariencia de un chico de granja alto y de hombros anchos. Levantó la vista de los diales de presión y me dedicó un infeliz movimiento de cabeza.

—Los especímenes están bastante traumatizados, doctor Cousins —dijo.

Maldije en voz baja.

Valerie permanecía apartada, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos agarradas a los hombros, como si contemplara el ataúd de un pariente.

—Parecen muertos.

Rodeé a Shun y Bloom y gesticulé con las manos en el aire, probablemente me trabé la lengua, intentando hacerme una idea de por dónde empezar. Una caja de acero llena de tubos de plástico con muestras de un pie de largo de nuestras primeras dos inmersiones estaba todavía en la carretilla. Los tanques de metal que contenían los especímenes de nuestra tercera inmersión habían sido colocados en posición y conectados a la corriente. Estaban todavía fríos y parecía, a primera vista a través de los paneles de plástico empañados, que contenían Objetos de Sumo Interés.

Sin embargo, el daño probablemente ya estaba hecho; ¿cómo minimizar sus efectos?

—Las criaturas no parecían estar demasiado vivas incluso cuando las recogí —sugerí, esperando romper la tensión y hacer que Dan y Valerie se relajaran—. Son sedentarias.

Valerie sacudió la cabeza de nuevo, con lágrimas que le empezaban a acudir a los ojos. No estaba mintiendo de manera muy eficaz.

—Todos los especímenes están aquí —dije, comprobando el inventario—. En ese pequeño tanque, el que no está a presión, tenemos algunas muestras de sedimentos que es preciso analizar. Dudo que hayamos conseguido ningún espécimen intacto, pero podemos preservarlos y teñirlos para detectar citoplasmas y hacer algunos análisis del barro. Traed formalina y rosa de bengala.

Dan y Valerie se concentraron en las muestras de superficie y un par de extracciones poco profundas. Quería que permanecieran fuera de mi camino mientras yo o bien lloraba silenciosamente o bien exhalaba un suspiro de alivio.

Limpié los paneles de los grandes tanques de transporte de acero y eché un vistazo al interior con una linterna de bolsillo. Directamente desde las profundidades de Neptuno: masas oscuras que podrían haber sido nubes de sedimentos. O xenos muertos. Me arrodillé yforcé la vista. Algunas formas no eran más que fragmentos.

Shun se quedó, pero Bloom salió a atender una llamada de teléfono.

Comprobé los números en el ordenador del laboratorio y me aseguré de que las condiciones en los tanques fueran las necesarias: agua a 3,5 grados, porcentaje alto de oxígeno, treinta y seis por ciento de salinidad, sulfuros metálicos en niveles medios.

—Está a doscientas cincuenta atmósferas —dijo Valerie.

—Si reducimos la presión, los xenos se convertirán en jalea líquida —le dije a Betty Shun—. Sus membranas celulares, lípidos en su mayor parte, se fundirían como la mantequilla en un día caluroso. Allá abajo, donde hace frío y mucha presión, las membranas están coaguladas.

Había empezado un cultivo de bacterias típicas incluso antes de embarcar en el

Mensajero del Mar, y ahora las cosechaba de un contenedor en el refrigerador y las disparé con una botella de plástico directamente a la cámara de bombeo. Observé cómo se extendían en cintas pálidas dentro del tanque central refrigerado.

—Impresionante —observó Betty Shun, poniendo una mano suavemente sobre la fría superficie plástica del tanque—. Me he dado cuenta de que acaba de inyectar las bacterias. ¿Por qué?

—Las bacterias se adaptan rápidamente. La enzima desaturasa deja de funcionar bajo presión, y eso bombea ácidos grasos insaturados en sus paredes celulares, evitando que se vuelvan demasiado rígidas. Nuestros especímenes más grandes no son tan adaptables.

Le pedí a Dan que me ayudara a conectar el primer tanque de transporte al principal del laboratorio. Lo llevamos hasta la mesa de trabajo y lo conectamos a la tolva de salida, asegurándonos de que los sellos de cierre estuvieran firmes. Comprobé la temperatura —el tanque había perdido cerca de tres atmósferas— y bajé la presión en el tanque central hasta igualarla. Entonces abrí las puertas interiores y mezclé las aguas. Trocitos de gelatina arenosa y sucia pasaron flotando.

Como el hombre que reza por que la botella que se cae de la bolsa de la tienda de licores fuera vermú y no ginebra, tenía la esperanza de que los fragmentos fueran xenos comunes y no nuestros caros vendobiontes.

—Es una sopa —dijo Dan.

Miré acusadoramente a Shun.

—Debería haberlos trasladado yo mismo. —No reaccionó. Sin duda había tratado con personalidades más feroces que la mía.

Incliné la pantalla de plástico dentro del tanque de transporte y suavemente impelí más contenidos para que pasaran al otro tanque. Dan conectó la cámara de vídeo principal y volvió el monitor hacia mí para que pudiera ver.

Una fronda onduló en el enlace entre los dos tanques, todavía teñida de amarillo.

—¿Viva?

—Probablemente no. Al menos las células no han reventado —dije—. Salvemos lo que podamos.

Bloom volvió y se quedó en una esquina.

Pasaron ocho horas. El trabajo de laboratorio siempre me absorbe completamente. Me convierto en algo encantador y sereno, un desencarnado Espíritu de la Ciencia. Tecno-zombi, me había llamado una vez Julia. Ni siquiera necesito café, hay algo en la posibilidad de un descubrimiento que me pone hasta las cejas de mi propia cafeína natural.

Shun era mucho más paciente de lo que esperaba —no es que le prestara mucha atención durante las primeras siete horas—, pero Bloom empezó a ponerse intranquilo después de dos horas, a dar vueltas a las tres y dio una disculpa después de que pasaran tres y media, y salió una vez más.

El trabajo era a nuestra medida. Esos famosos fósiles vivientes estaban

moribundos o muertos, y todos sus secretos se desvanecían con ellos. Teníamos que actuar de prisa.

Primero, realicé un examen y usé el manipulador para empujar suavemente los fragmentos y los organismos claramente muertos a un tanque especialmente preparado. Puse a Valerie a hacer análisis proteómicos en unos cuantos centímetros cúbicos de jalea que no podía identificar de otra manera. Eso la mantuvo ocupada durante varias horas. Usó el proteomizador Applara, una máquina del tamaño de una panera grande, capaz de hacer un análisis completo de proteínas a una velocidad de quinientos aminoácidos por minuto.

Dudaba de que las criaturas usaran más de unos pocos miles de proteínas. Una proteína corriente tiene una longitud media de un millar de aminoácidos. En unas pocas horas, teníamos una lista preliminar de las proteínas en la jalea, y algunas pistas sobre el tipo de genes y subproductos que encontraríamos cuando pasáramos los ácidos nucleicos por un secuenciador.

Mientras Valerie trabajaba, pasé una hora sin hacer nada más que mirar los organismos intactos en el tanque principal. Shun permaneció hombro con hombro conmigo durante la mayor parte del tiempo, pero estuvo sabiamente callada.

Si yo era un espíritu poseído por una causa y envuelto en llamas, ella era una sombra apartada, o el brazo armado con una espada de mi ángel, Montoya. No me preocupaba. Nada me asustaba más que el fracaso.

Nuestro espécimen más grande, la fronda, era una pluma gomosa con muchas barbas comprimidas, su color de barro verdoso teñido de amarillo. Tenía cerca de veinte centímetros de largo, diez centímetros de ancho en su punto más amplio, y parecía una hoja fabricada de plástico con burbujas para embalar.

Era claramente colonial, bastante resistente en comparación con sus compañeros, pero, lo más importante, todavía estaba viva. Mi primera deducción era que estaba compuesta de protistas parecidos a los xenos. Cada vesícula de su anatomía era una célula individual, variando de un par de milímetros hasta dos centímetros de tamaño.

La mayoría de las células modernas son microscópicas y solo necesitan un núcleo, el ordenador y factoría central que contiene los cromosomas. Estas células eran mucho más grandes que las modernas. Supuse, en el trance de mi especulación, que cada uno de los componentes tendría muchos núcleos, como los xenos, para acelerar la creación y entrega de productos esenciales de los genes —RNA ribosómico, proteínas, etc.— a lo largo de su, en comparación, extenso territorio citoplásmico.

Eso sería terreno familiar. Sería de esperar.

Pero cuando extrajimos cuidadosamente una célula de la colonia plumosa, la congelamos y la pasamos por el micrótomo, para luego examinarla en el pequeño microscopio electrónico del laboratorio, Dan informó de que no había ningún tipo de núcleo. La célula era una burbuja de gelatina con cromosomas libres que flotaban en una membrana densa pero simple y, por sí misma, la harían ser, entonces, una

variedad de bacteria o arqueobacteria, ninguna de las cuales aprisiona su ADN en núcleos.

Pero la célula se sostenía por un citoesqueleto de microtúbulos, que parecían fajos de fibras cristalinas. Las bacterias y arqueobacterias no tienen citoesqueletos.

La célula muestra era tan grande como la punta de mi meñique. La inspección de otra célula nos mostró que había bacterias de muchas clases diferentes viviendo libremente dentro, barrenando su camino a través del gel del citoplasma. Algunos de los intrusos bacterianos eran enormes, milímetros de largo, visibles al ojo desnudo. Me recordaban a los extremófilos que había visto descritos en Science unos cuantos meses antes, de la clase que se arracimaba en los traseros de los feos y rojizos gusanos Pompeii en las comunidades de fumarolas.

La fronda, por tanto, no era ni planta ni exactamente un animal, ni tampoco pertenecía a ninguno de los restantes tres reinos de la biología moderna. Cada célula en mi criatura colonial era como un anticuado pueblo minero del Oeste. Los autostopistas bacterianos eran libres de irse y quedarse, pero la mayor parte de las veces se quedaban. Imaginé que eran como mano de obra minera reclutada entre los rufianes del pueblo, hacían su trabajo, pero en ocasiones maniataban al jefe y a su mujer, amenazaban a los ingenieros (mi imaginación volaba enfebrecida por la falta de azúcar) y obligaban a los ricos dueños de la mina a pagar en lingotes de oro, y sin un sheriff a la vista.

Montones de cooperación entre personajes que en cualquier momento sacarían los revólveres y empezarían a acribillarse los unos a los otros, para luego cambiar completamente al siguiente instante...

Y compartir bebidas en el bar.

Me reí. Valerie y Betty me miraron parpadeando como búhos y extenuadas. Miré el reloj. Eran las siete treinta de la tarde. No habíamos hecho ningún descanso.

Ya era hora.

Las máquinas funcionarían solas. El tanque mantendría contenta cualquier cosa que estuviese viva. Miré la lista preliminar de proteínas de Valerie de la jalea y fruncí los labios como si me preparara para un beso.

—Guau —dije.

—¿Bueno? —preguntó Betty.

—Fenomenal —dije—. No hay núcleos y no hay mitocondrias en esas células. Muy primitivas.

—¿Eso es bueno?

—Es con lo que he estado soñando durante años —dije—, las bacterias en el citoplasma son comensales, pero no simbiotes... ayudan a la célula a respirar y metabolizar la comida. Pero están muy lejos de ser mitocondrias. Quizás a cientos de millones de años de distancia...

La carne del brazo me cosquilleó con piel de gallina.

—Jesús —dije, con toda la reverencia de la que fui capaz—. Podríamos estar

viendo fantasmas del Jardín del Edén. Y no tomaron parte en la Caída.

Dan se había derrumbado sobre el monitor del Applara. Valerie lo sacudió para despertarlo y le susurró algo al oído. Pareció animarse mucho.

—¿La cena? —murmuró.

—De mi cuenta —dije. Miré a Betty—. Deberías venir también. Y Bloom, si todavía está por aquí. — Me sentía magnánimo. Demonios, estaba exultante de alegría.

—Díselo a Owen —insistió Betty.

Llamé a Montoya con el móvil de Betty. Me respondió al segundo timbrado.

—Betty, estoy en el retrete ¿Qué pasa?

—Soy Hal —dije—. Es maravilloso. Hay noticias. Creo que tengo la pista final. —Me paré y tomé aire profundamente. Cuando estábamos cansados, tanto Rob como yo teníamos tendencia a cometer rimas sin gracia. Al doctor Seuss vamos a visitar.

—Buenas noticias, espero —dijo Montoya—. Porque hasta ahora ha sido un desastre.

—Tengo una célula primitiva. Primordial. —Aquí me desaté—. De un tipo que hace tres mil millones de años que no se ven. Con los diseños para la dominación bacteriana aún recientes y los jugadores todavía bastante ingenuos.

—Dime lo que significa eso en lenguaje de andar por casa, Hal.

—Creo que tengo la lista de ARN y productos proteínicos que las bacterias usan para tomar el control de nuestro genoma.

—¿Y qué vas a hacer con eso? —preguntó Montoya pacientemente.

—Romper algunas de las rutas metabólicas, interrumpir receptores celulares, crear nuevas bacterias —dije como si fuera perfectamente obvio—. Nuestras células no recibirán la orden de cerrar o envejecer. No perderán la habilidad de repararse por sí mismas. Se mantendrán jóvenes.

—Bien. ¿Entonces sabes cómo arreglarnos?

—Aún no —dije. Los milagros se toman años, no días—. Basándome en trabajos anteriores, necesito encontrar cinco o diez proteínas más disparadas por hades para desactivar el mantenimiento celular juvenil. Podrían estar en esta lista. Necesito secuenciar los cromosomas flotantes... algo menos de unos cuantos millones de pares de bases. Quiero hacer una técnica de manchas, PCR, hacer un par de tests de homología. Estoy seguro de que todavía tenemos los mismos genes, en algún lado, perfectamente conservados.

—Felicidades, Hal —dijo Montoya. No sonaba entusiasmado, pero como había dicho, hasta ahora las noticias eran todas malas—. Pásame a Betty.

Bajé de mi subidón y le pasé el teléfono a Betty, que escuchó durante un instante y entonces lo apagó y se volvió hacia mí.

—Owen insiste en que la cena es por su cuenta. Y después de cenar quiere verte. Viene a Seattle en avión.

Dan y Valerie me hicieron el gesto de pulgar hacia arriba. Betty se mostró más

reservada, aunque no sabría por qué hasta dentro de cinco horas.
Los ángeles también pueden ser demonios.

La cena en Canlis fue elegante pero silenciosa. La sombría madera gris y los manteles blancos encuadraban una impresionante vista del lago Union. Rara vez me podía permitir comer tan bien, pero estaba intranquilo y exultante a la vez, y lo mejor que pude hacer fue brindar con champán con Valerie y Dan y picotear mi plato.

Nos dimos la mano y nos despedimos a medianoche. Betty Shun me llevó en su Lexus a una de las cuatro residencias de Montoya en Seattle, un ático en lo alto de un complejo de apartamentos a menos de cinco manzanas de distancia. Me eché una siestecita por el camino.

Betty me despertó cuando echó el freno de mano en el garaje. Di un salto en el asiento. Me miraba intensamente. Su cara brillaba con un tono violeta pálido bajo la cruel luz fluorescente del garaje.

—Tengo una pregunta —dijo—. ¿Por qué quieres vivir un millar de años?

Torcí la cabeza a un lado para librarme del agarrotamiento de cuello.

—Más es mejor que no tener lo suficiente —dije.

—La vida está llena de dolor y frustración. ¿Para qué prolongar el sufrimiento?

—No creo que la vida consista únicamente en dolor y miseria —dije.

—Soy católica —dijo Betty Shun, aún buscando algo en mi expresión con sus ojos—. Sé que el mundo es malo. Mi abuela es budista. Sabe que el mundo es ilusión. Quiero vivir una vida saludable, bien empleada, pero no quiero vivir para siempre. Algo mejor nos está preparado.

—Yo soy más bien un sintoísta —dije—. Creo que el mundo viviente nos rodea, pensando y trabajando continuamente, y que todas las cosas vivas quieren comprender lo que pasa. Solo que no vivimos lo suficiente para averiguarlo. Y cuando morimos, eso es todo. No hay segundo acto.

—Dejarás sin existencia a muchos aún no nacidos —dijo.

—Si el mundo está lleno de dolor, les estaré haciendo un favor —dije con irritación. No tenía ganas de un debate filosófico a medianoche, no después de un día de trabajo duro y esclarecedor.

Betty Shun parpadeó con su rostro inexpresivo patentado y abrió la portezuela para salir.

Comparada con la mansión de Anson Island, el ático era bastante discreto. Menos de quinientos metros cuadrados, techos abovedados por todo el lugar, dormitorios en lo alto de un estudio de trabajo con suelo de madera de arce, con un solarium de veinte metros cuyos cristales en aquel momento mantenían fuera una llovizna temprana. Olía a menta y té de rosas.

Montoya nos recibió en el solarium y me pasó una taza de café fortísimo.

—Explíquelo de nuevo —demandó mientras Betty nos dejaba solos—. Tengo cinco funerales a los que acudir en la próxima semana, y no puedo dejar de preocuparme. Quiero saber adonde nos dirigimos. —Masticó las palabras

airadamente, pero su rostro permanecía en calma—. Tengo miedo de la muerte, doctor Cousins. Me ha mostrado una posible vía de escape. Y yo he mordido el anzuelo.

Me senté en el sofá tieso como en trozo de hielo. No tenía ni idea de adonde quería llegar, pero no me gustaba un pelo.

—A veces pruebo todos los platos en el menú —dijo—. Despilfarro el dinero solo para catar todas las opciones. ¿Comprendes?

Le miré con ojos legañosos.

—No —dije.

—Estoy preocupado... o, mejor dicho, algunas personas están preocupadas por mí. Preocupadas por su presencia. Es usted un misterio, Hal.

Su expresión era una de curiosidad entomológica. Me limpié las palmas húmedas contra las perneras.

—Betty me contó lo de su encontronazo con Mauritz antes de embarcar en el Mensajero del Mar. Tuvieron una discusión acalorada.

—Solo nos dijimos hola.

Montoy a me ignoró.

—El asesinato le sigue como una nube de humo. —Gesticuló vagamente hacia mi cabeza con un dedo doblado—. Bloom me recomendó que no volviera a encontrarme con usted nunca más.

Cerré los puños y me levanté.

—He sido completamente sincero con usted, señor Montoya.

—Owen, por favor. —Escrutó mis puños con la misma curiosidad entomológica de antes; luego me miró a los ojos como un niño preguntándose qué habría dentro de un paquetito tan firmemente envuelto y cerrado.

—No sé por qué Betty Shun le mentiría.

—Tengo que creer a mi gente.

—Tiene que haber algo más. Merezco una explicación.

Montoya pareció perder todo interés. Podría haber estado haciéndome invisible justo delante de él.

Nunca me he tomado bien el rechazo. Las mentiras pueden enfurecerme. Pero algo iba terriblemente mal, y si yo fuera Montoya, considerando lo que había ocurrido y lo que le decía su gente, quizá me hubiera sentido de la misma manera. Tenía que salir de la casita de juguete de este hombre y hacer algo de trabajo detectivesco por mi cuenta. Pero la reunión no había terminado, no en lo que a mí se refería.

—Nuestro acuerdo especifica que completaré una cantidad sustancial de la investigación en marcha si por alguna razón decide cortar la financiación a este proyecto. —Me felicité a mi mismo por haber conseguido decir todo sin atragantarme con ninguna sílaba.

Montoya dio un golpecito a su reloj.

—Hora de dormir.

Salió del solarium y subió las escaleras a su dormitorio. Bloom y Shun esperaban al fondo del estudio. Bloom estaba inclinado para examinar una impresionante colección de pisapapeles de cristal en una vitrina alta. Shun permanecía un paso o dos atrás con los brazos cruzados como una colegiala culpable.

—Me están despidiendo —les dije—. Podría darle lo que quiere, pero no me escuchará. Escucha a gente que miente.

Bloom asintió con empatía, los labios fruncidos hacia abajo.

—Lamento oírlo. Le escoltaré hasta abajo.

—La patada en el culo —dije.

—Como quiera.

Betty empezó a largarse. La cogí por el brazo y Bloom me cogió por el mío, con fuerza. Nos quedamos así un momento, un pequeño triángulo de tensión, Betty evitaba mirarme a los ojos y Bloom trataba de obligarme a que mirara a los suyos. Su agarre se hizo más fuerte.

—¿Quién le dijo que mintiera? —le pregunté a Betty.

—No le entiendo —dijo Betty Shun.

—¿Solo soy un Jonás, pueden hacer lo que les plazca conmigo? —Soltándolo así, diciéndolo en voz alta para que lo oigan otros, disparando la flecha al blanco con tanta fuerza que te tiemblan las rodillas. Solté un gallo.

—Encontraron a Dave Press flotando en el agua cerca de Vancouver —dijo Bloom como si estuviera opinando sobre el tiempo—. Dicen que tenía la cabeza aplastada. Quizá se golpeó con algo, o alguien le golpeó.

Betty Shun se liberó con una mirada sombría y Bloom me empujó, no muy amablemente, hacia la puerta.

La avenida Aurora estaba oscura y brillante por la lluvia. No tenía ni abrigo ni paraguas. Me quedé parado por un momento, mirando pasar el tráfico, siseo tras siseo de neumáticos mojados en ambos lados de la mediana gris de cemento que dividía la autopista. No estaba acostumbrado a una noche fría de verano, y la odiaba, odiaba la ciudad. Sentí náuseas en el estómago, la poca comida que había ingerido en Canlis formaba una pelota en mis tripas.

Tiritando, le di un portazo a la puerta del complejo de apartamentos y le pedí al portero de librea que me llamara un taxi. En su podio, levantó la vista de su ejemplar de Red Herring como si yo fuese uno más del corto desfile de vagabundos que se dirigían al norte desde el centro de Seattle. Volvió su atención a la revista.

Caminé bajo la lluvia, dando el paseo en forma de anzuelo a lo largo de la orilla sur del lago Union, pasando el Centro Para Barcos de Casco de Madera. Desde allí recorrí en un silencio húmedo los quinientos metros más o menos hasta la brillante fachada del edificio Genetron.

Quizá, pensé... Quizás han clausurado el laboratorio. No podría entrar. Pero nadie

me detuvo. Pasé por delante del guardia de seguridad de ojos somnolientos, que levantó la taza de café como saludo cuando mostré la identificación.

Teclé mi clave y entré en el laboratorio.

Siempre esperamos hasta que nuestro cuerpo nos diga lo que tenemos que sentir y pensar. Incluso en el pasillo ya había olido algo agrio y salado, pero había negado conscientemente la percepción, el desespero.

El agua marina cubría el suelo. Se habían llevado el proteomizador y el secuenciador. También los ordenadores. Las paredes del tanque presurizado ya no estaban cubiertas de escarcha. Alguien lo había desconectado, abriendo a la fuerza la parte de arriba, y había removido los contenidos con el mango de una fregona. La fregona estaba tirada en el suelo.

Los vendobiontes eran una jalea fantasmal.

Vomitó en el lavabo del laboratorio.

Mi deprimente madrugada no se había terminado aún. Recorrí tambaleándome las pocas manzanas hasta el Homeaway, sintiéndome un cadáver, y probablemente con ese aspecto, y me dirigí a mi habitación. La suite era brillante y estaba limpia y ordenada, y la cama estaba hecha y perfecta, el patrón floral de colores pastel del cubrecamas parecía un amigable abrazo en señal de amabilidad y buenos modales. La habitación olía a limpio. El cuarto de baño resplandecía en blanco, todas las botellas en miniatura de champú y los jaboncillos dispuestos en cestitas sobre toallitas dobladas y la tapa del retrete de un blanco cegador sellada con papel que lo proclamaba apto para uso y desinfectado.

La habitación del hotel me daba la bienvenida y creía en mí. A salvo.

Contemplé mi maleta abierta, las ropas sucias en una bolsa de plástico al lado. Hora de empezar de nuevo. No podía retirarme. Había demasiado en juego. El Largo Viaje. Tenía mi pequeña lista de proteínas, patéticamente corta, pero podía conducirme a un nuevo principio.

Automáticamente, saqué los cuatro móviles de la maleta y los dispuse sobre la cama. Miré las pantallas. Quizás otro ángel había llamado, quizás el señor Song se hubiese cansado de la bilis de serpiente.

Tenía dos mensajes en el Nokia que más usaba. Marqué para recibirlos. El primero era de Rob. Sonaba muy lejos.

—Hal, no puedo contarte mucho en este momento, tengo que irme. Solo quiero que sepas que lo siento mucho. Tendríamos que haber unido nuestros esfuerzos. Intenté mantenerte alejado, pero ahora probablemente intentarán cogernos a los dos. Somos demasiado parecidos. Guisantes de una misma vaina. He descubierto que seta va detrás de ti.

Así es como me sonaba, digitalmente confuso, y así es como lo escribí. Seta.

—Habla con K, por favor. Le he dado un paquete para ti. Es un pobre gilipollas hijo de perra, pero sabe más que nadie. El paquete explica un montón de cosas, si eres lo suficientemente listo. Mantén los ojos abiertos. —Produjo un sonido seco como la

tos de un perro—. Lo que no entiendo es cómo, con todo el dolor, todavía estás cuerdo ¿Te acorazaste el cerebro?

Inhaló ruidosamente y dijo, por primera vez en todo lo que recuerdo:

—No somos exactamente amigos, pero te quiero de verdad, príncipe Hal.

Con los puños cerrados hice una bola con la colcha y tiré las tres almohadas contra la mesilla de noche.

El sistema me dijo que tenía un segundo mensaje.

Era Lissa.

—Hal, por favor, llama a tu madre. No tengo su número a mano, y de todas formas no tengo valor. Lo siento. La policía de Nueva York dice que Rob está muerto. Le dispararon en un callejón. Oh, Dios, Hal, no puedo ni pensar correctamente, no sé pensar en qué hacer. No puedo pensar en nada.

Pensar, pensar, pensar, como gotas de plata en el pequeño altavoz.

Dejó su número y colgó. El sistema me preguntó si quería guardar o borrar.

Cerré el Nokia de golpe. Me quedé quieto. Giré a la izquierda, a la derecha, inspeccionando la habitación, su neutralidad, el orden. Intenté alcanzar el PalmSec para mirar el número de mamá en Coral Gables. Me senté en la cama y expulsé todo el aire hasta que la habitación se oscureció. No conseguía obligarme a hacer la llamada. ¿Qué le contaría? ¿De verdad me lo creía? ¿Al menos en parte?

Aquello que no había hecho, encontrar a Rob y averiguar qué le turbaba, había vuelto para perseguirme a mí. La carne es el enlace que no se puede romper.

Inhalé algo de aire y contemplé el reloj-radio sobre la mesilla. Eran las tres treinta y mientras me quedaba allí sentado, lloré como un niño aterrado en aquella habitación limpia y segura, la peor mentira del mundo.

No tenía ningún otro lugar adonde ir. Cerré con llave la puerta, puse la cadena, pasé el cerrojo, apoyé el mueble de la televisión contra la puerta (después de arrancar los cables de un tirón) y corrí las gruesas cortinas sobre la ventana.

Siempre he tenido grandes esperanzas sobre la humanidad. Nunca me había entregado a la desesperación, no importa cuán dura se volviera la vida. Creía que conocía cómo funcionaban las cosas y cómo se oponían a uno mismo y a sus sueños.

Ahora estaba encaminado en la dirección opuesta. Había subestimado completamente lo mal que se podían poner las cosas. Tenía la fuerte convicción de que se pondrían peor.

No recuerdo haberme quedado dormido. Cuando desperté me encontré mitad en la cama, mitad fuera de ella. Tomé una ducha. Primero comprobé el agua, oliéndola, restregándomela entre los dedos, y luego la dejé correr durante varios minutos para asegurarme de que no me escaldaría.

Consideré mi situación exhaustivamente y saqué algunas conclusiones desagradables. Alguien quería matarnos, a Rob y a mí. Yo era afortunado de seguir con vida. Rob... No era tan afortunado.

El cerebro vagabundea por una selva de explicaciones y algunas veces se sube al árbol más probable, no importa lo feo y el poco follaje que tenga. Encontré mis árboles. Alguien había envenenado la comida a bordo del Mensajero del Mar, quizá con alucinógenos. Había pasado la mayor parte del viaje en mi camarote y me había perdido mi dosis.

Dave Press había recibido la suya, eso estaba claro. Y Mauritz.

Mauritz se había vuelto loco y empezado a disparar.

Quizá sí hablaste con Mauritz. Quizá sí te dieron una dosis y te olvidaste de todo, incluyendo cuando mataste a Dave Press.

Sacudí la cabeza con una violenta arcada de disgusto y golpeé la pared. Todavía estaba desnudo y mojado de la ducha, y mi mano dejó una huella húmeda en el empapelado a rayas de la pared.

En la habitación de al lado, alguien golpeó en respuesta y gritó para que me calmara.

Restregué el dedo por el interior del depósito de agua de la cafetera de la habitación y lo olí, comprobé si había pinchazos en el paquete de café Seattle's Best. Nada sospechoso —nada que pudiera ver—, pero de todas formas decidí no tomar café.

Betty Shun estaba implicada, de alguna manera; le había mentido a su jefe acerca de mi conversación con Mauritz. ¿Pero por qué mentir? No parecía de ese tipo, ni parecía que yo le desagradara.

Eso me hizo preguntarme si el tejido conectivo, el centro de todo, no sería precisamente Montoya, la acaudalada divinidad de Puget Sound.

Miré el reloj-radio. Una de la tarde. Coloqué el mueble de la televisión de nuevo en su lugar, me limpié el sudor de las axilas con un paño mojado y me vestí.

Hice el equipaje.

Hora de largarse cagando leches del pueblo. Abrí la puerta, con las bolsas en la mano, justo en el momento en que dos hombres trajeados se paraban delante de la puerta. El más bajo y viejo tenía la mano en el aire, formando un puño. Dio un paso atrás, con las cejas levantadas y expresión de sorpresa. El otro me miró con algo de sorpresa y metió la mano en la chaqueta.

Contemplé la mano buscadora con sombría fascinación. Tenían armas. Tenían el aspecto de oficiales de paz juramentados.

Creían que yo podía ser peligroso.

—¿Va a algún lado? —preguntó el hombre más alto; su rostro se rompió repentinamente en una sonrisa. No se me ocurrió ninguna respuesta a la altura del ingenio de este poli de televisión. Me quedé mirándolos y puse las maletas en el suelo.

—Soy el detective Tom Finn, Departamento de Policía de Seattle, Homicidios. Este es el detective Keeper. ¿Es usted Henry Cousins?

Asentí.

—Encantado de conocerle, doctor Cousins. —Finn entró en la habitación, le echó un vistazo inocente y de arriba abajo, no vio nada que le interesara (aunque se inclinó al lado del cable arrancado de la televisión emitiendo un chasquido) y me invitó a acompañarles al centro. Keeper me ayudó con las maletas.

Había llevado una vida recta y sin infringir la ley hasta entonces, nunca me habían arrestado. Nada de drogas, robo en tiendas ni malversación de fondos. Mi peor pecado era una cabezonería egomaniaca a prueba de razonamientos. El crimen había pasado a mi lado en la noche sin verme. Solía sentirme protegido, incluso privilegiado. Pero en los últimos días me había caído por una trampilla invisible a un lugar subterráneo, donde cosas muy desagradables sucedían todo el rato, y la policía se tomaba un interés no solicitado por tus asuntos.

Si antes tenía alguna duda al respecto, no las tenía ahora.

Finn y Keeper me condujeron al centro de la ciudad y me escoltaron hasta una habitación de interrogatorio al final de un pasillo largo y bullicioso en el quinto piso del edificio de Seguridad Pública. La habitación tenía dos metros y medio por cuatro, pintada de color vainilla pálido, con una resistente mesa de madera y cuatro sillas de plástico. Me dejaron solo durante unos cuantos minutos mientras reunían sus papeles. Miré alrededor, deprimido y nervioso, con dolor de cabeza gracias a la falta de desayuno.

Miré a través de la ventana con barrotes a una soleada plaza de piedra. Estaba punteada con trabajadores judiciales haciendo un descanso, sentados con las piernas cruzadas o con los brazos tirados detrás del respaldo de los bancos, leyendo periódicos y bebiendo café. Algunos transeúntes dormitaban a poca distancia en el áspero pero único confort de un pequeño triángulo de césped. La vista desde la ventana, si le quitábamos los barrotes, era una estampa de paz y justicia, si bien no de igualdad para todos.

El detective Finn volvió el primero y comenzó por ponerme al día.

—El forense del condado de Kitsap ha determinado que la muerte de Dave Press fue un accidente. Se ahogó. Las heridas en la cabeza ocurrieron post mórtem.

Keeper entró con una lata de Pepsi light y me la tiró. Sin azúcar, solo cafeína para ponerme nervioso. No tenía idea de lo que significaba aquello: ¿un interrogatorio amistoso, entre colegas?

—El doctor Mauritz disparó y mató a su mujer antes de unirse a usted en el Mensajero del Mar.

—No lo sabía —dije.

—La encontramos la noche pasada —dijo Finn—. Los asesinatos a bordo del Mensajero son un problema federal, pero este está en nuestra jurisdicción, y el FBI nos ha pasado las riendas. Las preguntas continúan amontonándose.

Keeper tomó asiento como una gárgola vestida con un traje Haggar.

—Un asesinato a bordo de una nave llena de científicos carece de sentido —prosiguió Finn—. Usted no estaba en ningún lugar de las cercanías del Mensajero del Mar cuando Mauritz empezó a disparar. ¿Pero tiene alguna idea de por qué saltó Press por la borda?

—Actuó de forma extraña durante la mayor parte de la inmersión —dije.

—¿Extraña de qué tipo?

—Intentaba soltar tacos. Comportamiento errático. Al final se puso violento.

—¿Algún tipo de borrachera de la profundidad? ¿Por parte de ambos, pudiera ser?

—Solo él. No sé nada sobre la borrachera. No lo creo.

Finn dio vueltas alrededor.

—Algunos miembros de la tripulación aseguran que fueron envenenados y que eso explicaría su comportamiento irracional. ¿Fue usted envenenado?

—No que yo sepa.

—¿Es un no definitivo?

—Me sentía bien. Me enfurecí con Press cuando empezó a actuar de forma rara, luché con él cuando intentó hundir el submarino... pero eso es todo.

—¿Lo golpeó usted?

—Él era el que pegaba. —Señalé el vendaje en mi sien—. Llevé el DSV de vuelta a la superficie cuando él se desmayó. Estaba mortalmente asustado, pero no me sentía enfermo. De verdad.

Finn continuó mirándome. Hizo girar las manos, continué:

—De todas formas, Dave Press estaba inconsciente o alelado. Pensé que podía estar muerto, pero pareció recobrase cuando emergimos. Entonces él...

—¿Qué fue lo que le dijo, doctor Cousins?

Reflexioné por un momento.

—Me preguntó si Montoya me había llamado alguna vez. Parecía pensar que era importante.

—¿Habló Montoya con él, quizá le dijo algo antes de que el barco saliera del puerto?

—Lo dudo. ¿Qué diferencia supondría?

Finn sonrió e inclinó la cabeza de lado.

—La ayudante de Montoya dijo que usted intercambió palabras poco amigables con el doctor Mauritz. ¿Lo niega?

—Sí.

—Nadie más le vio hablar con Mauritz hasta el segundo día de viaje. ¿La conversación fue amistosa?

—Nos dijimos hola.

—¿Qué sabe de un hombre llamado AA3000? —Finn levantó una página de su pila—. Aparentemente ese es su nombre legal.

—Antes se llamaba Jack Scholl. Se lo cambió —dije—. Acude a conferencias sobre nanotecnología e investigación sobre longevidad.

—¿Por qué se cambió el nombre?

—Una maniobra sensacionalista. Filosofía, diría yo. AA es por Año Apolo 3000, contando desde el primer aterrizaje en la Luna, aproximadamente la esperanza de

vida que espera conseguir.

—Ya veo —dijo Finn.

AA sufría de cáncer de próstata y no tenía buen aspecto la última vez que lo había visto. Sin embargo, todavía mantenía sus esperanzas.

—Nanotecnología... eso es lo de las cositas pequeñísimas esas, electrónicas, ¿no? —preguntó Finn. —Gilipolleces de ciencia ficción —dijo Keeper con una sonrisa de superioridad.

—¿AA3000 era un inversor en sus investigaciones?

—AA tiene poco dinero. Era un pequeño inversor, hasta el año pasado. Supongo que no estaba progresando lo suficientemente rápido para él. Encontró a alguien más convincente. —Miré a Finn un instante y añadí—: Es un viejecito amable e inteligente.

—¿El señor Montoya también es uno de sus inversores?

—Lo era.

—Este tío, AA3000, ha estado realizando llamadas amenazadoras a un cierto número de sus colegas, incluyendo al doctor Mauritz, empezando a principios de la semana. Pero nunca ha salido de San Francisco. ¿Todavía es uno de sus contactos profesionales?

—No he hablado con él en meses. ¿Hay otros crímenes de los que no sé nada? —pregunté.

—Al fin se enciende la lucecita —dijo Keeper desde su esquina.

—Unos cuantos —dijo Finn—. Y sin ninguna conexión excepto los intereses de las víctimas. Biología. Genética. Oceanografía. Dos en Woods Hole, Massachusetts, el 7 de junio. La esposa del doctor Mauritz, el 8 de junio. Uno en Palo Alto, 17 de junio. Usted vivía en Palo Alto, ¿no?

—Me fui hace diez meses.

—¿Divorciado?

—Sí.

—De la anteriormente Julia Merrivale —dijo Keeper.

—Sí.

—Le desplumó —dijo Keeper.

—Se quedó con la casa.

Keeper silbó.

—En Palo Alto, ¿cuánto vale una casa así?

Finn meneó la cabeza, y Keeper desvió la mirada con una sonrisa.

—Todas las víctimas excepto la esposa del doctor Mauritz estaban involucradas en investigación biológica, relacionada, de una forma u otra, con la suya, por lo que puedo entender —dijo Finn—. Pero no soy un experto. Para mí todo son palabrejas y jerga.

—La biología lo parece a veces.

—¿Coincidencia?

—La verdad es que no lo sé —dije—. ¿Y usted?

—Y ahora su hermano, muerto por disparos en Nueva York —dijo Finn. Me aclaré la garganta.

—Todavía tengo que contárselo a nuestra madre.

—¿Qué está pasando, doctor Cousins? —Finn inhaló profundamente—. ¿Alguien intenta asustar a los científicos, o desacreditarlos, quizá? ¿Verdes radicales, fanáticos de los animales?

—Yo no torturo gatitos ni perritos.

—¿Alguna otra amenaza de la que sea usted consciente?

—Nunca he sido amenazado —dije.

—¿Nadie ha intentado llamarle? —preguntó Finn.

—Aparte de mi hermano, no.

—¿Le amenazó?

—Por supuesto que no.

—¿Dijo algo inusual?

—Sí.

El rostro de Finn se llenó de paciencia alentadora.

—Me preguntó si me había llamado nuestro padre. Nuestro padre está muerto. Mi hermano parecía cansando. —Aparté la mirada de Finn hacia Keeper y volví a mirar a Finn en la caliente y cargada habitación, con un nudo en la garganta. No era ni el momento ni el lugar adecuado para echarme a llorar.

Finn sacó otra hoja de papel y la examinó atentamente con sus pálidos ojos azules.

—Muchos comportamientos excéntricos. No estamos yendo a ningún lado intentando encontrar un motivo.

—Dudo que Nadia Evans tenga algo que ver —dije.

—Es atractiva, ¿no es cierto? —dijo Finn.

—¿Mauritz estaba celoso? —preguntó Keeper.

Finn tampoco se impresionó con esa pregunta. La desechó con un gesto de la mano, ordenó los papeles sobre la mesa y acercó su silla a mi lado antes de sentarse. Entrecruzó los dedos con seriedad.

—¿Cómo induciría usted comportamientos criminales coordinados? —preguntó—. Seguramente no con envenenamiento alimentario.

—Hipnosis —sugirió Keeper, agarrándose la rodilla con manos ásperas. Finn hizo una mueca de desdén casi imperceptible y Keeper retiró las manos, dándose por vencido.

—¿Hubo envenenamiento? —pregunté, tratando de integrarme en el espíritu de este peculiar tete-á-tete.

—El FBI dice que no. La comida en el buque estaba libre de gérmenes y toxinas. Aparte de eso, la señora Mauritz estaba muerta antes de que partieran hacia el océano.

—¿Drogas? —pregunté. No quería revelar mi anterior línea de pensamiento, así que me comporté como si todo fuera nuevo para mí.

A Finn no pareció importarle la inversión de papeles por mi parte.

—Ninguna que podamos detectar. —Encaró la ventana, resignado a la futilidad.

Empecé a sentir por primera vez que yo podía ser más una fuente de información que un sospechoso. Keeper, sin embargo, aún trataba de mantener la presión con una mirada maligna.

—Parece que los federales han puesto el asunto al fuego en el quemador de atrás —dijo Finn—. Nuestros zapatos de Seattle solo nos permiten andar hasta un límite. No me puedo preocupar de crímenes cometidos en el mar o en otros estados, excepto si nos indican algo sobre nuestro único asesino solitario. El doctor Mauritz es un espécimen patético, un caso clínico. No tiene recuerdos de lo que pasó en el barco o en su casa. Presentaremos cargos, y quizá los federales también, pero dudo que nadie quede satisfecho.

—Ojalá pudiera ayudar.

—Lo mismo digo —dijo Finn, e hizo una señal de despedida con la mano—. Es usted libre de irse, doctor. Lamento lo de su hermano. El mundo está loco, ahí fuera. Si se entera de algo interesante, nos gustaría que nos lo comunicara.

—Larga y próspera vida, Spock—soltó Keeper desde su esquina, con una sonrisita perversa.

27 de junio - Coral Gables, Florida

Lissa tiró su ancho sombrero negro sobre la mesa de arce del comedor.

—Dios los maldiga en el infierno —musitó, y elevó sus dedos como si fuera a darle una calada a un cigarrillo. Se dio un golpecito en los labios, de color rosa, con las uñas de un elegante tono perlado y me dirigió una mirada de reojo para ver qué opinaba yo de sus modales; no es que le importara—. Se merecía algo mejor. Se merecía algo mucho mejor.

No podía estar en desacuerdo. Nunca antes en mi vida había sentido el impacto de la mortalidad tan duramente, ni siquiera cuando murió papá. Acababa de enterrar a mi doble genético.

Ante la insistencia de nuestra madre, Rob había sido colocado en un ridículo ataúd azteca de bronce a prueba de agua. En el funeral, bajo el odioso sol, habíamos observado cómo el brillante tubo sellado de carne en conserva bajaba a un hoyo de dos metros excavado en la piedra caliza de Florida.

Mamá se sentó en el cuchitril sollozando suavemente en un pañuelo negro de rayón, rodeada de las damas de su club de bridge con quienes compartía chismorreo de culebrones y bolsas de la compra llenas de novelas rosa.

No podía quitarme de la cabeza aquella vez que le había pegado un puñetazo a Rob en la nariz en medio de una acalorada discusión sobre quién de los dos saldría con una chica determinada. Teníamos dieciocho años. Habíamos estado juntos en esa misma mesa de arce, las palabras subiendo y subiendo de tono, cada uno convencido de que el otro se había salido de tiesto y necesitaba un severo correctivo. Yo me moví primero y lo cogí completamente por sorpresa.

Su nariz sangró como la de un cerdo herido.

En aquel momento, quería arrastrarme a un agujero profundo y tapanlo detrás de mí. Pero no podía evitar fijarme en Lissa.

Las mujeres se quejan de que todos los hombres son iguales. No es cierto. Lo que ocurre es que compartimos objetivos comunes. En medio de mi dolor y vergüenza, con mi madre sollozando en la habitación de al lado, evalué a la mujer de mi hermano, su viuda, y supe que a los veintiséis años de edad estaba en la plenitud de su belleza.

Es inútil ponerles la rienda a todos los caballos del establo. Dan coces en la valla con más fuerza cuando huelen la muerte en el aire.

—¿Has oído algo? —preguntó Lissa mientras se recogía un mechón de cabello claro. Parecía decidida a mantener los codos doblados y las manos cerca de la cara.

Había dejado de fumar, supuse, hacía algunos meses, pero la necesidad la poseía con tenacidad felina.

—No —dije.

Había ido a la funeraria y firmado todos los formularios. El conductor había recibido a mi hermano por transporte aéreo en el aeropuerto de Miami, lo había entregado a la mesa de acero inoxidable y se había asegurado de que se inyectasen todos los agentes químicos apropiados.

Le habían hecho una autopsia en Nueva York. De todas formas, nadie quería un ataúd abierto.

Habría dado cualquier cosa por pasar unos pocos minutos con Rob vivo. Quería una última oportunidad de disculparme por varias cosas, entre las cuales no figuraba la última: ese puñetazo joputa a la nariz.

—Daría cualquier cosa por pedirle perdón —dijo Lissa, sobresaltándome con nuestra sincronía. Me miró directamente. Ojos marrones un poco demasiado pequeños, culminados por unas serias cejas cuadradas de color trigo en una cabeza también un pelín demasiado pequeña, considerando las medidas de su cuerpo. Esas disparidades, encuadradas por aquel cabello informal pero ordenado de un color amarillo mantequilla, la volvían incluso más sensual.

—¿Perdón?

—Nos hicimos cosas el uno al otro que no fueron muy agradables. Y siento la necesidad de confesarme. A él. Confesarle lo mucho que lo siento.

—Comprendo —dije.

—Tu madre... —Mirando en dirección a los sollozos ahogados en la otra habitación, Lissa realizó una mueca como si oyera uñas raspando una pizarra.

—Su hijo —dije, defendiendo a nuestra madre de esta belleza turbadora que le había apretado las clavijas a Rob de una manera que yo nunca podría.

—No ha habido detenciones —dijo.

—No ha habido detenciones —confirmé.

Picoteamos de las bandejas de sándwiches y verduras en la despedida de Rob y sorbimos ponche, y cuando la mayor parte de la gente se hubo marchado y mamá estaba en el baño, limpiando un poco, abrí dos cervezas frías en la sombría cocina y le di una al director de la funeraria, un tipo de pelo negro con quijada admirable, más joven que yo por un par de años.

Lissa se había ido a algún lado por el momento. La verdad es que ni me di cuenta de su marcha.

—Los funerales son peores en días cálidos —confesó el director de la funeraria—. Nos sentimos tan vivos cuando hace calor. Eso nos hiere cuando llega el crepúsculo, cuando el aire refresca y nos recuerda la tierra honda y profunda.

Tenía poco tiempo para responder a su explosión de elocuencia surrealista. Lissa entró en la cocina con mamá del brazo.

—Lissa me ha contado que estaban pensando en volver a estar juntos de nuevo —dijo mamá, como si importara, como si eso en particular, posiblemente una mentira inocua, pudiera establecer alguna diferencia, con Rob atascado en un ataúd azteca a prueba de agua en la tierra honda y profunda.

Contemplamos cómo mamá le daba las gracias al director de la funeraria. Lo acompañé a donde estaba aparcada la limusina, detrás del garaje.

Se quitó la chaqueta y la tiró al asiento delantero del Lincoln.

—Algunas veces —dijo—, las madres me dan propina cuando el servicio ha acabado y los de catering se han ido. Tengo que devolvérselas con una amable disculpa. —Sonrió y meneó la cabeza con triste comprensión.

Debió de pensar que yo era de un tipo más duro, capaz de escuchar anécdotas de su oficio con asombrada objetividad. Lo odiaba a muerte. Había visto a Rob muerto.

Todo lo que podía hacer, mientras yacía en nuestro viejo dormitorio, la última habitación que habíamos compartido, escuchando la brisa nocturna que soplabá entre las palmeras del patio y bailaba invisible cruzando Florida, era imaginar lo peor.

Lo abrieron y le sacaron el cerebro destrozado, y luego se lo volvieron a meter. O quizá ni siquiera se tomaron la molestia y su cabeza está hueca. De cualquier manera, el juguete ya no tiene cuerda.

El chico no volverá a correr.

Me desperté por la mañana, temprano; había tenido sueños sobre fontanería tortuosa en gigantescos cuartos de baño y salí al pasillo para aliviarme. Vi a mi madre sentada con Lissa en las estropeadas sillas de mimbre en la sala de estar. Debían de haberse pasado toda la noche en vela. Hablaban de Rob. Mamá tenía su espalda vuelta hacia mí.

—Cómo se peleaban —decía por enésima vez—. Algunas veces, cuando su padre no estaba, no me atrevía a interponerme, eran como dos gatos monteses. Cuando tenían tres años, les encantaba que les leyera. La única manera que tenía de que dejaran de pegarse era sacar algún libro de ilustraciones. Les decía: «Dejadlo ya, parad ya, al doctor Seuss vamos a visitar». Entonces salían corriendo como si no pasara nada y se sentaban en mis rodillas.

Lissa miró y me vio en la sala, los pantalones de mi pijama haciendo tienda de campaña gracias a una erección matutina por ganas de orinar. Me sentí como un niño de diez años al que pillan tocándose la pilila. Sus ojos se abrieron ligeramente; entonces, con un parpadeo lento, miró a otro lado y continuó la vigilia junto a mamá.

Las mujeres se apoyan mutuamente.

Julio - Berkeley, California

Las peticiones para entrevistas dejaron de llegar. El desastre del Mensajero del Mar se convirtió en noticia vieja, y las noticias viejas sin novedades sabrosas para ponerlas al día están más enterradas que la Historia, más que olvidadas. Mauritz se había vuelto loco y empezado a disparar a bordo, los miembros de la tripulación actuaron de forma extraña, Dave Press se había ahogado, unos cuantos biólogos habían sido asesinados, incluyendo a Rob. Excepto Mauritz, no había detenciones ni sospechosos. Fin del camino.

Salí sigilosamente de Coral Gables y volví a la Costa Oeste. Limpié mi pequeño apartamento en Oakland, un destartado refugio temporal como mucho, y eliminé unos cuantos rastros obvios. No envié ningún correo y cancelé mis móviles.

Necesitaba tiempo y un lugar donde pensar. Bajo un nombre falso, alquilé un apartamento en Berkeley, que estaba, en cualquier soleada mañana de verano, literalmente bajo la sombra del elegantemente blanco hotel Claremont. Mi casera era una artista envejecida y pensaba que era encantador tener a un científico viviendo y trabajando encima de su garaje. La artista compartía la casa con otras dos compañeras de pelo corto y ninguna paciencia para con los hombres. Le vine con excelentes recomendaciones por parte de un profesor de Microbiología de la Universidad Estatal de San Francisco, un compañero de viaje que había escondido a radicales mucho más controvertidos que yo en la década de 1970.

Llamaba a mi madre de vez en cuando, desde una cabina.

Me sentía invisible. Era frustrante, pero también alentador.

Mi vida fue tranquila durante unas pocas semanas, un respiro antes de mi primer encuentro con K, la vuelta de Lissa y lo que yo llamo La Semana Infernal.

Sentado en un gastado sillón, mirando a través de la estrecha ventana del apartamento las plataneras que se extendían bajo los paneles lechosos del viejo invernadero, le di vueltas a la lista de proteínas sospechosas de los vendobiontes.

El invernadero estaba pegado esquina con esquina al garaje, detrás de una vieja casa de madera de 1920, escondida de mi vista por los juníperos y encantada por el zapateo y susurro en staccato de las zapatillas de la vieja dama.

Llegaba lentamente a la conclusión de que lo que tenía en mi corta lista —y era todo lo que tenía— era suficiente. La lista me guiaría hacia donde realmente debía mirar en el laberinto de rutas químicas que constituyen la biografía de una célula humana.

¿Pero con quién hablaban esas proteínas cuando trabajaban? ¿Qué mensajes químicos interceptaban o incrementaban durante las décadas de una vida humana? Sin un espécimen viviente de vendobionte no tenía ninguna manera sólida de saberlo. Podría especular con un millar de posibilidades reales, pero la elucubración nunca fue mi estilo.

Cuando la vista del invernadero perdió su atractivo, y la paz se convirtió en aburrimiento terminal, crucé la calle, entre medianas de tráfico del tamaño de papeleras, y me dirigí unas cuantas manzanas al oeste hacia la Universidad de California en Berkeley. Me senté en la biblioteca y me puse al día con las publicaciones. Usé un ordenador de la biblioteca para conectarme a Internet y mirar los últimos artículos a la espera de ser publicados.

Pero era un mes extrañamente poco activo en mi área de interés. Leer en la biblioteca no era la cura que necesitaba.

Pensaba demasiado en la Nada, y la tristeza no era una compañía amigable. Necesitaba un laboratorio, conversaciones rigurosas con colegas, conexiones con compañías que estuvieran haciendo estudios genómicos profundos. Necesitaba más especímenes. Necesitaba trabajar con las manos, las cuales siempre han guiado y alentado a las musas de mi cerebro.

Así que volví a la actividad pública. Me puse al teléfono, escribí cartas y di paseos por el campus y las calles cercanas al apartamento. Cursé unas cuantas peticiones para usar un laboratorio, a través de mi amigo microbiólogo, y observé cómo me las rechazaban todas. El uso de espacio de laboratorio era algo muy buscado y mi curriculum era demasiado misterioso.

Mi artículo sobre comunicación mitocondrial con bacterias intestinales fue sometido a otro arbitraje (eso oí) y rechazado. Todos mis lazos con la ciencia estaban siendo cortados, y mis huellas borradas.

Al final me vi reducido a caminar sin rumbo por los centros de biotecnología del campus y el laboratorio de superordenadores, lleno de nostalgia, tratando de imaginarme si fuera respetable, con financiación completa, y con el agradable complemento de posgraduados para hacer recados y discutir conmigo mis puntos más débiles.

Después de unas semanas, mi cuenta bancaria estaba peligrosamente baja. Compré y comí espartanamente y me imaginé que comiendo poco estaba retrasando mi senescencia. Durante unos días, me convencí a mí mismo de que yo era mi propio laboratorio, mi propio experimento y tomé notas al respecto, dibujando gráficos de la pérdida de peso, cambios de humor. Contaba los pelos que perdía en el desagüe de la pequeña ducha.

Preparando limonada insípida con limones viejos y amargos.

AA3000 se había matado de hambre a sí mismo durante veinte años. Su impulso sexual había bajado a cero. A Bettina, su mujer, no le había parecido un gran inconveniente. La ingestión calórica reducida funcionaba con las ratas y quizás

incrementaba la esperanza de vida de los supervivientes de campos de concentración. AA fue la loca inspiración de muchos de nosotros. Y ahora se moría y llamaba a la gente para amenazarla, no precisamente un ejemplo alentador mientras me iba hambriento a la cama.

Estaba a punto de perder el valor. Ya había perdido la perspectiva. Mis cartas quedaron sin respuesta, mis llamadas de teléfono no me llevaron a ningún lado.

Curar el envejecimiento no es un asunto respetable en algunos barrios. Muchos creen que solo somos turistas en la tierra de los vivos. Vivir demasiado va contra la Ley de Dios. ¿Quién habría supuesto que académicos liberales, incluso científicos, temieran secretamente la ira de Jehová?

Me preguntaba qué pensaría ahora Rob de mí. En mi soledad me volvía más amable y más introspectivo.

Necesitaba a mi hermano para que me pegara un buen puñetazo en la nariz.

En uno de mis infrecuentes viajes a la frutería Star en la avenida Claremont, vi a dos hombres delgados de pie cerca de una parada de autobús. Vestían chaqueta deportiva y pantalones anchos. Tenían el pelo castaño oscuro y a cepillo y las caras alargadas y teatrales. Parecían ágiles; podrían haber sido actores o artistas de circo. Uno llevaba una boina. El otro me miró a través de unas pequeñas gafas de sol de montura metálica mientras pasaba a su lado, entonces le dio un codazo a su compañero, quien se lo devolvió. Juntos, me ignoraron ostensiblemente.

Nada inusual en Berkeley.

La frutería olía a melocotones caros franceses en cajas de abeto, bolsas de zanahorias, jabón para la vajilla y otros mil enseres domésticos. Compré cuatro manzanas, cuatro plátanos, dos latas de jugo de naranja congelado, medio kilo de jamón de pavo, dos barras de pan, un paquete de arroz, mayonesa y aceitunas. Examiné mi calderilla y se me cayeron un par de monedas al sucio suelo de linóleo. Las recogí, me enderecé y añadí los faltantes seis centavos hasta completar los veinte.

Mientras tendía la mano a la cajera para coger la vuelta de tres dólares, un hombrecillo con una nariz achatada y denso cabello negro corrió entre los mostradores, golpeándome en su prisa. Más de mis monedas se cayeron al suelo.

El hombrecillo agarraba desesperadamente con tal fuerza un pulverizador de plástico sin etiqueta que lo deformaba, dejando un rastro de gotas de un líquido claro.

Un joven dependiente totalmente calvo corría detrás de él.

—¡Maldito seas, vete de aquí y no vuelvas! —gritó el dependiente. Elevó su pie embutido en una bota, con la cara retraída en una máscara granujienta de disgusto. La bota falló, y el hombre se escabulló por la puerta doble.

El dependiente se volvió para mirarnos a la cajera y a mí.

—Perdón por el lenguaje —se disculpó. Tenía las orejas y la nariz completamente perforadas por anillas—. Ahora tendré que tirar toda esa lechuga. —Levantó su mano como si sostuviera una pistola y con una mueca de disgusto imitó tanto el movimiento como el sonido de fis-fis del pulverizador—. La señora Lo me va a

matar.

—Lo he visto antes por aquí —dijo una rolliza mujer pelirroja de unos cincuenta años. Depositó su cesta en el mostrador y pellizcó una atractiva cabeza de lechuga romana como si fuera un gran insecto—. Creía que trabajaba para ustedes.

—Nunca me había dado cuenta —dijo la joven cajera. Se puso de puntillas para mirar por encima de la estantería de cigarrillos. El hombrecillo se había perdido de vista.

—Jesús —dijo el joven dependiente, y se disculpó de nuevo.

Sacudí la cabeza, sin ofenderme. Solo era un día normal en Berkeley.

Aquella noche, soñé con el hombrecillo. Pulverizaba agua sobre todo, y toda la ciudad se marchitaba. El hotel Claremont estallaba en llamas, y las viejas casas señoriales de Berkeley se hundían como cera al calor de un fuego. A continuación me encontraba otra vez en el desierto, caminando junto al hombre del pelo blanco.

Era mi padre, e intentaba contarme algo importante acerca de Rob.

La Semana Infernal comenzó de manera prometedora. Mi amigo en la Universidad de San Francisco me llamó y me dijo que el 8 de agosto habría un congreso de los Prometeanos en el campus Clark Kerr en la UC de Berkeley. Les había sacado una invitación a mi nombre a los directores, Phil Castler y su mujer, Frieda, el mismo Phil Castler que no había conseguido impresionar a Owen Montoya.

Los Prometeanos son visionarios, ingenuos en muchos aspectos, y sabios adelantados a nuestro tiempo en muchos otros. Castler mismo combinaba profundas reflexiones sobre políticas a largo plazo con un entusiasmo infantil por el Progreso, un entusiasmo que una vez compartí, y que ahora echo de menos desesperadamente. Eran devotos de escuchar e intercambiar información y entusiasmos, y las ideas eran la moneda común. Eran mi gente, mis amigos, incluso cuando competíamos por financiación, incluso cuando no estábamos de acuerdo.

La invitación de Castler, y una chapa del congreso, llegaron al buzón al día siguiente, junto con una nota escrita apresuradamente por Frieda, grapada a una colección de antiguos boletines: «¿Dónde has estado? ¡Phil y yo estamos ansiosos de que nos pongas al día!».

Nunca en toda mi vida había esperado tanto un congreso. Señalaría mi regreso al mundo real.

Divisé a Phil en el pórtico enlosado de la entrada del auditorio estilo misionero Joseph Wood Krutch. Llevaba una rebeca estilo Mr. Rogers desabrochada sobre una camisa blanca, pantalones anchos sueltos y zapatos negros, y estaba hablando con un joven de buen porte con vaqueros y chaqueta de cuero negro. La conversación era intensa. El joven apuñaló el aire con su dedo, y Castler se balanceaba adelante y atrás sobre sus talones, absorbiendo cada punto de la discusión como si tuviera masa real. En los momentos claves, asentía con un gesto académico, elegantemente señorial,

que había observado en científicos europeos de mayor edad. Castler, sin embargo, había sido alumbrado y educado en Estados Unidos; era su personalidad la que era europea y señorial.

Un guardia de seguridad armado permanecía junto a la entrada, con los brazos cruzados como un genio. La primera vez en un congreso de los Prometeanos. Habían muerto demasiados científicos.

—¡Hal! —gritó, sonriendo y tendiendo la mano. Tenía el pelo más largo que la última vez que lo había visto, hasta el cuello, espeso y fluido. El look a lo Liszt le sentaba bien—. ¡Me alegro de verte! Han sido un par de meses duros; se han ido demasiados amigos. ¡Nos temíamos lo peor!

Bajo la coerción de Castler, tuve que darle una versión no-demasiado-siniestra del último par de meses, gravemente mutilada y sin determinados hechos clave. Escuchó con simpatía, me ofreció sus condolencias por la muerte de mi hermano.

—Una terrible pérdida —dijo.

A continuación se lanzó a hablar de las dificultades de los Prometeanos. Las inscripciones continuaban pero las contribuciones de empresas flaqueaban. El Wall Street Journal había atacado sus teorías de manera particularmente hostil.

Escuché con una fuerte sensación de desapego, como un soldado que ha vuelto a casa escuchando la cháchara de un hombre de negocios.

—¿Qué le hemos hecho al Wall Street Journal —preguntó Castler con una sonrisa cansina. Me miró intensamente y agarró un hipotético cuello en el aire con las manos.

Otro asistente al congreso distrajo a Castler, y salió lanzado a meterse en un nuevo debate.

Miré alrededor del salón, admirando las oscuras vigas de roble español que sostenían el alto techo, el enlosado naranja y blanco de estilo árabe de las paredes. Recogí mi paquete de documentación y el folleto en el mostrador de inscripción, charlé un minuto con Frieda —una diseñadora de modas que diestramente unía su trasfondo de humanidades a los esquemas tecnocráticos de Phil— y leí los temas de las conferencias. La mayor parte eran asuntos comunes. Cinco presentaciones monográficas y varias mesas redondas se hallaban repartidas en los dos días. El orador principal daría una charla sobre proteómica de segunda etapa y el potencial necesario para identificar barricadas formadas por un solo gen en la autopista hacia el rejuvenecimiento.

Sentí un escozor de irritación, leyendo toda esa cháchara abstracta. No había soluciones de un solo gen, se había comprobado hacía años. El entusiasmo de ojos brillantes era familiar, pero el enfoque también era familiar, y las respuestas ya no eran material de vanguardia.

Un vistazo a la lista de inscripciones contó toda la historia: ochenta miembros presentes, comparados con los cien del año anterior.

Nos dirigimos ordenadamente al auditorio. Yo era uno de los pocos en la audiencia que no tomaba notas en un palm o con portátil. El zumbido y el cliquear de

las teclas continuó durante varios minutos mientras Phil y Frieda, y su equipo, terminaban de coordinar cámaras de vídeo y proyectores digitales.

Mi nerviosismo se convirtió en tristeza. A mi alrededor se agrupaba en rebaño la gente que había creado el enfoque científico para abordar el problema de la investigación sobre longevidad. Algunos de ellos habían estado trabajando las ideas y explorando las posibilidades durante más de cuarenta años. Pero el congreso tenía un aire de ya-he-estado-aquí, ya-he-visto-esto, una polvorienta palmadita en la espalda antes que pensamiento de vanguardia.

Sabía que no era culpa de Castler. En parte, era el resultado de que la mayor parte del talento se hubiera marchado a la investigación privada biotecnológica. Las grandes compañías —y las pequeñas— rara vez compartían sus resultados más interesantes, decididamente no con pioneros visionarios. No se podía confiar en los visionarios para que mantuvieran la boca cerrada, y los pioneros eran a menudo propensos a presentar demandas.

Castler presentó al maestro de ceremonias, un ingeniero molecular procedente de Stanford. Tomó el podio, lanzó un par de chistes a la multitud reunida para la larga sesión de la mañana y desafió a la audiencia con una reformulación de la vieja teoría de que la longevidad era una función de la estrategia sexual: reproducete copiosamente y muere joven, ten menos descendencia y vive más.

—¿Y qué decimos a eso? —preguntó provocadoramente.

—¡Que me los traigan! —gritó una mujer joven en las filas de atrás.

Un joven con dos coletas trenzadas se levantó. No se había dado cuenta del tono humorístico del MC y arguyó que la idea dejaba de lado completamente el aspecto social, tan crucial para comprender la esperanza de vida humana. Los seres humanos son parte de un tejido social, dijo el joven, no animales salvajes reproduciéndose indiscriminadamente, rebosantes de esperma y óvulos, hijos de una ciega y brutal selección natural.

El MC educadamente cambió el tono, de humor a debate, contraatacando con que el sexo era más que un intercambio de esperma, era también un intercambio de virus y bacterias. Un monje aislado viviría más no porque fuese célibe, sino porque no intercambiaba saliva. Un bosque de manos se disparó hacia arriba.

—¡Eh, ya estamos calientes! —graznó el MC—. ¿Por qué no empezamos ya con el verdadero programa...?

Pero la pequeña multitud no le hizo caso. Castler en persona se levantó e hizo una pregunta que desembocaría en muchas otras, disfrutando del debate por sí mismo y al infierno con el decoro.

Un joven alto de constitución pesada y una mujer pequeña con aire de abuela de unos sesenta años replicaron con la aserción de que la selección natural cesaba después de que dejáramos de reproducirnos. En otras palabras, nos quedábamos fuera del juego genético una vez que parábamos de tener niños. Una media docena se mostraron en desacuerdo; bien por ellos, pensé. Esa había sido la explicación

evolutiva para el envejecimiento desde que Bidder la propuso en 1925, y ya crujía de vieja.

Castler pasó por encima de los murmullos, admitiendo que aunque eso era cierto, la salud de la sociedad —y por tanto de los individuos que dependen de esa sociedad tanto como las abejas en una colmena— necesitaba de la sabiduría de sus ancianos. La edad de jubilación ocurre normalmente unos treinta años después de que uno deje de tener niños, y la función de los abuelos continúa durante años después. La salud de una sociedad se refleja tanto en el número de la descendencia como en el vigor de los ancianos que permiten a esa sociedad mantener más retoños.

El orador principal, ya en el escenario, se quedó apartado con sus notas, bastante contento con este destrozo ordenado del horario planeado.

Empecé a relajarme. Esa era mi gente. Mi comida y mi bebida. Era real.

Se inició una acalorada discusión sobre el hecho estadístico de que el máximo entrópico se alcanzaba a la edad de veinte años, consumíamos más, por unidad de peso, y teníamos más actividad y crecimiento celular, con mayor potencial para que se produjeran errores genéticos, antes de que la mayoría de nosotros se reprodujera. Sin embargo, era en la larga cuesta de la estabilidad entrópica comparativa que el envejecimiento y la edad nos alcanzaban finalmente. ¿Qué genes nos mantenían saludables durante ese período en el que la entropía, y por tanto el error, deberían acumularse?

Era una pregunta interesante, coincidieron varios, pero muy compleja y bastante fuera del objetivo general. No queríamos empezar una inacabable discusión sobre entropía y sistemas cerrados cuando de hecho deberíamos estar discutiendo sobre almacenamiento de información y complejidad.

Castler cortó diestramente la discusión entre dos futuros físicos completamente volcados en explicar las diferencias entre sistemas cerrados y abiertos.

—¿Puedo hablar ya? —preguntó el orador principal. Fue completamente ignorado.

Frieda Castler hizo una sugerencia ingeniosa. Dando un salto considerable desde una declaración anterior, de que la longevidad dependía de cuánto tiempo nos costará criar a nuestros hijos, afirmó que todos nosotros merecíamos vivir miles de años. Nos iba a llevar eso criar a nuestros verdaderos hijos, las futuras inteligencias basadas en el silicio. Inteligente, pero no me parecía que tuviera demasiado sentido. Era un firme creyente en la carne, no en el silicio, y en eso me distinguía de Gus Beck, los Castler y la mayor parte de la audiencia en la sala.

Pero el congreso había comenzado a hacer fluir mis jugos, y esa era una de las razones por las que había venido.

Hicimos una pausa para el almuerzo, antes de que el orador tuviera una oportunidad de soltar su discurso y, en el fondo del auditorio, recogimos cajas llenas de sándwiches, manzanas, galletitas y refrescos de lata. Elegí lo mío del fondo de la pila, y entonces me senté a comer solo en un banco en el patio, observando cómo el

viento soplaba las hojas alrededor de una fuente seca.

Nadie se me ofreció para hacerme compañía. La gente pasaba a mi lado en pequeños racimos y seguía adelante.

Comí lentamente. Sentí que el abatimiento volvía. Castler y Frieda se habían alegrado de verme, pero los otros tenían instintos más agudos.

El vientre de la ballena me había dejado apestando a pescado.

AA3000 llegó en su silla de ruedas después de que la pausa para el almuerzo se acabara, y fue rodeado rápidamente a la entrada de la sala por una multitud de gente que le comunicaba buenos deseos. A mí me parecía una exposición rodante de un museo sobre la mortalidad. La carne se le pegaba a la calavera. Su cráneo estaba cubierto de mechones de pelo blanco y escaso, y la frente le brillaba con gotitas de sudor. Apenas podía levantar los nudosos y delgados dedos para estrechar la mano a la gente que le deseaba suerte y los estudiantes, sus hijos intelectuales. Sin embargo, todavía había una luz en sus ojos que reconocí incluso a diez metros de distancia. El mismo brillo de convicción de que nuestras partidas de nacimiento no eran al mismo tiempo nuestros certificados de defunción.

No me imaginaba a ese venerable anciano amenazando a nadie por teléfono.

Su esposa durante treinta años, Bettina, empujó la silla de ruedas y le limpió los labios con un pañuelo de lino. Bettina estaba a principios de la sexta década, y tenía el cabello levantado, espeso y de un blanco plateado, sobre la frente. Lo sacó de la presión de la gente que lo rodeaba después de diez minutos, dándole a AA la oportunidad de tomar algo de aire antes de que el congreso continuara. La sala estaría abarrotada, y los ancianos tienden a quedarse dormidos. La multitud se partió educadamente.

Bettina propulsó a su esposo más allá de donde me encontraba en la fila de atrás. AA volvió la cabeza y palmeó débilmente contra el apoya brazos de la silla. Bettina obedeció y se detuvo. AA alzó un haz de dedos marchitos y apuntó uno hacia mí.

—Rob Cousins. Estás muerto —dijo.

Pinchazos a lo largo de mi columna dorsal.

Bettina le susurró algo al oído. AA parpadeó con irritación.

—Perdóname —dijo—. La peor parte... es la pérdida de memoria, y para mí la memoria es el alma. Tu hermano era un gran hombre. Más grande de lo que eres tú, y más poderoso. Solía llamarme y hablar conmigo. Darne consejo. Instrucciones. Mi rostro ardía.

—Mucho más grande que tú —insistió AA—. Definitivamente el hermano más listo.

—Calla —dijo Bettina.

—¿Por qué llamaste al doctor Mauritz? —pregunté.

Puso los ojos en blanco y tosió educadamente en un pañuelo. Bettina me dirigió una mirada feroz. ¿Cómo te atreves a enfadarlo? ¿Cómo te atreves a interrogar a un

anciano enfermo? Y llevaba razón, pero tenía que saberlo.

—No recuerdo ningún doctor Mauritz —dijo cuando recuperó el aliento—. Pero sí, probablemente le llamé. Me dijeron que llamase a cierta gente. —AA levantó la mano en un gesto admonitorio hacia su esposa cuando esta intentó acallararlo de nuevo, y luego fingió saludar a los entusiastas que tomaban asiento cerca de la parte delantera de la sala—. ¿Por qué pierdes el tiempo aquí? No perteneces a este sitio, Henry. Es una reunión de diletantes con talento. Vete a hacer tu importante trabajo, mientras puedas. Es la semana del asilo de ancianos para mí. Celebrarán mi influencia e ignorarán mis advertencias, mis advertencias... seniles.

—Calla, calla —insistió Bettina, con más fuerza. Le hizo caso omiso de nuevo, se inclinó a un lado para empujar una silla plegable e hizo rodar la silla de ruedas para acercarse a mí. Bettina se quedó detrás con sus brazos cruzados, cansada de su cabezonería.

AA se puso a la distancia necesaria para susurrarme. El aliento le olía a mala dentadura y falta de nutrición.

—¿Tienes alguna idea de lo que los hombres de mala voluntad pueden hacer? ¿Lo que pueden quitarte? —Su voz sonaba como un chasquido—. Soy un anciano moribundo, al que no vale la pena matar. Solo sirvo para hacer recados. Pero tú y Rob, sois los importantes. Saben lo que estás haciendo.

Cuatro jóvenes caucasianos con vaqueros negros pasaron al lado, acompañados por dos chicas asiáticas. Sin duda eran parte del contingente de ciberfrikis de Phil. Las novias asiáticas estaban de moda en la comunidad. Saludaron a AA con sonrisas de admiración.

Se sentó recto, moviendo sus labios en silencio hasta que estuvieron fuera del radio de escucha. Entonces se centró en mí, suplicando.

—Escucha a Flora Ramone. Dará una charla hoy a las tres. El resto... —Hizo un sonido, pfff—. Pensar que podamos dominar el futuro sin conocer verdaderamente el pasado. No cojas esas llamadas. No las cojas.

Otro ataque de tos asaltó al patriarca de la longevidad. Bettina se apresuró a sacarle de la sala, ansiosa de llevárselo lejos de mí.

Haciendo caso omiso de todos mis instintos, me quedé y escuché a Flora Ramone a las cuatro de la tarde, las conferencias llevaban retraso.

Dio una charla detallada y penosamente lenta, con muchos diagramas, sobre la organización social de los neoplasmas —tumores cancerosos— y la búsqueda de la inmortalidad. Se entusiasmó con el objeto de su conferencia; tenía los ojos resplandecientes.

Las células se volvían renegadas. Se escondían de la policía celular, alentaban el crecimiento de nódulos y arterias, pedían recursos por encima de sus necesidades. Se reproducían salvajemente y se negaban a obedecer las señales que demandaban que se identificaran, y cuando fallaba la identificación, apoptosis, suicidio celular.

Los tumores tienen una cierta arrogancia y presunción. Se reproducían a voluntad,

voluntad era una de las palabras clave. Exhibían libre albedrío, libre del resto del cuerpo. Las células dentro de los tumores intentaban construir su propia sociedad, pero habiéndose apartado de los sofisticados controles del organismo mayor, revertían a una clase más primitiva y egoísta de «política» biológica.

Los tumores a menudo fracasaban en alimentar a todas las células que los componían, y la muerte celular —la necrosis— era una de las consecuencias. Si enviaban misioneros para extender ese evangelio de libertad y cese de la esclavitud, la muerte del organismo mayor era demasiado a menudo el resultado final.

—Los tumores luchan por romper sus límites y vivir para siempre. La libertad es su objetivo, pero traen el desorden y la muerte —concluyó—. ¿En qué manera exacta somos diferentes? Si nosotros, como individuos, luchamos por ir más allá de nuestro tiempo de vida natural, ¿qué contribución hacemos a la humanidad? ¿Somos más listos a los ciento cincuenta años de lo que lo somos a los cuarenta? ¿Qué pasa si nos interponemos en el camino de los jóvenes? ¿Qué pasa si demandamos todos los recursos disponibles y matamos de hambre a nuestra sociedad, o nos dedicamos a búsquedas excéntricas que ignoran una sabiduría mayor que la nuestra? ¿Somos entonces biológicamente diferentes en algo, menos malignos que los tumores?

Su conclusión fue recibida con silencio. A pocos les gustó lo que escucharon. La doctora Ramone plantó unas cuantas preguntas hostiles, con poco efecto. La audiencia se fragmentó en grupos que murmuraban. Sola en el escenario, arqueó las cejas, recogió con tristeza los papeles sobre el podio y bajó.

La observé, rechinando los dientes.

Castler se me aproximó sigilosamente. Sacudió su melena de compositor y miró a las vigas de roble, muy arriba.

—Ha agitado la fiesta para toda la tarde. Ha hecho gala de una cortedad de miras inexcusable. ¿Qué es, una marxista?

Siempre he odiado a los negativos, aquellos que piden un cese de las investigaciones controvertidas en nombre del bienestar a corto plazo de la mayoría. Pero lo que verdaderamente me ponía furioso es que no tenía argumentos convincentes para refutar la polémica silenciosa y persistente de la doctora Ramone.

Las afirmaciones de AA y la charla de la doctora Ramone me habían despojado de toda la energía. Dar un largo paseo por Berkeley antes de regresar al apartamento parecía el mejor remedio para mi abatimiento. Caminé hacia las puertas de roble al final de la sala.

—¿Hal Cousins?

Una sombra se despegó de una esquina y se me acercó. Mi primer instinto fue echarme hacia atrás, pero no hubo ni espacio ni ocasión. La sombra, mientras emergía a la luz de la tarde, se convirtió en un hombre bajo de unos cincuenta años, apuesto, con sienes que comenzaban a platearse, una nariz ganchuda y densa, perfectamente formada, cejas aristocráticas. Estaba descuidadamente vestido en un traje de tweed con los puños gastados, una camisa de lino que alguna vez fue cara con

un cuello gastado por demasiados planchados y pulidos zapatos Oxford abombados en la punta. Llevaba algo bajo el abrigo abrochado, lo que le daba el aspecto de un palomo.

—No debería haber venido aquí —dijo—. Demasiado obvio. —Su acento era difícil de precisar: inglés con un toque del este de Europa, diría. Tenía un vendaje en la mano izquierda, de la muñeca hasta los nudillos, sujeto con un clip. Se dio cuenta de mi mirada y metió la mano en un bolsillo—. Puede que su hermano me haya mencionado. Soy K. ¿Nos vamos de... aquí? —Señaló con el codo como si fuera el muñón del ala de un pájaro—. Busquemos un lugar oscuro donde hablar. Brindaremos a la memoria de su hermano e intentaremos emborracharnos.

—Un licor fuerte es lo ideal —explicó K, y puso cara agria mientras nos sentábamos en un reservado de Pascal's, un pub en la avenida College.

La oscura sala, iluminada por lamparitas de pantalla amarillas y un estrecho tragaluz en el techo de cobre prensado, olía a lúpulo y al serrín esparcido sobre el suelo de ladrillo.

—El vino es aceptable —añadió—. La cerveza... no merece mucha confianza. El agua está prohibida, a menos que la compremos embotellada herméticamente y elijamos el almacén al azar. ¿Adivina por qué?

—¿Veneno? —aventuré.

Otra vez la mueca amarga, un comentario sobre mi inteligencia.

—Vi a AA en el auditorio —dijo como si pretendiera cambiar de tema—. ¿Le dijo algo?

—Se muere —dije, y me estremecí un poco—. Algo acerca de que tiraban de sus hilos.

K dio un resoplido irónico.

—¿Mencionó a Seda?

—¿Seda? —No era Seta, pensé.

—Seda —afirmó.

—No.

—Entonces no sabe nada. Tiran de los hilos —dijo K—. Los verdaderos Illuminati. Me he pasado los últimos quince años rastreando su historia. Los condenados judíos me bloqueaban a cada paso del camino.

Lo miré intensamente. Pensé en levantarme y abandonar el bar. Uno de los problemas con los libertarios, elitistas científicos y otros individualistas extremos es que una minoría significativa de los mismos cobija extraños, y a veces perniciosos, puntos de vista sobre razas y religiones que no sean las suyas. Piensen en los tipos de The Bell Curve y se harán una idea.

—¿Está seguro de que tenemos algo que discutir?

—Su hermano así lo creía —dijo K, su expresión se endureció—. Le recomendó que hablara conmigo, ¿no es cierto?

—Mi hermano vivía su vida y yo la mía.

Llegaron nuestras bebidas. Había pedido un escocés, algo que me gustaba pero raramente me permitía. K se echó su bourbon al colete de un solo trago y abrió una botella de soda, escuchando el siseo del gas al escaparse, y luego bebió.

—Oh, no me tome a mal —dijo K, arqueando aquellas oscuras cejas de actor de modo que recordaba a Errol Flynn—. A los judíos también les tiran de los hilos. —Sus rasgos parecieron suavizarse, como si fuera un cachorrillo al que hubiesen castigado. Una tristeza pasajera le pasó por los ojos y los labios se le torcieron, las palabras eran difíciles de controlar—. Perdóneme —dijo—. Es un tic nervioso. Ya se

acostumbrará. Me ha perseguido durante veinte años. Me ha arruinado toda la puta vida.

Tan rápidamente como antes, el arqueado de cejas y la expresión de confianza en sí mismo regresaron. La transformación fue sorprendente.

—Vamos a hacerlo por etapas. Cuanto menos cautos, antes muertos. ¿No tiene usted idea de quién soy?

—Solo K —dije—. Como en El proceso.

—¿Su hermano no le dijo nada más?

—Nada.

—¿Cómo de cerca está de su objetivo, doctor Cousins?

Le examiné la cara durante un momento, preguntándome si debía mentir.

—Bastante cerca —dije—. A unos pocos años, puede que menos.

—Rob estuvo en el lago Baikal. Murió en Nueva York. ¿Tiene alguna idea de lo que significa?

—No —dije.

—Hay una guerra —dijo K—. Su hermano se encontró metido en lo más duro de ella... se convirtió en objetivo por culpa de su investigación.

—Rob y yo estábamos, estamos, investigando sobre la prolongación de la esperanza de vida. Sé que es un tema controvertido, pero ¿cómo demonios nos mete eso en medio de una guerra?

—No soy un científico, soy un historiador. Su hermano me pidió que le diera algo. Fue prácticamente su última voluntad... para mí. —Sacó un paquete de debajo de la chaqueta y lo puso sobre la mesa: un sobre de tamaño folio de papel marrón, lleno a reventar, envuelto en lustrosa cinta de embalaje. Empujó el sobre a través de la mesa. Garabateado en la parte de delante con rotulador, en el estilo de letra de molde de Rob, estaba escrito: «Solamente para el príncipe Hal. Desde las fauces de la derrota. Para ti, hermano. Con auténtico amor y respeto. Rob Cousins».

La firma era definitivamente la de Rob, con enrevesados rizos, aunque más descuidada de lo que recordaba. —Como puede ver...

—Por favor —dije. Se me tensó la garganta, y las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos. Me las limpié apresuradamente y tomé el paquete.

K me observaba.

—Es de su hermano —dijo suavemente—. Sin contaminación. De sus manos a las mías, y de las mías a las suyas, y... como puede ver...

—Por favor —dije.

—Es importante, doctor Cousins. Se aseguró de que nadie que no fuese usted pudiese abrir el documento.

Había cerrado la solapa del sobre con cinta que cubría pelos del mismo color que el mío, unos cuantos dispuestos en líneas entrecruzadas. También había pelos protegiendo las juntas. Paranoico. Febril. El envoltorio hacía juego con el estado de ánimo del último mensaje de Rob.

—¿Lo miro y luego se lo devuelvo? —pregunté.

—Es suyo —dijo K, y extrajo un pañuelo para sonarse la nariz—. Haga con él lo que le apetezca. Le sugiero, sin embargo, que no lo lea aquí.

—Gracias —dije.

—Rob me pidió que le protegiera. Así sea. Las cosas se están poniendo duras. Debe comenzar a entrenarse.

—¿Entrenarme para qué? —pregunté. A pesar del sobre, estaba listo para levantarme y salir dejando al misterioso K con sus aberrantes maquinaciones. No dejaré que los delirios de Rob me arrastren con él.

—Supervivencia —dijo K—. ¿Tiene dinero?

Negué con un movimiento de la cabeza.

—Sé de alguien muy bueno en la ciudad. Rara vez toma estudiantes por caridad. Espero que podamos encontrar el dinero para pagarle.

—¿Qué tipo de supervivencia... en el desierto, de camuflaje, con tiendas, comiendo gusanos y lagartos?

K sonrió con una tolerancia paternalista que encontré más irritante que su nervioso racismo.

—Le enseña a la gente cómo evitar atentados extraordinarios contra sus vidas. Le conseguiré una cita. ¿Come fruta fresca y verduras?

Levanté la mirada del sobre.

—Sí —dije, con la esperanza de no estar poniendo en peligro ningún secreto vital.

K me dirigió una mirada dura.

—Déjelo de inmediato —dijo—. Solo comida enlatada, y compléméntela con vitaminas en contenedores sellados. Compre en diferentes tiendas, separadas por mucha distancia, preferiblemente supermercados. Evite a los desconocidos, o amigos, que se comportan de forma extraña... Con el tiempo, evitará a todos sus amigos. Los amigos y las amantes son nuestra mayor debilidad.

Me acordé del hombrecillo con el pulverizador. Si alguien estuviera envenenando a toda la ciudad seguramente saldría en las noticias.

—¿Por qué debería hacer lo que me dice? —pregunté.

—Su hermano trabajó duro para protegerse, y por un tiempo pareció funcionar. — Señaló el sobre—. Lo que no sabía, lo mató. —K salió del reservado. Mi escocés estaba a la mitad.

—Yo pago la ronda —dijo K—. La charla es terapéutica. —Me di cuenta por primera vez de que llevaba un suave guante beige en la mano sin vendaje. Sacó dinero de su cartera—. Nos pueden alcanzar a través de las monedas y los billetes, ¿sabe?, pero el metálico es mejor que ser localizado por las transacciones de crédito.

Salimos a la primera hora de la tarde. El aire era dulce y suave en Berkeley, el sol filtrado por una capa de nubosidad alta. Agarré el paquete de Rob con ambas manos. A pesar de mí mismo, miré de reojo a la gente de alrededor, un renqueante viejo con un sucio abrigo marrón y botas desatadas, una joven de ojos vidriados con el pelo de

color melocotón y piel blanca, dos tipos adinerados en trajes grises tan parecidos como gotas de agua.

—Espere —dije, deteniéndome en la esquina—. Mi hermano está muerto. ¿Qué demonios hizo usted por él que fuera tan importante?

Los ojos de K se volvieron esquivos. Pensé que estaba intentando evitar mi pregunta. Miró al este, hacia las colinas. Mi nariz se irritó. Olía a humo.

—¿Dónde vive usted, doctor Cousins? —preguntó.

Me di la vuelta. Un incendio se alzaba feroz y brillante a unas pocas manzanas por debajo del Claremont. Las llamas se elevaban a veinte o veinticinco metros de altura en el aire quieto y proyectaban su brillo en la fachada blanca del hotel como un atardecer prematuro.

Una lenta columna de humo se dirigía al oeste, blanca y grasienta, como —no pude evitar la comparación— la emisión de una fumarola abisal.

—Cerca —dije—. Por allí.

—Asegurémonos —dijo K. Su rostro se animó con un repentino entusiasmo, y por un instante su apariencia, más que nunca, era puro Errol Flynn—. Es posible que ya hayan marcado a sus vecinos.

Corrimos, luego andamos, y luego volvimos a correr subiendo la suave pendiente alrededor del campus, pasando alternativamente por delante de franjas de casas de clase alta y calles con césped llenas de malas hierbas y casas que necesitaban una mano de pintura, todavía no asimiladas para los ricos.

Me sentía enfermo, aunque no había nada de demasiada importancia en mi apartamento (ya estaba seguro de que el humo provenía de mi apartamento). Me preocupaban la casera y sus amigas artistas, y las casas cercanas.

La escena de verdad me impactó pese a mi imaginación. Los camiones de bomberos habían rodeado la corta y estrecha calle, y gruesas mangueras grises yacían sobre el asfalto estropeado como serpientes, hinchadas gracias a la presión del agua. Los bomberos se volvían hacia las casas y apuntaban los morros de las mangueras. Arcos de agua blanca danzaban hacia delante y atrás sobre las llamas.

Me quedé petrificado de horror. Había tres hogares en llamas, la casa rústica de madera con mi apartamento y dos más a ambos lados. Ahora el humo era vapor en su mayor parte, las casas eran carcasas que se colapsaban. Las plataneras del viejo invernadero se habían convertido en palos calcinados, y la estructura de hierro se había doblado en una agonía de calor. Más allá de los juníperos que todavía ardían como flambeados, pude ver el esqueleto negro del piso superior del garaje. Se desplomó con una explosión de calor y llamaradas que envió hacia atrás a una fila de bomberos.

Un helicóptero de la televisión removió el aire con engreídos fum-fums. El impulso de sus aspas envió algo de humo hacia la calle en una espiral gris y retorcida que lo envolvía todo.

—Suyo, supongo. —K me agarró del hombro.

—Mío —dije.

—Lástima. Esperaba que me alojara esta noche. —El tono era filosófico—. Es una guerra antigua y larga, doctor Cousins. Lo siento.

—Puede que fuera un accidente —dije, cruzando los brazos con lo que esperaba pareciera elegante resignación. Me senté en una mediana de cemento y dejé escapar el aliento en un largo suspiro. Antes de que K pudiera discutir, mi casera y sus dos amigas de pelo corto nos encontraron.

—¡Gracias a Dios, señor Vincent, que está usted aquí! —exclamó la vieja mujer. Las lágrimas marcaban surcos rosados y húmedos en sus mejillas sucias de hollín—. Todos escapamos. Me siento tan aliviada. —Se tocó el pelo con una mano negra por el humo—. ¿Vio a alguien? —preguntó—. ¿Alguien sospechoso? Ocurrió tan rápido que los bomberos dicen que tiene que haber sido intencionado. Pero, por Dios, ¿por qué aquí?

Miró hacia arriba con soñadores ojos azules la columna de humo blanco.

—No fue un accidente —me susurró K al oído—. Vámonos. Le conocen, señor Vincent. Puede que haya sido ella la que haya provocado el fuego.

Me aparté y lo miré con incredulidad, luego miré a mi casera.

—Tengo que rellenar un informe de accidente... ¿no? —Hágalo desde una cabina —sugirió K con paciencia cavernosa, como si le estuviera explicando un juego simple a un idiota.

Lo seguí como un robot cruzando las filas de vecinos mirones. La multitud se hizo menos densa. Solo un día más en Berkeley. Sentí la cabeza ligera por el shock retardado. A manzana y media de distancia de las cenizas y el humo, me di la vuelta para mirar la fuente de un sonido rítmico, que asumí era la cadena de una bicicleta que se aproximaba a nosotros por detrás. K me echó a un lado de un empujón justo en el momento que un perro negro y marrón con un morro lleno de dientes rasgó un largo surco en la parte de atrás de mis pantalones.

No era una bicicleta: zarpas de perro, dos dobermans con correas extensibles sujetas por una joven Diana de pelo oscuro y enteramente vestida de negro, con la cara contraída como un melocotón pasado por la furia.

—¡Maldito! —gritó—. ¡Maldito seas podrido hijo de perra! ¡Coméoslo, Reno, Qeenie!

Los perros se ahogaron contra sus collares. K salió corriendo hasta una buena distancia, pero para darle algo de crédito por su parte, se paró a dar pisotones y silbar en un intento de dividir la atención de los perros. Corrí de espaldas, con las manos alzadas en un gesto tanto de súplica como de defensa, usando el paquete de mi hermano como escudo.

La mujer me miró malignamente. Sus labios estaban manchados de espumarajos. No podía creerme lo que estaba viendo y oyendo.

—¡Destruyes nuestro barrio, persigues a nuestros niños y metes tu gran coche en

nuestros céspedes, nos miras con desprecio en los supermercados y te cueles en nuestros dormitorios! —Las palabras se le atragantaban en la garganta.

Los dobermans bailaban con los ojos en blanco en un éxtasis de rabia. Sus patas traseras resbalaban y empujaban como pistones, los tendones tensos como alambres. Sus garras delanteras rasgaron el aire y tiraron el paquete de Rob al suelo. Las uñas surcaron mis palmas, dejando toscos arañazos sangrientos. Los borrosos arcos gemelos de sus dientes chascaron a menos de medio metro de mi garganta. Podía oler vaharadas almizcladas de comida para perros. Jalaron y resollaron, literalmente colgando de las cuerdas de nailon blanco. El blanco de sus ojos se enrojeció por la presión sobre las venas de los cuellos.

El doberman de mi derecha se lanzó y me atravesó con los colmillos la yema del pulgar. Volvió a lanzarse y a morder fuerte. Empecé a gritar incluso antes de sentir el dolor. La dueña de los perros trinoó y graznó ante la visión de la sangre y les dio más correa a las bestias. El perro de la izquierda encajó sus garras en el hueco de mi hombro, giró la cabeza a un lado, embistiendo e intentando alcanzarme a través del remolino de mis manos, y luego dirigió sus fauces a la meta. Mientras caía, sentí su nariz fría en mi nuez de Adán, un roce de labios húmedos, la siguiente herida de marfil, y otro brillante punto de dolor.

Un grave y profundo «Retire a los putos perros, señora», seguido por dos disparos como truenos, y caí sobre uno de los arbolitos plantados a los lados de la calle, me deslicé por una rama torcida, tropecé con una cuerda atada a una estaca en la tierra. Una parte de mí vio a los dos perros detenerse en seco y caer como si los hubieran golpeado dos martillos gigantes. La sangre salpicó el asfalto.

Terminé la caída a tierra y me quedé de espaldas en el suelo, con las manos apretadas contra mi camisa, sollozando entrecortadamente por la impresión y para recuperar el aliento. K se movió rápidamente sobre sus cortas piernas. Arrebató el paquete de Rob y miró a la cazadora con fría irritación. Sus ojos se oscurecieron.

El tirador corrió escalones abajo desde una casucha a no más de diez metros con una 45 negra en una mano, la otra agarrando la muñeca, preparado para hacer un tercer disparo. Vestía pantalones cortos rojos y una camiseta blanca que dejaba al descubierto su panza de mediana edad. Sus brazos y piernas eran gruesos y peludos y sus gordas manos parecían blandas y rosadas. Miró a los perros con un ceño arrugado y emitió algunas palabras de compasión.

—Ah, Cristo. Lo siento.

Las balas del 45 habían impactado justo en el centro de los aerodinámicos torsos, justo detrás de los hombros. Muertes rápidas.

Los pequeños pechos de la mujer se elevaban y caían debajo de su jersey de cuello alto. Flacucha y fantasmal, pertenecía más a un café lleno de poetas y humo de cigarrillos que a la calle azuzando a sus perros contra los desconocidos. Se irguió con un movimiento de su corto pelo negro y tiró a un lado las correas extensibles. Las bobinas corrieron sobre el asfalto, reclamando sus cuerdas, enmarañadas y girando,

hasta que se detuvieron a un metro de distancia de donde los dobermans yacían en líneas paralelas sobre la acera ensangrentada.

—Ah, Cristo —repitió el tirador, y se arrodilló junto a los perros. Sentí que se me encogía el estómago y me subía la bilis por la garganta, contaminada por el whisky que había tomado en el bar.

—No tenemos ningún asunto pendiente en este sitio, ninguno en absoluto —me aseguró K. Me ayudó a ponerme de pie—. Volverán a ser ellos mismos dentro de un rato, y habrá aún más problemas.

La cazadora empezó a llorar. Su lloro se infló hasta ser un gemido y luego un aullido.

Solo entonces me di cuenta del hedor en el aire. Pensé que podrían ser los perros. Pero recordé a Dave Press en la esfera de plástico en el fondo del mar.

Era la mujer flacucha con el jersey de cuello alto. Apestaba como una jungla en putrefacción.

K volvió a meter el sobre de Rob en su chaqueta y me vendó la mano con su pañuelo, haciendo un hábil nudo alrededor de mi muñeca. Corrimos.

Incluso hoy en día, me sorprende que nadie nos siguiera. La mujer se convirtió en el centro de atención. Se tiró contra el hombre que posiblemente me había salvado la vida, golpeándolo con sus puños huesudos.

K me hizo correr, luego caminar y finalmente me llevó medio en vilo hasta un viejo Plymouth. Me metí dentro, sintiéndome bastante ido, y me llevó hasta el Hospital Alta Bates. Cuando cruzamos las puertas de cristal hacia la sala de emergencia estaba blanco del shock y casi no era capaz de permanecer de pie.

La recepcionista ejecutó todos los ritos de diagnóstico preliminar y me preguntó por mi seguro.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí? —me preguntó K mientras trataba de alcanzar mi cartera.

—No estoy malherido —insistí, y luego sentí la sangre en la nuca.

—No se toque —dijo la recepcionista con una mueca mientras escribía.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —repitió K.

—Solo unos minutos. No tengo seguro.

—No en el hospital —dijo K—. En Berkeley. —Tiró un fajo de billetes sobre el mostrador, bastante más de mil dólares—. ¿Es suficiente? Consígale un doctor a mi amigo.

K estaba lleno de sorpresas.

—Dos meses —dije. Otra enfermera me empujó a través de una pequeña pero atenta multitud de narices goteantes, moratones y tobillos torcidos. Mi camisa estaba empapada de sangre. Alguien empujó una silla de ruedas en mi dirección.

Justo cuando me di cuenta de cuánta sangre había, caí de rodillas, agarré el brazo de la silla de ruedas y me derrumbé en el pasillo, con la sensación rugosa del linóleo en mi mejilla.

Me preocupan los gérmenes. Odio los hospitales y sus gérmenes.

San Francisco

—Ahora le creo —dijo K mientras cruzábamos en autobús el puente Oakland. Yo llevaba puesto el gastado abrigo de K sobre una camisa verde de interno que me habían dado en Alta Bates. Tenía la mano perforada en varios lugares, pero no me habían desgarrado nada, y no había daños en los nervios o los huesos. Me habían mordisqueado la garganta, pero no me la habían abierto en canal. Qué suerte.

Sentí la presión del sobre de Rob contra mi flanco. Incliné la cabeza contra la ventanilla del coche, sensibilizado por el dolor —el efecto del Demerol se estaba desvaneciendo— y mi primera dosis intravenosa de integumicina.

—Gracias —dije—. ¿Pero qué importancia tiene?

—No le han marcado —dijo—. O si lo han hecho, no ha tenido efecto.

—No se qué quiere decir.

—La mujer con los perros, y quienquiera que iniciará el fuego, estaban marcados.

—Marcado, tú la llevas.

K le concedió a mi pésimo chiste más de lo que merecía, un resoplido y una media sonrisa.

—No tiene nada de gracioso. Si le marcaran, representaría un grave peligro para usted mismo, para mí y quizá para otros.

—Muy bien —concedí—. ¿Qué es, un agente químico psicotrópico? ¿Lo pulverizan sobre las frutas y las verduras y el barrio entero se vuelve loco?

Decir eso me dejó casi sin energías, me sentí desmayarme.

—Como he dicho, no soy biólogo. Su hermano estaba empezando a comprenderlo cuando lo marcaron. Luchó contra ello lo mejor que pudo. —K miró sombríamente al pasillo del autobús medio vacío—. Me ofreció una explicación a mis dificultades. Me dijo que debieron marcarme hace diez años. Y ahora soy un pez muy chico. Es una visión verdaderamente paranoide.

—¿Seda? —pregunté.

Asintió.

—Suena siniestro —dije—. Como que te estrangulen con una bufanda.

—Encontraremos una habitación en San Francisco, barata y anónima. Tengo práctica en esconderme. Tenemos suficiente dinero por ahora. La verdad es que me siento aliviado. Por lo menos a partir de ahora sabemos con lo que tratamos.

K parecía estar familiarizado con todos los hoteles infectados de chinches de San Francisco. Terminamos en el Haight en un pequeño edificio estrecho llamado El Algonquino, metido a presión entre una frutería asiática y una tienda especializada en

pósteres, bongos y muñecas de Betty Boop.

El hotel tenía diez habitaciones, un minúsculo vestíbulo y un sofá enano que se apolillaba y envejecía, perdiendo color delante de una ventana llena de cagadas de moscas que daba a la calle. K alquiló una habitación doble con el aire de un experimentado viajero europeo de clase alta que temporalmente pasaba por una mala racha mientras esperaba un ingreso de su banco de Londres.

Pagó en metálico.

La habitación era pequeña, con dos camas individuales, un tocador, un pequeño armario y un cuarto de baño adyacente. El lavabo del baño estaba desportillado. Me encontraba demasiado cansado para que me importara.

Me quité la fea camisa verde, me tumbé en la cama y pensé retirar mis restantes trescientos dólares del banco. Pagar a K mi cuenta del hospital.

Llamar a mi madre y pedir un préstamo.

K llevó la silla hasta la ventana. Se frotó las sienes con las manos, como si tratara de concentrar energía psíquica en la pared de ladrillo de enfrente que se veía a través del conducto de ventilación.

—Churchill le obligó a hacerlo —murmuró—. Ese no es el principio, pero lleva hasta donde nos encontramos.

Solo prestaba atención de vez en cuando a su delirio.

—Fueron los judíos —continuó—. Krupp era un criptojudío, ¿lo sabía? Rockefeller. Un judío. Querían que el mundo entero fuera a la guerra. Lea mi último libro si no está de acuerdo. Intensivamente anotado. Hemos vivido un siglo de fraudes y engaños.

—Estoy muy cansado —gemí, y me hice un ovillo en la cama.

K volvió el rostro hacia mí. Las lágrimas le bajaban por las mejillas.

—Yo era el mejor que había cuando se trataba de exponer a la luz el lado oscuro de la historia contemporánea —dijo—, el mejor de entre los mejores. Todavía lo soy.

—¿Entonces por qué es tan gilip ollas? —pregunté sin compasión, considerando lo que había hecho por mí en las últimas horas.

—¿Lo soy? —preguntó con una profunda tristeza. Apuntó a su sien con un dedo largo y nudoso—. He pasado la mayor parte de mi vida intentando entender el siglo veinte. Un centenar de años de botas claveteadas pisoteando rostros humanos hasta convertirlos en hamburguesas. He expuesto a la luz los documentos más oscuros, los más terribles papeles con membrete oficial jamás concebidos por seres humanos. Era mi deber leerlos, absorber las motivaciones, sondear las psicologías, comprender cómo era posible que sucedieran esas cosas. Me imaginaba a mí mismo como un doctor diagnosticando una enfermedad larga y horrible. Quizá mi error fue tener una mente abierta. Se colaron fantasmas. Espíritus malignos y descontentos.

Rodé sobre mí mismo y lo encaré.

—¿Por qué fue a verle mi hermano?

Se limpió el sudor de la frente.

—Me gustaría ser un judío. Entonces tendría las respuestas definitivas. Tendría acceso a... si supiera los signos secretos, la identificación genética. Ponen una... caja especial sobre tu cabeza y la mueven, y se inclina a izquierda y derecha si tienes la sangre de Aarón, de adelante atrás si eres uno de los Levitas. Entonces te cuentan...

Ya tenía bastante. Balanceé las piernas por un lado de la cama, me senté en ella con esfuerzo, sintiendo mi nuca vendada tirante y mi mano pulsar de dolor, e intenté coger la camisa.

—No se vaya —dijo K, con pesar en la voz—. Por favor. Echo de menos a su hermano. El me veía como realmente soy.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —inquirí.

—Banning. Rudy Banning. El apellido de soltera de mi madre era Katkowicz. Era polaca. Yo soy canadiense por nacimiento e inglés por nacionalidad. He escrito veintitrés libros sobre la historia de Alemania y Europa del Este, y durante doce años fui un respetado profesor en Harvard.

Recompuso sus emociones y se levantó, luego fue a por su abrigo y extrajo una arrugada cajetilla de cigarrillos. Sacó uno con un golpecito y se lo encajó en la boca, palpó todos sus bolsillos, pero no pudo encontrar cerillas. El cigarrillo se inclinó, con la punta oscilando mientras hablaba.

—Estaba investigando un programa soviético para la creación de seda artificial, en la década de 1930. Localicé unos documentos importantes. Para abreviar una larga historia, me acerqué demasiado a la llama. Me quemaron las alas.

—¿Qué tiene eso que ver con mi hermano? ¿O con los judíos? —pregunté.

Sus ojos centellearon y sus labios se retorcieron como si lucharan.

—Ellos vieron lo cerca que estaba.

—¿Los judíos?

Sacudió la cabeza, apuntó con su dedo a su oreja derecha y levantó una ceja.

—No había necesidad de matarme... era mejor desacreditarme. Tengo un defecto en mi personalidad, puesto ahí por mi padre y mis abuelos. Un pequeño rastro de miedo tribal. Todos lo tenemos. Ellos alimentaron el mío hasta que se viera a simple vista. —Se quitó bruscamente el cigarrillo de la boca—. Mis temas de estudio se objetivizaron. Empecé a oírlos por la noche, susurrando vastas revelaciones. Algunos sienten el toque de ángeles guardianes. Yo siento el del monstruo que he estudiado la mayor parte de mi vida adulta. —Sus labios se curvaron—. Un digno compañero en mis horas bajas.

Banning se aproximó a mi cama, con el cigarrillo en su mano izquierda vendada, el filtro aplastado entre dos dedos manchados de nicotina.

—Soy un paria, la casta más baja —susurró—. Impuro y sin empleo. Los judíos se han asegurado de que no pueda publicar, no pueda enseñar. Y esa es la verdad. Pero no importa cuánto trate de ignorar a mis ángeles oscuros llenos de odio, dan vueltas sobre mí y me atacan como arpías. He ofendido a los dioses.

No quería permanecer más tiempo en la misma habitación que K, o Rudy

Banning. Me sentí enfermo.

—Tengo que irme —dije, e intenté desesperadamente ponerme en pie. Resbalé hasta el suelo.

—No sea idiota —dijo, y me ayudó gentilmente a volver a la cama—. ¿Adonde iría? Necesita dormir.

Pese a todo lo que deseara o hiciera, mis ojos se cerraron.

—Intentaremos encontrarle sentido a las cosas mañana —dijo Banning—. Llamaré a la señora Callas para una cita. Y le contaré más cosas acerca de su hermano. —Su voz parecía deslizarse por una larga pendiente—. Y acerca del lago Baikal.

El reflejo de color rojo ladrillo de la mañana rebotó desde el conducto de ventilación a nuestra habitación. Me senté en la cama y busqué con la mano el paquete de Rob. Garras de perro habían arañado el papel y doblado parte de la cinta de embalar, pero los contenidos no habían sufrido daños.

Banning dormía en su lado de la cama, roncando. Fui al lavabo, me soné la nariz y me lavé la cara en silencio, con la esperanza de tener algo de tiempo a solas con el paquete.

Mi espalda era una red interconectada de morados y rasguños. Me dolía la garganta y parecía como si hubiera metido la mano en una picadora de carne. La verdad es que no estaba hecho para la aventura.

Examiné cuidadosamente los vendajes, y los cambié usando la gasa, la cinta y los desinfectantes que me dieron en Alta Bates. Una vez terminado, bajé la tapa del retrete y me senté, entonces deslicé la hoja de mi navaja de bolsillo por el cierre sellado del sobre. Cortar los pelos me pareció cargado de significado, con la cabeza fresca por el sueño como la tenía. ¿Había soñado con esto? ¿Había ensayado el momento?

El sobre había sido apresuradamente relleno con papeles, más de cien páginas de papeles escritos a máquina, de cuaderno con líneas, hojas arrancadas de bloques de notas, de papel de hoteles (el membrete en cirílico y latino) Intourist en Irkutsk y Listvyanka. Páginas de notas garabateadas habían sido introducidas entre tres delgados manuscritos, dos preparados con máquina de escribir, uno de una impresora a chorro de tinta, los caracteres difuminados en la parte de debajo de las páginas por la humedad. Los tres manuscritos tenían partes subrayadas con rotulador amarillo.

Una postal mostraba un vapor saliendo del lago Baikal. No tenía mensaje, nunca la habían puesto en el correo. En el reverso se leía una frase: «El más grande, profundo y antiguo del mundo: Un Quinto Del Agua Dulce De La Tierra, ¡Beba y Será Un Año Más Joven!».

Traté de recordar lo que sabía sobre el lago Baikal. Había vulcanismo en el área, gases que calentaban el lago y frecuentes terremotos. Aguas termales y curativas.

Al fondo del sobre encontré un libro de bolsillo, un mapa de California del Club Automovilístico, un pequeño diario encuadernado en vinilo negro, todo ello junto por una cinta elástica doblada y retorcida. El libro era Tumbas poco comunes, de Benjamin Bridger, una historia de la invasión soviética de Alemania a finales de la Segunda Guerra Mundial. Reconocí la portada, un martillo y una hoz rasgando una bandera nazi desde atrás. En la primera página había dos nombres inscritos en cuidadosas letras de molde adolescentes: Hal y Rob Cousins. Los dos habíamos leído un montón de libros de historia en nuestros primeros años de la adolescencia. Bridger era uno de nuestros favoritos.

El libro había desaparecido de mi estantería cuando teníamos catorce, y acusé a

Rob de habérmelo robado. Ahora me lo devolvía. Puse el libro aparte y abrí el diario. Estaba lleno de rizados garabatos. Apenas era capaz de leer mi propia letra y mucho menos la de Rob.

Había un último objeto en el fondo del sobre. Lo puse boca abajo y lo sacudí. Un llavero con tres llaves tintineó sobre las baldosas blancas y negras del suelo del baño. Pegado al llavero había una etiqueta de papel con una dirección de San José.

Me froté el puente de la nariz. ¿Quería descubrir qué pensaba Rob antes de morir? Supe con esa intuición especial de los gemelos que Rob había disfrutado haciendo la selección, que los contenidos me llevarían a pistas falsas. O peor aún, había trazado un puzzle para que lo resolviera, un desafío para el arrogante príncipe Hal.

Me tomé mi dosis matutina de integumicina y dos tabletas de T3, acetaminofeno con codeína. Odiaba la codeína, pero un zumbido mellado era mejor que una percusión de dolor.

Oí a Banning removearse en la otra habitación y cerré firmemente la puerta del baño. Abrí el diario por la mitad.

Llegué a Irkutsk esta mañana a las siete u ocho horas desde Moscú. Taxi. Cincuenta pavos y eres rey por un día. Encuentro con Ch. y Tur. en el restaurante del hotel y salmón local a compartir, muy bueno. Me llevaron a su pequeño museo del lago recién remozado y rebautizado ul K Yenisei (antes ul K Dzerzhinskova). Tíos simpáticos. Empinamos un poco el codo, nos echamos algo de vodka, brindamos por los Decembristas, luego hicimos un tour por el museo. La gente del Instituto de Limnología nos evitaba. El laboratorio está repleto de especímenes del Baikal, bebés de focas de agua dulce (en jarras) llamadas Nerpas; pequeño laboratorio antiguo repleto de equipo viejo.

Aquí fue donde G. hizo sus primeros trabajos.

Ch. y Tur. me enseñaron el acuario con xenos de agua dulce recién recolectados. Enormes, treinta centímetros de ancho. El agua huele a sulfuros. Los ventiladores giran constantemente para limpiar la pequeña habitación. Ch. confirma que esos xenos llevan urcinetoplastos. Muy primitivos, algunos todavía viven libres en el fondo del lago. Tur. explica: Aguas densas de xenos y también con cortinas de membranas gelatinosas semipermeables habitadas por nubes de bacterias. La superficie del Baikal en la esquina noreste está gelatinosa por cintas de polisacáridos y a veces aceitosa por los fosfolípidos, confundido con vertidos contaminados con bacterias de la infame planta procesadora de madera (a ochocientos kilómetros al sur), pero el limo es indígena, del fondo del lago alrededor de las fumarolas.

Aquí la lluvia forma pequeñas gotas grasientas en el agua, protocélulas, que se hundan hasta el fondo y son colonizadas por bacterias. Las bacterias usan cintas de polisac, como los perros usan los árboles, para establecer centros comunales y pasarse la «cháchara» bacteriana local. G. lo vio y estudió todo esto en los años veinte y treinta (antes de que edificaran la planta de pulpa de madera).

Baikal tiene como mucho veinte millones de años, pero la vida alrededor de las fumarolas recuerda sospechosamente a la de las comunidades marinas. ¿Como el lugar del comienzo, Edén?

Levanté la vista del diario y contemplé la pared, con desazón porque mi hermano hubiera seguido el mismo rastro que yo, una punzada de orgullo familiar e irritación hasta el punto de enrojecerme la cara porque alguien se nos hubiese adelantado a ambos. Y en la década de 1920, si leía correctamente. ¿Qué más sabían en aquel tiempo?

G. quería comprender las causas del envejecimiento. Intuyó que la vejez y la enfermedad están estrechamente relacionadas. Pensó que quizá las bacterias se beneficiaban al máximo del envejecimiento y todo tipo de enfermedades, los cuerpos muertos son un montón de espléndidas oportunidades para orgías bacterianas. Sus primeras teorías comienzan con esa premisa.

G. estudió el control parasitario de huéspedes. Las hormigas parasitadas suben a la punta de las hojas de hierba, son comidas por pájaros, la siguiente etapa del parásito es en el pájaro. Ratas con toxoplasmosis tienen quistes en el cerebro, no tienen miedo a los gatos, son comidas, gatos portan toxo. La wolbachia, bacteria muy extendida, controla la reproducción de huéspedes insectos y otros artrópodos. G. empezó a estudiar entonces sustancias alteradoras de la mente producidas por parásitos y las comparó con productos bacterianos. Muchas bacterias hablan con las células intestinales. Descubrió que también ellas alteran el comportamiento del huésped.

¡G. descubrió «bóvedas» en las células, 1927-28!

Después del arresto, G. y su mujer amenazados con deportación (¿problema judío?). Hace lo que puede con lo que tiene. G. fue a Moscú y le propuso a B. que mezclas de bacterias alteradas en los intestinos de sujetos podrían hacer prisioneros dóciles y locuaces. Dosificadas en comida. Comienzo de Seda.

B. libera a G. y financia su proyecto. Amorcito con Koba durante veinte años.

Ninguna de las iniciales tenía significado para mí, ¿y quién demonios era Koba? Pasé la página y seguí leyendo.

Día perdido en el Instituto de Limnología. Nadie quiere hablar de G.

La gente en la universidad es más abierta. Dicen que G. estaba muy interesado en «Las Madrecitas del Mundo». Así es como llaman los microbiólogos del Este a las bacterias cuando se ponen sentimentales. G. interesado en redes bacterianas, así lo llamamos ahora, pero no tenía ese sentido entonces. ¿Cómo cooperan esas sociedades bacterianas? ¿Cómo se comunican con sus huéspedes? G. se adelantó a su tiempo. Puede que incluso a los biólogos de hoy en día. No puedo encontrar documentos en la biblioteca, pero mis guías Tur. y Ch. de la univ. dicen que es porque B. se los llevó de

vuelta a Moscú. ¡Quería usarlos para apoyar la visión naturalista de la teoría marxista!

La risa de los rusos es oscura, dura. La risa de los siberianos es aún más oscura.

Estaba tan absorto que cuando Banning tocó en la puerta casi me caí del retrete. Me golpeé la rodilla con el borde de la ducha y los papeles se me cayeron al suelo.

—¿Va todo bien? —preguntó Banning.

—Estoy bien —grité, mientras recogía los papeles de las baldosas. Había leído solo una fracción de las páginas y mi cabeza daba vueltas con conexiones a medio hacer ¡Bacterias controladoras de la mente, por amor de Dios! Rob y yo nos habíamos pasado gran parte de nuestra juventud mintiéndonos mutuamente acerca de estupideces, especialmente chicas. Puede que estuviera a punto de perder la chaveta, al borde de la locura. O puede que fuera la influencia de Banning...

—Tenga piedad —sugirió Banning detrás de la puerta—. Tengo la vejiga hinchada como un globo.

Banning y yo pasamos la mañana comprando dos camisas nuevas y un nuevo par de pantalones para mí. También me agencí un barato maletín de ejecutivo para meter el sobre de Rob. Me negué a que Banning pagara y vacié mi cuenta bancaria firmando cheques.

Así estaba. Me había convertido en un mendigo que tenía que confiar en la amabilidad de un racista vagabundo. El tiempo extra para pensar no fue suficiente para llegar a ninguna conclusión sobre los contenidos del sobre.

Nuestra cita con la señora Callas se acercaba, así que tomamos un taxi hacia el sur de San Francisco.

El cuello de la nueva camisa me rozaba la nuca vendada mientras subíamos los tres tramos de escaleras hacia el piso alto de un viejo almacén reconvertido. El aire era sofocante, y los dos chorreábamos de sudor cuando llegamos al final.

Una puerta blanca bloqueaba la entrada más allá de una pequeña alcoba. Banning levantó una pesada aldaba de hierro y la hizo resonar. Segundos más tarde un dedo empujó a un lado la plaquita de bronce de una mirilla. El ojo marrón oscuro de una mujer nos observó. Volvió a dejar la plaquita en su sitio. La puerta de acero se abrió deslizándose sobre ruedas de goma con un chillido como ratones asustados.

La señora Monroe Callas nos hizo señas para que entráramos en su sala de espera sobriamente amueblada. Las paredes de yeso blanco se erguían libres dentro del espacio más grande del interior, con espacio superior abierto a las vigas altas y el techo de chapa ondulada de más arriba. La señora Callas tenía la apariencia de una garza, todo en ella parecía un poco demasiado largo, piernas y cuello, nariz y dedos. Pero su fuerza y seguridad eran obvias.

Tomamos asiento delante de una mesa de despacho de acero inoxidable, vacía excepto por una bandeja y dos botellas de agua selladas, Alpine Shiver.

—Beban —sugirió—. Aquí dentro hace calor.

El edificio estaba en silencio. Parecía que estábamos solos. Banning abrió su botella cuidadosamente y prestó atención al sonido del gas escapando con un siseo antes de beber. Yo hice lo mismo.

Callas observó el ritual con algo de interés, entonces hizo su declaración.

—He mirado las referencias del señor Banning. No tomo estudiantes por caridad, y tampoco tomo chalados. —Me miró—. Usted parece ajustarse a uno de los casos, y el señor Banning es ciertamente el otro.

Banning se ajustó la chaqueta con dignidad nerviosa.

—No es caridad —dijo—. El doctor Cousins es un respetado investigador. Puede que incluso sea capaz de enseñarle una cosa o dos acerca de las ciencias de la vida. Piense en ello como un intercambio.

—Olvídelo —murmuré. Me sentía como un idiota, y Callas solo me lo confirmaba. Su evaluación era correcta hasta el último detalle. ¿Cuánta lealtad le debía a Banning por haber pagado mi cuenta en Alta Bates? Ya puestos, ¿cómo de desesperado estaba?

Bastante desesperado. Y desesperadamente confundido. Los manuscritos y notas de mi hermano me llenaban la cabeza con imágenes perturbadoras a medio formar, que no merecían la etiqueta de cadenas de pensamientos. La codeína todavía actuaba, pero no conseguía eliminar completamente el dolor. Me agarré de la muñeca para detener los latidos.

—Le enseño a la gente cómo evitar problemas —dijo—. Y ellos me pagan.

—Bueno, evitar problemas es precisamente lo que necesitamos aprender —dijo Banning con fingida jovialidad—. Hace unos meses traté de convencer a un joven para que se viera con usted... quizá lo recuerde, no acudimos a la cita. Rob Cousins.

El rostro de Callas permaneció impasible.

—Está muerto —dijo con tristeza Banning—. Este es su hermano.

—Lamento su pérdida —me dijo Callas. Miró la mesa de acero y se dio golpecitos con los dedos en los antebrazos cruzados.

»Caballeros, tengo trabajo.

—Estoy seguro de que si permanece vivo, el doctor Cousins le pagará su tarifa... dentro de unos meses —dijo Banning. Le eché una mirada de sorpresa.

—No estoy interesada —dijo Callas—. Pensé que sería mejor que se lo dijera personalmente antes que negarme directamente por teléfono. Aparte de eso, no me dejaron un número al que llamar. Hora de irse, caballeros.

—¿Qué es lo que ha averiguado sobre nosotros? —pregunté. Pensé que disfrutaría de la ocasión de jactarse un poco sobre sus habilidades. Sus ojos brillaron.

—El señor Banning es famoso —dijo—. Y usted se ha metido en más problemas de los que estoy dispuesta a lidiar ahora mismo. —Sonrió; había visto a través de mi cebo.

La seguimos hasta la salida de su oficina, agarrando todavía las botellas. Callas le

quitó el seguro y abrió la puerta y la empujó, haciendo que las ruedas chillaran de nuevo. Señaló. Salí, con la cara enrojecida.

Banning se quedó atrás desafiante. Creí que iba a conseguir que lo cortaran en rodajas con kárate y luego le tiraran de la oreja.

—Sin duda querrá usted saber... —empezó a decir Banning.

—Lo siento —dije mientras me interponía entre los dos—. El señor Banning cometió un error al traerme aquí.

—Cierto —dijo Callas.

Banning parecía apesadumbrado.

—Debo...

—Encantado de haberla conocido, señora Callas —dije, y empujé a Banning fuera de la oficina.

Resonaron pisadas en la escalera de caracol detrás de nosotros. Solté a Banning y me encogí y agaché.

—Banning, ¿eres tú? —nos llamó una voz femenina, sin aliento debido al calor. Una mujer joven con un vestido blanco de verano subió el último escalón y dobló la esquina. Bajo un amplio sombrero amarillo para protegerse del sol llevaba gafas de sol oscuras.

Callas exhaló un resoplido despreciativo. Qué asustadizo me había vuelto. La aparición de la mujer fue tan inesperada, tan fuera de lugar, que no la reconocí. Se quitó las gafas.

—Os oí en las escaleras —dijo Lissa—. Yo pagaré, si el dinero es el problema —me dijo—. Rob lo hubiera querido así. ¿Cuánto?

Las mujeres se examinaron mutuamente. Parecía que a Callas le gustaba lo que veía.

—En las presentes circunstancias, y considerando los estudiantes, trece mil quinientos por una evaluación exhaustiva y una sesión de entrenamiento de cuatro semanas.

—Parece razonable —dijo Lissa.

A mí me sonaba disparatado.

Con un gesto de sus largos brazos, la señora Callas nos hizo señas de que entráramos de nuevo en su piso. Me llevé a Banning a un lado mientras Callas traía más agua embotellada y añadió manzanas cortadas en rodajas, galletitas y queso. Estábamos de pie en un pasillo lateral que llevaba a una cocina sin techo y a dos cuartos de baños.

—No coma nada de la bandeja —me advirtió en voz baja.

—¿Conoce a Lissa? —pregunté.

—Nos hemos visto anteriormente.

—¿Cómo supo que estábamos aquí?

Banning parecía avergonzado, como un colegial al que acusan de robar los caramelos del pupitre de un compañero.

—Le llamó, ¿no es cierto?

Se me quedó mirando.

Levanté mis manos en un gesto de futilidad. Mi vida no me pertenecía. Deberle algo a Lissa me parecía peor que debérselo a Banning. Todavía me sentía culpable por los pensamientos que me provocaba. Ese vestido.

—Estoy francamente sorprendido de que haya acudido —dijo Banning—. Obviamente, no por mi causa. No le gusto. Y no he atraído la atención de una mujer desde que mi amante en Manchester me dejó hace diez años. Una amante judía, añado.

—¡No quiero que Lissa lo pague!

—Debería haber hecho saber sus objeciones antes. Estoy seguro de que Callas le está haciendo firmar un contrato vinculante en este mismo momento.

Golpeé la pared con la mano herida. Debió de oírse en la oficina.

—Mire —dijo Banning—. Preferiría que se fuera, pero no tenemos muchas opciones. Es usted tan vulnerable como un cervatillo en una autopista. Necesita lo que Callas tiene.

—¿Por qué dejo que me lleve de la correa por ahí como...?

—¿Como un racista envejecido cuyas arpias son apenas menos terribles que las tuyas propias? —dijo Banning con retintín, muy inglés. Frunció el entrecejo como si hubiese probado algo amargo y volvió junto a Lissa y Callas.

Me latía la mano. Me apreté con fuerza la muñeca, rechiné los dientes y me dirigí a la oficina. Estaba vacía. Oí los pasos de Banning en el suelo de cemento del almacén. Los seguí.

Una pared de altos ventanales de cristal y acero daba al este con una vista sobre más almacenes y edificios industriales. Vaharadas de aire pasaban por los ventanales inferiores abiertos, pero hacía tanto calor bajo el techo de chapa corrugada como lo había hecho en la escalera de caracol.

Lissa y Callas estaban sentadas frente a un viejo escritorio de roble sin adornos, con las cabezas inclinadas sobre unos papeles. El sol cocía el suelo bajo las ventanas. Odiaba todo lo que pasaba.

Lissa se disculpó y se dirigió hacia mí de un modo que hacía que el vestido pareciera completamente inapropiado. Había intencionalidad y pocas ganas de perder el tiempo en su paso. Sus ojos taladraron los míos.

—¿Qué haces aquí con Banning? —susurró. Banning, a diez metros de distancia, miraba conspicuamente por las ventanas—. ¿Sabes lo loco que está?

—Lo conocí ayer. Me ha ayudado.

—Es uno de esos que niegan el Holocausto. Ha dado conferencias a grupos racistas en California y Oregón.

Cristo, ya era malo que Rob se asociara con él... pero ¿por qué tú también? —Su mandíbula se endureció y sus mejillas perdieron el color.

—Este no es lugar —dije tratando de ser educado y razonable—. Han ocurrido

unas cuantas cosas fuera de lo común. Banning...

—¿Cómo sabes que no es él el responsable?

Me sentí como un ternero particularmente estúpido.

—¿Qué sabes de Callas? La señora Callas —preguntó Lissa.

—Absolutamente nada.

—¿Banning te lleva de la correa como si fueras un corderito?

No había nada que pudiera decir. Lissa retomó la conversación.

—Llamé a algunos amigos en la policía. Callas es respetada, pero es del tipo igualitario. Ha entrenado a algunos clientes realmente desagradables. Vamos a mantener una larga conversación —prometió.

—¿Por qué me estás ayudando?

—Tu madre y yo tuvimos una charla franca después; del funeral. ¿Recuerdas?

Me acordaba de estar de pie en la sala con una erección matutina.

—Me contó que Rob era listo, pero que tú eras más listo. Bueno, quizá soy más lista que vosotros dos. Quiero saber quién mató a Rob, y por qué. Le debo eso a mi marido. —Me devolvió mi silencioso escepticismo con una mueca de «ahórratelo»—. Le he dicho que si accedes a entrenarte con ella, pagaré. Creo que quiere saber más de ti y de Rob. Ya posee información sobre Banning.

Callas esperó mientras poníamos las sillas en su sitio. Puso los pies sobre el escritorio y las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Todo lo que le hacía falta era una cerilla entre los dientes.

—Ahora estoy en su nómina, gracias a la señora Cousins. Pero nos encontramos en las etapas preliminares, y si así lo decido, me retiro. Infórmenme.

Empezó Lissa. Contó lo que sabía acerca de los problemas de Rob y su muerte. Escuché, tratando de hacer encajar los hechos de su historia con lo que decían los periódicos que leí aquella mañana. Los manuscritos de Rob estaban llenos de la emoción de la aventura y el descubrimiento, pero la paranoia podía encontrarse tras la esquina.

Seguí yo, con mi cuento sobre barcos, submarinos, violencia, pirómanos y ataques de perros.

Callas inhaló profundamente y sacudió la cabeza cuando hube terminado.

—Me gusta que nuestros asaltantes sean cuantificables, nuestras amenazas palpables y enumerables —dijo—. Sé algo sobre el señor Banning. Las partes morbosas. Se conoce a un montón de chalados en mi negocio, y los trato profesionalmente. Incluso los paranoicos tienen enemigos. Pero una vez fue usted un historiador respetado. ¿Qué ocurrió?

—Fui desacreditado —dijo Banning—. O me desacredité a mí mismo. Dejémoslo así por ahora.

Banning se irguió en su silla y se agarró de los brazos de esta.

—En 1961, me tropecé con unos documentos relacionados con un cierto programa de investigación, de alto secreto en su tiempo, polvoriento y casi olvidado

para entonces. La archivística rusa es famosa.

—Continúe —dijo Callas.

—Se inició una campaña para desacreditarme poco tiempo después de tal descubrimiento. Y mucho antes de que conociera a Rob Cousins.

—¿Qué tipo de campaña?

—Fui sometido a los efectos de sustancias alteradoras de la mente. Mi comportamiento cambió.

—Sí.

—Perdí todo mi dinero y a mi mujer, y me echaron de los círculos académicos. Fui poseído. — Banning parecía tan desvencijado y falto de vida como un viejo maniquí.

—¿Qué fue lo que lo poseyó?

Se encogió de hombros.

—Digamos que esta es mi vida después de la muerte, y es el Infierno. Para todo propósito e intención, soy un hombre muerto.

Callas lo estudió como el cuidador de un zoológico examinando a un nuevo animal.

—¿Cree que fue blanco de la KGB, del SVR? —preguntó.

—No tenían ningún motivo, después de la guerra fría.

—¿Los judíos?

Banning se retorció en la silla.

—No lo sé —dijo.

—¿Sabe usted lo que usted mismo cree al respecto? —preguntó Callas.

—Lo que yo crea no es importante —dijo Banning—. Mi cabeza está llena de verdades que son mentiras, y mentiras que son verdades. Piso con cuidado y controlo mi lengua.

—No todo el tiempo —dijo Callas. Se mordió y lamió los labios, evitando su mirada. Callas volvió su atención a Lissa.

—¿Nunca ha sido amenazada?

—No. Pero observé cómo se deterioraba mi marido. Podría haber sido algo como lo que describe el señor Banning.

—¿El señor Banning trabajaba con su marido?

—Tenía algunas intuiciones que mi marido creía que podían serle útiles.

La entrevista continuó durante una hora. Callas nos interrogó sobre nuestros hábitos personales, si alguna vez habíamos tenido pistolas, armas o entrenamiento en artes marciales, nuestras filiaciones políticas, grupos radicales a los que podamos estar asociados. Escuchó y tomó notas en un bloc. Al final de la hora, cerró la libreta y dijo:

—No le encuentro ni pies ni cabeza a esto. Lo que describen combina control mental con violencia irracional o amenaza de violencia por parte de completos desconocidos. —Se estremeció—. No veo cómo podría entrenarles para que se

protegieran a sí mismos contra esos intentos, si son reales. Lo de la mujer con los perros... da miedo.

»Antes de que decida si continuamos o no, me gustaría investigar un poco más. Podría llevarme un día o dos. —Golpeó con el lápiz secamente en la mesa. Nuestra primera entrevista había terminado.

Mientras bajábamos las escaleras del gimnasio de Callas, Lissa le dijo a Banning que se perdiera de vista. Justo esas palabras. Banning se encogió de hombros y dijo que me encontraría de vuelta en el hotel.

—Pobre gilipollas —dijo Lissa cuando se fue. Me hizo caminar por varias calles laterales y por un callejón hasta un restaurante que servía al área industrial. Nos sentamos en un reservado en la parte de atrás bajo una ventana polvorienta y llena de cagadas de moscas. Un pequeño florero decoraba la mesa, pero hacía tiempo que el clavel se había marchitado.

El camarero, un joven musculoso con las patillas recortadas como un anuncio de Sony, le echó una mirada lasciva a Lissa y me honró con una sonrisa de complicidad. Pedí dos té helados, y el camarero partió. Lissa dio unos golpecitos con su cuchillo serrado en la superficie de la mesa llena de marcas.

—Estoy realmente enfadada —dijo. Era su turno de parecer vulnerable.

—¿Con quién? —pregunté.

—Con Rob. Yo misma. La jodimos, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Los dos fingíais que no sentíais demasiado afecto el uno por el otro.

—Y no lo sentíamos.

Sacudió la cabeza y dio un golpe fuerte con el cuchillo. Pude ver el vidrioso centro de las intenciones de Lissa, y me hizo sentir incómodo.

—Tú y Julia estáis divorciados, ¿no?

—Sí.

—¿Qué fue mal?

—Julia dejó de estar interesada en mí o en lo que yo hacía. Comenzó a estar más interesada en otros hombres. Y yo no soy tan permisivo.

La sonrisa de Lissa era un fantasma triste. Por la forma de su rostro, dudaba que sonriera a menudo. Su clase de belleza casi excluía ese tipo de emoción.

—No he estado con otro hombre desde que dejé a Rob. O desde que me casé con él. No le menté a tu madre. Quería que volviéramos a estar juntos, pero fue imposible. Se comportaba de forma más rara que Banning.

Recordé la llamada telefónica en el aeropuerto Lindbergh. Vaya par que formábamos Rob y yo. Qué encantador par de fracasados, con la esperanza de vivir para siempre, pero incapaces de disfrutar el plazo que se nos había concedido bajo el sol.

—He estado realizando mi propio trabajo de detective. Investigué a Banning, e

investigué a Rob para ver si estaba envuelto en algo sospechoso. Drogas, ese tipo de cosas. Mi familia es bastante adinerada, así que me lo puedo permitir. Cuando aún estábamos juntos, Rob fue al lago Baikal. Después de que volviera, leyó uno de los libros de Banning. Encontré un ejemplar en nuestra casa.

—Rob mencionó una organización llamada Seda —dije.

—Una organización clandestina, formada antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial — tarareó Lissa—. Está en el libro de Banning, autopublicado hace cerca de diez años. Junto con sus creencias de que Winston Churchill forzó a Hitler a ir a la guerra, de que los campos de concentración nazis eran campamentos educativos, y que las cámaras de gas eran en realidad saunas a la última moda.

Se hizo el silencio en la mesa.

—Bastardo —murmuró—. Mi abuelo perdió a toda su familia en Dachau.

—Si tienes una explicación que tenga sentido, me encantaría oírla —dije—. ¿Qué hizo Banning para Rob?

—Se suponía que Banning era un genio buscando documentos. Rob quería corroboración. No confiaba mucho en Banning, y Rob y yo estábamos... —Lo estaba pasando mal al hablar, las emociones de los últimos segundos todavía seguían su curso en su interior. Tragó con fuerza—. Nos habíamos separado. No quería dejarlo, pero tenía esa otra vida, esa búsqueda enloquecida. Banning lo ayudaba, y yo no podía ir allí.

—La última vez que hablé con él, me dijo que estaba tomando muestras de su piel y nariz. De sus heces. Escuchando sus intestinos. Dijo que estaba rastreando mensajes de una especie de supermente. Un absoluto galimatías. —Lissa levantó la mirada de la abolladura que estaba haciendo con el cuchillo.

—Contraté a un detective privado para que te siguiera la pista —dijo—. Te hubiese encontrado hubiera llamado Banning o no.

—Me siento halagado —dije. Era cierto, pero sus palabras también hicieron que se me contrajeran los músculos del estómago.

—Eres tan parecido a Rob —dijo, pero no era una crítica. Sus ojos eran más que ventanas. Puse mi mano sobre las suyas... para evitar que siguiera cortando la madera de la mesa. Entonces se dio la vuelta, y fue como si le dieran a un interruptor.

—Soy una masoquista —dijo.

Soltó el cuchillo con un repiqueteo, alcanzó su monedero y soltó seis billetes de dólar en la mesa, cubriendo las cicatrices recientes.

—¿Dónde te hospedas?

Dejamos el restaurante, caminamos hasta el Toyota de Lissa, y me llevó al Haight.

Subí en el pequeño ascensor hasta la habitación.

Banning acababa de darse una ducha y estaba en calzoncillos y camiseta. Recibió mi regreso con un asentimiento de cabeza cortés, luego se reclinó en la cama,

cuidadosamente, como un viejo que temiera caerse. Cerró los ojos como si la oscuridad fuera un lujo delicioso y casi inmediatamente empezó a roncar. Las líneas de preocupación alrededor de sus labios y frente se suavizaron.

La vida lo estaba haciendo añicos también a él.

Me senté junto a la ventana mirando por el conducto de ventilación, sintiendo una hirviente quemazón de pánico. Banning no nos estaba contando todo lo que sabía, quizás incluso no todo lo que le había contado a Rob. Yo tampoco se lo estaba contando todo. No confiaba en él, y él no confiaba en mí. Empate.

Lissa estaba metida en medio de nuestras sospechas y confusión. Sentí lástima por ella.

El conducto en el exterior de la ventana se oscureció. Banning se había convertido en El Racista Durmiente, atrapado en un sueño eterno. El aire acondicionado estaba al borde del colapso; una brisa pegajosa se filtraba por el ventilador. Apagué la máquina, abrí la ventana y me incliné hacia fuera, mirando al cielo crepuscular, un vagabundo jirón de nubes, la estela de un avión destrozada por los altos vientos.

Banning había dejado algunos suministros, una bolsa llena de latas y agua embotellada en el cuarto de baño. Tenía la garganta seca, y necesitaba alguna recompensa por las miserias del día. Abrí una lata de melocotones y me bebí el néctar, me empecé a chupar los dedos para recuperar el jugo desperdiciado, me lo pensé mejor y me lavé los dedos cinco veces con jabón, sin humedecer los vendajes. Luego terminé con las rodajas y me remojé la cabeza con agua del grifo. Las vendas alrededor de mi cuello se mojaron, pero no me suponía un problema. Me sentí bien mientras se enfriaban.

Comida enlatada y tabletas de vitaminas. No era forma de vivir. Quería desesperadamente volver al laboratorio, cualquier laboratorio, y trabajar, por mínimo que fuera. Esa era mi vida, no esta locura sin fin.

Mi estómago no se decidía si le gustaban los melocotones o no. Podía sentir sombras congregándose en las esquinas de la habitación. Me dolían la mano y el cuello, y los ronquidos irregulares de Banning no me concedían ni descanso ni posibilidad de pensar en calma.

Traté de ignorar las distracciones. Llevé el maletín al escritorio, sin saber por dónde continuar, moví la destartalada silla y me senté.

Finalmente, mis dedos abrieron el maletín y se abrieron paso por entre los papeles de Rob. Encontré un pequeño sobre de correo aéreo y saqué cinco tiras de papel azul. Columnas de palabras sin sentido de tres letras —abreviaturas de los veinte aminoácidos comunes que forman las proteínas— llenaban las hojas por ambos lados. Los puse sobre el escritorio. Podían ser una o más secuencias de péptidos si los disponía en el orden adecuado, de izquierda a derecha, de arriba abajo, o de otro modo. Un puzzle o un código. Los volví a ordenar y los volví a leer de diferentes maneras después de cada reordenación, intentando encontrar algo que me fuera

familiar. No hubo suerte. Los volví a meter de vuelta en el sobre.

Una carta en ruso, escrita con pluma, sobresalía en medio de uno de los manuscritos a máquina. Tiré, y cayó con otro sobre de correo aéreo adjunto con un clip. Dentro del sobre había una foto polaroid, de un marrón amarillento y borrosa. Mostraba a mi hermano y a mí en la calle de una ciudad, quizás algún lugar de Europa, ambos sonriendo. Rob evidentemente se había quedado la foto como un recuerdo; enternecedor, pero no podía recordar dónde había sido tomada.

Quizá Banning pudiera traducir la carta.

¿Pero quería que lo hiciera? Si me estaba ocultando algo, ¿cómo podía confiar en él? Y, sin embargo, ¿si hubiese querido leer los contenidos del paquete no lo habría hecho ya?

Dejé ese rompecabezas de lado por el momento y volví a donde había dejado de leer en el diario.

Persuasión parasitaria y comunicaciones bacterianas con células del intestino, de la piel. G. habla con Beria, Beria habla con Koba. Beria era mucho más que el jefe de la policía secreta. Koba lo pondría más tarde a cargo de la investigación de armas nucleares. Pero esto... esto resultaría ser más importante que las bombas atómicas. Beria le dijo a Koba que podían darle un conducto directo a la psique humana.

G. defiende su propuesta. Koba lo coge al vuelo; G. consigue fondos, asistentes y un laboratorio-factoría completo en Irkutsk. Hasta ahí está claro. Ch. y T. coinciden tácitamente que así es como ocurrió: preguntas que no quieren responder —¿cómo sobrevivió G. a Lysenko?— y la forma en que sonríen cuando les cuento mis suposiciones. Esconden un montón, pero lo hacen con una vergüenza y culpabilidad peculiarmente rusas. No quieren esconder nada en realidad, creo.

Intenté recordar algo de la historia de Rusia. Beria había sido ejecutado después de la muerte de Stalin. ¿Pero qué demonios tenía eso que ver con nuestra investigación? Nos interesa la extensión del período vital, no el control mental.

Ch. y T. deciden llevarme a un lugar fuera de Irkutsk. La vergüenza o la verdad o algo los impulsa.

Me llevan en un baqueteado camión Opel a cincuenta kilómetros a las afueras de Irkutsk. Atravesando una alambrada, pasado un estanque, un bosque de árboles de quizá sesenta o setenta años, una carretera de tierra flanqueada por asfalto desgarrado y adoquines. A una ciudad fantasma. Edificios bien contruidos de piedra y ladrillo, casas de madera, calles pavimentadas. Completamente desierta, las ventanas sin cristales

«Esta es la Ciudad de las Madres de los Perros», me dice T. en su inglés fragmentario. Estoy seguro de que me he perdido la mitad de la historia. ¿Me la creo?

Beria levantó este sitio en los años 38-39, como un campo de pruebas para Seda, hasta qué punto, T. y Ch. no lo saben o no quieren decirlo. Electricidad y agua

corriente, una central telefónica interna, incluso una oficina de correos, cómoda, pero aislada de Irkutsk y de las aldeas de alrededor.

Trajeron a cinco mil prisioneros políticos, judíos, por supuesto, tipos militares y sus familias, intelectuales de Moscú y sitios tan lejanos como Lituania y Georgia. Un gulag equipado a la última, diría, pero T. y Ch. me dicen que no es gulag, sino un centro de investigación. Nunca tuvo un nombre, solo un número 38-J.

No me gusta este sitio. Nadie viene por aquí, nadie vive aquí. No es bueno. Paseamos por las calles y están limpias, ni siquiera hay perros o ratas. T. y Ch. solo me dan una hora para echar un vistazo. No lo soportan más. Parece que quieren decir algo más. Pero no pueden a la primera. Están avergonzados de una forma que no les había visto antes.

Deduzco por lo que me dicen que a todo el que trajeron aquí le hicieron creer que esta era una ciudad modelo. Una oportunidad de redimirse y sobrevivir a las purgas. Entonces, poco a poco, los suministros de los almacenes fueron reemplazados con comida preparada por Seda. Beria y Koba querían saber cuánto tiempo llevaría el proceso.

Ahora T. se sincera completamente. Ni siquiera había nacido entonces, pero empieza a llorar.

Unas pocas semanas después de que la comida especial llegara, los habitantes de 38-J se paseaban desnudos por las calles, fornicaban en público. Carne humana —de niño en su mayor parte— se vendía en las carnicerías. Beria trajo camiones llenos de armas de fuego y le dio una a cada ciudadano. Hizo una demostración caminando sin escolta por las calles en una ciudad llena de disidentes armados y prisioneros políticos que deberían haberlo odiado a muerte.

Las escuadras recibían sus instrucciones por teléfono, o de infiltrados como vecinos, y cazaban a la gente que visitaba la biblioteca pública, eran calvos o patizambos, llevaban a sus bebés en público. A algunos les dijeron que salieran y se pusieran a silbar y a otros les dijeron que salieran y dispararan a los que silbaban.

En 1940, Beria decidió cerrar la ciudad, un gran éxito y casi todo el mundo muerto. Las últimas mujeres que quedaban vivas en la ciudad caminaban a cuatro patas por las calles. Unas cuantas que habían estado embarazadas se desabrocharon las blusas para dar de mamar a los cachorros de los perros guardianes de Beria mientras los fotógrafos lo filmaban.

Koba se rio de tanta diversión.

Insistieron en que volviera al camión. Ya tenían bastante, y yo también.

Aquella noche, me dieron una cinta de vídeo. La historia visual de Seda.

No había ninguna cinta de vídeo. Metí el diario y los papeles de vuelta en el sobre, y el sobre en el maletín. Creo que nunca he leído nada más horroroso y perturbador. Me dolía la cabeza. Tenía que salir. Tenía que tomar un poco de aire fresco, no importaba cuál fuera el riesgo. Pero no me moví. Necesitaba una señal,

algo que pudiera usar de excusa. Una mosca que entrara volando por la ventana serviría. La bocina de un coche. Cualquier cosa.

Pasó una hora, dos.

Me tumbé en la cama, preguntándome qué me pasaba. Cobardía, indecisión, la cabeza llena de algodón. Intenté leer más, pero la letra de las páginas de Rob fluctuaba. El sueño no venía. La habitación se volvió más caliente y el aire aún más estancado.

Fuera, el tráfico pareció disminuir, los motores de los coches se oían más lejanos, las voces más distantes.

El teléfono de la habitación sonó, una nota mecánica y estridente. Di un respingo, entonces me di la vuelta para mirar a Banning. Sus ronquidos seguían igual. El teléfono sonó de nuevo. Lo cogí. —¿Sí?

—Soy Rob —dijo la voz del otro.

—Cristo —dije.

—Respuesta equivocada. ¿Qué tal está mi encantador príncipe Hal? —Sonaba como Rob.

—Deja de joderme —dije.

—Escucha atentamente. Estás cansado y es hora de que me muestres lo que sabes hacer. —La voz comenzó a recitar una larga lista de números.

—Espera —supliqué—. No entiendo lo que dices. Por favor, ve más despacio.

—¿Lo has cogido? —preguntó la voz—. Recítame los tres últimos números.

Intenté acordarme, pero no pude.

—Hoy he visto a Lissa —dije.

—¿Sí? Escucha otra vez y esta vez usa la cabeza. Es importante.

¿Era Rob? Durante un momento estuve convencido de que sí lo era. No lo había visto con los sesos desparramados; el estúpido director de funeraria que rechazaba las propinas lo había visto así, pero yo no. Tenía que aceptar la muerte de mi hermano como un artículo de fe, y la verdad es que no era suficiente.

Era agradable creer que todavía estaba con nosotros, así podría disculparme por todo.

—¿Estás cerca? ¿En el primer piso? —pregunté—. Rob, lo siento tanto...

—Por favor, cállate. —La voz recitó la lista de números de nuevo. El aire parecía tan denso como gelatina. Cuando no pude o no quise recitar los tres últimos números de la lista, dijo una palabrota y colgó.

Había decepcionado a mi hermano una vez más. Me sentí desolado. Quería tanto agradar a alguien, hacer lo que alguien me dijera.

Caí en un estado de fuga. Recordé que era la hora de mis pastillas, que debía ingerir con algo de alimento. Eso estaría muy bien. Abrí otra lata, esta vez de judías, me tragué las píldoras y me comí la mitad de la lata. Entonces me recliné en la silla y me quedé dormido.

Cuando desperté, estaba completamente rígido y eran las nueve de la mañana.

Banning me estaba sacudiendo por el hombro. Sostenía algo que era un borrón blanco y plata delante de mi cara.

—Este no es nuestro abrelatas —dijo, con el entrecejo fruncido—. Yo compré uno barato. Ese ha desaparecido. Alguien ha estado en nuestra habitación. ¿Ha comido algo?

Me quedé mirándolo estúpidamente, entonces me volví a la mesilla de noche. El maletín y los papeles de Rob todavía estaban allí.

—Me comí una lata de melocotones y media lata de judías —dije.

—No compré una lata de melocotones —insistió Banning. Se retiró dos pasos, se dio contra la difunta máquina de aire acondicionado, y se quedó de pie con una rígida postura militar que hubiese sido cómica en cualquier otra circunstancia—. Puede que lo hayan marcado.

—Estoy bien. Sin embargo, tuve malos sueños. Su mirada cambió a una de extrañeza.

—¿Ha llamado alguien?

—No —dije.

—Tenemos que buscar otro lugar donde quedarnos.

—Muy bien —dije.

En menos de media hora, habíamos pagado nuestra cuenta y habíamos llevado nuestras pertenencias —lastimosamente escasas— al coche de Banning.

—¿Qué sabe acerca de la Ciudad de las Madres de los Perros? —le pregunté mientras conducía por el centro de la ciudad.

—Fatal —dijo—. Pero no de lo peor.

Lissa, Banning y yo nos sentamos delante del escritorio de Monroe Callas a las diez en punto. Habíamos estado fuera del almacén durante una hora, sin decir mucho; nuestra cita era para las ocho treinta, y Callas había insistido en que estuviéramos allí a tiempo. La tensión en la habitación era densa, y no provenía de que nos hubiese hecho esperar.

Callas se inclinó hacia atrás en su silla.

—Pintaron mi puerta principal con aerosol esta mañana —anunció con una tensión extra en su voz que podía confundirse con energía derivada de la cafeína—. Vivo en un buen barrio. El vandalismo es raro, los graffiti desconocidos. Hay una seguridad bastante completa, tres perímetros, dos de ellos de mi propio diseño y bajo mi control. Nadie que venga a este almacén sabe dónde vivo. — Miró directamente a Banning—. Usted no tiene ni idea de dónde vivo, ¿cierto?

—No —dijo.

—¿Puede adivinar lo que había pintado en mi puerta? —preguntó Callas.

—No —dijo Banning, a la defensiva.

—Putra Perra Judía.

El rostro de Banning se endureció.

—¿Por qué —empezó, haciendo un pausa para elegir sus palabras— haría algo tan estúpidamente obvio?

Callas se encogió de hombros.

—No soy judía. Nunca he practicado el oficio más antiguo del mundo. Y en cuanto a ser una perra... apuesta lo que quieras. Sin discusión.

Dejó que las palabras se aposentaran. Empecé a sentir lástima de Banning.

—Dudo mucho de que haya sido el señor Banning —dijo Callas finalmente—. Probablemente fuera uno de nuestros jardineros. Llegó tarde porque rastree sus huellas embarradas desde el porche principal hasta un contenedor de basura en la parte de atrás. No entraré en detalles, pero debe de haber pintado mi puerta cerca de las cinco de la pasada tarde, justo después de que terminara de desherbar el césped. Si me enfrento con él... un jardinero, un tipo que apenas sabe inglés y que no tiene ningún motivo racional para hacer una cosa así... ¿Qué descubriría?

—Confusión —dijo Banning.

—Eso es lo que me temía. —Aparecieron líneas a los lados de sus labios, líneas que apuntaban hacia abajo—. ¿Está mi jardinero siendo controlado por una agencia rusa de espionaje de alto secreto?

Ninguno de nosotros respondió. Ridículo, paranoico, demasiado excesivo como para admitirlo.

—¿Van de puerta en puerta, estilo «Avon llama»? —Callas abrió una gaveta del escritorio y sacó un archivador lleno de recortes de prensa y clips—. Un tal señor Hefher Thorgood fue arrestado ayer por tenencia de armas después de disparar una 45

sin licencia de armas dentro de los límites de la ciudad de Berkeley. A la República Popular no le gustan esas cosas. Le disparó a dos perros que dijo que estaban atacando a un hombre. ¿Les suena familiar?

Asentí.

—No hay ningún registro policial de que la dueña de los perros presentara una denuncia, así que no puedo rastrearla. Pero un informe anterior de un hombre que dice que una mujer azuzó sus perros contra él, luego los llamó y se fue.

Banning asintió, como si lo que decía Callas encajara en algún patrón.

—¿Cometió nuestra señora de los perros un error? ¿Se encontró con alguien de su tamaño y edad antes de encontrarse con usted? —preguntó Callas—. Lo siguiente que tenemos es a un tal señor Alvarado Cunningham, vagabundo. El señor Cunningham es un borracho. Es un conocido de la policía por orinar en lugares públicos y por tirar bolsas de plástico llenas de sus propios excrementos a los patios traseros de ciudadanos respetables. Un incordio en general. Se le acusa de iniciar un fuego en Berkeley el 8 de agosto. Señor Banning, ¿estamos pensando en que alguien lo hipnotizó? ¿O es un agente ruso disfrazado?

Banning no respondió.

—La gente no hace esas cosas así de repente sin ninguna razón —dijo Callas suavemente—. El lavado de cerebro no es fácil. Pero así es como yo ejecutaría un plan de ese tipo. Hay precedentes históricos. Buscaría a gente vulnerable en el barrio, cerca de mis objetivos, y los dirigiría y los trataría. Como sea que lo hagan. Drogas, hipnosis. Llamadas telefónicas en medio de la noche.

Cerré la boca con tanta fuerza como un cepo.

Callas hojeó más copias.

—Comprobemos mi hipótesis. El doctor Stanley Mauritz, acusado de asalto y asesinato en el estado de Washington, no se declara culpable alegando locura. Su historial médico, presentado al jurado por su abogado defensor, incluye tratamiento por trastorno bipolar. Y su piloto de submarino, David Jackson Press... Estuvo bajo tratamiento en 1998 por depresión. Se convirtió en cristiano renacido poco tiempo después.

—Rob nunca estuvo bajo tratamiento por nada —dijo Lissa—. No tenía ningún trastorno mental cuando me casé con él.

Callas me miró pidiendo confirmación.

—¿Cierto?

—Nunca nos han diagnosticado ningún tipo de enfermedad o trastorno mental —dije.

—Rob no perseguía o amenazaba a nadie de muerte, ¿no?

—No. —Lissa sacudió la cabeza—. No que yo sepa.

—Nunca —dijo Banning.

Mostré mi conformidad.

—Era principalmente una víctima, un objetivo... tal como el señor Banning

declara ser.

—No tuve ningún tipo de trastorno mental antes de 1992 —dijo Banning con un hilo de voz.

—Pero desde entonces... paranoia, antisemitismo, pensamiento racista obsesivo, colapso total de su carrera académica y de escritor debido a comportamientos inapropiados y asociación con gentes igualmente inapropiadas —recitó Callas leyendo una lista—. ¿O todo eso son rumores malintencionados?

Banning tomó un repentino interés por sus rodillas.

Callas puso los papeles sobre su escritorio en una pila ordenada.

—Me gustaría que Rudy y Lissa volvieran al despacho dentro de unos minutos. Quiero hablar con Hal a solas.

Lissa se levantó y salió de inmediato. Banning se puso de pie más lentamente, echándonos una mirada patética a ambos.

Cuando se fueron, Callas dijo:

—Las personas que matan a otras personas normalmente desean algo, o quieren que no suceda algo. ¿Qué hace para que alguien quiera matarlo?

—Mi investigación.

—Investigación sobre cómo vivir más. —Sonrió dudosamente—. ¿Está compitiendo con una de las grandes compañías para introducir alguna droga en el mercado?

—No que yo sepa. Nada de drogas.

—¿Le ha robado secretos a alguien? La verdad es importante en este momento, Hal.

—No. Además, nadie con uso de razón se lo creería.

—¿Ha visto a alguien que crea que puede estar relacionado con esos atentados... alguien sospechoso?

Le conté sobre el hombre con el pulverizador en el supermercado en Berkeley.

—¿Qué es lo que pulverizaría alguien sobre las lechugas?

—Bacterias.

—¿Para hacerle enfermar?

—No en el sentido normal. Para cambiar el comportamiento.

—No lo entiendo, Hal.

—Yo tampoco.

—¿Tiene una pistola?

—No.

Callas bajó la voz.

—¿Un lugar de residencia permanente?

—Ahora no.

—Como las leyes sobre armas de fuego son las que son, y con su nombre circulando todavía en el sistema policial, le llevaría varias semanas conseguir una pistola y un permiso de arma oculta. Puede que más. ¿Está dispuesto a comprar un

arma ilegalmente? No será barato.

—¿Necesito una? —pregunté.

—Sí, la necesita.

—¿Cuánto costaría?

—Una nueve milímetros, bueno, cerca de setecientos dólares, sin preguntas. Un especial Sábado Noche de confianza, puede que doscientos o trescientos.

—¿Qué pasa con Banning y Lissa? —pregunté en voz baja.

—¿Ha intentado alguien matarlos? —inquirió Callas.

—No lo sé. Sacudí la cabeza.

—Creo que o bien el señor Banning, o Lissa Cousins, o ambos, pueden suponer un problema para usted. No pude creérmelo directamente. —Los dos carecen de entrenamiento y son vulnerables. El señor Banning es un riesgo seguro, y siempre sospecho del altruismo femenino, a menos que haya una motivación romántica.

Sacudí la cabeza.

Callas apoyó la mano en el escritorio como si fuera a jugar a tirarse cuchillos entre los dedos. Se miró la mano.

—Mentir podría ser mortal, Hal.

—No hay nada entre nosotros.

—¿Qué ocurrió la pasada noche para que abandonaran su habitación de hotel?

—Banning cree que alguien se introdujo y puso un abrelatas y una lata de melocotones —dije—. Usé el abrelatas y me comí los melocotones. Cree que puedo haber sido marcado. —Expliqué lo que quería decir. Callas me miró con curiosidad morbosa.

—¿Se siente enfermo o indispuesto?

—No.

—¿Podría llevar el abrelatas a que lo analizaran? Me lo pensé detenidamente.

—Sí.

—¿Por qué estaba su hermano en Nueva York?

—Creo que estaba terminando de encajar las piezas de un puzzle —dije.

Callas apartó la vista y sacudí la cabeza.

—Afirma que sus enemigos, quienesquiera que sean, actúan como La Sombra: obnubilan la mente de los hombres, ¿no?

Me sentí como un insecto bajo la punta de un enorme alfiler de entomólogo que descendía.

—¿Por qué no han podido obnubilar también su mente?

No podía dar ninguna respuesta que me hiciera sentir cómodo.

—Es un todo contra todos, ¿no es así? —dijo Callas—. Todo lo que sabemos sobre la cordura y el libre albedrío. —Sus nudillos golpearon ligeramente la superficie del escritorio. Miró más allá de los ventanales de marco de acero—. Consumo un montón de verdura fresca. Saben dónde vivo. ¿Qué pasa si deciden obnubilar mi mente? ¿De qué les sirvo entonces? —Exhaló—. Le voy a devolver el

cheque a la señora Cousins. —Empujó el cheque de Lissa de un lado a otro de la mesa—. El trabajo de detective es gratis. Considérelo como un intercambio por alertarme sobre algunos hechos interesantes. Y por lo que pueda valer, dicho por una profesional que ya no se siente tan lista, un consejo: consiga un arma. Olvídese de todo lo que sabe acerca de la vida, la decencia y la civilización. Manténgase lejos de sus amigos.

»Y manténgase puñeteramente lejos de mí.

Me reuní con Banning y Lissa en la calle, fuera del almacén.

—Somos demasiado raritos para ella —les conté. Le di el cheque a Lissa—. Sabe que no confió en Rudy, y que Rudy no confiaba en mí. Y cree que tú tampoco deberías confiar en mí.

Banning asintió, como si tuviera todo el sentido del mundo.

—Tuve relación con su hermano —dijo—. Me cuesta mucho confiar en alguien... estoy seguro de que ya entiende por qué.

Lissa me miró con tristeza.

—¿En quién debería confiar yo? —preguntó.

—Creo que la señora Callas tiene razón —dije—. Deberíamos separarnos e ir cada uno por su lado.

—He llevado a cabo mi deber para con su hermano, hasta el punto en que ha sido posible —dijo Banning. Se formaron pequeños huecos en sus mejillas antes de que añadiera—: Ahora, espero volver a la oscuridad y al fracaso. Mucha suerte.

Observamos cómo caminaba por la calle hasta su traqueteado Plymouth, una figura que disminuía en la perspectiva de los muros y ventanales de los almacenes.

—Es estúpido —dijo Lissa—. ¿Adonde irás?

—Dondequiera que sea, tendré que ir a pie —dije.

Empecé a caminar hacia el sur. El motor del coche de Banning tosió. Pude oler su humo azul.

—¡Cierto! —gritó Lissa detrás mío—. ¡Sin dinero, sin coche... solo con tus malditos zapatos! ¡Eres tan increíblemente estúpido!

Me detuve. Lissa estaba sobre la acera rota, con los tendones de las muñecas tensas, los puños cerrados, la cara tensa y enrojecida. Estaba furiosa y asustada. Mi resolución, no demasiado fuerte para empezar, flaqueó.

Había estado solo durante tanto tiempo que me había olvidado de cuánto lo aborrecía. Pero Banning podía irse y no lo echaría de menos ni por un momento. Afrontemos la verdad, no quería darle la espalda a Lissa. Hay un instinto en la mayor parte de los hombres que nos ata a las mujeres hermosas.

Es una debilidad real, reconocida ante los ojos de Dios mismo, y es parte de lo que nos hace morir cuando aún somos jóvenes.

—No puede terminar aquí —dijo—. No quiero que termine así.

Maldije en voz baja y aceleré el paso hasta que pasé junto a ella hasta el Plymouth. Al coche le costaba calentarse. Banning bajó la ventanilla hasta dejar un resquicio y me dirigió una mirada temerosa, de reojo.

—No haga nada raro —me advirtió.

—¿Guardó el abrelatas? —pregunté—. ¿Puedo cogerlo?

Tamborileó con los dedos en el volante durante unos segundos, luego dijo:

—Está en la caja del maletero. Solo tiene que tirar del cable que sobresale de la

cerradura.

Rebusqué en la caja de comida enlatada y encontré el abrelatas y lo metí en el maletín junto a los papeles de Rob. Cerré el maletero, tirando dos veces de él antes de que cerrara.

—Lo encontré —dije—. Gracias.

Subió la ventanilla y apretó el acelerador. El Plymouth salió disparado hacia el sur y dobló la esquina.

Lissa me llevó más allá del aeropuerto, en dirección sur, no parecía relevante adonde. Durante veinte minutos fue suficiente con estar en el coche y en marcha. Si empezábamos a hacer preguntas, la decisión difícil sería por dónde empezar. Si tiramos de esta hebra, ¿saldrá de poca longitud y cortada o desvelará todo el misterio? Hasta ahora, todas las hebras de las que había tirado no habían revelado nada excepto confusión.

—Alguien que decía ser Rob me llamó anoche —dije.

—Rob está definitivamente muerto —entonó, como si repitiera un mantra—. Te están jodiendo.

—¿Quiénes?

—Los que sean.

—Es por eso que Banning parecía tan contento de irse. Cree que me han marcado.

—Muy bien, que te marquen, ¿qué significa eso?

—Introducir bacterias o algo en tu comida. Control mental.

—Eso son tonterías de Banning. Banning hizo que Rob empezara a creerse esas cosas.

—¿Lo hizo? Rob escribió sobre lo que aprendió en Siberia, y da bastante miedo.

—Abrí el maletín y saqué el sobre—. Hubo un programa ruso en la década de los treinta para desarrollar un lavado de cerebro por medio de bacterias. Algunos tipos especiales de bacterias, mezclados con tu comida, pueden hacer que cambie tu comportamiento o hacerte sugestionable. Entonces alguien podría dirigirte. Controlar tu mente. Has sido marcado.

—¿Crees que controlan tu mente en este momento?

—No.

—¿Por qué no? Ellos, quienesquiera que sean, parecen increíblemente poderosos. Asustan a la señora Callas.

—Estoy tomando antibióticos —dije. Le había estado dando vueltas durante un par de horas. Como hipótesis, era definitivamente interesante, pero no cubría un cierto número de detalles, mi estado de trance la noche anterior y cómo había escapado de la locura a bordo del Mensajero del mar.

—¿Antibióticos? ¿Eso es todo lo que se necesita para escapar de las garras del doctor M abuse?

—¿Quién?

—El doctor Mabuse —dijo Lissa—. Ma-bu-se. Fritz Lang hizo una película sobre un genio del crimen llamado Mabuse. Supuestamente era un símbolo de Adolf Hitler.

—Oh. —Decididamente, había pasado demasiado tiempo de mi vida inmerso entre publicaciones científicas y manuales de laboratorio.

—¿No habrían pensado esos amos del universo en los antibióticos?

—Había muy pocos antibióticos en los veinte y treinta. Solo sulfamidas.

—Así que el doctor Mabuse tiene este circo de pulgas entrenadas que son espías supremos, solo que en vez de pulgas son bacterias —dijo Lissa—. Y los antibióticos los hacen caer del trapecio. Gritan «Mein Gott» y sus ojitos, ¿las bacterias tienen ojos?, se convierten en pequeñas equis. Qué conveniente.

Sonreí.

—«Bozhe moi», si son rusas. Ya veremos dentro de ocho días —dije—. Se me acabarán las píldoras para ese entonces.

La conversación trazaba círculos sobre sí misma y volvía al principio de tal manera que no pude más que intentar romper el hielo. Lissa subió los brazos y se estiró tanto como le permitía el volante, luego bostezó conspicuamente, no de cansancio sino para liberar tensiones.

—¿Rob le dio el sobre a Banning, para que te lo entregara?

—Sí.

—¿Estás seguro que era de Rob?

—Reconozco su letra. Puedes leer los documentos, si quieres.

—¿Has decidido que confías en mí? —preguntó Lissa, con expresión sombría. Mantenía los ojos en la carretera. El tráfico aumentaba y se ponía difícil, requiriendo toda su atención. Un Honda rojo de ruedas pequeñas que llevaba a tres jóvenes con gorras de béisbol al revés se coló delante nuestro sin hacer ninguna señal. Le dio al freno y al claxon al mismo tiempo.

—La confianza no importa un pimiento —dije—. Si lo que describió ocurrió, si estoy sumando bien dos y dos, si lo que dice Banning tiene sentido, o lo que dijo AA...

—¿AA? —dijo Lissa.

—Rob no te contó mucho sobre su trabajo, ¿verdad?

—No hacia el final. No podía soportar verle romperse en trocitos. ¿Qué tipo de antibiótico? —preguntó.

—Integumicina. Es nuevo.

—Me sorprende que haya algún antibiótico que funcione. Hay tantos gérmenes resistentes. Es como si lo hicieran a propósito.

—Sí —dije—. ¿Adonde vamos? —Ahora mismo son las once en punto, estamos en un atasco en la 101, y no vamos a ningún lado —dijo.

—Tengo las llaves de Rob —dije—. Y un mapa. —Saqué el mapa del sobre y lo desplegué sobre mis rodillas.

Una foto sacada de un periódico amarillento por el tiempo cayó de entre los

papeles. Mostraba una fila de sonrientes funcionarios de fajín, cortando una larga cinta con unas tijeras sobredimensionadas. Sobre sus cabezas colgaba una bandera:

DÁNDOLE A AMÉRICA LO MEJOR DE LO MEJOR:
THURINGIA
NUECES - FRUTAS - PASAS

La leyenda decía: «La novísima ciudad turística de California da la bienvenida a los visitantes».

Sobre el mapa, había marcados dos círculos con boli rojo, uno alrededor de un pequeño punto sin nombre al este de Livermore, el otro alrededor de San José.

—¿Sabes algo de un lugar llamando Thuringia?

—No —dijo—. Suena a salchicha.

—¿Cuánto estás dispuesta a involucrarte?

Agarró el volante con más fuerza.

—¿Lissa? —Me incliné hacia delante para que me mirara y forzarla a responder.

—Quiero sentirme en paz en algún momento de esta vida —murmuró—. Si vas a hacer lo que hizo Rob... —Me miró, y supe instintivamente que estaba viendo a Rob en mí. Mi hermano y yo habíamos divergido poco en apariencia en casi tres décadas. Rob era diestro, yo ambidiestro. Adroit y gauche. Su pelo se rizaba en el sentido de las agujas del reloj y el mío en el contrario. Se ponía primero el zapato derecho y luego el izquierdo... yo, al revés. Su ojo izquierdo era un poco estrábico, mi ojo derecho es un poco estrábico. Diferentes huellas dactilares y patrones retínales, por supuesto; los embriones tienen alguna autonomía cuando se desarrollan.

Pero los mismos genes exactamente. Los mismos.

Habíamos especulado, durante nuestro primer y último intento de citas en cooperación con mujeres, aquel desastroso verano de cuando teníamos dieciocho, que no era técnicamente infidelidad si un gemelo se acostaba con la novia del otro. No suponía ninguna diferencia en el viejo juego de la evolución. Luego nos dimos cuenta de que no era así.

Ahora solo quedaba yo.

—Hay algo en Thuringia, y hay una dirección en San José —dije—. ¿Empezamos a abrir unas cuantas puertas?

—¿Por qué?

—Creo que mi hermano me está gastando la última broma. Me ha dado suficientes pruebas para despertar mi interés, y quiere que siga sus pasos y resuelva un misterio. Creo que si tengo éxito sabré por qué lo mataron, y puede que sea capaz de recuperar mi vida.

Eso no sonaba convincente ni siquiera para mí, pero ¿cómo podía explicar un juego masculino de a ver quién se achanta primero entre un gemelo muerto y uno vivo?

—Quizá te está advirtiéndote, mantente alejado de esos lugares.

—¿Mandándome un mapa y unas llaves?

Agarró el volante incluso con más fuerza.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Famélico.

—Dime dónde deberíamos comer, y qué —dijo con un rastro de impudicia—. Tú eres el experto.

Elegí un Denny's. Estaríamos indefensos ante cualquier organización que pudiera controlar todos los restaurantes de comida rápida de California.

Lissa pidió una sopa de almeja. Yo tomé una tortilla de queso con salchicha. Todo fue exhaustivamente cocinado.

Thuringia, California

Nos pasamos el desvío dos veces. Miré el mapa de Rob y determiné que Thuringia —si ese era el punto sin nombre en el círculo rojo— estaba entre dos pequeñas ciudades, Gillette Hot Springs y Cinnabar, a cerca de tres kilómetros por un viejo tramo de autopista que ahora se usaba como terreno delantero de una serie de casas y como carretera comarcal. Pero todo lo que encontramos al este de Gillette Hot Springs fue onduladas colinas marrones y un restaurante abandonado, con un decrepito molino holandés verde y blanco.

Nos paramos a preguntar direcciones en Cinnabar, que no era mucho más que una gasolinera y un p rking para camiones. El empleado de la gasolinera, un muchacho de dieciséis años con el pelo negro largo y una agujereada camiseta de los RAMS de Los  ngeles, nunca había oído hablar de Thuringia.

—Este es el lugar más aburrido de la Tierra —nos confes  mientras bombeaba gasolina al depósito del Toyota—. No hay nada excepto viejos. Hasta los perros son viejos.

Lissa estaba claramente descontenta pero mantuvo la boca cerrada mientras yo maldecía y me las veía con el mapa.

Finalmente decidí que deberíamos volver atrás y detenernos en el viejo restaurante. Nos metimos en el p rking lleno de hierbajos. Sal  del coche y vi por ventanas sucias y rotas un interior ruinoso, mostradores destrozados, basura en el suelo. Dando la vuelta por atrás, en una zona a oscuras, encontr  una gran señal de madera contrachapada apoyada entre dos baqueteados contenedores de basura. Le di la vuelta con el pie y se cayó. En letras verdes parodiando caracteres alemanes, delineados en rosa granuloso, la señal afirmaba:

SOPA DE GUISANTES THURINGIA

Me proteg  los ojos del sol con la mano y atravesó el asfalto agrietado. Una valla, astillada y descolorida por el sol, bloqueaba el acceso a una carretera lateral que se dirigía directamente a las colinas.

— Bingo! —grit  a Lissa en el coche.

No compartí mi emoción.

La carretera a las colinas se había convertido en un lodazal gracias a años de lluvia, sol y descuido. Lissa hizo que el Toyota fuera a unos cincuenta kilómetros por hora, haciendo que nuestros dientes entrechocaran.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó.

—No espero encontrar nada —dije—. Excepto que puede que todo sea un sueño. —Postes eléctricos desfilaban por la carretera. La corriente todavía llegaba a Thuringia, aunque no apareciera en los mapas.

Lissa redujo para esquivar un socavón particularmente profundo.

—¿Crees que hay algo malo aquí?

—No tengo ni idea —dije. Pero las palabras en la bandera en la foto del periódico me perseguían obsesivamente: DÁNDOLE A AMÉRICA LO MEJOR DE LO MEJOR: THURINGIA NUECES FRUTAS PASAS. Podía imaginarme anuncios con fotos en la contraportada del National Geographic y el Sunset en la década de 1950: fruta y cajas de nueces de California que se podían pedir por correo.

—¿Y si se lo inventó todo? —pregunto Lissa esperanzada.

—Entonces damos la vuelta y nos vamos a San José. A confirmar que Rob era un chalado.

Lissa pareció tomarse lo que dije como pie para una réplica en un diálogo de teatro. Habló deprisa.

—El último viaje que hicimos, antes de que nos separáramos, Rob quiso enseñarme algo en San Francisco. Hicimos todo el viaje en coche desde Santa Mónica hasta una salina en South Bay. Cogimos el puente Dumbarton y terminamos en una carretera polvorienta sobre una manga de tierra que se introducía en el mar. Por todas partes a nuestro alrededor había esos grandes estanques cuadrados llenos de agua púrpura. Eran estanques para secar la sal. Rob me contó que estaban llenos de bacterias, halófilos, las llamó.

—Los que les gusta la sal.

—Lo sé —bufó, pero no quitó los ojos de la carretera—. Nos quedamos junto al coche en la manga y apestaba y había moscas por todos lados. Me pregunté si sería capaz de usar sal después de eso. ¿Sabes qué me preguntó?

Podía haber jurado que me estaba llevando por donde quería, como un abogado interrogando a un testigo ante un jurado; sabía de antemano adonde quería llevarme. Quizá Rob le había contado más, y estaba intentando medir las profundidades de mi propio conocimiento. Sacudí la cabeza.

—Me preguntó si alguna vez me había preguntado a mí misma cuál era la mente más antigua sobre la tierra.

—Oh, vaya.

—Señaló los estanques. «Ahí está. Me pregunto qué estará pensando ahora», dijo. «Me pregunto si está enfadada con nosotros». Eso me asustó. Un largo viaje para ver unos estanques apestosos. Tuvimos una pelea enorme aquella noche, y rompimos unas semanas después. Pero no fui yo la que pedí el divorcio. Fue Rob.

—Lo siento —dije.

—¿Qué quería decir? —preguntó.

—Supongo que quería decir que las bacterias hablan las unas con las otras.

—Es una estupidez —dijo. Entonces pareció dudar—. ¿Lo hacen?

—Sí —dije—. Pero no de la forma en la que estamos hablando nosotros ahora. Intercambian material genético, plásmidos, sustancias químicas.

—¿Como si fuera un cerebro? —preguntó Lissa.

—Pudiera ser.

—¿No te asusta? A mí me asusta. Si nos odian, hay tantas de ellas, ganarían.

—Hay demasiadas cosas que me asustan ahora mismo —dije—. Trato de no pensar en todas a la vez.

Lissa frenó bruscamente y detuvo el coche sin parar el motor. Más adelante, en un trecho plano entre las colinas doradas por el sol, había una ciudad, de edificios bajos, parda como una mazorca pasada.

—Contemplad la meca turística de Thuringia —dije.

El motor y el aire acondicionado gimieron en un afinado coro japonés en el calor del valle central.

—No quiero hacer esto —dijo Lissa, y su rostro estaba pálido, su labio superior húmedo con sudor producido por los nervios.

—Puedes quedarte aquí, yo entraré —le ofrecí.

Se lo pensó.

—No —decidió.

—Lo haremos por Rob —dije.

—Ya he hecho un montón de cosas por Rob —dijo con una amargura que no le había oído antes.

Los dos nos quedamos mirando a través del polvoriento parabrisas la fila de edificios, dispuestos en montones aleatorios como un rebaño de vacas durante una sequía.

Lissa volvió a poner en marcha el coche y nos movimos lentamente por el último centenar de metros de asfalto arrugado. Se salió de la carretera y aparcó al lado de una valla de cadena sostenida por postes plantados en cemento y que envolvía a la ciudad entera. Una señal atornillada a la valla anunciaba, con letras blancas sobre fondo rojo, RIESGO DE CONTAMINACIÓN NATURAL — NO TRASPASAR. La valla cruzaba la carretera. No había entrada.

—¿Qué significa eso?

Me enfrenté al enigma.

—La ciudad al este de aquí se llama Cinnabar, cinabrio. Eso es un tipo de mena de mercurio.

—El mercurio es venenoso —dijo Lissa.

—Algo bastante desagradable —concedí—. Pero no veo cómo es posible que pueda contaminar una ciudad entera. No hay ninguna factoría o mina.

—¿Estamos seguros de eso? Creo que deberíamos dar la vuelta y volvernos.

Era una sugerencia razonable, pero algo me dijo que la señal no era una advertencia contra el mercurio.

—Quédate aquí. Yo iré a mirar —dije. Y añadí—: Prometo limpiarme los zapatos cuando regrese.

—Al infierno con eso —dijo Lissa—. Iré contigo. —Intentó echarle valor al asunto.

No fue difícil atravesar la vieja cadena. Busqué una piedra y golpeé la barra que mantenía tensos los eslabones, luego le di patadas hasta que hubo un agujero lo suficientemente grande para que pudiésemos pasar. Me colé sin dificultad y decidí quedarme con la piedra, por si acaso. Cuando pasó Lissa, con su vestido, hubo un momento incómodo en el que enseñó más muslo del que a ambos nos pareció decente.

Se ajustó la ropa mientras yo miraba hacia el cuerpo principal de Thuringia. Parecía un decorado chapucero para una película de serie B con Frankenstein. Los edificios con las entradas cerradas por tablones clavados tenían fachadas al estilo falso de pueblito europeo. La pintura había sido reducida por el sol a solo unos restos de azul y verde. La calle estaba cubierta de barro seco y canales poco profundos dejados por las últimas lluvias en el barro y había plantas rodadoras por todos lados.

—Las plantas rodadoras vienen de Rusia —le dije a Lissa.

—¿Y? —preguntó.

—Nada —dije. Dimos unos cuantos pasos hacia el centro del bulevar Saxony. Algunos de los edificios tenían marcas de graffiti, pero sorprendentemente pocos para ser esta parte del país. A nuestra izquierda, por la calle Bohemia, más tiendas fantasmales hacían viejas promesas huecas.

Nos paramos debajo del cartelón de una panadería danesa. Esta tienda no había sido cerrada con tablones, pero hacía mucho tiempo que las ventanas habían desaparecido, y el interior era una ruina oscura y polvorienta de estanterías desnudas, tuberías al aire e instalaciones de las que sobresalían cables eléctricos pelados y sin energía.

En el escaparate de muestras había un modelo a escala de la ciudad arrugado por la lluvia, los edificios de cartón completamente descoloridos. Cerca de un vacío creado por alguien que había arrancado algo del lado norte del modelo, un papel ondulado por el tiempo decía: THURINGIA BADEN BADEN: AGUAS MINERALES Y BALNEARIO, Aguas Curativas Naturales De Las Profundidades De la Tierra.

—Baños termales —dijo Lissa—. Muerte burbujeante debido a vapores de mercurio.

—No tiene gracia —dije.

Dos puertas más abajo, un contrachapado cuyas láminas se caían cubría la ventana de una agencia inmobiliaria. La Antigua Inmobiliaria Alpina, anunciaba un cartel de letras de fantasía talladas en la madera encima de la chapa. Bordes azules y rojos, tallas de pasteles y edelweiss. La América Blanca, con una historia tan corta, siempre estaba pendiente de señales de afirmación procedentes de culturas más

antiguas. En cualquier otro lugar hubiera sido simplemente ridículo. Allí me hacía apretar los dientes.

—¿Ya tienes bastante? —preguntó Lissa.

—Cuatro o cinco calles más —dije.

Durante los próximos quince minutos, paseamos entre los sueños tristes y momificados de una ciudad turística fracasada, reducida a la bancarrota y a recuerdos tan desteñidos como sus pósteres.

En una placita de aldea había una glorieta para la banda del pueblo. No costaba mucho imaginarse música de polca y verbena elevándose en las largas noches de verano.

La quietud era absoluta. Ni siquiera una brisa soplaba entre los viejos edificios. Pasamos un almacén, las puertas bostezando al vacío, el suelo de cemento cubierto de paletas rotas y montones de arpillera húmeda de rocío. En un callejón estrecho entre dos chalés pintorescos había un sedán Ford abandonado, completamente despojado de todas las piezas hasta que solo quedaban los restos de la carrocería. Se mantenía sobre una cuña que había cedido finalmente, a saber después de cuántas décadas.

Cerca del límite de la ciudad, separada de los otros edificios, encontramos la oficina del Correo— Periódico de Thuringia, un nombre pretencioso para lo que supuse era una publicación de una sola página dedicada al chismorreo local. Sin embargo, la puerta no estaba cerrada con tablas, y pensé que a lo mejor merecía la pena echar un vistazo dentro.

—¿Crees que le importará al sheriff? —pregunté. Me preparé para derribarla con el hombro.

—No seas idiota —dijo Lissa—. Te vas a romper algo.

Flexioné los músculos.

—El hombre de acero —dije.

La madera estaba vieja y débil, y la puerta cedió al primer golpe. El polvo voló por todas partes. Bajando el puño que tenía levantado en señal de triunfo, entré en la oscuridad. Cuando mis ojos se ajustaron, contemplé pilas de pósteres, cajas llenas de papeles y un pequeño escritorio negro.

—«Granjas de Thuringia, enviamos a todas partes —leí—. Navidades, Acción de Gracias, ¡En Cualquier Celebración! Pastel de Frutas mundialmente Famoso, Cestas de Almendras y Nueces, Pasas, Naranja Confitada, Piña...».

—¿Confitada? —bufó Lissa.

—Eso es lo que dice. «Dátiles y Aceitunas, Ciruelas Pasas Deluxe de las Colinas De California. Satisfacción Garantizada».

—No sufrirían de estreñimiento —dijo Lissa.

—«Copyright 1950».

Levanté el póster:

BIENVENIDOS AL PARAÍSO DE THURINGIA

SOL, BALNEARIO, MANANTIALES TERMALES
VIDA SALUDABLE
LA NUEVA CAPITAL AMERICANA DE LA SALUD

Bañistas en decentes trajes de baño a lo Esther Williams posaban en muros de roca y metían los pies en estanques de agua humeante. Todo eran sonrisas. Salud, dentaduras blancas y muslos gruesos al estilo de los cincuenta por todos lados.

—Vamos a buscar los baños termales —sugerí—. Parece un lugar concurrido.

—No, pero digamos que lo hicimos —dijo Lissa. Pero las palabras de tono ligero no cubrían su palidez. Ese lugar no le gustaba nada en absoluto. A mí me parecía triste y estúpido, pero hasta ahora no había ningún motivo de alarma.

El balneario era un edificio cuadrado de piedra y ladrillo en el extremo este de la ciudad. Otra vuelta de cadenas lo rodeaba, esta vez con un pórtico cerrado con candado, e incluso una señal más grande que anunciaba: RIESGO DE CONTAMINACIÓN NATURAL. Había más detalles en letra pequeña:

ADVERTENCIA:
NO BAÑARSE O BEBER DE LOS MANANTIALES
DEPARTAMENTO DE SALUD DEL ESTADO DE CALIFORNIA

Y debajo de eso, letras grandes de molde,

CONTAMINACIÓN BACTERIOLÓGICA

—¿Curiosa? —pregunté.

—No —dijo Lissa.

Cogí la roca y golpeé con ella el candado del pórtico. Se rompió al tercer intento, y el pórtico se abrió con un gemido metálico. Lissa me siguió a unos cuantos pasos detrás de mí.

La entrada principal estaba tapiada pero, por uno de los lados, había una puerta de servicio con otro candado. Este requirió cinco intentos. Agarré el pomo y abrí la puerta, luego me quedé intentando ver en la oscuridad.

En el interior se oía el sonido del agua en movimiento. La luz del sol entraba por los huecos entre las tablas de las ventanas tapadas creando lanzas de luz. Lissa me tocó el hombro, pero no dijo nada. Después de un minuto, mis ojos se acostumbraron a la penumbra. El aire olía a azufre, como tenía que ser en un genuino manantial termal.

—Fuu —dije, y moví la mano para hacer desaparecer no solo el hedor, sino mi renuencia a dar un paso más.

Una pasarela de ladrillo conducía a tres piscinas humeantes, la más grande de

unos seis metros de largo. Todas ellas estaban rebosantes de agua oscura en la que se veían ondas. Una tubería de veinticinco centímetros de diámetro salía de la pared más lejana y emitía un chorro continuo de agua caliente en la piscina más grande. Las piscinas más pequeñas absorbían el agua sobrante de la grande, y en ellas el agua se enfriaba a una temperatura más confortable para el no iniciado.

Me arrodillé al lado de la piscina más pequeña. Una gruesa película cubría la superficie, formando islas amarillas en el centro y líneas de costa espumosas alrededor de los canales que comunicaban las piscinas. Removí la película con la roca y la alcé para olerla y examinarla. El olor era asqueroso, no se trataba de algas sino de bacterias, probablemente parientes distantes de las alfombras que había visto en el fondo marino, agonizando debido a la exposición al aire en el balneario.

Sostuve la roca en la mano para enseñársela a Lissa, pero ya no estaba detrás de mí. Me levanté y escruté las sombras. Alguien se movió en el otro extremo del edificio. Oí un tintineo que se alzaba sobre el ruido de la tubería: maquinaria, y todavía en funcionamiento. Creí oír que alguien decía algo, sílabas fragmentadas en el ruido.

—¿Lissa?

No hubo respuesta. Caminé entre las piscinas y divisé una gran caja negra y un complejo de tuberías. Varias de las tuberías se introducían en la piscina grande. Todas estaban pintadas de rojo. Parecían más modernas que el balneario y recibían mantenimiento, libres de polvo y bruñidas.

Lissa vino hasta la caja y pasó por uno de los rayos de luz. Involuntariamente, di un respingo.

—¿Qué? —dijo.

Moví la mano débilmente.

—Es acero —dijo—. Hay algo dentro, pero no creo que seas capaz de abrir esta cerradura.

Di una vuelta alrededor de la caja, tenía cerca de metro y medio de lado y dos de alto. La tapa de acero parecía fuerte. Tenía al menos dos centímetros de grosor, como una armadura. Una cerradura empotrada firmemente era el único medio de acceso.

—¿Una estación medidora del Departamento de Salud? —elucubré.

—Para detectar terremotos —sugirió Lissa—. ¿Sabes?, como en esa película, el agua se vuelve más caliente si va a haber una erupción. Tampoco había visto esa.

Nos quedamos cinco minutos en el balneario hasta que el olor nos echó. No había recibido más información al respecto de la que tenía antes de entrar. Volvimos sobre nuestros pasos por las calles melancólicas, y nos paseamos una vez más en el bulevar Saxony.

Oímos pasos detrás de nosotros. Lissa y yo nos giramos rápidamente hacia lo que resultó ser un eco, y vimos un coche patrulla aparcado entre las sombras de un cobertizo de almacén. Giramos nuestros cuellos al unísono a la derecha. Un hombre alto con un uniforme caqui y un cinturón Sam Browne, con una 45 en la pistolera de

su cintura, se aproximó a nosotros con un dedo metido en una de las presillas del cinturón y con la mano de sacar la pistola libre. Llevaba una chulesca gorra de motero a lo Tom de Finlandia.

Dejé caer la roca apestosa.

—¡Hola! —saludó Lissa con valentía. Buena coartada, pensé. Una pareja blanca inofensiva haciendo una excursión rural. Nada raro, agente—. ¡Qué ciudad más maravillosa! ¿Hay algo que esté todavía abierto?

El hombre de uniforme la saludó llevándose un dedo a la gorra. Su mano era vieja, con un extraño pliegue entre los tendones de cada dedo. Detrás de unas gafas estilo MacArthur, su cara parecía una manzana reseca por el calor de un horno. Un cabello blanco plumoso sobresalía de debajo de su ridícula gorra.

No sabría decir qué edad tenía. Demasiado viejo para ser un poli.

—Zona prohibida —dijo, con una voz como un vinilo de 78 rpm rayado—. No beban del agua. —Sacó una botella grande de Evian que llevaba a la espalda—. Hace mucho calor de día. Yo me traigo la mía. En serio, amigos, están cometiendo allanamiento. La gente se olvida de la propiedad privada. Encontré una puerta reventada. No hay nada que robar.

Al final de la calle podía haber jurado que una figura gris nos observaba desde la sombra negra como la tinta del umbral de la puerta de una tienda. Pero podía haber sido una imagen residual del brillo de la placa plateada del viejo.

—No hay nada aquí, ni siquiera fantasmas —dijo—. El lugar más aburrido de la Tierra. Nadie en los alrededores excepto viejos pedorros. Incluso los perros son viejos. ¿Puedo ayudarles a encontrar el camino de vuelta a la carretera?

Lissa se estremeció mientras conducíamos por el barrizal de vuelta a la vieja autopista.

—Nos está siguiendo —dijo, mirando en el retrovisor.

Para entonces, yo también me estremecía.

—Cristo bendito, ese coche es añejo. Y él es senil. Fingiendo ser un agente de policía.

—Tiene una pistola —dijo Lissa.

Un vejestorio en una ciudad desierta, siguiéndonos en un viejo coche patrulla blanco-y-negro salido directamente de las viejas reposiciones de Patrulleros de la televisión que mi padre veía cuando yo era un renacuajo. Gafas de sol. Estirado y amable.

—Bacterias —dije—. Manantiales termales rebosantes de bacterias, y no solo provienen de pañales sucios, me apuesto lo que sea. Una fuente natural, directamente de las entrañas de la Tierra. No me extraña que Rob estuviera interesado.

Lissa dijo mm y señaló el asiento de atrás.

—Coge mi bolso. —Me volví con esfuerzo, estirando los músculos de mi hombro, y cogí el bolso de suave cuero marrón. Pesaba mucho.

Puso el bolso en su regazo y sacó una pistola negra angulosa.

—Mi padre me dio algunas lecciones, pero de eso hace años. —Me la pasó por la culata y la cogí—. ¿Sabes disparar? —preguntó.

—No —dije.

—Sabes cómo tirar del gatillo, ¿no?

—Supongo que sí. —Sentí el peso de la pistola, su forma equilibrada, como una sofisticada pieza de equipo de laboratorio, pero más simple y directa. La muerte es más fácil que la ciencia—. ¿Confías en mí?

—Ya que me lo preguntas —dijo—. Cuando te acompañé al Infierno del Pastel de Frutas, nos estaba siguiendo un viejo mamón, y estás empuñando mi pistola...

Examiné la pistola con cuidado. Una Glock, justo lo que la señora Callas me había recomendado.

—No está cargada —supuse.

—Sí lo está. Es un modelo policial. Tiene un cargador de quince balas, y hay tres cargadores más en el bolso.

Lo comprobé.

—Se para —dijo Lissa. Dejó escapar el aliento—. No, continúa.

Volví la cabeza. El coche patrulla levantaba nubes de polvo a los lados de la carretera. El polvo era denso y por un momento no pude ver lo que estaba haciendo el guarda.

Lissa aceleró suavemente, como si tratara de distanciarse de un depredador cauto.

El polvo se aclaró. El coche patrulla se había dado la vuelta y se dirigía de nuevo a Thuringia.

—Se ha ido —dije.

—Gracias a Dios —dijo Lissa.

Fue entonces cuando tuve esa rara intuición extraterrena que me había estado dando vueltas por la cabeza durante horas, una súbita revelación que me dejó helado hasta los huesos.

Pasteles de frutas, frutos secos y pasas, enviados a todos lados de Estados Unidos, directamente de una pequeña ciudad de California, una tapadera comercial de... ¿qué?

¿Seda?

Pulverizando gérmenes de control mental sobre cada ciruela, sobre cada pastel de cumpleaños, inyectándolos en los paquetes de almendras con cáscara y nueces. Y mientras tanto, recolectando muestras de los manantiales termales cuyas burbujas se rompían en malolientes nubes blancas de Madrecitas del Mundo.

Puede que Rob se hubiese topado con algo casi imposible de creer. Que le den al «casi». Tenía que saber más antes de siquiera empezar a creérmelo.

—¿Has tenido suficiente? —pregunté.

—¿Y tú? —dijo Lissa.

—San José —dije, y señalé con el dedo la carretera abandonada.

—¿No estás cansado?

—Hagamos una parada para tomar un café —dije.

Lissa se frotó la nuca.

—Por Rob —dije, y supe un instante demasiado tarde que una vez más había pulsado ese botón.

Su cara se volvió blanca como el mármol.

—¿Dónde conseguiste la pistola? —pregunté.

—No es asunto tuyo —dijo—. Y no me vuelvas a decir que lo hacemos por Rob. Tú lo haces porque tienes curiosidad, eso es todo. Él también tenía curiosidad, y me dejó, ¿recuerdas? Era él el que se comportaba como un auténtico gilipollas y hacía viajecitos por todo el mundo. No me escuchaba, y tú tampoco.

Dejé caer la Glock en el bolso. Me ponía nervioso solo de mirarla.

—Lo siento —dije.

Alzó la barbilla y se frotó la nariz.

—Olvídalo.

—Quizá deberíamos pararnos y tomarnos un café.

—No —dijo—. Estoy bien. Vamos a San José y acabemos con esto. ¿Dónde están esas dichasas llaves?

San José

Lissa alzó la vista hacia el hueco de las escaleras protegidas por cristalerías del edificio Creighton, un edificio de oficinas cúbico que databa de los primeros años de los setenta, a un lado de una vulgar carretera que comunicaba con la autopista 280, rodeado de patios de concesionarios de coches usados. Los carteles se agitaban con entusiasmo al viento en el local de Selecto Chan, a unos pocos metros al sur, pero a las seis y treinta, con la cena servida y anocheciendo, no había clientes. Un vendedor alto y flaco con un traje de chaqueta ajustado color raspa de arenque se apoyaba en un Ford Explorer hurgándose los dientes con un palillo. Nos ignoró.

Sostuve el pequeño llavero con su etiqueta en la que Rob había escrito claramente su dirección. El llavero tenía tres llaves, dos de la variedad común de latón que podían encajar en un número indeterminado de puertas, y otra de acero, nueva, cuadrada y brillante.

Empujamos la puerta de cristal y entramos en el vestíbulo. Las luces fluorescentes se encendieron y nos sobresaltaron, pero solo era un automatismo del edificio. Un improvisado escritorio para el guarda jurado estaba polvoriento y vacío. Miramos la lista de inquilinos en una placa cubierta de cristal en la pared, columnas de letras de plástico blanco pegadas sobre terciopelo negro. Ninguno de los nombres nos sugería conexión alguna con Rob.

—Puede que se mudara —dije.

—Hubiese tirado las llaves —dijo Lissa—. Odiaba las llaves inservibles.

Yo también tiraba las llaves viejas. La primera planta estaba ocupada por una firma de inversiones financieras, la tercera por un despacho de abogados. Eso dejaba el segundo piso.

Todas las doce puertas del segundo piso menos una estaban cerradas con llave. La mayor parte lucían placas de fórmica grabadas sujetas por monturas baratas de aluminio. Detrás de la puerta abierta, una solitaria recepcionista estaba sentada ante un escritorio barato, hablando por teléfono.

—Muy bien, mamá, lo intentaré. Déjame ver —le oí decir—. Eso sería cuatrocientas veintiséis naranjas ¿Cierto? Lo siento. Quinientas dos. —No miró hacia nosotros mientras pasábamos.

Después de comprobar que el pasillo estaba desierto, probamos las llaves de latón en cada una de las puertas que no tenían placas con nombres.

No hubo suerte. Hicimos una pausa. Lissa quería beber del surtidor de agua al final del pasillo, pero sugerí que era una mala idea.

—¿Cómo podrían saber sobre este sitio? —preguntó. Negué con la cabeza.

—Hace calor —se quejó. Pero no bebió.

Examiné las placas, intentando entrar en contacto con el sentido del humor de mi hermano, su idiosincrasia. Me llevó paseos arriba y abajo del pasillo, y una mirada de la recepcionista cuando pasé por tercera vez, antes de pararme delante de una placa que tenía grabado Industrias Richard Escher.

Escher, Richard. La Escherichia Coli, E. Coli había sido descubierta por un alemán llamado Escherich.

La segunda llave de latón funcionó, y la puerta se abrió. La oficina estaba a oscuras. La puerta llegó hasta la mitad de su giro antes de chocar contra algo pesado. Vislumbré pilas de cajas. Un olor mustio, de algo pasado y rancio, erraba por el aire fresco, nada grande, no era un cadáver, pensé, sino moho o algo así. Revistas viejas o libros.

Repentinamente tuve muy pocas ganas de entrar.

Lissa estornudó.

—¿Cómo supiste que era esta puerta? —preguntó mientras sacaba un kleenex del bolso.

Lo expliqué.

—Demasiado obvio —concluí en voz baja.

—¿Obvio para quién?

Alguien habló al fondo del pasillo. Los dos saltamos al interior de la oficina. Cerré la puerta y tanteé para encontrar el interruptor de la luz. Los fluorescentes titilaron hasta llegar a un brillo almidonado en el pequeño vestíbulo y en el pasillo.

Lissa dejó salir el aliento y se rio.

—Parecemos ladrones —susurró.

—No mientras el alquiler esté pagado —dije.

—Ha pasado mes y medio —dijo Lissa.

Hablábamos solo para romper el silencio. Lo que veíamos no tenía mucho sentido. Archivadores de cartón apilados en la pared detrás de la puerta. Dos se habían caído de una pila en la esquina. Pasamos por encima de un montón de números atrasados de revistas; Friday, Colliers, Time y Life.

Abrí la puerta deslizante de un armario y encontré montones de periódicos, una caja llena de recortes, otra caja llena de páginas impresas sacadas de páginas web.

—¿Qué es lo que hacía Rob? —preguntó Lissa.

—Investigación —supuse. Cogí una revista. Dos páginas tenían trozos recortados. Casi todas las revistas en las pilas eran de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, unas pocas databan de los treinta.

La moqueta —lo poco que se podía ver debajo de las cajas— estaba gastada y grisácea.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Lissa, e intentó contener otro estornudo. Se le escapó y estornudó delicadamente en el kleenex.

—Periódicos viejos —supuse.

—Huele como la cerveza rancia.

Miramos en la segunda habitación, una pequeña oficina de unos tres metros y medio de lado, y encontramos una mesilla con ruedas cubierta con un mantel de lana blanca. Alrededor de la mesilla, libros y periódicos rebosaban de las estanterías de pino barato, cajas llenas a reventar, o se salían de otro armario pequeño. Los libros eran ediciones de bolsillo en su mayor parte, novelas e historia de la Primera y Segunda Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Reconocí unos cuantos que Rob y yo habíamos leído cuando éramos niños.

Divisé tres libros en tapa dura de Rudy Banning y los saqué cuidadosamente del medio de una pila. Entre dos demonios, una historia de la alianza Hitler/Stalin, con un comentario en la portada que decía NY TIMES LIBRO MÁS VENDIDO DURANTE CINCO SEMANAS. Había sido publicado en 1985. El segundo, No supimos nada, comparaba la complicidad de los civiles alemanes durante el Holocausto con la complicidad de los rusos durante la expulsión de los judíos a Siberia durante los años cincuenta. Publicado en 1992, no estaba identificado como libro más vendido. Cada uno de ellos estaba anotado y subrayado de cabo a rabo, con marcadores lavanda, amarillos y rosas.

El tercero, delgado y de altura desmesurada para su contenido —Blondi, perro del destino— lo había publicado, en 1997, Ediciones Verdad Blanca en Ojai, California. En la primera página, con letras de molde escritas con pluma, estaba dedicado: «Para Rob y para cualquier niño del futuro, un legado de verdad, escrito bajo juramento por Rudolph B»..

Le pasé el libro a Lissa, que estudió las ilustraciones simples con el entrecejo arrugado.

—¿Hitler tenía un perro? —preguntó.

—Eso creo.

Puse el maletín —nunca fuera de mi vista— en el suelo y apilé los otros dos libros de Banning encima, luego me dediqué a escarbar en el armario. Una pequeña caja fuerte, atornillada al suelo, permanecía junto a pilas del San José Mercury News.

Mi hermano nunca había sido partidario de las maletas repletas. Siempre había viajado ligero de equipaje, como yo. Ese vertedero era totalmente ajeno a su personalidad y apuntaba hacia un proyecto apresurado sin terminar o bien a un auténtico cambio de personalidad.

Me agaché y miré la caja fuerte. Vacía.

A través de las finas paredes oí el gorjeo mecánico de un compresor pequeño poniéndose en marcha, un refrigerador, supuse. El sonido venía de la tercera habitación, al final del pasillo.

Esa habitación era la más grande, cerca de seis metros de largo y cuatro de ancho. Una pequeña mesa de reuniones servía por un lado de apoyo a un pequeño refrigerador blanco cúbico. Un microscopio de uso médico ocupaba un espacio

limpio en el lado opuesto. Botellas de sustancias químicas y cajas de suministros de laboratorio compartían el centro junto con una barra de pan y algo de queso, una lechuga pasada, un frasco abierto de mayonesa amarilla seca y un paquete de carne Oscar Mayer. El queso, el pan y la carne se habían cubierto desde hacía bastante tiempo de una capa exuberante de moho.

Una sartén sobre un pequeño hornillo en el suelo tenía una agrietada lámina de agar.

Un congelador de dos metros irrumpía en la habitación desde la pared derecha. Blanco, sin mácula excepto por una fina capa de polvo, y conspicuamente cerrado con candado, el congelador murmuraba eficientemente para sí mismo. Le eché un vistazo rápido a dos grandes mapas sujetos con chinchetas a un tablón de corcho encima del congelador: Rusia y América del Norte.

—Apartamento de soltero —dijo Lissa sin tono. Abrió el refrigerador y sacó una placa de cultivo—. Mosquitos —dijo mientras lo sostenía. Cogió otros—. Pétalos de flores, creo. Más lechuga. Rodajas de manzana. Montones de moho. —Sostuvo un soporte de probetas llenas de un fluido lechoso.

—Muestras de bacterias —dije. Hizo una pausa, sacó una pequeña bandeja de plástico con seis placas más, y dijo:

—Carne, creo. —Devolvió la placa a su lugar y se limpió cuidadosamente los dedos en el vestido.

Me puse delante del congelador y miré más detenidamente los dos mapas. Chinchetas azules y rojas señalaban localizaciones en ambos. Me incliné hacia delante. En Siberia, una chincheta roja había sido clavada en el extremo norte del lago Baikal. También había chinchetas rojas en partes del sur de California, Utah —el Gran Lago Salado— y Yellowstone. Tres chinchetas azules formaban una línea más allá de las costas de Oregón y Washington. Una chincheta roja casi cubría por entero el extremo sur de la bahía de San Francisco. Eso podrían ser los estanques salinos de los que Lissa me había hablado. Una chincheta azul se erguía sobre Nueva York. Las otras chinchetas puede que señalaran concentraciones bacterianas de interés, pero ¿Nueva York?

Posé la mano sobre el congelador, bajé la vista y le di un tirón al candado que cerraba el pestillo de acero.

—¿Deberíamos? —preguntó Lissa.

—Por supuesto —dije. Si alguien tenía derecho a hacerlo, ese alguien era yo, pensé.

Lissa se puso detrás de mí, con curiosidad a pesar de sí misma. Usé la llave de acero reluciente. El candado hizo clic y se abrió. Levanté el pestillo. Una pequeña nube de vapor se elevó del interior y se posó rápidamente.

Lissa pegó un aullido entrecortado y se retiró.

Había visto cuerpos humanos muertos anteriormente, en las casas de suministros médicos, sobre las mesas de autopsia. Sabía cómo eran. Pero nunca me sobreponía a

la impresión de ver otro más. Para mí, un cadáver significaba una derrota. Me agaché para examinarlo cuidadosamente. No me cabía duda de que había una razón para que ese cadáver en particular estuviera allí, en la oficina alquilada de mi hermano, congelado, todavía con los calcetines negros puestos, una camiseta arrugada y unos pantalones cortos de playa. También estaba seguro de que había una explicación de por qué le habían hecho una autopsia. Le habían rebanado la parte superior de la cabeza y retirado esa parte del cráneo, dejando la mayor parte del cerebro y cuero cabelludo descansando sobre un cuadrado de plástico negro. El torso había sido abierto de un solo tajo de bordes rectos desde el frente hasta la espalda, desde el abdomen superior hasta los riñones.

Pero este no era un cadáver de una casa de suministros médicos. Tenía la piel azul pálido y moteada de verde. Dudaba de que encontrara lividez, sangre acumulada en los tejidos inferiores, si le diera la vuelta. Probablemente había sido congelado después de estar muerto menos de un par de horas.

Cerré la tapa y retrocedí, golpeándome contra la abarrotada mesa central. Inhalé profundamente para mantener el estómago en calma.

—Tenemos que irnos —insistió Lissa.

—Vete a la puerta y escucha —dije, tragando saliva.

—Quiero irme.

—Entonces espérame en el coche —dije—. Mantén los ojos abiertos.

—¡No debes tocar nada! —dijo en un grito sofocado, cerrando los dedos—. Deberíamos llamar a la policía.

—¡Silencio, por favor! —dije entre dientes. Saqué una silla para sentarme y pensar. Contemplé el congelador, oí a Lissa caminar apresuradamente sobre la vieja moqueta.

Sus pasos volvieron.

—¿Lo hizo Rob? —preguntó.

Sacudí la cabeza, sin forma de saberlo.

—Y si lo hizo, ¿por qué?

—Por favor, déjame pensar.

Lissa cogió una segunda silla y se sentó.

—Huellas dactilares —le advertí. Cogió un kleenex limpio de su bolso y limpió allí donde había tocado la silla.

—Es un laboratorio, obviamente —dije—. Puede que el cadáver sea alguien que intentó herirle. Matarle.

—¿Por qué abrirlo en canal? —Luego, con una voz tenue pero firme, Lissa añadió—: Deberías intentar pensar como tu hermano.

Me enderecé y paseé por la habitación. Algo me daba punzadas, una intuición oscurecida por las impresiones y sucesos más inmediatos. Miré el desorden de placas, bandejas, bolsas de plástico, platos, botellas de sustancias químicas, y encontré una caja de guantes desechables de laboratorio de fibra sintética. Rob y yo éramos

alérgicos al látex. Saqué un par de la caja y me los puse en las manos.

Lissa me tendió otro kleenex y limpié la manija del congelador.

—Llévatelos cuando salgamos —dije. Los metió en el bolso.

—¿Crees que alguien ya ha estado buscando aquí? —preguntó—. Es lo que parece.

—Calla —dije, con la esperanza de que la elusiva chispa de memoria prendiera. Intenté mirar la habitación con otros ojos que no fueran los míos, ventanas a un cerebro similar. Abrí el pequeño refrigerador. Había unas treinta placas de muestras apiladas en las estanterías superiores. Deslicé la cubierta de una de ellas y olisqueé el contenido rosáceo, parecido a un pudín.

—Yogurt —dije. Detrás de las placas, en la parte de atrás del refrigerador, había una pequeña botella de piña colada Yoplait, aparentemente sin abrir, una de mis favoritas.

Una de las favoritas de Rob.

Nos miramos el uno al otro.

—Intentaba comprender cómo contaminaron su comida —dije—. Estaba cultivando muestras a partir de cosas que podía haber comido, o de cosas que sabía que habían sido manipuladas.

Cerré el refrigerador y miré alrededor ejecutando una lenta pirueta, como si tratara de coger desprevenida a una sombra. Me dolía la cabeza por el esfuerzo de intentar recordar.

Una caja para archivar de medio metro de largo había sido empujada contra la esquina al lado del congelador. Levanté la tapa con un dedo. Dentro había un par de pantalones de chándal, una suave camisa de punto, zapatos negros italianos de puntera afilada, un cinturón de cuero negro, y encima de todo una cartera de piel, algunas llaves y unas gafas de sol de montura de alambre con pequeñas lentes ovaladas.

Cogí las gafas. Todo encajaba. Abrí el congelador y metí el rostro y las manos en la fría niebla.

—¡No lo hagas! —dijo Lissa, su voz aguda—. Dejarás pelos o algo. —Debía leer novelas de misterio, pensé. ¿Podían los especialistas forenses detectar la diferencia entre el cabello de un gemelo y el otro? Lo dudaba mucho. Genéticamente, yo era mi hermano.

Contemplé la cara, atrapada en el zazen de la muerte, los ojos escarchados indolentes. El cuero cabelludo, como un tupé, estaba cubierto de espeso pelo negro.

—He visto a este tío antes —dije. Puse las gafas sobre el rostro, con esfuerzo para que una de las patillas pasara por un pliegue tieso de piel y pelo. Con la parte superior de la cabeza ausente, debería haberme sido difícil reconocerlo, pero me concentré en la nariz afilada los rasgos definidos, las gafas.

Bingo.

Un intercambio de miradas y un golpe en las costillas entre dos hombres en

forma, delgados, de pie en una parada de autobús en Berkeley. No muy lejos del supermercado en la avenida Claremont, antes del incidente con el hombrecillo del pulverizador.

El cuerpo en el congelador era el de uno de aquellos hombres, vivo más de un mes después del asesinato de Rob en Nueva York.

—Rob no pudo hacer esto —dije, y cerré la puerta—. Alguien más está involucrado.

—¿Banning?

No me imaginaba a Banning haciendo ningún tipo de autopsia casera.

—No lo creo. Es una rata de biblioteca, no Jack el Destripador.

Era muy, muy importante que saliéramos pitando de la habitación, del edificio. Con los guantes todavía puestos, abrí la puerta y miré arriba y abajo del pasillo. Vacía. Salimos y cerré la puerta con llave detrás de nosotros.

Teníamos que pasar junto a la recepcionista para llegar hasta las escaleras. Mientras pasábamos, nos llamó:

—¿Son ustedes de la oficina del señor Escher? Tengo algo para ustedes.

Números. Había estado recitándole números a su madre.

—¡Mierda! —gruñí. Cogí a Lissa por la mano y la empujé por el pasillo.

La recepcionista apareció en el marco de la puerta de repente como un cuco en un reloj. Llevaba una gran caja de cartón.

—¡Esperen! —gritó—. ¡Alguien les ha dejado esto!

Empujé a Lissa hasta el hueco de las escaleras y medio salté medio tropecé para bajar el primer tramo de escaleras, golpeando con fuerza contra las paredes de escayola.

La esquina me cubría parcialmente cuando la explosión lanzó un martillo mellado de llamas y desechos hacia mí. Clavos, tuercas, esquirlas de cristal y metal me rasgaron la parte de atrás de mis zapatos y la camisa y destrozaron la gran ventana como si le hubiesen disparado con una recortada. La onda expansiva me envió escaleras abajo como una patada y rodé junto a Lissa. El humo llenó el hueco de la escalera, negro y áspero como goma quemada. El maletín me horadó el diafragma. Apenas podía moverme, no podía respirar.

Una alarma saltó y el sistema contra incendios empezó a salpicar agua.

Lissa me arrastró por el siguiente tramo de escaleras. Era fuerte. Al fondo, me recobré lo suficiente como para cogerme de la baranda y ponerme de pie. Me bamboleé detrás de ella hacia la luz del sol.

La acera y la calle estaban cubiertas de cristales y metralla. Alzamos la vista para ver las llamas y el vapor salir del segundo piso con un ritmo caliente y apresurado, como el aliento de un dragón jadeante.

El vendedor flacucho con el traje color raspa de arenque ajustado se apoyaba contra el coche de Lissa como si hubiese estado esperando pacientemente todo el rato.

—¿Están bien? —preguntó. Tiró un palillo de dientes muy usado al césped y sacó una pistola del bolsillo de su abrigo, tan tranquilamente como si fuera un contrato de venta. Apuntó la pistola hacia mí, no hacia Lissa, e invistió su cara de comadreja con una sonrisa fría. Una burbuja de saliva brillaba en su barbilla. Retrocedimos—. Maldita sea, quédense quietos —dijo, encarándose conmigo—. Me está haciendo perder unas cuantas ventas.

Me encogí con el retumbar de una pistola. Ya está. Me agarré el estómago. Nada. Nada de sangre, nada de dolor. Levanté la vista de mi cinturón justo a tiempo de ver al hombre tambalearse un par de pasos hacia atrás. Tenía un pequeño agujero negro en su traje.

Todavía le llegaba la suficiente sangre al cerebro para intentar apuntar, pero cuando se dio cuenta de lo que había pasado, la pistola fue la última de sus prioridades. Sus piernas cedieron y cayó a tierra con un gruñido. Yació allí mismo dando patadas y emitiendo sonidos amortiguados.

—Oh, Cristo, oh, madre —dijo.

Su rostro se vació, pero sus piernas continuaron agitándose.

Nunca antes había visto a un hombre morir.

Lissa estaba guardando su pistola en el bolso cuando me di la vuelta para mirarla. Su cara estaba tan blanca como una luna llena a la luz del concesionario de coches. Su pelo rubio y sus hombros tenían reflejos anaranjados por las bocanadas de llamas de la ventana encima de nosotros.

—Jodido amateur —dijo—. Salgamos de aquí. —Parecía furiosa, y consiguió que definitivamente me cagara de miedo.

SEGUNDA PARTE
BEN BRIDGER

Han convertido a los gérmenes en camaradas y aliados. Hablan con ellos, y a través de ellos. Han abierto una línea telefónica directamente a la psique humana. Esto supone poder más allá de lo imaginable.

Informe Secreto del Comité Central de Investigación a Lavrenti Beria, 1937 (de los documentos Golokhov, hechos p públicos por el Comité de la Universidad de Irkutsk para la Apertura y la Exactitud Histórica, 16 de agosto de 2001).

6 de junio - El Cajón, California

Estaba hecho un desastre cuando Rob Cousins me llamó.

La cafetera se había quemado por una junta y escupía agua caliente por todas partes. La casa era una reserva natural de pelusas. Nuestro viejo gato blanco se había fugado para jugar al pinacle con los coyotes y los coyotes habían ganado. Prefería a Janie, de todas formas.

El único placer que me quedaba en la vida era ir a tiendas de libros de segunda mano, y la mayor parte de mis favoritas habían cerrado para dedicarse a la venta online. La presencia de Janie era un fantasma en la cocina, así que rara vez cocinaba. El césped estaba tan alto que no me atrevía a sacar el cortacésped. Me pasaba las mañanas en tal estado de desesperación que no salía de la cama.

Las tardes eran lo mejor. Al ponerse el sol, el calor del verano descendía a un apagado brillo de horno y una brisa marina se colaba por los cañones como el aliento de un ángel. El aire acondicionado se desconectaba a las siete y media o a las ocho y la casa se quedaba en silencio. Fuera, las estrellas se alzaban sobre las colinas negras y los grillos empezaban a hacer sonar sus chirridos con los que se podía medir la temperatura.

Tenía sesenta y tres años. Mi libro sobre operaciones de guerrilla submarinas en las Filipinas tenía dos centímetros de grosor y estaba completamente ahogado. Después de toda mi investigación, todavía no podía encontrar la historia que contar. Estaba cansado de escribir sobre jóvenes valientes que luchaban en una guerra justa hacía sesenta años. Parecía que la escritura se había acabado para mí.

No veía ningún futuro, y eso hacía que el pasado fuese inútil.

Me senté en mi sillón demasiado cómodo que tenía los brazos arañados por garras de gato y sorbí un martini. No me gusta la ginebra, pero a Janie sí le gustaba. Tenía planeado tomar una cerveza, luego, una hora después, un whisky. No soy suicida, así que siempre me paro en tres. Tres bebidas era suficiente para hacerme sentir triste antes que desquiciado de dolor.

Las ventanas eran de un negro brillante y la lámpara con mampara al lado del sillón proyectaba un brillo cálido sobre todo. Hacia las nueve en punto, el dolor empezaba a ser casi confortable.

Mi hija vivía en Minneapolis. Siempre adaptable como un camaleón, había adquirido el distintivo acento del estado, mezcla de noruego y chippewa y rara vez me llamaba. Mi hijo en Baltimore no pudo siquiera estar presente en el funeral de su madre. Dijo que estaba enfermo por comer marisco en mal estado. Quizá lo estuviera.

Janie y yo habíamos enviado todos los trastos que nuestros hijos no se habían llevado a organizaciones de caridad y empezábamos a pensar en nuestra segunda luna de miel cuando sufrió el ataque. Al infierno con las relaciones sociales. Nunca más me volvería a enamorar, nunca más confiaría en que una mujer no se levantara, fuera a otra habitación y se me muriera.

Me quedaría en la oscuridad como la lechuza blanca de granero que vi una noche en el patio, tijereteando ratones entre la hierba alta.

No hay nada más triste que un veterano hijo de perra sin su compañera de por vida.

Sonó el teléfono. Janie había comprado uno de esos sin cable, pero yo aún tenía mi especial Ma Bell de bakelita junto al sillón. Una vez fue usado por el almirante Halsey. Lo cogí, la voz de un hombre joven dijo:

—¿Ben Bridger? ¿El autor de Tumbas poco comunes?

—Soy yo —dije, y acerqué el sillón de tal forma que pudiera bajar la voz a un digno tono de barítono—. ¿Quién es?

—Mi nombre es Rob Cousins. Soy biólogo.

—Qué bien —dije.

—Leí sus libros cuando era un chaval. Las viejas ediciones de bolsillo de Ballantine y Bantam. Creo que todavía debo de tener unos cuantos por ahí. Eran buenísimos.

—Muchas gracias —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Escribió usted un libro con el ayudante de Beria, ¿no?, el que se libró de que lo fusilaran.

—Sí. — Vals con la Bestia, Houghton Mifflin, 1982. Cuatro ediciones en tapa dura y un par de ediciones en bolsillo.

—¿Conoce a un escritor llamado Rudy Banning?

—Solía vender cuatro veces más libros que yo.

—¿Y ahora?

—No conseguiría que le publicaran un libro aunque le fuera en ello la vida. Es un chalado.

—¿Su trabajo no es de fiar?

—Creo que consigue colar algún trabajo que otro en los Archivos Nacionales de vez en cuando.

—¿Qué cree que le ocurrió?

—No es asunto mío, señor...

—Cousins. Estoy en El Cajón ahora mismo. En Broadway, creo. Si no es demasiado tarde, me gustaría llevar algo de cena y hablar con usted.

Pequeñas campanillas de alarma.

—¿Cómo sabe que no he cenado?

—No lo sé. No he comido desde el desayuno. Puedo llevar algo de postre.

—¿Tarta de queso?

—Seguro.

—¿Qué es lo que quiere saber, señor Cousins?

—Tengo que confirmar algunas cosas que Rudy Banning me contó. Puede que sean importantes... para mí. Y también para un historiador como usted.

Si era uno de los admiradores del paso de la oca de Banning, si venía con una Luger o un Mauser, podía cabrearlo con la cancioncita sobre el único testículo de Hitler, y se pondría de los nervios y me volaría los sesos. No sería una mala manera de irse. Rápidamente, con mi nombre en los periódicos. De todas formas, el nivel del Laphraoig estaba muy bajo.

—La verdad es que no he cenado —dije.

—Estoy cerca de un restaurante vietnamita de comida a domicilio. ¿Qué le puedo llevar?

—Una de esas cosas como rollos de huevo o lumpia —dije—. Pho, con tendones, salchicha y carne asada. Montones de albahaca y rodajas de jalapeños. Olvídese de los brotes de soja.

Le di la dirección de la casa.

Fuera, oí a la gran lechuza de granero cazando en la hierba alta, sus alas susurrando como pequeñas geishas.

Cousins llegó cerca de una hora después y comimos en el porche trasero, con las luces contra insectos encendidas. Era un tipo de complexión ligera, que no pasaba de los treinta, guapo, pelo castaño claro que clareaba en las sienes, pero que le sentaba bien. Pálido, un poco enfermizo, la frente húmeda, pero no era uno de los del paso de la oca. Ojos intensos y verde oscuro, el párpado izquierdo un poco bajo, habla rápida, manos de dedos largos como los de un pianista.

—¿Qué sabe de Lydia Timashuk? —preguntó después que hube terminado con mi pastel de queso Sara Lee.

—Timashuk —dije—. Llamó la atención de Stalin en los treinta. Dijo que todos los mejores científicos y doctores de la Unión Soviética deberían trabajar juntos para que el camarada Stalin viviera más tiempo. A Stalin le gustó la idea, pero Timashuk era un fraude. Delató a doctores judíos en 1952. Muchos de ellos fueron fusilados.

Cousins asintió y sonrió. Tenía la impresión de que había aprobado el primer examen.

—Ella era un fraude, ¿pero ha oído usted hablar alguna vez de un investigador llamado Golokhov? ¿Maxim Golokhov?

—Maxim Gorky, sí. Maxim Golokhov, no.

—¿Y sobre un proyecto llamado Seda? Empezó antes de la guerra.

Sabía cuál era la guerra a la que se refería.

—No... a menos que sea uno de los proyectos para hacer seda artificial. Paracaídas y cosas así.

—¿Algo que tuviera que ver con Stalin, investigación sobre control mental, el lago Baikal y la Universidad de Irkutsk? ¿En los años veinte?

—No, pero eso no significa nada. Cada mes se descubren toneladas de documentos, archivos sobre esto o lo otro. No tan desorganizados como los archivos nazis, pero igual de comprometedores. Stalin era un perfecto hijoputa.

—¿Qué me puede contar acerca de Rudy Banning?

—Era el mejor.

Cousins sonrió. —Eso es lo que él dice.

—¿Trabaja con él?

—No sabría definir la relación, exactamente.

Cousins parecía nervioso pero no inestable. Los grillos se habían callado. Los maderos de la casa crujióron al encogerse. Creí oír pasos en la cocina. A menudo oigo pasos en la cocina a esa hora de la noche.

Era bueno tener alguien con quien hablar.

—Los libros de Rudy fueron muy buenos hace tiempo —dije—. Tenía una habilidad especial para descubrir documentos raros. Pero algo te pasa cuando desentieras el milésimo archivo oficial de extrema brutalidad. Mal del espíritu, como dicen por ahí. Pero no son demonios. Es gente de carne y hueso haciendo cosas inimaginables, y luego haciendo informes sobre ellas como usted y yo hacemos balance de nuestras cuentas de banco. Llegas a desconfiar de todo el mundo, y finalmente llega la paranoia. Puede suceder otra vez y lo sabes. La gente normal está ahí fuera esperando a que empiece la orgía. Se relamen los labios, esperando a que el odio empiece a manar. Cuando estudias el suficiente tiempo el siglo veinte, empiezas a tener ganas de llevar una pistola encima.

Estiré los brazos y ahuyenté un mosquito. Los vecinos tenían una charca a unos trescientos metros camino abajo, y la gente vieja tenemos la piel fina.

—De todas formas —dije, llegando a mi conclusión—, Banning está poseído por el espectro de Adolf Hitler. Metafóricamente hablando.

—Creo que estaría de acuerdo con usted —dijo Cousins, y metió la mano en la mochila azul que había traído consigo.

Miré la mochila con una vaga esperanza, pero sabía de antemano que no era el tipo de persona que fuera a poner fin a mis problemas. No sacó una Luger, sino un libro de ilustraciones, Blondi, perro del destino. Lo había visto antes, en la pila de gangas de Wahrenbrock's en San Diego, rebajado a veinticinco centavos.

—Esto es lo que Seda le ha hecho a Banning —dijo Cousins—. El mismo no sabe lo loco que está de verdad. Y yo tampoco.

Leí la dirección de la editorial.

—«Ediciones Verdad Blanca, Ojai, California. Abducidos por OVNIS y aspirantes a Arios». Lamentable.

—Pero aquello de lo que voy detrás es serio —dijo Cousins—. Banning encontró algunos documentos en los Archivos Nacionales en los noventa, y cuando leyó sobre mi investigación en una revista se puso en contacto conmigo. Su material era interesante, así que fui a verle. Desde entonces, un montón de cosas peculiares han

estado ocurriendo.

Me quedé mirándolo fijamente durante unos segundos, lo suficiente como para hacerle sentir incómodo.

—Mire —dije—. He leído Odessa. Me gustaría haber escrito yo ese libro, esta casa sería mucho más elegante. —Y quizás hubiese podido pagar un mejor tratamiento para Janie—. Pero nunca he sido partidario de las teorías de conspiración nazi. No creo en trivializar el horror real en fantasías sobre cabezas rapadas.

Cousins parecía abatido, pero era persistente. Dijo:

—No son nazis y no son solo comunistas. Son biólogos, algunas de las personas más inteligentes del mundo. Pioneros, a su manera. Y es muy importante para mí, señor Bridger.

—Ben —dije.

—Necesito confirmación. Eso es todo lo que pido. Algo de ayuda de la persona que me enseñó historia cuando era un chaval.

Parecía tan sincero y su voz tan normal. No quería estar solo en la casa. La cocina estaba encantada definitivamente. Quizás el que estaba loco fuera yo. Además, Cousins me recordaba a mi hijo. Echaba mucho de menos a mi hijo.

—Muy bien —dije con un suspiro—. Tenemos media hora, luego me toca irme a la cama.

Cousins me contó que hacía investigación sobre extensión vital, ciclos vitales sin final. Había publicado unos cuantos trabajos y tenía contratos con dos compañías farmacéuticas para desarrollar drogas que recuperen el colágeno de la piel. No sonaba a chorrada. La biología está de moda, dicen.

Entonces apareció Rudy Banning en su vida. Banning le envió a Cousins una carta preguntándole si había oído hablar de una investigación realizada en la Unión Soviética en los años treinta.

—Le escribí a Banning y le pregunté qué sabía. Dijo que científicos rusos se habían tropezado con una especie de inmortalidad humana, usando sustancias extraídas de organismos primitivos. Por casualidad, descubrieron también algunos métodos muy efectivos para controlar el comportamiento humano. Todo esto antes de que tuviéramos la más mínima noción sobre el ADN y los genes.

Eso era demasiado para tragárselo de una sola vez. Cogí una migaja y la mastiqué.

—¿Cómo puede llevar la inmortalidad al control mental? —pregunté.

—Concentrémonos en el control mental —dijo Cousins—. Las bacterias son pequeñas fábricas maravillosas. Pueden producir casi cualquier sustancia para la que las hayas programado. Y las programas dotándolas de los genes adecuados. En la primera mitad de los años treinta, en la Universidad de Irkutsk, un biólogo llamado Maxim Golokhov estudiaba enormes organismos unicelulares primitivos que había descubierto en el lago Baikal. Para su asombro, descubrió que las enormes células habían reclutado un tipo de bacteria desconocido, para que les ayudara a crear un

sistema inmunológico primordial. Incluso más asombroso aún: Golokhov descubrió que el sistema era adaptativo, ingenioso y flexible. Las bacterias sentían la presencia de organismos invasores y producían moldes péptidos negativos que encajaban exactamente con una molécula objetivo, inmovilizando y destruyendo al invasor.

Mis ojos debieron de parecer somnolientos. La respuesta de Cousins fue hablar más rápido y gesticuló con las manos.

—Pero cuando terminaban su trabajo y limpiaban los restos, las mismas bacterias podían producir moldes de los moldes, recreando un positivo que tenía exactamente las mismas cualidades del original. Podían hacer ingeniería inversa de casi cualquier sustancia orgánica y codificar un gen para producirla. En el plano teórico, era fantástico, material para un premio Nobel. Pero Golokhov estaba más interesado en sobrevivir en su propio cruel mundo político, neutralizar las fuerzas que lo perseguían a él y a su mujer. Si quería hacer algo que le fuera útil a los monstruos humanos de su era, tenía que pensar en aplicaciones prácticas de su descubrimiento. Concibió un plan asombroso... algo realmente terrible. Decidió que reprogramaría bacterias que se encuentran comúnmente en los seres humanos. El primer problema era transferir los genes necesarios. Usó fagos...

Pregunté qué eran los «fagos».

—Virus que solo atacan a bacterias.

—¿Las hacen estornudar? —pregunté. Cousins no sonrió. Esa era su especialidad, su pan de cada día, y no era divertido.

—Algunos fagos transfieren genes de una bacteria a otra. Golokhov infectó bacterias del tipo E. Coli...

—¿Como en los pozos de por aquí? —pregunté.

A Cousins no le gustó que le interrumpiera.

—Bacterias normales intestinales. Y sí, a veces son un síntoma de contaminación por aguas fecales. Usando los fagos, Golokhov dotó a sus bacterias de genes, obtenidos por ingeniería inversa, de sustancias psicotrópicas de hongos alucinógenos. Roció las bacterias alteradas sobre verduras y se las sirvió crudas a estudiantes voluntarios. Como una semana después, los estudiantes cogieron un colocón. Se quedaron colocados durante meses.

—Así que en los años sesenta se mudó a California y se convirtió en Timothy Leary.

Esta vez Cousins me dedicó una débil media sonrisa de tolerancia, más o menos lo que se merecía el chiste. De hecho, hasta el momento, tenía mi atención.

—Antes de proseguir, me gustaría ver qué tipo de documentos posee —dije—. No tiene sentido que perdamos el tiempo si Banning está desvariando.

—¿Disculpe?

—Que me enseñe lo que tiene.

Sacó tres sobres gruesos. Con la premeditación de una bailarina de striptease tímida, esparció los contenidos sobre la mesa de hierro forjado del patio al lado de

una vela de olor a cítrico.

Las luces contra insectos le daban a todo una apariencia amarillenta como si sufrieran de ictericia.

Leí una cantidad considerable de ruso. Me llevó diez minutos despertarme del todo. Los sellos oficiales y los tipos de caracteres de las máquinas de escribir, los sellos de correos y las firmas (vi «Beria» unas treinta veces en muchas páginas) tenían un aspecto muy, muy correcto. Nunca supe que Banning hubiese falsificado documentos, ni otros tampoco para Banning, por lo que sabía. Eran las conclusiones a las que llegaba desde la primera mitad de los noventa las que hundieron su carrera, no la validez de sus fuentes.

—¿Dónde ha dicho que los consiguió?

—La verdad es que los dos hemos estado rebuscando en viejos archivos —dijo Cousins—. Fui a Irkutsk el año pasado.

—Así que... ¿no es solo Banning, también es usted?

Asintió nerviosamente.

—Hay un montón de material de la Universidad de Irkutsk —dije.

—Están haciendo públicos los viejos archivos —dijo Cousins—. La glasnost aún vive.

—Muy bien. Veo los nombres de Golokhov y Beria en un montón de documentos que tienen que ver con un proyecto de investigación secreto. ¿Cuál es el contexto?

—Golokhov empezó como un idealista, como muchos otros. Pero él y su prometida eran judíos. Hubo problemas, no sabemos de qué naturaleza exactamente. Iban a ser arrestados y deportados aún más al este. En 1937. Golokhov se acercó a Beria, el futuro jefe del NKVD, la Policía Secreta Soviética, y le contó lo que había aprendido. Beria vio aquello como su billete hacia cosas más grandes. —Cousins sacó una carta en la que se pedía tal encuentro—. Beria le pasó el asunto a Stalin una semana después. Golokhov defendió su caso y mostró a Stalin algunas películas. El camarada Stalin dio financiación a Seda justo allí mismo, Beria le ofreció una tapadera, escondiéndolo detrás de un programa para descubrir...

—Cómo sintetizar seda.

—Sí. La operación tenía dos componentes. Primero, Golokhov debía alterar bacterias intestinales para que aceptaran los genes de sus fagos. Les dio el equivalente de ladrones de corriente estándar de tal forma que se pudieran enchufar nuevos genes. Luego, tenía que asegurarse de que todo el mundo, y quiero decir todo el mundo, tuviera las nuevas bacterias en sus cuerpos. Seda empezó con Golokhov liberando E. Coli alterada entre la población general. Hay montones de maneras de hacerlo: rociando frutas y verduras, en el aire, picaportes, dinero, ropa... saludos con la mano. Excrementos de pájaro. Incluso comida para animales. Sin duda tenía la asistencia de agentes que pensaban que estaban involucrados en algún tipo de subversión comunista. Algunos puede que supusieran que se trataba de guerra bacteriológica.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—La primera fase empezó en 193. Golokhov inició operaciones experimentales primero en Rusia, luego en Alemania, Japón y China. Quería tener una base firme para planes posteriores. Algunas poblaciones adquirieron los nuevos coliformes más rápido que otras, especialmente allí donde la sanidad no era fiable. Los coliformes alterados se encontraban por toda Rusia hacia 1939, diría, por todo el mundo hacia el final de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Nacemos con ellos ahora?

—No, pero los adquirimos poco tiempo después de nacer, de nuestros padres, animales, el entorno —dijo Cousins—. Debe entenderlo: Golokhov escogió cepas duras que fuera probable que dominaran. Ahora están por toda la Tierra. Cada uno de nosotros lleva en su interior bacterias que pueden ser programadas desde fuera. Programadas para producir agentes químicos que cambian cómo pensamos.

—Como una bomba en dos partes —dije—. Llevamos una mitad, ellos la otra.

—Exactamente —dijo Cousins.

—¿Por qué permanecer en Irkutsk? ¿Por qué no mudarse directamente a Moscú?

—Estaban aislados. Era su hogar. Y además, Irkutsk estaba en el camino de los trenes hacia Siberia —dijo Cousins—. Beria proveyó al laboratorio trenes enteros de prisioneros políticos. Golokhov escogió a aquellos que eran enfermos mentales, tomó muestras de sangre y linfa, fluidos estomacales, bilis y así. Después de que los mataran a tiros, puso sus cerebros sobre la mesa. Usando todas sus muestras, aisló péptidos y enzimas y otras fracciones que sospechaba podían alterar el comportamiento humano, y se los dio a sus bacterias de ingeniería inversa. Así, las bacterias fueron programadas para inducir una gran variedad de estados psicóticos.

Hacia las once y media, después de que me aventurara dos veces en la cocina para hacer café y sin ni siquiera pensar en Janie, habíamos llegado a Lydia Timashuk y la conspiración de los médicos de 1952, seguida por la «expatriación» de dos millones de judíos a Siberia, y la posterior muerte —algunos lo llaman asesinato— del viejo Joe Stalin. Estaba completamente enganchado a la historia, y ni siquiera habíamos llegado al final de 1953.

Era lo más grande con lo que me había tropezado en todos mis días como historiador. La documentación era exquisita, copia tras copia de documentos estatales, memorandos, cartas. Debió de haber una hemorragia considerable en la vieja Universidad de Irkutsk.

Y era una pura pesadilla.

—No es extraño que Banning se volviera como una cabra —dije—. Me enferma de solo pensarlo.

—Es aún peor —dijo Cousins—. Hacia finales de los años treinta, Golokhov había establecido centros en Moscú, París y Londres. Incluso se las arregló para escapar de la destrucción de Lysenko de la genética en Rusia. Probablemente Beria lo protegió, y supongo que Golokhov sabría cuándo tener éxito y cuándo callarse. Hacia

1950, es posible que estuviera dirigiendo una investigación secreta en Estados Unidos. Hay cinco ciudades a lo largo del territorio continental de Estados Unidos en las que puede que estableciera operaciones. He estado en una de ellas, en las colinas de Livermore.

»En 1953, Rudy cree que Golokhov abrió un laboratorio en Manhattan, bajo la apariencia de una organización internacional para crear vacunas para la polio, malaria y dengue.

Sufrí de dengue —lo llamábamos la fiebre rompehuesos— en Laos en 1970. Casi me muero y no podía recordar la mayor parte de esas semanas.

—¿Una fachada?

Cousins asintió.

—Estaban creando agentes infiltrados inconscientes, por todo Estados Unidos.

—Cristo —dije. Sentí la piel de gallina en los brazos—. Y gracias a que todos tenemos bacterias alteradas... ¿todos somos potenciales agentes infiltrados?

Cousins asintió.

—Mi suposición es que en los años treinta y cuarenta, Seda solo podía programar con seguridad a un tercio de la población del mundo. Sus operaciones eran muy fragmentarias. Gracias a Dios, u Orwell no hubiese terminado 1984.

Dejé escapar el aliento con un gran resoplido.

—¿Por qué solo un tercio? —pregunté.

—Porque todos nosotros estamos hechos a medida. No todos usamos exactamente de la misma manera nuestras hormonas, enzimas, péptidos, neurotransmisores, todas las sustancias químicas de nuestro cuerpo y cerebro. Eso pone un bloqueo en el proceso de crear nuevos operativos. Pero estoy seguro de que han refinado sus técnicas. Mi suposición es que actualmente tienen un ochenta o noventa, posiblemente un cien por cien de éxito, especialmente si eligen a sus objetivos cuidadosamente. Y por supuesto también depende de la dosis que puedas recibir. Cuando empiezas una operación, envías a tres o cuatro personas seleccionadas, con los suministros necesarios, al área objetivo. Introducen algunos fagos en supermercados cercanos, o los entregan directamente en casa, y esperan un par de días. ¿Cada cuánto tiempo llaman a la puerta unos vendedores? ¿Adventistas del séptimo día?

—No muy a menudo, por aquí —dije. Pero entendí la idea.

—¿Cómo de segura es la verdura fresca en los supermercados? —preguntó.

Torcí la cabeza.

—Podrías dirigir este tipo de cosas con un cordón de zapatos. Mano de obra gratis, recursos gratis, sin estructura jerárquica. Dios. ¿Qué ocurre con Internet?

—Creo que empieza a ver el problema —dijo Cousins.

A las doce y media, le pedí a Cousins que se quedara a pasar la noche y continuaríamos por la mañana. Declinó la invitación nerviosamente.

—No quiero exponerlo al peligro —dijo—. Soy un Jonás, ¿sabe?

Apiló los documentos, los metió en los sobres, e introdujo los sobres en la mochila azul.

—Tengo un lugar donde quedarme. Estaré a salvo —dijo—. Le llamaré mañana. Por favor, no piense que soy un paranoico.

—Oh, no —dije—. «Paranoico» no es la palabra.

—Pero me gustaría saber su opinión. —Se comportaba como un perro nervioso con collar antipulgas nuevo—. ¿Todo esto es verdadero? ¿Banning no está loco?

—Parece prometedor —dije.

—Voy a ir a Manhattan a visitar un viejo edificio —dijo Cousins—. Puede que fuera el principal laboratorio de Golokhov durante los años cincuenta. Estoy buscando pruebas... y muestras con las que experimentar. ¿Le gustaría venir con nosotros?

Aquello me estremeció. Había aprendido a preferir un escritorio a la acción. Dije que lo pensaría.

—Hay una cosa más —dijo—. ¿Tiene un vídeo?

—Si, a Janie, mi esposa, le encantaban las películas.

—Ver es creer, ¿no? —Metió la mano en la mochila y me entregó una cinta de vídeo—. De Rusia. De Irkutsk. Podemos hablar de ellos mañana.

Después de que Cousins se fuera, ignoré mi fatiga y metí la cinta en nuestro vídeo. La cinta daba un montón de saltos. Dudaba mucho que fuera la original. Los rusos usan el sistema SECAM. Los americanos usamos el NTSC.

Con mis oxidados conocimientos de ruso, traduje las letras blancas en cirílico de la pantalla.

Universidad de Irkutsk

Nueva Investigación de los Alumnos para la Verdad y la Justicia,

Antología Número 5, Películas de Campos de Adoctrinamiento Secreto, 1935-1950.

Era la una de la madrugada, y mientras veía las viejas películas granulosas, la habitación se llenó de fantasmas.

Una mujer con un largo vestido negro sonreía de pie sobre la proa de un yate, con la niebla rodeando el lago a su alrededor. ¿La señora Golokhova? Le hizo una seña poco animada al cámara y se giró a la izquierda, los ojos medio cerrados bajo el sol. Lo siguiente era una boda en lo que parecía un cobertizo industrial rodeado de centenares de hombres uniformados. El señor Golokhov (supuse) y su novia permanecían debajo de rifles cruzados con las bayonetas caladas y un hombre de corta estatura, gallardo, brindaba por ellos con champán en una probeta de laboratorio. Una toma rápida de Stalin, su sonrisa congelada, yendo hacia allí, luego hacia allá, como si buscara escapar de la alegre multitud.

La piel de mi nuca empezó a erizarse.

Un hombre delgado y apuesto, de rasgos aristocráticos, nariz corta afilada y cabello escaso pero muy negro, estaba de pie en una bañera y sonreía con extrañeza a la cámara. Corte rápido a un hombrecillo desnutrido y desnudo, que caminaba en círculos dentro de una pequeña celda, luego se ponía a saltar arriba y abajo, los genitales oscilando, sacudiendo los brazos y con una amplia sonrisa. El hombre aristocrático observaba y dirigía al hombrecillo desnudo, tomando notas en un pequeño libro negro con esa expresión tan extraña que la gente ponía en los años treinta cuando sabían que los estaban filmando.

La película no estaba bien conservada. Había arañazos y manchones, y en el siseo de la ausente banda sonora uno podía oír fácilmente los susurros doloridos de los muertos.

Contemplé a la señora Golokhova y a su marido relajándose con juegos, o trabajando duro, estudiando los detalles de planos arquitectónicos, preparando su imperio en el mundo mortal e improbable de la Unión Soviética de la guerra.

Luego ya no hubo más escenas de la señora Golokhova. Solo de Maxim, que parecía más viejo y más serio. Supervisando a los obreros en un barracón de cemento, de pie junto a un manantial termal hirviente, inspeccionando estanques llenos de un fluido lechoso que eran removidos con largas paletas por mujeres de ojos vacíos con uniformes sin distinciones. Las ropas de Golokhov cambiaban poco con los años, pero sus ojos se volvieron más vagos y sus rasgos más consumidos.

En una estación de tren, había largas filas de prisioneros desesperados con remendadas ropas de calle, algunos portando bolsas desgastadas con todas sus posesiones terrenales, siendo examinados por agrios guardas a cámara rápida cinemática.

Repentino corte a montículos de cabezas en grandes palanganas de estaño fuera de un edificio de madera de laboratorios, las mandíbulas flojas, las lenguas protuberantes, el pelo apelmazado con sangre, esperando a ser procesadas.

Pero eso no fue lo peor.

El siguiente título decía:

LA CIUDAD DE LAS MADRES DE LOS PERROS

1938-1939

No podía apartar la vista. Contemplé docenas de hombres silbando, caminando por las calles, con los labios fruncidos y las mejillas infladas silbando alegres melodías silenciosas. Sus metódicos ejecutores caminaban por las calles como marionetas, agarrando pistolas al extremo de brazos rígidos. Las armas se sacudían con cada disparo metódico.

Contemplé mujeres que se morían de hambre llevándose a los pechos marchitos rollizos cachorros que se removían sin parar, sonriendo para los fotógrafos.

Los últimos minutos de película mostraban a Lavrenti Beria trotando por las

calles empedradas. Saludó a los edificios sin vida, le sonrió con orgullo a la cámara, le dio con la bota al cuerpo decapitado de una mujer y luego levantó la mano en un gesto de victoria.

Un hombre muy, muy contento.

Cuando apagué el vídeo, me pregunté sobre los cámaras. Durante cuánto tiempo se les habrían clavado esos horrores en la mente como sucios alfileres y agujas. Juré no volver a leer jamás un libro de historia.

Me quedé dormido en el sillón envuelto en la última mantilla de Janie.

Y me desperté menos de dos horas después. Me levanté del sillón y emití un sonido que no había oído en sesenta años, el gemido angustiado de un niño. No podía soportar ser humano. Mi piel era demasiado sucia para ponérmela. Gemí mientras meaba, sosteniéndomela con la mano, pensando que esos órganos de procreación habían dado vida a niños no muy diferentes de las sombras que aparecían en las viejas películas. Me lavé las manos y la cara una y otra vez, luego me di una ducha. El agua caliente me calmó durante unos pocos minutos, adormeciéndome en una nada cálida, pero cuando me sequé con la toalla, de pie sobre la fina alfombrilla del baño, la sensación de opresión volvió como una oscura nube.

Caminé por la casa con mis intimidades escondidas bajo la toalla y el pelo en punta como una muñeca repollo. No podía sacarme las imágenes de la cabeza. Maldije a Rob Cousins.

Entonces me pregunté, ¿y si todo fuera una farsa, un engaño a gran escala? Ensamblado con viejos expedientes, copias alteradas de documentos, falsificaciones, eso era, ¿no es cierto?

Más fácil que aceptar que el mundo estaba controlado por monstruos.

Rob Cousins le había gastado una de las buenas al viejo crédulo Ben Bridger, preparándome para otro libro de locuras de Rudy Banning, garantizado para convertirse en un best seller, y todo mentiras.

Pero yo sabía.

El sol salía sobre las colinas. Iba a ser un día luminoso y bonito.

Usando algunos de mis viejos trucos mentales, que había aprendido cuando estaba en Vietnam y Laos, había «fotografiado» un par de los documentos que Cousins me había enseñado, y quería que me dieran consejo sobre los nombres y las fechas. Me metí en Internet y envié una petición codificada a cinco de mis viejos amigos. Todos habían tomado parte en el servicio, unos en la CÍA, otros, como yo, en Inteligencia Naval. Todos estábamos retirados y habíamos puesto en marcha una especie de Club Para Viejos Colegas Jubilados en Internet para ponernos en alerta los unos a los otros sobre varias cosas, en su mayor parte nuevos libros de historia y páginas web con buenas fotos de damas en pelotas.

Algunos de los tíos del Club de Jubilados eran bastante viejos —habían entrenado

y dirigido al resto de nosotros— y habían estado en activo en 1953.

Tuve respuestas en un par de horas. Dos estaban en blanco. Dos decían que no podían contarme nada y sus mensajes desaparecieron en un momento ante mis ojos. Buen truco. Uno no respondió.

Soy incapaz de dejar un avispero en paz. Lo que Cousins me había enseñado era horrible más allá de toda medida, y daba miedo; también era la revelación histórica más importante de toda mi vida.

Solo era un viejo solitario y estúpido que quería volver a ser importante.

Me vestí, me serví mi cuarta taza de café y me quedé en medio de la cocina, intentando decidir cuál sería el mejor curso de acción para seguir, cuando oí camiones y coches por la pista de cemento que llevaba a mi casa. Abrí la puerta delantera al sol y al calor, y vi tres Tahoes blancos y dos Crown Victorias del sheriff del condado de San Diego. Tíos de negro, vestidos con chalecos antibalas y cascos de combate, salieron de los camiones con armas de asalto y pistolas automáticas, con los seguros quitados y los dedos en la guarda del gatillo.

Los ayudantes del sheriff se quedaron en los coches, con las cabezas oscilando arriba y abajo, los micros junto a las bocas. Parecían confundidos.

Abrí la pantalla de la puerta y los tíos de negro se pusieron en las posiciones necesarias para convertirme en hamburguesa. Tuve que admirar la coreografía, pero pensé que era un poco irónico que justo cuando había encontrado una razón para vivir me ocurriese esto.

Lentamente, me puse a la vista y deposité mi taza de café en el suelo, luego alcé las manos con todos los dedos extendidos. Me habían arrestado por posesión de drogas cuando volvía a Estados Unidos en 1973. Me sabía la rutina.

—Buenos días —dije.

—DEA —dijo el tipo que lideraba—. Tenemos una orden federal para registrar el domicilio de Benjamin Bridger.

—Ese soy yo. ¿Qué es lo que buscan? —pregunté—. Puede que les ahorre tiempo.

El hombre me lanzó la misma mirada dura que yo una vez le había dedicado a los guerrilleros de Pathet Lao. Mostró rápidamente unos papeles mientras su equipo entraba en mi casa, ejecutando su baile de correr agachados, cubrirse, presentar las armas, irrumpir en las habitaciones, todo muy Foxtrot Tango Delta. Habría estado impresionado si la sangre no se me hubiese congelado en las venas.

—¿Alguien dentro? —preguntó.

—Solo yo. Mi mujer murió...

—Cállese —me dijo.

Los agentes sacaron dos felices sabuesos de la parte de atrás de uno de los camiones. Los perros llevaban sus propios chalecos antibalas. Sacaron las lenguas y gimieron mientras su jefe abría el grifo de mi jardín y llenaba dos cuencos de plástico rojo en los que estaba marcado «DEA». Los perros lamieron con ansia, dieron vueltas

y se pusieron a trabajar.

Buscaban cocaína, armas de fuego, marihuana. Lo que fuera. Los ayudantes del sheriff buscaban pornografía infantil. También traían una orden, aunque estaban sorprendidos y un poco atemorizados por la presencia de los federales.

Ninguno de ellos se mostró cortés.

San Diego / Los Ángeles

—Quisiera darle las gracias por confirmar que soy un hombre honrado —dijo Banning. Cousins conducía disparado y yo me sentaba en el asiento de atrás del desvencijado Plymouth junto a mis cajas. El maletero estaba atado con cable y Banning creía que se podía abrir fortuitamente.

—No he afirmado nada por el estilo.

Redujimos velocidad cuando cambiamos de autopista para dirigirnos al norte. Había la probabilidad de que nos detuvieran en el control de San Onofre, pero teníamos que llegar a LA para encontrarnos con una gente que Cousins conocía allí, y no hay ningún atajo para escapar de la Migra. Todos éramos blancos, y yo ya no era un sospechoso. Nos arriesgamos.

Nos detuvieron en el control. Registraron el coche y nos miraron un rato largo. Éramos fugitivos de algo o alguien, lo podían ver en nuestros ojos. Cousins habló de forma amistosa. No tenían nada en nuestra contra. Nos dejaron pasar. Odio la ley.

Me pasé la mayor parte del camino hasta LA roncando. Estábamos en medio del cañón Laurel cuando desperté. Banning se metió por una serpenteante carretera privada hacia las montañas. Más tarde, las hondonadas repletas de árboles se hundieron en las sombras. Las codornices atravesaban como flechas el asfalto delante de nosotros. El aire era dulce con la fragancia de eucaliptos y salvia.

Banning detuvo el coche delante de un pesado portón de acero. Cousins se levantó y dijo unas pocas palabras a una caja en el extremo del largo poste curvo.

—Nuestro refugio —explicó Cousins, volviendo a subir al coche y cerrando de un portazo—. Va a tardar un poco. Hay un montón de medidas de seguridad que desconectar.

Estaba alerta después de mi larga siesta. Ahora parecía un buen momento, antes de que tuviéramos que tratar con alguien nuevo. No podía explicarme mi comportamiento allá en El Cajón. Quería disculparme, pero eso tampoco parecía apropiado. Quizá fuesen ellos los que deberían disculparse.

—¿Qué me ocurrió? —pregunté. Cousins miró por encima del hombro.

—Cocina de cárcel —dijo—. Alguien contaminó tu comida cuando estabas en el Centro Correccional Metropolitano. Querían que nos mataras a Rudy y a mí. Por eso dejaron la pistola en tu casa.

De repente, me costaba un gran esfuerzo respirar, sentado allí en el asiento trasero, incluso con las ventanillas completamente abiertas.

—Gracias por advertirme —dije.

—¿Recibiste una llamada de alguien a quien amas? —preguntó Cousins.

—Sí —dije.

—¿Tu difunta esposa?

—Sí.

Cousins se concentró en mí como un profesor con un alumno problemático.

—No estoy seguro de quién llamó, o quién contaminó la comida en la cárcel —dijo—. Sospechamos que hay un cierto número de agentes en California, y en muchos otros sitios, trabajando para intimidarnos o matarnos.

—¿Entonces por qué no os disparé?

—¿Recuerdas que cogiste el teléfono y la línea estaba vacía?

—Sí.

—Era yo —dijo Cousins—. La noche antes, cuando llevé la cena y el postre, rocié bacterias sobre el pastel de queso, inofensivas, pero infectadas con mi propia variedad especial de fagos. Tenía la esperanza de que te dieran al menos inmunidad parcial frente a ataques posteriores.

—Hostia bendita —dije. Crucé los brazos sobre el estómago y me sentí con ganas de encogerme en posición fetal y que me pusieran una manta por encima.

—Idealmente, si hubiesen esperado cuarenta y ocho horas habría sido lo mejor —dijo Cousins con un tono tan académico que cerré los puños. Tenía que contenerme para no pegarle—. Cuando estabas en la cárcel, tenías menos de la mitad de la protección. Cuando supe que te habían soltado, te llamé hasta que te pillé en casa. Estabas en estado de sugestión, pero todavía no eras uno de sus zombis, así que le di la vuelta a la tortilla. Te controlé, en cierto modo: te di una lista de números y te pedí que describieras los colores que cada uno evocaba en tu cabeza. Entonces te dije que tenía prioridad sobre cualquier otra cosa.

—Me llamaste primero, me hiciste saltar por el aro, ¿y no recuerdo nada de eso?

Cousins asintió. Parecía que no consideraba nada de esto raro o ni siquiera inusual. Tenía que mirar el lado bueno de toda esta mierda.

—Me vacunaste contra el control mental, ¿no es eso?

—Más o menos —dijo Cousins—. Todavía hay que perfeccionarlo.

—¿Y eso evitó que te pegara un tiro?

—Fue un poco arriesgado —dijo Banning sorbiendo. Cogió un pañuelo y se sonó la nariz.

—En verdad fue un montaje. Hice de cobaya.

—Todos somos cobayas —dijo Cousins—. Era por tu propia protección, y por la nuestra también. No sabemos de lo que es capaz Seda, ni el tamaño de sus operaciones en este momento, pero hubo una vez en la que tenían miles de agentes alrededor del mundo.

Agarré el asa de la puerta, considerando seriamente si bajarme e irme caminando. Pero Cousins se giró y puso su brazo sobre el respaldo del asiento. Sus ojos se

dirigieron directamente a mi brazo, y de mi brazo a la puerta. Me miró directamente y sacudió la cabeza.

Solté el asa.

—Dime otra vez qué hacemos aquí —dije.

—Espera a que lleguemos a la casa —me dijo Cousins—. Tammy está preparando la cena. Comida limpia.

—Es toda una historia —dijo Banning.

El portón se abrió. En la carretera delante de nosotros unas púas se retrajeron a sus vainas de hierro.

—Todo despejado —dijo Cousins con un suspiro.

Seguimos adelante, pasando por una verja con grandes transformadores verdes a los lados, videocámaras montadas sobre altos postes de acero, a través de una zona de exclusión delimitada por alambradas. Banning condujo su viejo Plymouth como si fuera una limusina que transportara a personalidades mundiales.

Un sujeto moreno y rechoncho nos esperaba en la puerta doble estilo español, bajo el gran alero del porche frontal. Cousins me presentó a Joseph Márquez, nuestro anfitrión. Llevaba puesto un pijama de seda que le quedaba levantado sobre la barriga cervecera, tenía los brazos y el pecho cubiertos de pelo, una ondulante barba de gurú, y el largo pelo negro oscuro y rizado culminado por un yarmulke bordado. Se parecía mucho a Jerry García. Sus ojos eran pequeños, ambarinos y picaros, y sus labios eran expresivos y enseñaban una dentadura perfecta.

Márquez me rodeó con sospecha.

—¿Lo habéis registrado?

—Es de fiar —dijo Cousins. Márquez arrugó la cara y repitió mi nombre, enunciando cada sílaba, hasta que quise empezar a soltar tacos. Entonces levantó los brazos en el aire y los sacudió como si fuese un predicador que estuviera teniendo su revelación del día.

—Maldita sea, te conozco. He leído tus libros. Tumbas poco comunes, ¿no? Mierda, un veterano. El último miembro del equipo. Municiones, eso era. ¿Camboya? ¿Fuerzas especiales?

Me quedé mirando la habitación mientras una nueva sensación de pánico crecía en mí.

—Bienvenido al sanctasanctórum, todos estáis a salvo aquí. Tammy está preparando un banquete.

Márquez era un director y productor que no había hecho una película en quince años. Sin embargo, había invertido su dinero sabiamente. Su preciosa casa cubría tres acres de montaña justo encima de Mulholland y tenía vistas sobre el cañón Laurel.

Enseguida me di cuenta de que Márquez le había dado a Cousins algún dinero y le había permitido montar un laboratorio en el sótano. Pero había algo más que no podía determinar con seguridad.

Tammy se reunió con nosotros en el vestíbulo señorial de paredes de piedra

caliza. Era joven, en los últimos años de la adolescencia o en los primeros veinte, con piel color de chocolate, frente alta, pelo digno de Tiziano recogido por detrás, caderas anchas, un vientre estrecho y pechos amplios. No había visto nada como ella fuera de las páginas de Playboy. Llevaba unos pantalones de pijama de seda y un top de bikini que no ocultaba nada. Nos abrazó a todos con una inocencia infantil y nos preguntó si preferíamos arroz basmati o silvestre.

—Hay curry —explicó, favoreciendo a Cousins con una sonrisa—. A Joe le encanta el curry.

—Mata los gérmenes —dijo Márquez con una sonrisa de niño pequeño.

Disfrutó de la expresión de mi cara mientras yo miraba a Tammy cuando se fue.

—No tengo ninguna película en producción —dijo—, pero hay un hijo y heredero dentro de ese maravilloso incubador.

—Deja de decir esas cosas —dijo Tammy desde lejos.

—Es mitad francesa y mitad brasileña. Yo soy mitad irlandés y mitad hispano, un marrano^[2]. Guau, ¿eh? Un mes y medio. ¿Qué tal un tour por la casa?

—Puede que quieran lavarse primero —sugirió Tammy desde dos habitaciones más allá.

—Eso estaría bien —dijo Cousins.

Me lavé la suciedad del viaje en una ducha de paredes de mármol más grande que mi propio cuarto de baño en El Cajón. Dos hileras de aspersores de ducha ajustables se pusieron en marcha mientras me giraba; alfilerazos de agua caliente que me causaban un dolor tan bueno que tuve que soltar un gemido en voz alta. Me podía haber quedado allí durante días.

Cuando cerré el agua, oí que llamaban a la puerta del baño. Cousins me tiró una pequeña botella de plástico con una crema rosa por encima de los bastidores de la ducha. La cogí después de que se me escapara de entre las manos.

—Frótate esto por la piel cuando hayas terminado —me dijo.

—¿Qué es?

—Parte del proceso de inmunización —dijo—. Lanolina y una receta casera.

Olfateé la crema mientras me secaba. Olía a pan recién hecho. Me la froté en los brazos y las pantorrillas, luego por la nuca, y por cualquier parte en la que sintiera la piel seca y tirante. Me vestí y me reuní con Cousins, Banning y Márquez en la sala de estar.

Tammy tomó nota de nuestros pedidos de bebida mientras pasábamos por la cocina de acero inoxidable, cobre y granito. La recomendación fue jarras rebosantes de cerveza rubia India. No me mostré en desacuerdo. Paseé por ahí ligeramente ebrio, agarrando el vaso con fuerza, los hombros caídos y con una estúpida sonrisa. Un tornado me había llevado por los aires directamente a Oz.

—Tú estabas en Operaciones Especiales, ¿no? —me preguntó Márquez. Puso el brazo por encima de mis hombros. No me gusta que me toquen. Mi zona de intimidad

es de unos dos metros para todo el mundo excepto Janie—. Así que dime, ¿cómo te las arreglarías para traspasar mis defensas, ya sabes, si tuvieras que eliminarme?

Apreté la mandíbula y le dije que lo pensaría.

La casa tenía un diseño a dos niveles, estilo rancho con fantásticas vistas por los cuatro lados: a través de cristales antibala. En su leonera, mayor que todo el terreno que poseía en El Cajón, Márquez sacó una maqueta a escala de su terreno y me hizo jurar que mantendría el secreto, no es que fuera muy importante, dijo; añadía cosas todos los meses.

—Hay que estar siempre un paso por delante.

Márquez era un auténtico y certificado paranoico californiano.

La única entrada por el frente era a través de un estrecho pasillo bloqueado por el portón de acero y protegido por tres alambradas de espinos, un foso con estacas, una barrera electrificada de tres metros de ancho de tuberías rodantes para romper tobillos. En el precipicio detrás de la casa, había puesto vigas de acero y cemento para evitar aludes, luego remachó el cemento con cables y sensores de movimiento. Posteriormente, había excavado hueco y puesto un ascensor al fondo del precipicio, con su propio generador y salida a una casa en el fondo, la cual también le pertenecía.

—Tener una sola salida me jodia —dijo—. ¿Y si montaban un asalto en toda escala desde el oeste? Me pasaba las noches sin dormir. Así que compré la casa de abajo y me hice una ruta de escape. Guardo mis recuerdos y souvenirs allí.

Cámaras de vídeo barrían el terreno. Dos guardaespaldas a tiempo completo patrullaban, armados con semiautomáticas Beretta.

Márquez nos llevó afuera para enseñarnos su jardín y los perros. Criaba rottweilers como defensa secundaria. Algunos de sus favoritos esperaban su oportunidad en las perreras en el patio interior. Nos los presentó al final del tour. Con Márquez presente estaban tan contentos como cachorrillos.

—Si no estuviera aquí, les saltarían al cuello —dijo sonriendo como un chico con un tren eléctrico. Pero respetan a Tammy. Ruedan y dan vueltas por ella, enseñándole el vientre. Perros listos, ¿eh?

Márquez se volvió tímido mientras nos llevaba de vuelta a la casa y nos condujo a su habitación para hobbies. Su afición adulta era Tammy, nos explicó, pero esta era su «corazón de muchacho», el lugar donde se olvidaba de un millón de pesares y encontraba la paz verdadera. Nunca había visto tantas maquetas de plástico en toda mi vida. Las paredes y el techo estaban cubiertos de vitrinas de plástico y acero. Aeroplanos por todos lados, armaduras, portaaviones, dioramas de batallas marítimas y terrestres. Y eran réplicas exactas. Reconocí Shithooks, Spads, Thuds y Willy Fudds con las marcas y colores correctos, ninguno de ellos más grande que mi puño.

Había unos pocos huecos libres en la pared entre las vitrinas para dejar sitio a carteles enmarcados, panfletos de publicidad y fotos de sus películas. Había guionizado y dirigido tres: León blanco, sobre un ingeniero de software que se creía Tarzán; Amos del basurero, una desagradable comedia suburbana; y su obra épica, El

gran empeño, una fantasía histórica sobre los primeros submarinos alemanes enfrentándose a la gran flota blanca de Teddy Roosevelt.

—Ninguna de ellas fue un éxito de taquilla —dijo con orgullo—. Mantuve mi posición en esta ciudad de mierda por pura fuerza de voluntad. Y todo lo que me dieron fue a Tammy. Muy bien. — Sonrió perversamente—. Un intercambio justo.

A mí me parecía que había conseguido un montón de dinero aparte de Tammy. Nos sentamos para cenar ante una mesa de palisandro tan grande como mi cocina, cubierta con cuencos y fuentes repletos de comida suntuosa. Márquez nos pasó un cordero al curry que explicaba la cantidad de pelo que tenía en el pecho. Tammy trajo una bandeja repleta de salsas. No había comido tan bien desde hacía meses.

—Me dice Rob que habéis tenido aventuras —dijo Márquez—. Contadme. No salimos mucho de esta casa.

Empezó Cousins.

—Lo primero, me gustaría disculparme con Ben. No pensé que lo pillarían tan rápido.

—¿Seda? —preguntó Márquez con ansiedad.

—El señor Bridger pasó algo de tiempo en la cárcel —dijo Banning.

—¡Oh, la cárcel! —exclamó Márquez—. Guau. ¿Un montaje?

Cousins asintió.

—Joe está al tanto de todo —me dijo Cousins—. Y también Tammy. —Tammy bajó la vista a la mesa. Por la forma en la que lo había dicho, sospeché que eventualmente nos centraríamos en ella, y era evidente que a ella no le hacía mucha gracia.

—Pero el doctor Cousins le dio la vuelta a la tortilla e inmunizó al señor Bridger por adelantado.

—Como precaución —añadió Cousins—. Y, por supuesto, para proteger al señor Bridger. Ha hecho sus deberes en historia, y eso es importante.

—No confió en mí —dijo Banning, sus ojos moviéndose de un lado a otro de la mesa—. Quería confirmación por parte de otra fuente.

—Porque eres un jodido chalado —dijo Márquez. Banning pareció resignarse y se quedó quieto en su silla.

Le habían golpeado demasiadas veces con ese palo en particular.

—Necesitábamos confirmación —concedió Cousins—. Ben tiene la experiencia necesaria.

—Pero eso no es todo, ¿no? —dijo Márquez con los ojos brillándole—. Sabe cómo usar fuerza letal. Explosivos. Es nuestro hombre de acción.

—No tan rápido —dije—. Sé muy poco o nada del resto de vosotros.

—Este asunto no tiene nada de justo —dijo Cousins.

Tammy asintió como si supiera algo en especial. Márquez se le acercó y le pasó el brazo por encima.

—A Rudy le hubiese venido bien algo de inmunidad hace diez años —dijo—.

Seda lo transformó en un nazi racista.

—Le agradecería que no usara esas palabras. —Los labios de Banning se movieron como si tratara de limpiarse un resto de comida de entre los dientes.

—No te cambiaron en realidad —dijo Márquez—. Solo sacaron al exterior tu odio hacia los judíos. Si los judíos son tan inferiores, ¿cómo te explicas a Golokhov? —Los hombres se miraron fijamente, Márquez con la expresión en la mirada de quien se ha anotado un tanto.

El rostro de Banning se vació de expresión.

—Retrocedamos un poco —dije—. ¿Quién demonios era Golokhov? ¿Cómo se las arregló para montar todo esto?

—Fue el biólogo más brillante del siglo veinte —dijo Cousins.

—El Svengali de los gérmenes —dijo Márquez—. Así es como lo definiría. Se levantó de la mesa. —¿Ha comido bien todo el mundo? Maravilloso curry.

Tammy parecía nerviosa, como si se acercara la hora de su representación.

—Es hora de ver unos vídeos —dijo Márquez—. Llevaré una bandeja con bebidas.

—Soy un cerdo y lo reconozco —dijo Márquez. Estábamos sentados en su lujosa sala de proyecciones, cuatro filas de asientos mullidos flanqueadas por cortinajes de terciopelo rojo. Un proyector de vídeo colgaba del techo, el sonido de su ventilador era un suave susurro en el silencio de la sala. En la pared a nuestra espalda, había rendijas que se abrían para los fisgones ojos de roedor de tres proyectores para celuloideos. Márquez pulsó un botón, y una parte del telón frontal se abrió hacia los lados, revelando torres de material electrónico. Metió un CD en un lector—. Banning está majareta, pero yo soy un cerdo chapado en platino. He llegado a donde estoy por mí mismo, sin ayuda de nadie. Me encerré a mí mismo en este castillo de paranoico, y... ¡contemplad! —Hizo un gesto bíblico, como si nos mostrara un nuevo Becerro de Oro—, Soy justamente lo que la pobre chica necesita.

Banning desfiló por la habitación antes de sentarse. Gesticuló con los brazos como si fuese un profesor dando una conferencia.

—En 1948 —dijo—, Stalin y Golokhov parece que tuvieron una confrontación a gran escala. Puede que Stalin tuviera la impresión de que Golokhov estaba intentando controlar a todos los que le rodeaban. Stalin ordenó que purgaran a Golokhov y a todos los especialistas involucrados en Seda. Dio instrucciones a Beria para que deportara a todos —sus labios se fruncieron— los investigadores médicos judíos que pudieran haber estado asociados a Seda. La llamada Conspiración de los Médicos de 1952. Como resultado, millones de judíos fueron exiliados a Siberia. Deben conceder que hubo algo de justicia poética.

Márquez se enderezó en su asiento.

—Eres un invitado —murmuró—, pero no intentes provocarme.

Los ojos de Banning se vidriaron. Se sentó.

—Rudy, en este momento no nos importa quién era judío y quién no —dijo

Cousins calmadamente.

—No, por supuesto que no —dijo Banning y desvió la mirada.

—Golokhov escapó y fue a Nueva York —continuó Cousins—. El y lo que quedaba de Seda se mantuvieron ocultos. A partir de ahí, las cosas no están claras. Vamos a ir a Nueva York para ver si hacemos encajar las últimas piezas y podemos ver el puzzle entero. Entonces... iremos a Florida y los cayos de Exuma.

Márquez se inclinó hacia delante.

—Ahí es donde entra Tammy.

—¿Tammy? —pregunté—. ¿Forma parte de esto?

—Tangencialmente —dijo Cousins, y miró a Márquez.

Márquez alzó los brazos.

—¿Qué puedo decir? Todo es muy sorprendente.

Me estaba poniendo nervioso con tanta información con demasiados huecos. El silencio se prolongó.

—¿Y? —dije.

—Tammy voló a LA desde las Bahamas con su novio —dijo Márquez—. Había una ceremonia de entrega de premios para Entretenimiento Temático en el Beverly Wilshire. Ya saben, Disney land, Sea World, espectáculos de casinos, ese tipo de cosas. ¿Han oído hablar del Cirque Fantome? —Márquez pulsó un botón y otro telón se abrió. Apareció una imagen bien definida proyectada sobre la pantalla que mostraba un anfiteatro. La gente empezaba a ocupar sus asientos. Colgaduras de tela oscurecían varios escenarios dispuestos en progresión en el centro. Focos desde dentro de las colgaduras proyectaban en ellas efectos de luz como mariposas.

—Sí, creo que sí —dije—. Es una especie de espectáculo estilo Las Vegas, ¿no?

—Más bien europeo —dijo Márquez—. El mejor circo del mundo, de verdad. Increíbles actuaciones, montaje de escenarios y proezas circenses que desafían la credulidad. —Márquez miró a Tammy con una sonrisa de adoración infantil, marcada por un pequeño fruncimiento de cejas de preocupación.

—Es mi historia y la contaré yo misma —dijo Tammy, enderezándose en su sitio—. Fantome es más que un circo. Mandan reclutadores a las ciudades, a los arrabales. Cuando me encontraron, yo era huérfana, una chica de favela en Río. ¿Qué sabía? Tenía catorce. Si no me marchaba, acabaría vendiendo mi cuerpo, tomando drogas y moriría pronto. Hacer de camarera o acompañante para hombres era a lo mejor que podía aspirar. Mi guardián, que podía haberse convertido en mi chulo, me entregó a ellos y los reclutadores me consiguieron un visado, un permiso de trabajo. Me llevaron a la isla Lee Stocking.

—Cayos de Exuma —dijo Márquez—. En las Bahamas.

Aparecieron unos títulos en la pantalla: «Cirque Fantome, Fin de Siécle, L'Ombre et la Lumière». Las colgaduras translúcidas se retiraron para revelar tres plataformas vacías. Columnas de acero se alzaban en todos los lados, seis en total, sirviendo de base a luces y cuerdas, plataformas y cables.

—Fantome me enseñó inglés, ruso y francés y funambulismo, artes malabares y danza. Yo probé con las boleadoras^[3]. Te conviertes en parte de una familia. Todos contribuyen, todos trabajan juntos. Te entrenan día sí y día no. La comida es maravillosa. Comes todo lo que quieres pero no engordas. Eliminas el exceso con ejercicio. Nunca había tenido sábanas limpias, una cama mullida o gente que me cuidara. Era el cielo.

Un payaso masculino de al menos tres metros y medio de alto desde los pies a la coronilla, con unas piernas muy largas, entró en la mayor de las plataformas. Aunque debía de llevar zancos, no se parecían a nada que hubiese visto antes. La mitad de su cara estaba pintada de negro, la otra de blanco, y llevaba un traje formal gris carbón. Se dobló por la cintura, haciendo una inclinación al público, y luego se puso de rodillas. Una música inquietante se oyó de fondo, y sobre las plataformas fue alzada otra colgadura para revelar una banda de rock de hombres y mujeres vestidos con lo que parecían uniformes de campo de concentración.

—Tenía dieciséis, la menor de mi grupo, la niña —continuó Tammy, con los ojos fijos en la pantalla—. Era una malabarista bastante buena, pero no era buena en la cuerda floja. Me faltaba concentración. Así que mi familia me llevó a visitar al doctor Goncourt a su casa de la playa. Allí conocí a Philippe Cabal. Philippe es un artista de los mejores, cercano al doctor Goncourt. Le gusté.

El payaso alto extendió los brazos abiertos y giró. Ciclistas con bicicletas estilo antiguo y ropas fin de siecle pedalearon por los escenarios haciendo malabarismos con montones de antigüedades: relojes, joyería, lámparas. A la siguiente vuelta, se estaban tirando los unos a los otros pistolas y rifles. Cómo hicieron el cambio, no podría decirlo. La música pasó a un tono marcial fanfarrón.

Tammy volvió sus ojos castaños dorados hacia mí.

—A los dieciséis, me convertí en la amante de Philippe. Era al mismo tiempo mi amante y mi padre. Mi amo.

Márquez se puso las manos detrás de la cabeza y miró la pantalla.

—T e olvidas del barco —le recordó amablemente. Pulsó un botón en un gran mando a distancia. La imagen se aceleró, payasos y ciclistas corriendo, la música pasando a un alegre trote.

—Oh, sí. Llevan cinco años construyéndolo. Lo llaman Lemuria. Muy grande.

—¿El rascacielos flotante... los apartamentos? —pregunté—. Lo he visto en los periódicos.

—Seiscientos metros de eslora —dijo Márquez—. Paraíso fiscal para hijos de perra ricos como yo. — Congeló la imagen en el momento justo en que el payaso alto abandonaba el escenario principal.

—Ese es Philippe —dijo Tammy suavemente.

—Mamón —dijo Márquez. Le dio a avance rápido hasta que el payaso salió del escenario, luego volvió a congelar la imagen.

Los ojos de Tammy eran asombrosos, cada iris parecía una nuez moteada de oro.

—En el barco, no se han vendido todas las unidades. Tienen problemas de dinero. Goncourt, director de Fantome, nuestro doctor, nuestro padre, sugirió que el circo alquilara espacio a bordo del Lemuria. Proveeríamos entretenimiento a bordo y daríamos publicidad. Los accionistas del Lemuria aceptaron, así que allí es donde el doctor Goncourt mudó su centro médico y de entrenamiento, desde la isla de Lee Stocking al Lemuria. Fui al Lemuria el año pasado para vivir con Philippe y seguir los tratamientos del doctor Goncourt. Quiere convertirnos en los mejores atletas, los artistas más disciplinados que el mundo haya visto. Nunca enfermamos, siempre estamos en forma, siempre del humor adecuado. Somos los mejores.

Márquez puso en marcha el vídeo de nuevo. Cinco mujeres doradas trepaban por las columnas de acero hacia sus cuerdas y comenzaron una actuación de funambulismo.

Los ojos de Tammy se volvieron soñadores, recordando días maravillosos, compromiso y fe.

—Philippe dijo que el doctor Goncourt era un genio. Para mí, era Dios. Elegía nuestras comidas, supervisaba nuestro entrenamiento. Nos daba baños especiales, olían muy mal, como a azufre. Nos escocía la piel. Pero nunca nos dio drogas. Nunca me había sentido tan bien. Aprendí a usar las boleadoras. Soy de lo mejorcito en la cuerda floja. Philippe estaba orgulloso. Me dijeron que ahora podía viajar.

La actuación en la cuerda floja era asombrosa. Una fuerza y agilidad que nunca había visto antes, y gracia a la par que ingenio. Las jóvenes parecían bailar en el aire, o a veces volar.

—Aprendí de Philippe que unos cuantos de la familia hacían algo más que espectáculo circense. Iban a sitios y le hacían favores al doctor Goncourt. Me preguntó si me gustaría hacerlo. Todo era maravilloso, excitante, y quería tanto a Philippe que hubiese hecho cualquier cosa por él. Dije que sí. Me propuso ante el Comité, gente mayor que había estado con el doctor Goncourt mucho antes de Fantome. Atletas olímpicos, artistas rusos.

—Jodidos comunistas —dijo Márquez. Escondió sus ojos tras sus manos, luego inclinó la cabeza hacia atrás para contemplar el techo.

—Dios maldiga a los judíos —soltó Banning en respuesta, como en un espasmo. Tammy se llevó una mano a la boca y se mordió un nudillo, parpadeando.

—El Comité me adoptó, con Philippe...

Márquez se revolvió. Se levantó y apuntó a Banning con su dedo.

—¡Te voy a contar yo acerca de los judíos! —gritó—. ¡Te voy a contar yo a ti unas cuantas cosas sobre víctimas y crímenes!

Los ojos de Banning se abrieron como platos y sus cejas se alzaron llenando de pliegues su frente.

—¡Marx, Trotsky, Sinoviev, Kamenev... los comunistas fueron fortalecidos por la judería mundial, judíos que se odiaban a sí mismos y a su raza!

Márquez casi saltó de su asiento para pegarle a Banning. Tammy lo retuvo.

Banning estaba completamente desatado. No podía detenerse.

—Los judíos dirigieron su propia eliminación, poco a poco... y le echaron la culpa a Hitler, pero también fue Stalin el que mató a tantos, que mató a todos menos a uno de los judíos que estaban a su alrededor, los envió a Siberia, y ¿quiénes le pusieron a él en el poder? Judíos. ¿Quiénes espiaban para él? Comunistas judíos. Los Rosenberg, Ted Hall... ¡judíos! ¡Dios maldiga a los judíos!

Márquez soltó un angustiado grito de guerra.

—¡Te mataré! —Empujó a Tammy a un lado. Banning se preparó para recibir el asalto de Márquez reclinándose sobre la hilera de asientos. Márquez rodeó con sus manos la garganta de Banning, sacudiéndolo como a un pollo.

Cousins asintió en mi dirección como si siempre hubiésemos sido compañeros, polis de patrulla. Mientras Tammy gritaba:

—¡Parad!, ¡parad!

Agarramos a ambos hombres y los separamos: Banning se escurrió de entre mis brazos, tropezó y se cayó con un fuerte golpe.

Tammy susurró al oído de su amante. Márquez siguió soltando tacos, pero dejó de intentar soltarse.

—Maldito hijo de puta, no me importa lo que sepa...

—Está enfermo, tranquilo, es un hombre enfermo —lo intentó calmar Tammy.

Banning se levantó, se limpió la chaqueta y los pantalones con tanta dignidad como pudo reunir. Inclino la cabeza y extendió su mano enguantada como si educadamente pidiera permiso para irse, y se apresuró a abandonar la sala de cine.

—¡No me importa si su cerebro tiene gusanos nazis sifilíticos que le hacen agujeros, ya basta, ya no le aguanto más! —Las lágrimas corrían por el rostro de Márquez.

Tammy empezó a sollozar.

—¡No puedo traer un niño a este mundo así!

La ira de Márquez se apagó como una vela en una ventana abierta.

—Oh, mierda —dijo.

Tammy se dejó caer en el asiento.

—No puedo abandonar la casa, tengo que ser valiente, mi cabeza es como un huracán. ¡Tengo que guardarlo todo en mi interior, todo el día! No sé lo que soy, o adonde pertenezco, no sé nada.

—Lo sentimos, cariño —dijo Márquez—. Todos lo sentimos mucho. —Parecía atormentado por el remordimiento. Tammy trató de empujarlo lejos de ella, pero él la abrazó con suavidad y le acarició el pelo. Fue un momento triste y que también daba miedo, y no supe qué hacer. Quería escabullirme lejos de allí.

Nos quedamos en silencio mientras Márquez trataba de aplacar a la madre de su futuro heredero.

—Me gustaría poder deshacer lo que he hecho —murmuró en su oído—, de verdad me gustaría.

Cousins tenía una expresión extraña. Analítica, como si examinara los peces de una pecera. Parecía fuera de lugar, y puede que estuviese viendo su manera de enfrentarse a las escenas emocionales.

Desde la entrada, oí el sonido de algún objeto de cristal rompiéndose. Cousins y yo corrimos hacia la sala. Banning estaba junto a un alto adorno de flores de seda sobre una mesa de mármol. Había roto en pedazos el espejo con marco de oro que había detrás de las flores, cogido un pedazo de cristal tan largo como un cuchillo y se lo estaba incrustando centímetro a centímetro en la palma de la mano izquierda. La sangre manaba formando una delgada cinta roja sobre las baldosas, sus zapatos y las perneras de sus pantalones.

—Soy un desgraciado —dijo, luego sus ojos se pusieron en blanco y se derrumbó como un saco lleno de arroz.

Juntos, lo arrastramos hasta el cuarto de baño. Tammy nos dijo que encontraríamos un botiquín debajo del lavabo. Márquez meneó la cabeza y apretó los puños y se paseó arriba y abajo delante de la puerta mientras le extraíamos la esquirla a Banning, deteníamos la hemorragia y vendábamos la herida.

—Tenemos que llevarlo a un médico —dijo Cousins—. Puede que se haya dañado el nervio. Y desde luego necesita que le den unos puntos.

—Tengo mi propio doctor —dijo Márquez a través de la puerta del baño.

Abrí la puerta. Banning empezaba a volver en sí. Márquez retrocedió. Dos de sus guardaespaldas estaban a cada lado, bestias con camisetas negras y trajes de seda, con las cabezas rapadas, con caras de extrema preocupación.

—Tammy —dijo Márquez—, llama al doctor Franks. —Se frotó las palmas en los bajos de sus pantalones de pijama.

Tammy hizo una llamada telefónica. Cousins y yo llevamos a Banning, zumbado y desorientado, a la casa de invitados en el patio, pasando junto a los guardaespaldas y atravesando la puerta de atrás. Tammy abrió la puerta de la casa y tumbamos a Banning en una cama.

—Mis disculpas —dijo Banning, su habla era confusa. Entonces se dio la vuelta y se volvió a desmayar.

Cousins se limpió las manos en una toalla del baño de la casa de invitados. Su rostro estaba pálido y tenía manchas oscuras bajo las mangas de la camisa.

—¡Vaya día! —dijo.

El doctor llegó justo después de las diez. Los guardas lo llevaron en coche desde el portón de entrada. Examinó la mano de Banning en la casa de huéspedes y dijo que preferiría llevárselo a un hospital. La herida era lo suficientemente grave para ello, pero le preocupaba más el estado mental de Banning.

Márquez se quedó en el patio haciendo estiramientos. Los perros en la perrera se estaban volviendo locos, ladrando y saltando hasta donde les permitía la longitud de sus cadenas.

Banning me miró, confuso, mientras lo ayudaban a llegar a la ambulancia que le esperaba. Le dediqué un pequeño saludo con la mano. Meneó la cabeza. No tenía que decirlo de nuevo: Soy un desgraciado.

La ambulancia desapareció en la oscuridad.

Cousins me había arrastrado a un mundo de pesadilla y carente de sentido. Mi casa había sido puesta patas arriba y me había pasado tres noches en la cárcel. Me habían drogado —creo— dos veces, y ni siquiera sabía si alguna vez volvería a ser dueño de mis actos.

Quería mi ayuda, pero ¿qué podía hacer yo? ¿A qué se enfrentaban? ¿Cómo podían ganar? Todo eso me pesaba sobre los hombros, y no sabía cuál sería mi decisión final.

Los rottweilers continuaban ladrando y saltando.

—Es debido a todo el jaleo y la gente —dijo Márquez—. Se les pasará. Lo hacen siempre. —Se acercó a las jaulas e intentó calmarlos, pero los tres perros entraron en una furia ciega. Dos de ellos, unas perras fornidas, mordieron los barrotes de las jaulas, escupiendo saliva a través de los eslabones hasta el cemento del patio. Márquez retrocedió con una mueca de pesar y metió las manos en los bolsillos de su pijama.

Cousins se acercó por detrás. Los perros lo olieron. El macho empezó a dar vueltas en su jaula, mordiéndose las garras, los ojos girando enloquecidos. Intenté que una de las perras se acercara a los barrotes, pero me ignoraron y le ladraron furiosamente a Cousins.

—¿Quién da de comer a los perros? —pregunté.

—¿Por qué? —dijo Márquez a la defensiva.

Cousins se dio cuenta de repente.

—Oh, Dios mío —dijo—. Joe, ¿quién les da de comer?

—Algunas veces yo, o Tammy, o los guardaespaldas.

—De dónde vienen los guardaespaldas —pregunté, pegándome mentalmente a mí mismo por no haberlo comprendido antes.

—De una compañía de seguridad en Van Nuys. Rotan cada día —dijo Márquez.

Cousins tomó a Márquez del brazo y se alejaron de las jaulas. Los perros se calmaron algo, pero los observaban con atención.

—Vamos a la casa —dijo Cousins.

Una vez dentro, Cousins le dijo a Márquez que los guardaespaldas tendrían que abandonar la finca. No nos podíamos fiar de ellos. Márquez dio vueltas por la habitación, con un largo monólogo pidiendo disculpas, gesticulando y maldiciendo su propia estupidez. Verlo así fue la gota que colmó el vaso. Me acerqué a Cousins y le dije en voz baja:

—Esto no es Oz, es Kafkaville. Banning no es el único lunático por aquí.

Los guardas obligaron a Márquez a que firmara un formulario especial por el cual

a su compañía no se le exigirían responsabilidades, luego se metieron en un Nissan negro cuatro por cuatro y se perdieron por la carretera, a través del portón principal.

Tammy se llevó a Márquez a acostarlo.

Miré en la sala de proyección, esperando a que apareciera Cousins. La imagen del circo seguía congelada en la pantalla grande. La habitación estaba en paz y silenciosa. Nada de aquello, en pantalla o fuera de ella, parecía real.

Cousins volvió y cerró la puerta de la sala.

—Da toda la impresión de ser una causa desesperada, ¿no? —dijo.

—¿Cuándo os conocisteis?

—Hace seis meses. Márquez había trabajado con Banning sobre una idea para una película bélica, antes de que Banning fuera marcado. Cuando Tammy apareció el año pasado, Márquez llamó a Banning para que le diera su opinión. No mucho después de eso, Banning me llamó.

—Es una cadena de coincidencias notable —dije.

—Todos los caminos llevan a productores de cine —dijo Cousins suavemente—. Créeme, en Los Ángeles hay muy pocas coincidencias genuinas. Antes de que te vayas, déjame enseñarte lo que tenemos de nuestro lado.

En lo que estoy trabajando. Puede que te haga cambiar de opinión.

—La verdad es que no creo que quiera ver nada más —murmuré, avergonzado de mí mismo—. Puede que ponga en peligro vuestra operación.

Cousins suspiró.

—Míranos —dijo—. Somos unos aficionados. Si tú no puedes ayudarnos, entonces será mejor que nos demos por vencidos. Y eso significa... bueno, puedes imaginártelo. Pero entiendo que quieras salirte de esto. Dame diez minutos más, y luego te acompañaré al portón yo mismo.

Lo seguí por el lado este de la casa, bajamos un tramo de escaleras y entramos por una puerta lateral, bajo el nivel del césped, al sótano.

Cousins le dio a un interruptor. Una habitación de un blanco brillante se iluminó, algo parecido a un hospital, con equipo de aspecto caro, microscopios, refrigeradores, hornos. Ecuaciones y bocetos de moléculas cubrían una pizarra plástica para rotuladores en una pared. A un lado había una lámpara solar, en la esquina una pequeña bañera y una ducha, y más allá de los bancos de trabajo, varios taburetes y una silla plegable.

—¿Es aquí donde haces la cosa esa que me diste?

—Sí —dijo.

—Y tú —pregunté—. ¿Eres susceptible a la manipulación?

—Sí. Pero he estado experimentando conmigo mismo durante los últimos años, por el interés de vivir más. Antes de que supiera nada acerca de Seda, alteré mis propias bacterias intestinales y algunas de mis características celulares. Inconscientemente, me di a mí mismo algo de inmunidad. Ahora es todo lo que puedo hacer para estar un paso por delante de Seda.

—Saben dónde estás —dije.

Cousins hizo un gesto agrio.

—Creí que la paranoia de Márquez hacía de este sitio un lugar ideal.

No hice ningún comentario. Los civiles rara vez saben cuáles son los mejores lugares para ocultarse o a quién confiar su vida.

—¿Qué pasa con Banning? ¿Qué sabes de él? Os reúne a todos, es el catalizador que une a toda la gente que podría ser peligrosa para Seda. ¿Has pensado en la posibilidad de que pudiera ser algún tipo de infiltrado o de señuelo para atraernos?

—Lo he pensado —dijo Cousins—. No es imposible, pero no creo que lo sea. — Su rostro mostró algo de emoción, triste, luego pensativo—. Mi esposa, posiblemente.

—¿Tienes miedo de tu esposa?

—Nos estamos divorciando. Empecé a sospechar. Un montón de pequeños detalles.

—Mierda. —Malo y peor. Me froté la nuca y me estiré, echándole un vistazo a la instalación que Cousins había montado en el sótano—. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas en tus vacunas? —pregunté.

—Seis meses.

—¿Y cuánto tiempo hace que Seda está por ahí fuera? —Había hecho el cálculo de antemano, solo quería tener un argumento retórico.

—Setenta años, más o menos.

Levanté los brazos como si me rindiera.

—Esos tíos han estado asegurándose canales y haciendo contactos, creando sus pequeños operativos, eliminando cualquier posible subversión contra ellos, durante setenta años. Eso está fuera de mi alcance. No, gracias. Perdonadme, chicos, pero lo que ellos hacen es el puto Chattanooga-Choo-Choo.

Cousins me miró con tristeza.

—Sé que tenemos una oportunidad —insistió—. ¡No podemos dejarla pasar!

Tammy abrió la puerta del sótano y asomó la cabeza.

—¿Interrumpo? —preguntó.

—En absoluto —dije, bajando los brazos, separándome de ella. No quería que esa mujer estuviera en la habitación, no cuando había tomado mi decisión, cuando mi instinto me decía que saliera de allí pitando. Algo se reblandecía en mi interior cuando estaba cerca. Ni siquiera Janie me había provocado una reacción así, y eso me enfurecía.

—He acostado a Joe. Duerme como un bebé. —Suspiró y cerró la puerta detrás de ella. Se había puesto una bata gruesa, más cálida y que casi era capaz de ocultar su figura—. Es muy sensible con respecto a los judíos, especialmente con el señor Banning. No comprende.

—Tammy no terminó su historia —dijo Cousins—. ¿Quizás ahora sea el momento?

—Eso diría yo —dije.

Tammy se puso al lado de Cousins. Ambos me miraron expectantes.

—Tammy vio a Golokhov —dije—. De eso se trata todo. Es Goncourt, ¿no?

Tammy me recompensó con una encantadora sonrisa triste.

—Estamos bastante seguros —dijo Cousins.

—Tendría que tener, veamos, ¿un centenar de años en este momento?

—Más bien ciento cinco.

—Y queréis que os ayude a hacer algo en las Bahamas.

Cousins me miró directamente a los ojos.

—Por fin. Si estás dispuesto.

—¿Le cuento por qué dejé a Philippe? —inquirió Tammy.

Cousins asintió.

—Vamos —dije, dándome por vencido. Había sido un día largo. Seguramente había un motivo para ello.

—Estaba enferma en Los Ángeles justo después de que llegáramos Philippe y yo. Algo dentro, turistas^[4].

—El tema del día —dije secamente.

—Hubo un banquete. Hotel de lujo, gente guapa, de Canadá, Venezuela, Brasil, China, Puerto rico, Las Vegas, Bahamas, Disneyland. Me puse enferma en la habitación enorme. Philippe estaba furioso, quería exhibirme, pero ¿qué podía hacer? —Su voz era tan exótica, con un toque de tristeza, con impredecibles cambios de ritmo. Dolorosamente bella—. No lo sabía, pero me estaba escapando de su control.

—Sistema inmunológico resistente, duro con las bacterias que vienen de fuera, como las de Goncourt. Debido a haber vivido en los arrabales. Esa es mi suposición —dijo Cousins.

Tammy se frotó los ojos y miró dramáticamente, mostrando un nuevo conocimiento en su interior.

—De repente veo la habitación, la ciudad, todo diferente. Es como perder de repente la fe en Dios. Pero es una ciudad grande, y tengo miedo. No conozco a nadie o nada. Voy con Philippe a otro hotel, el Beverly Hilton. Me presenta a una mujer. La mujer es rubia, guapa, alta. Está con dos hombres más bajos que no conozco, pero parecen artistas del circo. Pienso en ellos como los Hombres Grises. Philippe dice que representan a Goncourt en California y la costa Oeste.

—Controladores —dijo Cousins.

—Me dice que me va a dejar con los Hombres Grises, y que me entrenarán. —Su cara se arrugó con revulsión—. ¡Dejarme, en una ciudad extraña! ¡Lejos de mi familia!

—Hijo de puta —dije.

—Los dos hombres le preguntan a Philippe si soy muy obediente. La mujer rubia actúa como si yo fuera un perro o un gato. La obediencia es esencial, me dice Philippe. Formamos una célula en LA, y hacemos importantes trabajos para el doctor

Goncourt. Es una vida fabulosa, dice, vas a todos lados, te metes por todos sitios aprovechando la oscuridad. Los Hombres Grises dicen que seré como ellos, maestros en pasar desapercibidos.

Me pregunté de qué manera podría pasar desapercibida.

—Me enseñarían todas las habilidades necesarias, incluyendo matar sin tocar.

Oí un rumor sordo entrecortado en el exterior. No era como un trueno. No había ventanas en el sótano. Los pelos de mi nuca se pusieron de punta.

—Me escapo a la mañana siguiente —dijo Tammy—. Me quedo por las calles, en la YWCA, hasta que me coge la policía de Beverly Hills. Les cuento mi historia. Les digo que son drogas, y quizá lo sean. Entonces, dos, tres personas me ayudan. Tengo suerte. Uno de ellos es un psiquiatra, conoce a Joe. La casa de Joe está aislada. Segura. Nadie malo me encontrará.

Dejó caer sus hombros y su barbilla, y luego miró la pared más lejana, la pizarra y las crípticas anotaciones.

—Recuerdo los códigos —dijo. Antes de que pudiera explicarlo, Cousins la interrumpió.

—De verdad no hay escapatoria —dijo Cousins. El vacío en su voz era sobrecogedor. Sonaba como un fantasma—. Piénsalo. ¿Qué pueden obligar a la gente que haga? Cualquier cosa. ¿A quién pueden tocar? A cualquiera. Jesús, me gustaría hacerles saber lo que se siente. —Levantó el puño y trazó un arco en el aire—. Aplastarles la puta nariz.

El ruido sordo —un zumbido duro y distante— me fue primero familiar e incluso bienvenido. Mi corazón latió al unísono con las aspas cortantes, tan parecidas al ruido de las alas de los ángeles para un viejo combatiente de la jungla como yo. Pero la esperanza no duró más de un par de segundos.

Y no estaba en la espesura.

—¿Qué pasa? —preguntó Cousins.

Había estado pensando en el desafío de Márquez durante algún tiempo. ¿Cómo sobrepasaría yo su seguridad, cómo invadiría su fortaleza? Como la mayor parte de los civiles, había tomado como premisa básica que existían límites en la vida, que lo que nunca habías experimentado o imaginado no podía ocurrir.

Márquez se había olvidado de la superioridad aérea. Apunté con el dedo hacia arriba.

—Escuchad.

Tammy inclinó la cabeza sobre un hombro.

—Es solo un helicóptero —dijo Cousins—. Probablemente en ruta hacia el LAX.

Para entonces, el sonido de dos, quizá tres helicópteros, con las aspas marcando el ritmo para convertirlo en un rugido constante de turbina, había ahogado mi voz en cualquier lugar de la casa excepto en el sótano.

—Están demasiado cerca —dije—. Formación de vuelo.

—¿La policía? —dijo Cousins, pero no se lo creía.

Abrí la puerta que daba al exterior. Cousins se puso junto a mí en el umbral, en el frío de la mañana. Detrás de nosotros, Tammy estaba ocupada moviendo cosas. Supe sin mirar lo que estaba haciendo. Estaba apilando muebles y escondiéndose.

Cousins y yo empezamos a subir, yo primero. Sin pensarlo, cuando un ruido terrible nos aplastó, como Satán carraspeando, me tiré al suelo. Cousins casi se me cae encima.

Mi cuerpo reconoció el temible rugido. No lo había oído desde hacía treinta años, y seguía siendo poderoso: el bramido que rasgaba el aire mismo como el desafío de un dinosaurio, del cañón que mata pueblos enteros.

Levanté la cabeza sobre el muro de cemento que rodeaba las escaleras. Tres AH-1 SuperCobras, del Cuerpo de Marines, poco más que siluetas en la mañana gris, giraron los morros hacia la siguiente casa a lo largo de la cordillera. El cañón de treinta milímetros del primer helicóptero bramó de nuevo, seguido por el segundo, y luego los tres abrieron fuego sobre la casa y los alrededores. Praaaaaaaaap-rugido-murmullo-zumbido-RUGIDO y las tejas rojas salieron volando en fragmentos giratorios. Cientos de balas por segundo eliminaron el techo. Las paredes se ondularon y doblaron como si fueran tejido orgánico cortado con bisturí. La piscina entró en erupción con un centenar de geiseres.

Una figura vestida con un camisón corrió sobre la hierba y repentinamente se volvió roja. Desapareció, como un muslo de pollo en un triturador de basura.

Le dije algo a Cousins, no recuerdo qué. Incluso en Vietnam los malditos helicópteros que destruían aldeas y villas me hacían llorar, pero esto era infinitamente peor. Allí estaba, treinta años después, llorando como un niño.

El tercer Cobra se retiró unas docenas de metros y se puso a trabajar en la casa de abajo del precipicio. No podía ver la destrucción, pero podía oírla.

Los focos en nuestro césped se apagaron.

—Ahora no —dije. No les hagas saber que estás aquí.

Los cañones cesaron el fuego. Cousins asomó la cabeza cerca de la mía. Nos apretujamos en el hueco de la puerta.

Márquez salió corriendo por la hierba vestido con su pijama, una sombra de gnomo contra el resplandor procedente del valle.

—¿Qué cojones? —le oí gritar.

La casa de al lado estalló en llamas. Una llamarada de gas natural se elevó al cielo como un mechero Bic gigante.

Márquez se enderezó y elevó los brazos, hipnotizado por el espectáculo. No es bueno ganarse la vida con películas. Todo son efectos especiales, nada parece real.

—Ha sido un error —dijo Cousins. Supe lo que quería decir. Los pilotos la habían jodido.

Justo cuando hablé, las tres cañoneras retrocedieron, dudaron durante unos pocos pero largos segundos, como si comprobaran sus mapas. Oh, mierda.

Rotaron a la derecha como tres juguetes mantenidos por palos, bajaron el morro y

volaron directamente hacia nosotros.

10-11 de junio - San Diego/El Cajón

Mi sentido de la ironía no da para mucho.

Estuve en el Centro Correccional Metropolitano en San Diego durante tres días antes de que retiraran los cargos. Ninguna explicación, y nadie se disculpó.

Mi abogada me costó la mitad de mis ahorros, parte del dinero de la cuenta de Janie para su jubilación que no quise tocar antes. La abogada, una mujer alta con un traje verde, me explicó que me había sacado con un mandato de habeas corpus pero no iba a haber ningún juicio. Los soplones se habían arrugado, las fuentes de información se habían ido, literalmente, al sur, un montón de pistas sólidas se habían transformado en aire, y no te pueden condenar por tenencia de aire.

Tenía suerte de que no se hubiesen llevado todo lo que poseía. El condado aún tenía mi ordenador. Les podía llevar semanas analizar en qué páginas me había metido en la World Wide Web.

De la noche a la mañana me había convertido en sospechoso de ser traficante de drogas y pederasta. Probablemente mis vecinos ya habían oído la historia, y la prensa local también. Nadie tiene en cuenta las reputaciones, especialmente la de un ex-marine, veterano de Vietnam, retirado con pensión por invalidez y probablemente hasta las cejas de Agente Naranja. ¿Quién sabe a cuántos chavales ha pasado por la bayoneta?

Me sentí sucio y culpable sin haber violado ni una sola ley.

Me fui a casa y me quedé mirando con admiración embotada el desastre que habían causado. Habían hecho boquetes en las paredes, abierto agujeros en el techo y desgarrado el viejo aislante marrón. Las fotos de la familia estaban tiradas en la sala de estar y botas polvorientas las habían pisoteado. Todo mi equipo electrónico, el vídeo, el viejo estéreo Kenwood, el Sony Triniton, el casete Akai, el lector de CD, estaba apilado al lado de la puerta, las carcasas desatornilladas a la fuerza y el interior fuera y expuesto.

La cinta de vídeo había desaparecido. Incluso habían cogido un azadón, sacado de la tierra mi tanque séptico de fibra de vidrio y lo habían reventado. Toda la propiedad olía a mierda madurada al sol. Cinta de policía amarilla yacía en espirales por toda la casa.

Al menos habían cerrado las puertas cuando se fueron.

Recogí los muebles rotos y un retrete resquebrajado en el patio frontal y lo puse en el garaje para posterior clasificación.

Ni siquiera me habían dejado un orinal para mear.

Hacía años que Janie me había obligado a vender mi Colt, mi escopeta y todos mis cuchillos. Le estaba agradecido por eso. A: había conseguido algo de dinero por ellos y B: no había supuesto una amenaza inmediata para los tíos en armadura de combate y botas. Podían haberme matado.

Imagina mi sorpresa cuando encontré una Smith & Wesson del treinta-cero-seis conspicuamente a la vista encima de una pila de cuatro de mis libros. Mis propios libros, en tapa dura, copias para el autor, justo en el centro de mi pequeño despacho. Algo que no se me escaparía.

El resto de mi biblioteca había sido arrancado de las estanterías y esparcido por la habitación.

Intenté encontrarle sentido a la presencia de la pistola. Era antigua. La empuñadura estaba envuelta en lo que parecía cinta adhesiva de uso médico, grisácea por el uso. Alguien la había dejado, por si acaso la necesitaba. Pensé en llamar al departamento del sheriff; luego decidí que hacer cualquier cosa sin dedicarle una buena reflexión primero seguro que sería contraproducente.

Me había quedado mirando la condenada pistola durante unos cinco minutos cuando recibí la primera llamada telefónica. Cogí el teléfono, pero solo oí un clic, y luego un silencio largo y lejano. Una de esas operaciones de venta a distancia, supuse, en las que un ordenador llama automáticamente a un centenar de personas pero solo puede responder a una docena o quincena.

La segunda llamada era de Janie. Pareció como si una nube me pasara por encima, y la casa se oscureció. Me preguntó cómo estaba.

—No muy bien —dije, y empecé a llorar al oír su voz, la echaba tanto de menos y me sentía tan desesperadamente inútil, vacío como una muñeca abandonada por su dueña.

Las palabras de Janie empezaron a llenarme.

Meé en el patio y me eché una siesta en el sillón. Las brisas marinas venían y se iban. Luego las estrellas. El aire en el cañón estaba en calma y oí a la lechuza en el patio trasero, pero no pude verla. Finalmente, saqué el colchón rajado al patio, lo empujé sobre la hierba alta y rígida, puse una sábana por encima y me tumbé.

A la mañana siguiente, me senté de nuevo en el porche, esta vez con una cerveza en una mano y la Smith & Wesson con la empuñadura cubierta de cinta adhesiva en la otra. Estaba considerando la opción de darme de baja de este hotelucho de mierda llamado vida. Estaría con Janie en lo que se dispara una bala.

No pensé en Rob Cousins hasta que apareció a las ocho con otro hombre. Reconocí a Banning por las fotos de las solapas de sus libros, descuidadamente atractivo. Proyectaban largas sombras mientras caminaban por la carretera.

—¿Estás bien, Ben? —preguntó Cousins.

Banning pasó por encima de un trozo de cinta amarilla y me saludó con la mano como un profesor de vacaciones.

Mi primer pensamiento cuando vi a Cousins fue que me había abandonado exactamente como mi hijo verdadero. Sentí la presión aumentar en mi interior.

—Que te jodan —dije—. Me mentiste. Me engañaste. ¿Dónde estabas cuando me detuvieron?

—Creo que le han marcado —dijo Banning con un afectado acento inglés. No se acercó más.

—¿Has traído la cena? —pregunté—. ¿O era todo un montaje para que pudieras plantar algo de coca?

Cousins me habló como si fuera un niño.

—¿Encontraron coca?

—¿Estaría aquí si la hubiesen encontrado? —Jugueteé con la pistola, miré por encima del cañón y apunté en su dirección, para enseñarles lo útil que podía llegar a ser—. No —dije—. Pero no porque no lo intentaran con ganas.

—Qué desastre —dijo Cousins—. Debes de estar muy enfadado.

—Acepto las cosas como vienen —dije.

—Deberíamos sacarle de aquí —dijo Banning.

—¿Por qué querría ir a ningún sitio con un par de gilipollas como vosotros?

—¿Quién te llamó? —preguntó Cousins, exudando calma y razón.

Apunté la pistola directamente a él. Janie me había explicado un montón de cosas, cómo me habían engañado, que era demasiado viejo para obtener nada de respeto. Quería volver y ayudarme a arreglar mi vida, pero Cousins no la dejaba. Banning probablemente también estaba metido en el asunto.

Cousins estaba lo suficientemente cerca como para que le abriera un agujero en el pecho del tamaño de mi puño. Sudaba como un cerdo empalado.

—Voy a hacer algo un poco raro —me dijo—. Voy a recitarte algunos números y ver si puedes recordarlos. —Sacó una tira de papel como el recibo de una frutería.

—¿Por qué? —No sabía cuál era la resistencia del gatillo de la Smith & Wesson. Puede que se disparara con una caricia. Moví de golpe la pistola a la derecha y apreté el gatillo para practicar. El disparo hizo que Banning saliera corriendo como un conejo.

No necesitaba demasiada presión, pero tampoco era como una pluma.

Cousins dio un respingo, pero se mantuvo en su sitio.

—Siete cinco dos cuatro —leyó.

—Sí —dije—. Ahora girar el disco de la vieja cerradura de combinación a la dos a la derecha y luego... —Dejé de balbucear. Sus números tenían sentido. Perfectamente razonable—. Muy bien.

—Repítemelo.

—Siete cinco dos cuatro.

—Tres siete ocho uno. De nuevo, repítemelo.

—Tres siete ocho uno.

—Y los últimos, lo prometo, dos seis nueve ocho.

—Dos seis nueve ocho.

—Querido viejo Ben, te tengo que informar —dijo Rob— que al doctor Seuss vamos a visitar.

Me estremecí con un relámpago verde que pareció atravesarme la cabeza.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Bien —dije, y bajé la pistola.

—¿Qué color viste?

—Verde. —Olisqueé el aire— Jesús —dije—. ¿Quién ha sacado el queso? — Intenté determinar el hedor. Cuerpos y vegetación en putrefacción, como un campo de batalla después de un día en la selva.

Banning volvió por la carretera con pasos cortos y cuidadosos. Arrugó la nariz.

—Le pillaron bien pillado —dijo.

—¿Quiénes?

Me sentía en calma pero muy triste. La llamada de teléfono de Janie había sido un sueño. Empecé a llorar y Cousins puso su brazo alrededor de mi hombro. Cogió la pistola y se la pasó a Banning quien la tomó con la punta de los dedos como si fuera una rata muerta.

—Eso está mejor —dijo Cousins—. Recojamos lo que podamos y salgamos pitando de aquí. No es seguro.

—¿Qué está pasando? —pregunté. Me chorreaba la nariz y el sudor me empapaba la camisa. Mis tripas y estómago estaban en plena rebelión—. Cristo, necesito una ducha.

—No hay tiempo, de verdad —dijo Banning

Miramos por entre el desorden de mi casa y llenamos una maleta de viaje con ropas. Metí algunas fotos en una bolsa de verduras y llené una caja con algunos de mis libros favoritos. Banning cogió un mazo del garaje y aplastó la Smith & Wesson. No queríamos que nos cogieran con la evidencia de un poli, probablemente robada y sin registrar.

Entonces abandonamos la casa, el fantasma, veinte años de mis recuerdos, mi puñetera vida entera, y no he vuelto desde entonces.

TERCERA PARTE

HAL COUSINS

10 de agosto - Imperial Valley

Lissa condujo. No hablamos hasta que estuvimos en la autopista 5 encaminados hacia el sur a través del largo valle.

—No me mires de esa manera —dijo—. Te hubiese disparado.

—¿Quién demonios era?

—Tenía una pistola.

Todavía estaba bajo los efectos de la impresión.

—No podría soportar ver cómo los dos terminabais muertos a tiros —dijo Lissa.

Nos detuvimos en la posada del rancho El Barón Español para comer. No habíamos cenado y eran las diez de la noche. La lluvia dejaba grandes salpicaduras limpias sobre el parabrisas. El aire olía a asfalto húmedo en el aparcamiento y me di cuenta de que me sentía feliz de estar vivo.

—Gracias —dije.

—De nada^[5] —dijo Lissa.

Llegamos al restaurante pasando al lado de un antiguo tractor de vapor con ruedas de acero, muestrarios de viejos arados y paredes recubiertas de madera al estilo de un granero de las que colgaban yugos, yuntas para bueyes, arneses de cuero y una colección de hondos de latón. La camarera nos guio hasta un reservado.

Lissa parecía cansada, pero no por ello menos bella. Trasteó con su bolsa, pero no encontró lo que buscaba.

—Me encantaría un cigarrillo —dijo—. Y no me importa quién se entere.

—Una dama con agallas —dije.

—Una dama con agallas —repitió haciendo eco de mis palabras con un movimiento definitivo de la cabeza— te hubiese matado.

—Sin duda —dije.

—Tenía todo el aspecto.

—Sonreía —dije.

—Tenía todo el aspecto.

—Parecía colocado —dije.

—Estaba marcado —dijo Lissa.

—Casi seguro.

—Llevaba un traje horroroso, ¿te diste cuenta? —Su respiración se entrecortó y pensé que iba a llorar. Se secó los ojos con la mano—. ¿Crees que nos vio alguien?

—No lo sé.

—No lo creo —dijo.

La camarera nos trajo las bebidas. Me tragué mis tabletas de integumycin. Lissa se tomó dos p astillas con un trago de leche.

—¿Dolor de estómago? —pregunté.

—Calcio —dijo—. No quiero que mis huesos se vuelvan frágiles.

—La clave está en la mezcla apropiada de hormonas femeninas y masculinas —dije—. Deberías empezar una terapia prebiótica para mejorar la absorción de calcio.

—Lo sé —dijo—. Rob me recomendó lo mismo.

En ese momento empezaron las lágrimas, y los sollozos en silencio pero estremecedores.

—No quiero estar aquí, de verdad que no.

Cambié de sitio y le pasé un brazo por encima.

Nos comimos nuestros sándwiches.

Pagó en metálico y yo conduje durante un par de horas.

—Los números —dije— parece que son importantes para ellos.

Pero estaba dormida. Eran las dos de la mañana cuando me detuve en un motel gris y con aspecto de almacén, muy del estilo de los ochenta, otro Homeaway, que se alzaba solitario en el valle central, delineado por luces anaranjadas contra el gris de la mañana. Entré en el vestíbulo para alquilar dos habitaciones.

—¿Las quiere adyacentes? —preguntó el hombre del mostrador.

Lissa entró arreglándose el pelo con la mano y dijo que una sola habitación serviría.

—¿Son suites, no? —preguntó.

—Desde luego —dijo el encargado, y sonrió como para darnos ánimos.

Una vez más, la cercanía de la muerte había hecho desaparecer mi raciocinio. Nos hicimos un ovillo en la cama de matrimonio, todavía con las ropas puestas, y dormimos cuatro horas; me desperté al oír a la viuda de mi hermano dándose una ducha. Era un sonido agradable, tranquilizador, y el vapor que salía de la puerta del baño me hizo sentir audaz.

Entré en el cuarto de baño y me quedé allí de pie con los calcetines puestos, sintiendo las baldosas bajo las plantas.

Ella abrió la cortina.

—Hueles como él cuando duermes —dijo mientras salía del baño y pisaba la alfombrilla. El agua caliente le había puesto la piel rosada por todo su cuerpo. Tenía un aspecto delicioso, frambuesa y crema, el cabello húmedo del color de la mantequilla con mechuras de vainilla—. Oh —dijo—. Vaya que sí. —Parecía completamente inconsciente de su desnudez. Se envolvió la cabeza en una toalla y usó otra para secarse, empezando desde los hombros y hacia abajo, exhaustiva y metódicamente.

No olí a jabón. Solo a vapor. Los jabones y champús que estaban en la pequeña cesta de mimbre no habían sido abiertos.

Se agachó en el pequeño cuarto de baño, con el culo apuntando en mi dirección, y se secó el cabello con la toalla. Retrocedió un par de centímetros y se pegó a mis caderas, dejando dos marcas húmedas en mis pantalones. Se enderezó, se dio la vuelta y me dijo:

—Deberíamos volver pronto a la carretera.

Todo completamente agradable y sensato, pero con ese poso que advertía que no se me permitiría disentir. Tomó una pequeña botella de crema para la piel —suya, no del hotel—, y se la restregó por los brazos y las piernas, sobre los pechos y luego sobre el rostro.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Los Ángeles —dijo, y se secó por segunda vez con la toalla entre las piernas.

—¿Qué hay allí?

—¿Perdón? —Dejó de frotarse con la toalla.

—En LA.

—OK —dijo.

—Estoy confuso.

—Y ahora estoy lista —dijo, y sostuvo la toalla con las manos. Me la restregó suavemente sobre la cara.

El sexo fue maravilloso y horrible. No podía dejar de pensar en el lazo que ella tenía con Rob, por mucho que racionalizara que se habían separado y que él estaba muerto, y que ella me había salvado la vida y le debía algo. Sabía que ella se sentía como si se fuera a la cama con Rob de nuevo, y eso me repelía al mismo tiempo que me excitaba como nunca en mi vida.

—No me digas que hago el amor como Rob —dije.

Eran las ocho treinta.

—No lo haces —dijo.

—No me digas que soy mejor —dije, aún más enfadado.

—Lo siento —dijo Lissa. Yacía de lado, con la cabeza sobre un brazo. Sus pechos se acercaban a la perfección, uno en reposo sobre la sábana blanca extendida, el otro cubierto y tan ligeramente elevado sobre la sábana que podría haber metido una pluma entre ambos. La deseé de nuevo, otra vez.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer? —preguntó.

—Mucho —dije.

—Pobrecito. Bueno, ciertamente me has hecho justicia.

No supe qué decir. Estaba fuera de mi lugar, como lo había estado durante varios millones de años.

Hizo café, usando la máquina de la habitación, y me trajo una taza espumosa.

—La herví —dijo—. El agua es un poco salada, pero después de todo estamos en Imperial Valley.

Bebimos de nuestras tazas en silencio, tratando de descubrir qué era lo que habíamos añadido a nuestra nueva álgebra. Lissa tenía una manera suelta, relajada, de

moverse cuando estaba desnuda. Olía como heno y a té Lipton, con una base de caldo de carne y limones. Ahuecó la almohada para que le sirviera de cojín para la espalda, y luego se apoyó contra la cabecera de la cama. Las uñas de sus pies eran perfectas, sin pintar, cortadas cuidadosamente pero no, juzgué, por profesionales, y una piel sin mácula. Tenía un fino vello rubio en los brazos y la parte inferior de su espalda. No se depilaba las piernas, y no importaba en absoluto.

El café sabía bastante salado, y solo me bebí la mitad. Tomó mi taza y tiró el resto por el lavabo. Nos vestimos y bajamos.

Lissa compró un ejemplar de Los Ángeles Times en un puesto del vestíbulo y me lo tiró cuando entrábamos en el coche. En los titulares: tres helicópteros de los marines, con base en Malibú, habían sido recuperados por un equipo de inmersión de la Marina. Los helicópteros salieron de Camp Pendleton y convirtieron un vecindario en zona de guerra hacía casi dos meses, matando a cuatro personas, incluyendo a un director de Hollywood. Sin motivo, sin explicación. Los cuerpos de los seis aviadores habían sido recuperados, dentro de los restos de sus máquinas.

—¿Algún conocido? —preguntó. Su mirada, distante y fría, me sobresaltó.

—Suenas como a algo de tráfico de drogas.

—Eso es —dijo, poniendo el coche en marcha bruscamente—. Pilotos de élite de los marines reducen una casa a escombros por un trapiche de drogas que salió mal.

Salió disparada del aparcamiento y volvimos a la carretera. Estábamos a treinta kilómetros de la autopista cuando empezó a hablar de nuevo.

—¿No has pensado nunca que buscar la eterna juventud es una locura?

—No lo es —dije.

—¿Pero pensar eso no es una locura en sí mismo, en cierta manera? ¿Tanta arrogancia?

—No, si se basa en la ciencia —dije.

—¿La has tenido a tu alcance? —preguntó, levantando una mano y apretando con los dedos como si sostuviera una naranja jugosa.

—Aún no. Pronto, si puedo volver al trabajo.

—Vi cómo Rob se desintegraba. Empezó con Rudy Banning, ¿pero qué pasa si ya estaba presente en Rob? Un gen para la locura. La capacidad de derrumbarse con un toque.

—Rob no estaba loco —dije. Miré por la ventanilla los campos de algodón, moteados de verde bajo el sol del mediodía. El resplandor me hirió los ojos—. Y yo tampoco.

—Tú y Rob tenéis los mismos genes. ¿Y si todo es un círculo vicioso de paranoicos —inhaló profundamente— persiguiendo, matando y muertos a su vez por nada?

—Desde luego, es difícil creer que esto esté ocurriendo —dije—. Pero ya has visto los resultados.

—He visto la locura de todo esto —dijo; su voz se hizo más aguda—. No puedo

ver nada que tenga el más mínimo sentido. ¿Puedes por lo menos reconocer que existe la posibilidad?

—Como hipótesis, seguro. Pero hay que apoyarla en hechos. ¿Actúo yo como un loco?

—Tu vida es un desastre. Tu mismo lo dijiste.

—Incluso los paranoicos tienen enemigos —dije, parafraseando a la señora Callas.

—Pero ¿y si Rob contrajo en Rusia alguna clase de enfermedad contagiosa, un virus, algo que te jode el cerebro, incluso antes de que supiera sobre Seda?

—Eso sí que suena a paranoico —dije.

—¿De verdad es tan diferente de lo que dices que está pasando, más difícil de creer?

Reconocí que no lo era.

—No veo adonde quieres llegar.

—Quiero contarte lo que sucedió entre Rob y yo.

Era algo que no estaba precisamente en la parte superior de la lista de cosas que me gustaría oír. La conversación se estaba yendo al garete por momentos.

—No quiero causar ningún daño —dijo—. Pero creo que deberías tenerlo en cuenta. Para apoyar mi hipótesis, se podría decir.

—Estoy escuchando —dije. Pero de hecho pasaba algo raro con mis oídos. Me metí la punta de los meñiques para limpiármelos, pero aun así el sonido en el coche parecía amortiguado.

—Empezó a perder el control después de ir a Siberia. Se volvió peor cuando conoció a Banning. No se callaba ni cuando dormía. Estaba asombrado de que alguien hubiese llegado a donde quería antes que él. Se obsesionó, luego empezó a estar de acuerdo con todo lo que dijera Banning.

—¿Las gilipolleces nazis?

—No —admitió—. No llegó tan lejos. Pero empezó a evitarme, a irse con cualquier excusa. Lo amaba, e intenté permanecer junto a él, pero no aceptaba mi ayuda. Me acusó de impedirle avanzar. ¿Cómo? ¡Ni siquiera me decía lo que hacía! Entonces se fue.

Me palpé la mandíbula para desatascar lo que fuera que me bloqueaba los oídos.

Asintió sombríamente.

—Y para ser sincera, yo también estaba harta. No podía soportarlo más...

Las siguientes palabras no las cogí. Oí un zumbido y observé que el parabrisas se volvía blanco como una lámina de hielo. Lissa siguió conduciendo, pero el sonido había sido apagado.

Me apoyé contra el frío cristal de la ventanilla de mi lado. Con el rabillo del ojo, miré cómo se movían sus labios.

Estaba completamente en calma. Me parecía agradable no tener que escuchar. Pero tenía que encontrar respuestas adecuadas.

—Probablemente lo cogieron en ese momento —dije, solo para continuar en la conversación—. Locura inducida. Es probable.

Llevó el coche a un lado de la carretera y lo detuvo. En silencio, abrió mi puerta y me ayudó a salir. Vi campos verde oscuro de fresas alrededor. Estábamos en una carretera de tierra a alguna distancia de la autopista. Ella movió una mano delante de mi cara. Creo que estaba diciendo:

—¿Estás bien Hal? —Pero no le prestaba mucha atención. La calma era maravillosa. Después de todo lo que había pasado, que me concedieran ese momento era un regalo.

Me puso en el asiento de atrás. Imaginé que se quitaba la ropa, luego me quitaba la mía, y que restregaba todo su cuerpo contra el mío, haciendo elegantes contorsiones entre los asientos. Restregó cuidadosamente sus muslos, sus labios mayores y su vello púbico en mi cara, mi boca y mi nariz, y sobre mi propio pelo, perfumándose con su olor a heno y rosas. Insertó suavemente su dedo en mis fosas nasales, luego en mis oídos, sentí vividamente la presión de sus uñas cuidadosamente cuidadas y pintadas. Entonces, como si se le ocurriera en ese momento, me la puso dura y se quitó la ropa interior. Se deslizó sobre mí, hizo que me corriera, y empezó el proceso desde el principio de nuevo. Cuando terminó, me sacó del asiento trasero y me vistió.

Todo era muy interesante y entretenido, pero no consiguió romper mi extraordinaria y bienvenida calma.

—Era un hijo de perra cachondo —me dijo fríamente cuando estuvimos de vuelta en la carretera. Comprobé mi ropa. La camisa completamente abotonada. Podía oír de nuevo. Eso estaba bien.

—¿Acabamos de hacer el amor a un lado de la carretera?

—Sí —dijo—. Gracias por recordarlo. —Me sonrió, bella pero fría.

—Maravilloso —dije—. ¿Cuándo me vas a dejar conducir?

—Ahora no —dijo y negó firmemente con la cabeza—. Un macho recién follado no posee el sentido del peligro.

No pude disentir.

Sur de California Central

Mis recuerdos de las siguientes horas son confusos. Puedo revivir imágenes de pequeñas autopistas de dos carriles y pueblos polvorientos, y todo parece conducirme como una pista de grava a un motel de carretera marrón en un pueblucho moteado con árboles polvorientos y encogidos. Creo que estábamos en algún lugar al este de Los Ángeles.

La calma me había llenado como una transfusión de sopa de pollo, curando la mayor parte de mis dolores y haciendo que el resto no fuera importante. Quería que Lissa se restregara contra mí otra vez, y en la que creía que era nuestra primera tarde en el motel, lo hizo. Me hizo rodar en la cama como si fuera un cachorrillo contento, inspeccionándome con una triste deliberación.

Se frotó la piel con las manos, escupió en las palmas, y luego restregó sus manos en mí. Una vez más, insertó sus dedos en mi nariz, boca y oídos.

No tuvo sexo conmigo. Y eso estaba bien. Solo estaba siendo recompensado por ser un buen perrito.

Me permitió que me sentara en una silla en el pasillo de cemento fuera de la habitación mientras esperábamos a que el pesado aparato de aire acondicionado enfriara la habitación. Solo para pasar el rato, le conté sobre el otro aparato de aire acondicionado en el hotel de San Francisco. Eso la puso aún más triste.

Se sentó junto a mí en las oxidadas sillas de metal y miró cómo el sol se ponía detrás de las montañas rojizas. El hotel estaba vacío excepto por nosotros, un hotel casi abandonado y hecho polvo en una carretera moribunda. Quizá fuera por eso por lo que lo eligió.

Un pequeño Toyota Célica se metió en el aparcamiento, evitando un profundo bache. El otro tipo que había visto en Berkeley, el compañero del cuerpo en el frigorífico, salió del coche, caminó, se quitó el sombrero y se abanicó con él. Se quedó de pie delante de mi silla, observándome con unos fijos ojos negros.

Lissa habló con él en un lenguaje que no comprendí. Les sonreí a los dos. Entonces volvió al Toyota y se sentó en el asiento del conductor con la puerta abierta, sin prestarnos atención a ninguno de los dos. Arrogante hijo de perra, pensé.

—¿Lo conoces? —le pregunté a Lissa.

—Es mi entrenador —dijo.

—¿Como un domador de leones?

—No. Entrenador para las Olimpiadas. Pero me rompí el tobillo.

—Lo siento.

Sacudió la cabeza. De eso hacía mucho tiempo y en otro lugar, muy lejos.

En algún momento creí apropiado preguntar:

—¿Y ahora qué?

—Tú te quedas aquí —respondió.

—Muy bien.

Me miró.

—¿Sabes lo que está ocurriendo?

—No.

—¿Y te importa?

—La verdad es que no. Todavía no.

—Debería importarte.

—¿Por qué no me metes un tiro? —Apunté con el dedo e hice un sonido con mi lengua.

—Esa no es la forma en la que hacemos las cosas. Nadie disfruta solo matando gente, no si hay otra manera. —Eso me sonó gracioso, viniendo de la mujer que había eliminado tan fría y rápidamente al tío del traje blanco.

—Hacer que otras personas maten a personas, eso es mejor, más limpio —dije, solo para continuar la conversación—. Sin duda alguna.

Levantó la mirada hacia el horizonte. El sol se ponía rápidamente, rocas por todos lados.

—Si alguien me va a pegar un tiro, preferiría que lo hicieras tú —dije.

—La verdad es que no tienes ni pajolera idea de lo que te está pasando, ¿verdad?

—Bueno —dije, y me quedé mirado los últimos rastros del Sol, y luego a ella, también bella y luminosa—, me has restregado con algo procedente de tu piel y tu cuerpo. Tus aceites y jugos. Probablemente contengan bacterias especiales, procedentes de la crema para la piel en la botella... una dosis muy grande. No usaste jabón. —Era una lástima que no hubiese encajado todas esas observaciones antes. Un hombre recién follado, etc.—. Están soltando péptidos especiales y cosas así, manteniéndome contento, pero... de alguna manera todavía estoy protegido contra que me conviertas en un zombi. Quizá sea el tratamiento que me di a mí mismo. O los antibióticos. La verdad es que no lo sé.

—El integumycin está diseñado para permanecer en el cuerpo y no ser exudado por la piel —dijo Lissa.

—¿Eso es un hecho?

—Así que eres vulnerable, más de lo que te imaginas.

Pero no voy a hacer que mates a otro, si te sirve de consuelo —dijo—. ¿Para quién crees que trabajo?

—Para nadie —dije, mintiendo con una sonrisa—. Creo que eres preciosa.

—Pertenezco, en cuerpo y alma, a Seda, lo mismo que mi entrenador.

—No me sorprende —dije.

—¿Por qué no te sorprende?

Reflexioné, intentando reunir los pensamientos que se me escapaban.

—Supongo que creen que es útil seguirle la pista a la gente que esté haciendo investigación sobre, ya sabes, longevidad, y aquellos en la vanguardia merecen atención especial. Una esposa, quizá, para mantenerlos bajo control, informar de los progresos, eliminarlos, si es necesario. — Fruncí el entrecejo—. Pero hay una cosa que no está clara. ¿Cómo te programan a ti?

—No lo hacen, no de esa manera —dijo—. Soy huérfana. Me encontraron en Budapest.

—¿Y qué pasa con los supuestos padres que nos presentaste a Rob y a mí?

Sacudió la cabeza.

—¿También forman parte de Seda? Guau. Debe de estar bastante extendida.

—Más grande de lo que imaginas —dijo.

El anochecer transcurría agradablemente. El aire, que podía estar fácilmente a unos treinta y cinco por la tarde, estaba bajando hasta los veinte. Teníamos una charla agradable.

El hombre de gris debía de estar sofocándose en el Toyota, pero no se movía.

—¿Puedes llevarme de vuelta a la habitación y restregarme un poco más?

—No te hace falta —dijo.

—¿Por qué no te afectan las bacterias del mismo modo que a mí?

—Soy portadora de cepas diseñadas para hacer feliz a Rob —dijo—. Lo que estaba haciendo, su investigación, bloqueaba algunos de sus efectos, y después de un tiempo, empezó a sospechar. No haría más el amor conmigo. Y luego se fue.

—Eres realmente muy, muy atractiva.

—Dentro de un par de horas, querrás estar cerca de mí todo el rato, como un amante o una esposa —dijo Lissa.

—Obsesión infantil —dije.

—No te equivoques. Te dejaré morir.

—No lo he dudado ni por un momento.

—Tampoco creas que eres James Bond y que me voy a enamorar de ti.

—No lo pensaré, lo prometo. No si te hace infeliz.

Se levantó y me tomó la cara entre las manos.

—No eres ni la mitad de hombre que era tu hermano. No me entristeceré cuando mueras.

—Tenías que estar enamorada de Rob para hacer tu trabajo de manera convincente —dije.

—Era algo parecido al amor —dijo Lissa.

—Quizá lo inspiraras —dije.

—Cada uno de vosotros teníais la mitad del secreto, pero nunca pusisteis las mitades juntas —dijo. Erais unos hermanos estúpidos, peleando todo el rato. Es un secretito desagradable, de todas formas, ¿sabes? No tienes ni idea de cuan desagradable.

—Dime —dije—. ¿Por qué Seda no va a por los traficantes de drogas? ¿Los tiranos? ¿Los asesinos en serie? La gente realmente mala. Deberías trabajar para mejorar la sociedad, antes que ir detrás de científicos arrogantes.

—No lo sé —dijo Lissa.

—¿Era mi esposa parte de Seda?

—No. —Luego añadió—: No lo creo.

—Yo tampoco lo creo. No era como tú en absoluto. No tan guapa.

—Seda nos concede eso. Pero no es que yo fuera una niña poco agraciada.

Una niña poco agraciada. Le di vueltas, saboreándolo.

—¿Te tragas las pildoritas milagrosas de Mudd y de repente eres encantadora? —pregunté.

Juntó las cejas, entrecerrando un ojo. No cogía la referencia. Una mujer se casa con un científico pero no ve Star Trek. No era extraño que Rob sospechara.

—Somos muy sanos —dijo—. Sin enfermedades.

—Sin embargo, pese a eso todavía envejecerás y morirás —dije, e inmediatamente me arrepentí. Un pensamiento horrible. La belleza marchitándose.

—De la otra manera es la locura.

—¿Qué hay de Golokhov? —pregunté inocentemente—. ¿Va a vivir para siempre?

Lissa me abofeteó con fuerza. Me agarró por debajo de los brazos y me arrastró a la habitación del hotel, que todavía estaba caliente, y me empujó hacia la cama.

—No permitiré que venga nadie a hacerte daño —dijo. Vi lágrimas en sus mejillas—. Pero me haría feliz si te hicieras daño a ti mismo. Me haría muy feliz. Tengo que irme. Duerme.

Agarré una almohada y traté de hacer lo que me pidió, pero hacía demasiado calor. Con los ojos entrecerrados, observé cómo recogía su equipaje, salía y cerraba la puerta.

Oí el clic de la cerradura.

Lissa y el hombre de gris iniciaron una acalorada discusión fuera de la habitación. Algo acerca de «transición» y «todo se acabó». Estaban realmente metidos en la discusión, pero después del primer par de frases, no entendí una palabra. Hablaban en húngaro, quizás, o en ruso.

Intenté dormir con ganas. Eché un vistazo al reloj al lado de la cama: 10:00 p.m. Había dormido un poco. Sentía el cuerpo como si estuviera empezando a ponerme enfermo. Un calor con escalofríos. Puede que fuera una infección bacteriana masiva. Quizá Lissa tuviera bacterias patógenas aparte de las persuasivas. Pequeñas devoradoras de carne. Eso sí que sería guay.

—¿Qué tipo de plan de pensiones tienes, cariño? —grité en la oscuridad, con la esperanza de que me oyera y viniera a abofetearme.

Toda clase de pequeñas preocupaciones me pasaron por la cabeza, especialmente cuando vi que había pasado otra hora y no había oído ni un grillo fuera. ¿Estaría bien

si me levantaba de la cama?

—¿Dormís en dormitorios comunales? —grité—. ¿O es un poco como, ya sabes, una aldea Shaker? Sin celibato, eso seguro. ¿Eres célibe con tu familia? Dijiste que tenías una familia, pero eres huérfana, de Budapest. Toda clase de mujeres bellas allá. En la antigua Unión Soviética y Hungría y Rumania y Checoslovaquia. Quieren venirse aquí para encontrar maridos ricos.

La puerta no se abrió. Quizá consiguiera que me prestara atención si hacía algo atrevido. Examiné la habitación, y encendí todas las luces. Me quité la ropa excepto los calzoncillos. Examiné los cables eléctricos de las lámparas. Uno estaba desgastado. Apliqué el cable a parte del relleno del colchón que sobresalía de la cama barata. No pasó nada.

Di vueltas sin descanso, pensando en lo que había dicho Lissa. No haría que dañara a otra persona. Quizá no podía. Había sentido el toque de la persuasión bacteriana de Seda en el DSV, en la habitación de hotel de San Francisco con Banning. La sentía ahora. Pero no podían convertirme en un asesino. Eso me alegró. La descarada viudita de mi gemelo no podía obligarme a matar a nadie. Eso era importante.

Cada uno tenéis la mitad del secreto.

Miré en el aparador, y luego en la mesilla de noche de la esquina. Lissa había dejado cajas de cerillas abiertas por la habitación. Probablemente volvería a la habitación y me reñiría si empezaba un incendio. De cualquier manera, lo aprobaría.

Saqué una cerilla de la caja más cercana y la froté, luego la tiré en una papelera metálica. Los restos del fondo de la papelera prendieron y empezaron a soltar humo. Sintiendo curiosidad, miré al detector de humos. Ni un pitido. Se le habrían acabado las pilas, probablemente. Hotelucho cutre. Estructura y paredes, contiguas a un ático, muy apropiadas para absorber el aire y extender las llamas. Ardería rápido y con mucho calor, como una caja de petardos.

Saqué papel higiénico del baño y lo dispuse por la habitación, mientras me preguntaba qué áreas de mi cerebro estarían activando las bacterias de Seda. A través de mi piel. En mi nariz. ¿En mi polla? ¿Hasta en mi uretra? El café salado. En mis intestinos de nuevo. Algo que ver con dopamina e inhibidores de adenilato ciclasa, activación de proteínas G, AMP cíclico. Una pequeña orquesta sinfónica de efectos sutiles, directos e indirectos.

¿La necesidad de unirse a una acción de masas? Más probablemente la necesidad de agradar a una mujer poderosa, agradar a mi mujer, a mi madre. Las mujeres tienen una influencia tan grande sobre los hombres jóvenes. Chico pirómano encerrado en una habitación de hotel muriéndose por un buen frotamiento, chico, ¿me das fuego?

El papel higiénico que había dispuesto por la habitación ardió como pequeñas hogueras de campamento. Me imaginé a mí mismo mirando las fuerzas de Sherman acampadas en las afueras de Atlanta, esperando para prenderle fuego a toda la ciudad. La ciudad, por supuesto, tendría que ser la cama. Me puse manos a la obra

desgarrando el colchón, impresionado por mi propia inteligencia.

Yo tengo una mitad, Rob tenía una mitad. Ponlas juntas... Todas las rutas metabólicas se ponen en fila, y ya estamos listos para el Largo Viaje.

El pomo de la puerta giró. Me aparté de mis trabajos, con curiosidad por el ruido. Solo llevaba puestos mis calzoncillos y el reloj. Estaba listo para Lissa si venía a por otra sesión.

Unas palabrotas, una voz baja y profunda, casi inaudible. Arañazos. Muy bien, este era el tío que venía a matarme. Si Lissa me había mentido, si en realidad había salido a disponer mi asesinato, antes que dejarme que ardiera en el fuego, estaba bien. Menos cruel, de verdad.

La puerta se abrió con un golpe y el viejo calefactor que había detrás de ella resonó y se le soltaron unos cuantos tornillos. Una sombra enorme se perfiló contra la noche, metro ochenta de alto, como mínimo, ancho de espaldas, con un reflejo de luces de la calle en una cabeza que se quedaba calva.

—¿Hal Cousins?

—Soy yo —dije mientras me volvía para ofrecer un mejor blanco.

—Eres exactamente como él. —Los hombros de la silueta bajaron, y oí cómo expulsaba el aliento—. Estás hecho un desastre.

—Voy vestido con las galas apropiadas.

—Vamos a sacar tu culo de aquí, ¿comprendido?

—No a menos que sea lo que Lissa quiere.

—Que le den a Lissa.

Estaba por debajo de mí discutir tales cosas.

—¿Quién eres? —pregunté, tirándome seductoramente en la cama. Todo era tan excitante.

El tío grande pisoteó las pequeñas hogueras de papel higiénico. Me sacó de la cama y me puso de pie.

—Apesta —dijo.

—Huelo como a té y sándalo, ¿no crees?

—Para nada. Hueles a mierda de búfalo.

Me empujó por los hombros hasta el cuarto de baño y abrió la mampara de la ducha. Me metí dentro, sonriendo. Sin cerrar la puerta, abrió el agua —una explosión de frío, que rápidamente se volvió caliente— y agarró un par de botellitas de champú del lavabo. Entonces las vació en un paño húmedo y me sacó brillo por todos lados, frotándome por zonas muy íntimas, lo que disfruté mucho.

Sentía la piel escaldada. Cerró el agua con un estruendo de tuberías viejas y me sacó de la ducha. Me di la vuelta recatadamente para que me examinara.

—¿Dónde están tus cosas? —preguntó. No había traído nada conmigo, ni siquiera los documentos de Rob. Puede que estuvieran en el coche de Lissa, pero desde luego no estaban en la habitación del hotel. ¿O los habíamos dejado en el edificio de oficinas con la intención de que se quemaran?

No lo recordaba.

—Los documentos —dije con repentina preocupación.

—Ponte la ropa —me ordenó.

—Estoy mojado.

—Hazlo.

Me vestí, subiéndome las mangas y los pantalones sobre la piel mojada, tironeando hasta que se pusieron en su sitio seductoramente. Mientras me estaba abotonando la camisa, me echó sobre su hombro y me sacó sin contemplaciones por la puerta hacia el aparcamiento.

El aparcamiento brillaba con un resplandor anaranjado irreal bajo las luces de la calle. Todo el barrio estaba en silencio, expectante.

—Desde luego que da miedo —dije, mirando desde mi incómoda posición.

El coche era un Mercedes clase S, muy bonito, de un rojo oscuro que parecía negro.

Me puso de pie en el asfalto junto al coche. Alguien abrió la puerta del conductor y salió como si quisiera ayudar.

Era Banning.

—¡Rudy! —dije.

—Eso —dijo Banning, sin ningún rastro de humor— es una sonrisa desagradablemente sentimental.

—¿Que haces tú aquí?

—Salvarte la vida —dijo Banning—. Por favor, dése prisa.

Me moví adelante y atrás como un borracho intentando tener una mejor vista del tipo grande. Tenía alrededor de sesenta años, con grandes hombros y manos peludas. Lucía una sólida tripa cervecera.

El tío grande abrió la puerta de atrás y me empujó dentro del coche. Me senté.

—Qué bien te sienta, Rudy —dije—, un coche alemán muy bonito.

Banning se quedó mirando fijamente por el parabrisas delantero.

El tío grande se sentó delante y me pasó un contenedor plástico de leche de un galón.

—Bébetelo esto —dijo—. Bébetelo todo. Te pondrá enfermo como un perro, y vas a echar chorros por ambos extremos. Haznos saber cuando comiencen los temblores. —Miró su reloj—. Puede que tarde una hora.

—Te avisaré —dije con seriedad.

Empecé a beber. No era leche. Sabía horrible, como a yogurt agrio mezclado con Angostura. Hice lo que me pedían, no porque me sintiera obligado a ello, sino porque una voz nueva, asustada, pero todavía muy diminuta, me decía que casi me había matado a mí mismo, y que aquellos eran mis amigos.

El tío grande me observó beber.

—Vámonos antes de que vuelvan para comprobar como estás.

Rudy lanzó una mirada rápida al aparcamiento, puso el Mercedes en marcha, y

salió del aparcamiento del viejo hotel con elegancia del viejo mundo.

—Te vamos a llevar a un avión —dijo el tipo grande—. Luego nos vamos a Nueva York. Ya he estado allí.

—Conozco a Rudy, ¿pero quién eres tú? —pregunté entre tragos.

—Soy el hijoputa que le disparó a tu hermano —dijo con una amarga mueca en la cara.

CUARTA PARTE
BEN BRIDGER

20 de junio - Manhattan

—Es como jugar al ajedrez por walkie-talkie con alguien que lleva guantes de cocina —dijo Rob mientras el tren entraba en Penn Station. Acababa de salir de un sueño profundo, plagado de ronquidos ruidosos y audibles. Sus ojos eran soñadores mientras contemplaba las paredes de ladrillo y piedra fuera del tren. Tenía un aspecto terrible—. Manos fuera, tres y cuatro eliminados, esperando, escondiéndonos...

Le pregunté de qué hablaba.

—Seda —dijo.

—Hasta ahora nos han pisoteado —dije. Bajamos del tren, cruzamos la plataforma y empujamos nuestras maletas, compradas en una tienda cutre de recuerdos de LA, escaleras arriba hacia la avenida Pennsylvania. Busqué un taxi.

—No cojas un taxi que esté esperando —dijo Rob—. No cojas un taxi si te parece que nos está buscando. De hecho, mejor que caminemos un par de manzanas.

Era una precaución razonable.

—¿Seguro que estás bien?

Rob estaba más pálido que nunca y parecía poco seguro sobre sus pies.

—Somos dos ratas de laboratorio bípedas —murmuró, esquivando a la gente en la multitud, intentando evitar todo contacto físico—. Estoy bien. Caminemos, ¿vale? — Cuando intenté llevar su maleta, dijo—: Ya la llevo yo, de verdad. Dios, me siento tan idiota. Creí que había límites. Tendría que haber leído tus libros con más atención.

—Deberías descansar. Sentémonos en el vestíbulo de un hotel y tomemos algo de agua embotellada.

—¿No lo has oído? Alguien está inyectando cosas en el agua embotellada por todos los distritos.

—Sí, pero es solo amoníaco y blanqueador —dije—. Un psicópata de andar por casa.

—¿Cómo sabemos que no se trata de una tapadera? Meneé la cabeza. No podíamos saberlo. No sabíamos nada. Habíamos estado trabajando y viajando durante una semana. Estábamos medio muertos de cansancio, el brazo izquierdo de Rob estaba vendado por culpa de una esquirla. Yo tenía cortes en el cuero cabelludo, cubiertos por una gorra de béisbol.

Alcé la vista hacia el Empire State Building. Seguía siendo impresionante, seguía siendo Nueva York. Sufrí un repentino escalofrío al darme cuenta. Ese era el mundo real, hacia el oeste se encontraba la Dimensión Desconocida, gilipolleces sin sentido.

Pero las gilipolleces matan. Éramos los afortunados.

El sótano había cedido parcialmente, atrapándonos a Rob y a mí durante un rato. Tammy se arrastró por un agujero en el piso. La oímos caminar por encima nuestro, gritando, luego oímos otra salva de fuego de ametralladora.

Mientras quitaba escombros de en medio y usaba una palanca para mover una parte del suelo del piso de arriba que bloqueaba la salida, Rob agarró una nevera portátil de debajo de una viga caída y cruzó lo que quedaba del laboratorio. Llenó la nevera con jarras y platos de cultivo.

Encontramos a Tammy sangrando, gritando y caminando por el patio frontal, extendiendo delante de ella una mano mutilada. Hice lo que pude, sosteniendo puntos de presión, rebuscando en un equipo de primeros auxilios para colocar un vendaje.

Rob buscó a través de las paredes derruidas y las habitaciones en derrumbe y encontró a Márquez entre los restos de su madriguera. Había sangre, cristales y maquetas de aviones por todos lados y evidentemente Elvis había abandonado el edificio.

Los perros en la perrera se habían callado, yacían sobre sus vientres con las orejas gachas, los ojos enormemente abiertos.

La casa ardía con fiereza. No quedaba mucho tiempo. Empezaron a aparecer coches de policía y ambulancias. Ayudamos a Tammy a que llegara con los enfermeros y decidimos que ya no podíamos hacer nada más. Cogimos el ascensor hasta la segunda casa que solo había sido dañada ligeramente. Allí encontramos un Mercedes S320 con la llave en el contacto. La puerta del garaje se abrió y abandonamos la escena antes de que los camiones de bomberos y otros vehículos bloquearan las calles.

Márquez había pensado en todo. Un segundo juego de matrículas en el maletero, y el coche estaba registrado en Nevada.

Nos arriesgamos y visitamos a Tammy en el hospital. Cuatro nuevos guardaespaldas nos observaron al entrar en la habitación. No había protección policial. Estaba zumbada, pero podía hablar. —Díganle al doctor Goncourt que mata gente buena—dijo y me acarició la mano—. Mató a mi hombre. Mató a mi hijo.

Entonces nos dio las llaves del reino de Joe. Números de cuenta bancaria y contraseñas que Márquez le había hecho memorizar. Códigos de seguridad para cajas fuertes en siete ciudades, con teléfonos de sitios donde podríamos escondernos si las cosas se ponían imposibles en la calle.

Y las joyas de la corona: mapas y códigos para secciones del Lemuria y la casa de Goncourt en la isla Lee Stocking. No sabía si los códigos estaban al día.

Odiaba tener que abandonar a Tammy, pero no había nada que pudiéramos hacer por ella. Teníamos que terminar el trabajo.

Cambié de opinión durante la masacre aérea. Los amos cobardes tiraban de los hilos, pero las marionetas la habían jodido. Los amos eran vulnerables. Y habían matado un montón de inocentes. Habían intentado matar a una mujer en estado.

Janie nunca me dejaría entrar en nuestro apartamento allá en el Cielo si no hacía

algo al respecto.

Condujimos hasta San José y almacenamos las muestras de Rob en una oficina que había alquilado con Rudy Banning, mitad depósito para las pilas de basura de las investigaciones de Banning y mitad laboratorio improvisado. Rob había seguido pagando el alquiler incluso después de que Márquez le permitiese usar su sótano. Era una especie de piso franco, por si acaso.

Allí, trabajó febrilmente durante varios días, y luego nos administró la última versión de su vacuna. Mientras él trabajaba, hice una llamada telefónica.

Estaba ansioso por luchar, pero si podía obtener algo de ayuda especial, pensé que nuestras probabilidades mejorarían.

Nueva York se convirtió en el Santo Grial de Rob. Juro que actuaba como si fuésemos a visitar una capilla sagrada. Pensé que éramos demasiado obvios, estábamos demasiado al descubierto. No le importaba.

—Necesito algunos especímenes —había dicho—. Podría encontrarle sentido a todo si tan solo tuviera algunos especímenes.

Parecíamos dos vagabundos en una mala comedia neoyorquina.

Rob se paró repentinamente en medio de la acera, mirando las nubes que soltaban flecos de lluvia, y luego fijó sus ojos en mí.

—¿Y tú estás bien? —preguntó con preocupación de verdad—. Es una pócima de bruja, lo sé. No tuve tiempo. Necesitaba esas últimas proteínas superficiales. Puedo producir ARN antisentido y bloquear la expresión de los genes...

—Para. —Lo atraje hacia mí. Nuestras maletas chocaron. Un Ford Crown Victoria verde oscuro, sin marcas, pasó a nuestro lado por tercera vez. Un tipo viejo con una chaqueta de cuero de piloto tenía el brazo colgando por fuera de la ventanilla y nos observaba. Me miró a la cara y asintió amigablemente, y le hizo señas al conductor para que aparcara.

Rob y yo nos quedamos como dos ciervos en medio de una autopista.

El tipo con la chaqueta de piloto se apeó y saludó con la mano.

—¡Maldita sea, Ben, ven aquí! —gritó—. Somos los que os venimos a buscar.

Rob se estremeció. Creí que se iba a desmayar. Me volví hacia el hombre.

—¿Stuart? —inquirí, y sonreí. Recompuse mi rostro inmediatamente. No había razón para sonreír. No había razón para confiar en nadie.

—Sí, vamos, sube —dijo Stuart.

—¿Quién es ese? —preguntó Rob, listo para salir disparado.

—Uno de mis amigos espías. Tenemos una línea telefónica de ayuda de último recurso con un contestador. No creí que nadie fuera a creerme. Si estás loco, estás solo.

Rob me siguió unos cuantos pasos por detrás mientras me acercaba al coche. Stuart Garvey había estado en la CIA antes de jubilarse a principios de los ochenta.

No le había visto en persona desde 1985, en una reunión de viejos miembros de agencias de información, pero era parte del Club. Era la segunda persona a la que le había mandado mi pregunta, allá en El Cajón, el que no había respondido, y la última persona que pensaba que nos encontraríamos en Nueva York.

—Necesitáis transporte, ¿no? —preguntó Stuart de modo informal, y abrió la puerta de atrás. Examinó a Rob críticamente—. Tu amigo podría tumbarse, no tiene que ir sentado.

—Estoy bien —dijo Rob. Dudo que nadie le creyera.

Nos metimos en el asiento de atrás y Stuart nos presentó al conductor.

—Te acuerdas de Norton, ¿no?

Lo recordaba, vagamente, de sesiones en la base de los marines en Quántico. Norton Crenshaw, más joven que Stuart, sexagenario y bastante corpulento incluso cuando era mucho más joven. Lo llamábamos Melón. Llevaba una chaqueta universitaria y una gorra de E.T. desteñida.

—Soy el compañero silencioso —dijo Norton con una sonrisa rápida. Su rostro era amable, pero recordé que le gustaba ser entrenado para matar.

Stuart nos llevó a un restaurante tranquilo cuyo dueño le conocía. Pasamos por un detector de metales estilo aeropuerto justo dentro de la puerta de entrada. Stuart levantó las manos y entró haciendo una pirueta. La máquina soltó un pequeño pitido, solo monedas y llaves. El resto de nosotros pasamos con la misma cantidad de jaleo. El dueño, un asiático menudo, arrugado y solemne, nos ofreció un reservado en la parte de atrás.

Stuart y yo fuimos al lavabo. Me miró por encima del divisor de mármol entre los dos urinarios. Su chorro salió rápido y con facilidad, mientras el mío me llevó su tiempo; eso quería decir que él tenía las de ganar.

—¿Sabes en lo que te has metido al venir aquí? —preguntó quedamente, sacudiéndosela y subiéndose la bragueta.

—Pues no —dije.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Stuart se lavó las manos primero. Un olor plástico a fresa se elevó del lavabo. Arrugó la nariz.

—Muy conveniente para saber si llevamos pistolas —dije.

—Sí. El señor Cheng ha tenido problemas con algunos gamberros armados y peligrosos, como dice el viejo cliché. ¿Sabes todo lo que hay que saber acerca del doctor Cousins?

—Tú dirás —dije, lavándome las manos a continuación de él. Tiró de la toalla de algodón y se limpió las manos vigorosamente.

—El viento sopla. Hay mierda en el aire que creíamos que habíamos enterrado hace cuarenta años. El doctor Cousins está justo en el ojo del huracán.

Empujó la puerta doble y me dejó solo en el lavabo. Mi sentido del peligro hacía sonar alarmas con muy mala pinta.

De vuelta al reservado, Rob picoteaba de su pastrami al centeno con un tenedor y

no había tocado su vaso de té helado. Su aspecto sugería que no tenía intención de comer o beber nada en ese lugar.

—¿Cómo sabías en qué tren estábamos? —preguntaba Rob cuando me volví a unir al grupo.

Stuart se tocó la sien con el índice.

—Una vez que has sido espía... —dijo—. ¿Dónde os quedáis?

—No nos quedamos en ningún lado —dije—. Queremos visitar cierto edificio y luego salir pitando de aquí.

—¿Qué edificio? —preguntó Stuart.

Rob me miró en busca de consejo.

Asentí.

—El edificio Jenner —dijo, y le enseñó la dirección en una tira de papel.

—Cristo. —Stuart bajó la voz y se inclinó sobre la mesa—. ¿La Central Ántrax? Está cerrado. Ni siquiera pueden derribarlo, de tan contaminado que está.

No tenía ni idea de lo que se proponía Stuart. Entonces me di cuenta. La guerra química y bacteriológica era la especialidad de Stuart cuando estaba en activo.

—Eso es —dije—. Tú formabas parte del equipo GQB hace tiempo.

—No hay ántrax —dijo Rob—. Es solo una fachada.

—Eso no es lo que he oído —dijo Stuart. Jugaba con Rob y no me gustaba un pelo, pero tenía que saber por dónde irían los tiros cuando empezara el jaleo, lo que podría ser muy pronto.

Stuart y Norton sabían desde el principio adonde nos dirigíamos. Todavía estaban en servicio activo. Se les había asignado encontrarnos.

—No es ántrax —insistió Rob. Su frente estaba cubierta de sudor. Torció bruscamente la cabeza y me miró—. Deberíamos coger un taxi.

—Tu amigo no está bien —dijo Stuart categóricamente.

—Estoy bien —dijo Rob.

—Sabe de lo que habla —dije a la defensiva—. Ahora, Stuart, explícate.

—Ben, ¿cómo dejaste que te metieran en esto? Tú, de entre toda la gente. No sabes un carajo sobre GQB. ¿Estás siendo amable con los cachorritos perdidos?

—Sí, cuando alguien intenta reventarlos a patadas. —Norton resopló y se dio golpecitos en el labio con un dedo grueso.

Stuart hizo una mueca amarga.

—A la mierda con la espera —dijo—. ¿Habéis terminado?

Rob hizo un gesto de rechazo con la mano sobre su plato.

—No tengo hambre.

—Vamos a ayudaros a encontrar lo que queréis.

Volvimos al coche. Norton silbaba una melodía pegadiza mientras le daba al arranque. Rob tenía peor aspecto que nunca.

—Manhattan solía ser un sitio importante para la investigación biológica, mucha de ella secreta — dijo Stuart mientras pasábamos por las calles congestionadas de

gente y lluviosas. Toqué el asa de la puerta trasera izquierda. Se movió adelante y atrás, no estaba conectada al mecanismo de apertura.

»Situaron tres edificios especiales aquí, a principios de los años treinta. Los laboratorios más modernos en su día. Algunos de ellos alojaban investigadores que trabajaban para curar la viruela, la malaria, la polio. Usaban los mejores protocolos de aislamiento disponibles. Incluso así, es un milagro que nada se escapara y matara a millares. Quizá millones. El último edificio se terminó y fue ocupado en 1954. — Señaló la calle—. Alojó a Seda hasta principios de los sesenta.

Rob se inclinó hacia delante, con las mejillas enrojecidas.

—¿Qué sabes de Seda?

—Mucho más que Rudy Banning —dijo Stuart—. Mi último trabajo fue desacreditar a Rudy. No fue difícil. Ese tío es un chalado.

—Creía que te jubilaste en los ochenta —le dije a Stuart.

Stuart miró por la ventanilla, enojado por tantas palabras sin sentido flotando a través del aire. No aprendes nada de un espía mirándole a sus ojos, pero esta vez quería que supiera cómo se sentía: impaciente.

—Ben, esto no está a tu altura. Deberías haberlo olido al principio y haberlo dejado en paz.

Rob miró al resto de nosotros dentro del viejo Crown Victoria torciendo el cuello como una paloma.

—No fui ni la mitad de paranoico que debiera haber sido ¿verdad?

El coche se metió en una zona de carga al otro lado de la calle, en frente de un edificio gris, cúbico y con fachada de piedra, húmedo por la constante llovizna.

—Ya hemos llegado —anunció Norton. Metió la mano en la guantera y le pasó a Stuart algo que no pude ver. Estaba bastante seguro de que se trataba de una pistola.

Los pisos inferiores no tenían ventanas y las puertas de entrada estaban cerradas con tablones clavados. Los grafitos cubrían el edificio a nivel del suelo, protegiéndolo con un aire de abandono como una valla hecha de pintura en aerosol.

—Una propiedad inmobiliaria de primera —dijo Stuart—. ¿No te dice nada?

—Stuart, ¿por qué estás aquí y qué es lo que sabes?

—Te lo diré sin ambages, Ben, por los viejos tiempos —dijo Stuart.

Norton le dedicó una mirada desaprobatoria, luego alzó los brazos, que así sea.

—Nadie se lo creería, por supuesto. Es mierda rara. Como el Área 51.

—La jubilación es una mierda —dijo Stuart. Alzó la pistola para que la viéramos. Una SIG-Sauer, no sabría decir el modelo, pero era oscura y brillante, estrictamente material gubernamental para el nuevo milenio—. Después del fin de la Guerra Fría, los mejores de la vieja guardia fueron requeridos para situar el asunto del espionaje en una nueva fase. Industrial, empresarial.

—A mí no me lo pidieron —dije.

—Cierto —dijo Stuart.

—Estamos muertos —dijo Rob, y alzó las manos como uno de los tíos malos entregándose al sheriff.

—Cállate —le dijo Stuart—. Eres responsable de que un montón de trabajo duro se vaya a tomar por saco.

Puse una mano en el hombro de Rob: contente.

—Trabajé sobre Seda a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, cuando era un jovenzuelo —dijo Stuart—. Oí cosas en los informes que no os creeríais. El OSS y el MI 6 les habían seguido la pista intermitentemente durante los años cuarenta. Nadie conoce la verdadera historia de la guerra. Pero eso fue antes de mi época. Sé que Seda empezó a colaborar con nosotros a finales de los años cuarenta. Vieron cómo se acercaba la locura final de Stalin, y, durante tres años, se dedicaron a dismantelar sus operaciones en la Unión Soviética, sabotearon sus almacenes y laboratorios, y se disociaron de la siguiente generación de investigadores de la guerra biológica. Fue muy ingenioso. Fundamentalmente, para los rusos posteriores a Stalin, Seda se convirtió en una panda de chalados fracasados, a la par con Lysenko.

»En 1953, cuando todavía era un chaval, se nos ordenó que les encontráramos una zona segura en Estados Unidos. Tenían necesidades peculiares. Así que superamos la oferta de algunas compañías farmacéuticas y compramos la Central Ántrax antes de que estuviera terminada. —Señaló el cubo gris al otro lado de la calle—. Se lo pasamos a Seda a cambio de determinadas actividades en Latinoamérica, el sudeste asiático y China. Escultura política, se lo llamó. Me hice cargo de las operaciones diarias en 1961. Era una relación extraña. La mitad de las veces, no hacían lo que les pedíamos. Siempre pensé que estaban trabajando para otros empleadores, quizá financieros, en Europa o en China, incluso puede que de nuevo en Rusia, pero eso estaba más allá de nuestro alcance. La Agencia me dijo que lo dejara en paz, así que lo dejé en paz. Quita las manos, no los provoques, esas eran nuestras directivas principales.

—Teníais miedo —dijo Rob.

—Puedes apostar el culo a que teníamos miedo. Cuanto más sabía, menos dormía. Estoy bastante seguro de que dirigían el cotarro desde el principio. Nadie sabía a quiénes controlaban en el Departamento de Estado, el FBI, los militares. El Despacho Oval. Incluso la propia Agencia. Cada vez que intentábamos que se nos autorizaran contramedidas, nos aplastaban desde los niveles más altos. En 1970, se me asignó a otros asuntos. Seda salió del país, a las Bahamas, y cesó en sus actividades. Tuve una carrera larga y fácil y me jubilé. La Unión Soviética se desintegró. Días felices. Entonces me dijeron que me necesitaban de nuevo. Sorpresa, Seda nos había contactado con una proposición. Querían un refugio nuevo y más seguro en un mundo cambiante. Alguien decidió que la industria norteamericana se podía beneficiar de lo que Seda sabía. Se ejecutaron contratos. Ayudé a que los secretos se mantuvieran a salvo, incluso cuando alguna gente deseaba hablar con

todas sus ganas. Entonces fue cuando me ordenaron que desacreditara a Rudy Banning.

Stuart inclinó la cabeza a un lado y se masajeó el cuello.

—Ellos nos propusieron un trato... no a mí personalmente, ¿entiendes? Era un buen trato, hasta donde llegaba. Ahora se está rompiendo en pedazos, y parece que el doctor Cousins, aquí presente, es el responsable.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Rob. Agarró el manillar de su puerta, descubrió lo que yo ya sabía, golpeó el apoya brazos y se dejó caer de nuevo en el asiento. Se centró en Stuart—. ¿Les ayudaste a que fueran detrás de AA3000 y también de mí? —Rob adquirió el aspecto de alguien que se acaba de dar cuenta de que le han disparado en el estómago—. ¿Has ido a por mi hermano?

Stuart meneó la cabeza.

—No sé nada de eso, ni quiero saberlo. Pero es obvio que has mosqueado a alguien al que nunca deberías haber mosqueado. Y eso se convierte en más trabajo para el resto de nosotros.

—Esto apesta, Stuart —dije—. ¿Y si nos dejas marcharnos sin más? El Club de Veteranos está enterado.

Stuart parecía fastidiado.

—Querías venir aquí, Ben. Pues te trajimos. Hemos hecho todo lo que nos has pedido, ¿cierto? — La lluvia en la ventanilla dibujaba deslizantes cuentas de sombras sobre su rostro—. Ninguno de los Veteranos te creerá. Nunca fuiste el miembro más brillante. Eras un recluta entre los arbustos, Ben.

Era un viejo dicho. «¿Qué obtienes de un recluta entre los arbustos? Un montón de mierda».

—Que te jodan —le dije a Stuart. Volviéndome hacia Norton—. A ti también.

Stuart me mostró que sus ojos podían enfriarse si lo deseaba.

—Los muertos no joden. Están más allá de joder o de ser jodidos. No sé lo que te van a contar. Créeme. Pero te sugiero que escuches atentamente. Puede que sea tu única salida de este desastre. Usted también, doctor Cousins. Tiene un aspecto terrible.

El coche se arrastró a un callejón amplio detrás del edificio. Norton salió con un esfuerzo y me abrió la puerta. Él también sostenía una pistola, otra SIG-Sauer. Stuart abrió la puerta de Rob.

Chorros de agua caían en una fina cortina desde la cornisa en la parte superior de la masa gris cuadrada. Una gran puerta de acero cubierta de grafitos —ojos, manos tendidas con gruesas uñas partidas, coronas de espinas sobre cabezas sangrantes— se abrió para recibirnos.

—Creía que estaba clausurado —dijo Rob. Podía ver cómo desaparecían los últimos fragmentos de su compostura—. Íbamos a entrar a escondidas y coger unas muestras.

—No digas que no te lo advertimos —dijo Stuart.

Dos hombres jóvenes, de pelo corto, con aspecto serio y cansado que llevaban arrugados trajes de ejecutivo que por el aspecto llevaban puestos desde hacía muchas horas, salieron de las sombras del interior del edificio y se quedaron en posición de descanso militar, esperando.

El aliento del edificio olía a sequedad, calidez y limpieza.

Los jóvenes agentes saludaron a Stuart y a Norton.

Stuart le susurró algo al de la izquierda. Norton siguió adelante sin detenerse.

—Vamos —dijo.

Rob entró en la Central Ántrax. Lo seguí, buscando lugares donde esconderme, tirar cosas, crear algo de confusión. No había muchas oportunidades. Caminamos sobre un piso de cemento. Las paredes de cemento estaban pintadas de gris y rojo, y una plataforma alzada de carga cruzaba la parte de atrás. Había grandes tanques de cristal llenos de agua turbia a un lado de la plataforma. Podría haber sido un área de recepción de carga de un gran acuario metropolitano, pero dentro de los tanques no parecía haber ningún pez, solo sombras informes como corales y tuberías que conectaban por encima de los tanques.

Dos chicos y dos chicas, al final de la adolescencia, vestidos con monos de tela vaquera, ágiles como felinos y alertas como terriers, emergieron de las sombras detrás de los tanques de agua. Se concentraron en el borde de la plataforma como si esperaran el comienzo de un concierto de rock.

—Nos quedaremos aquí hasta que llegue la enfermera —dijo Norton.

—No daría un paso adelante aquí dentro sin escolta por todo el oro del mundo —dijo Stuart, y me guiñó el ojo como si todavía fuésemos colegas.

Por el rabillo del ojo vi a una persona delgada como una avispa emerger de la oscuridad entre los tanques. Caminaba con un paso rápido y arrastrado a lo largo de la plataforma. Torcí el cuello. A primera vista, pensé que era un anciano, cabeza pequeña y arrugada, ojos grandes, cuerpo encogido. Pero algo en el modo de andar, un ladeo de los hombros con cada paso, me hizo reconsiderar su sexo.

Rob observaba con interés febril.

—Ahí está —dijo Stuart.

—¿Esa es la enfermera? —pregunté.

Stuart asintió. Su nuez de Adán subía y bajaba. No parecía muy contento de verla.

La enfermera llevaba un vestido negro suelto que le llegaba a media pierna y una gorra de paño como las que les ponen a los recién nacidos. Los chavales se apartaron del camino mientras pasaba el espectro. Meneó la cabeza en dirección a todos y dio un par de palmadas en la cabeza a un estilizado jovencito de dieciséis o diecisiete años, frunciendo los labios en un fantasma de afecto.

Se deslizó por un tramo de escaleras en un borrón de pequeños pies.

Stuart y Norton retrocedieron mientras pasaba por su lado, como si pudieran pillar algo que les robara el alma. Los ignoró.

La enfermera dio la vuelta alrededor de Rob y de mí, inspeccionándonos con una

mirada paciente y gris, la cabeza inclinada a la derecha primero, luego a la izquierda. Olía como el vino que se queda en una copa después de una fiesta.

—Rob Cousins —dijo con una voz juvenil de tenor que podría haber sido tanto masculina como femenina. Cogió la mano de Rob y se la acercó a los ojos—. Veo que ha cometido algunos errores.

A pesar de la resistencia de Cousins, tiró de la mano para que quedara a nuestra vista. Entre los tendones del dorso, la piel se había arrugado y ahuecado formando pequeños barrancos estrechos. Me había dado cuenta de las marcas anteriormente, pero pensé que eran cicatrices de alguna operación.

—Grandes errores —dijo la enfermera.

—¿Y qué pasa con usted? —dijo Rob con voz cavernosa.

La enfermera alzó su propia mano: las mismas marcas, aunque suavizadas por los años.

—¿Qué edad cree que tengo? —le preguntó a Rob.

Rob soltó su mano y la retiró.

—Sufre de progeria —dijo—. Envejecimiento prematuro. Tiene cuarenta, como mucho.

Le expresión del rostro de la enfermera se endureció.

—No hay razón para ser maleducado. —No estaba acostumbrada a ser juzgada—. Hubo una vez en que fui el futuro, doctor Cousins.

Caminó de vuelta a la rampa, con los hombros ondulando lentamente, las muñecas colgando. Cuando se paró, se dio la vuelta y pestañeó en la dirección de Stuart y Norton como un viejo mono flaco. Nos urgieron a que la siguiéramos con un par de empujones. Para Stuart, era solo parte del trabajo. Norton disfrutaba pegando empujones.

Los agentes con los trajes arrugados se quedaron cerca de las puertas, con las frentes húmedas. Los chavales se desvanecieron en las sombras.

Desde hacía un rato había estado buscando la manera de causar una distracción, provocar alguna acción apresurada por parte de nuestros captores, sin que nos mataran. Nada. Estaban dispuestos y alerta.

La enfermera caminaba delante de nosotros por un pasillo oscuro, silencioso como una tumba. El suelo pulido resplandecía con la fluorescencia lechosa de una luz lejana en el techo. Rob se puso a la par de nuestra guía.

—Dijo que hice algo mal. ¿Cómo de mal? ¿Cómo lo sabe?

Lo miró.

—Su bioquímica corre como un trompo, primero hacia este lado, luego al otro. Cortó demasiados canales entre las Madrecitas. Las marcas me muestran que tendrá la enfermedad dentro de unos pocos meses, puede que antes. Sí, podrá vivir un período largo. Quizá siglos. Pero pasará años completamente loco.

Rob parecía un perro a punto de vomitar. Se retrasó, y Norton le dio un golpecito en la rodilla para que siguiera andando con la dura punta de su zapato negro.

—Nos van a matar —me dijo Rob, como si fueran noticias de verdad.

Miré a Stuart y a Norton.

—¿Vais a permitir que suceda esto?

Stuart se encogió de hombros.

Solo quería saber quién estaba prestando más atención. Sabía cómo pensaban esos tipos, los ejercicios a los que se dedicaban al final de un día duro para guardar en cajones ordenados y lejanos las cosas que habían hecho y visto.

Puede que esto fuera lo que merecía. Dios Santo, me había vuelto lento en los últimos años.

Todas las esquinas, los bordes entre las paredes y el piso, entre las paredes y el techo, estaban cubiertas con encimeras curvas de cerámica. El linóleo no era linóleo, me di cuenta cuando dimos algunos pasos por encima, sino largas hojas de loseta azul selladas con una capa de material vidrioso. Las paredes también eran de loseta, encajadas y tratadas para eliminar las juntas.

Ni un soplo de aire en la sala. El tiempo mostraba aquí y allá sus efectos en el patrón estrellado de una fractura de impacto o en las grietas debidas al asentamiento del edificio. Algunas habían sido reparadas, barnizadas con otra capa vidriosa.

La enfermera tocó la pared con un dedo.

—Una vez al día, solían recorrer los pasillos fuera del laboratorio con mangueras de vapor y esterilizarlos, por las noches. Todo el edificio olía como una lavandería china. Era un olor agradable. —Se dio la vuelta—. Sigue mirándome, señor Bridger. Tiene preguntas obvias en mente. Soy la esposa de Maxim.

—¿Maxim Golokhov? —preguntó Rob.

—Sí —dijo la enfermera, tan suavemente que apenas la pudimos oír. Giró a la izquierda y Norton nos empujó de nuevo.

—Vamos a haceros unas preguntas —dijo.

Intenté encajar la imagen de este palo arrugado con la mujer del vídeo, delgada pero atractiva, sonriente. No pude.

Stuart tomó posiciones a la vuelta del corredor y cruzó los brazos. Una última mirada implorante no consiguió conmoverle.

Norton señaló una puerta abierta. Dentro de un pequeño despacho había un escritorio desnudo y un viejo archivo lleno de marcas con etiquetas en cirílico. Las paredes estaban cubiertas de fotografías. Norton empujó dos sillas cerca del escritorio. Rob y yo nos sentamos. La enfermera se quedó de pie cerca de la pared con las fotografías. Barrí con los ojos las filas de pequeños marcos negros y sus contenidos en blanco y negro. No reconocí a ninguna de las personas en las fotos a la vista, con una excepción: en la esquina inferior izquierda, Stalin, de pie al lado de otro hombre más joven, ambos en uniforme, ambos sonrientes. Stalin aparentaba unos sesenta. Una foto de guerra.

—Vamos —dijo Norton—. No queremos quedarnos demasiado tiempo.

La enfermera le dedicó una mirada hostil.

—Doctor Cousins —dijo—, sus investigaciones son interesantes, al menos lo que permitió que se publicara.

Norton mantuvo sus ojos en nosotros con tanto interés intelectual como un perro guardián.

—Mi pregunta para usted es: ¿querrá parar sus investigaciones?

Rob alzó la vista.

—¿Qué bien me supondría? Soy hombre muerto de antemano.

—Estamos en ese cruce de caminos, sí. Pero hay una manera. Traemos estabilidad, no avaricia. Díganos qué ha hecho para bloquear nuestro control.

Norton asintió. La conversación seguía los cauces adecuados ahora.

—Me gustaría saber cuáles fueron mis errores —dijo Rob.

La enfermera se acercó. Sus ojos lo inspeccionaron con un calor sorprendente y su voz subió casi una octava.

—Cuando pretendía encontrar la forma de vivir para siempre, se aisló de las Madrecitas y sus actividades. Eso puede convertirle en difícil de controlar por otros, sí. Pero no imposible. Solo hace falta exposición, mucho mayor en el tiempo, tal como una esposa o una amante podrían suministrarle, o una dosis masiva en el momento, una mezcla de producto y hacedor, la forma pura, entonces podría ser dirigido durante horas, incluso días, en algunas ocasiones semanas.

—¿Por qué tengo arrugas en el dorso de las manos? —preguntó Rob.

Observé a Norton-Melón cuidadosamente. Los hombres estúpidos siempre se descubren, pero no estaba seguro de que Melón fuera estúpido. Sabía justamente a qué prestar atención y qué ignorar. Y parecía menos incómodo que Stuart.

Conocía el lugar. Era la asignación de Melón.

—Ha cortado rutas de señales usadas tanto por el cuerpo como por las Madrecitas.

Esa frase continuaba saltando y me molestaba muchísimo.

—¿Qué son esas Madrecitas? —pregunté.

—Quiere decir bacterias —dijo Rob, con los ojos puestos en la enfermera, como si estuvieran jugando una partida de ajedrez y quisiera desconcentrarla. Otra mala jugada. No mires a la bestia.

—El cuerpo se siente solo sin guía —dijo la enfermera—. Se vuelve contra sí mismo. Pierde la conexión con otros seres humanos. Lo que odias y desprecias se magnifica.

Miró a Melón de nuevo. Yo no era capaz de leer su expresión, y estaba claro que Melón no iba ni a intentarlo. ¿Quién estaba al mando allí? ¿Quién dirigía a quién?

—El doctor Golokhov... ¿la trató primero a usted? —preguntó Rob.

—Déjalo —dijo Melón.

—Yo fui la primera. Me presenté voluntaria —dijo ella. Quería hablar. Rob era un oyente que podía simpatizar con ella. Un compañero de viaje. Estábamos de vuelta en Kafkaville y peor aún.

—¿Y no funcionó?

—Todavía sigo aquí. Seguiré aquí dentro de cien años a partir de ahora, exceptuando accidentes... o que pierda el control.

—Pero dijo que se volvió loca.

—Uno cruza las puertas más terribles para escapar de la muerte. —La enfermera suspiró como una niña pequeña—. Recuerdo los días en los que trabajábamos juntos, cómo me cuidó durante mi transición, y cómo aprendió de mi ejemplo para cambiar sus tratamientos, para evitar los efectos secundarios más obvios. Se equivocó al dejarme aquí. Podría haberle ayudado a escuchar a las Madrecitas. Eso es lo verdaderamente importante, ¿no es así?

—Escucharlas, ¿dónde?

—Abajo. En los tanques. Todo lo demás que hicimos estaba equivocado. Me condujo a esto. Maxim estaba equivocado.

Las cejas de Melón se fruncieron.

—Se acaba el tiempo —dijo.

—Dígame cuáles fueron mis errores —insistió Rob, con una expresión de concentración en el rostro como un gato con un cuenco de crema—. Debe de haber hecho más trabajo, más experimentos. ¿Cómo podemos evitar cometer sus errores iniciales?

La enfermera miró a Melón.

—Que le den a todo esto —dijo Melón. Empujó su pistola contra la nuca de Rob—. ¿Cómo bloqueas los marcadores?

Rob parpadeó. Estábamos al borde del abismo y él estaba empezando a descubrir el valor.

—¿Cómo? —insistió Melón.

La enfermera levantó la mano. Pese a lo mínimo, el gesto hizo que Melón retrocediera... pero solo durante un momento.

—¿Trabajará con nosotros? —preguntó—. Es evidente que tenemos mucha información que podríamos compartir.

Rob pareció dolido y sacudió la cabeza con dureza.

—Nunca —dijo.

—¡Dales lo que quieren! —grité.

—No me necesitan —dijo Rob—. Esto es una farsa.

—Teníamos que intentarlo —dijo la enfermera—. No somos monstruos, ¿sabe? —Volvió el rostro hacia la pared con las fotos, la cabeza ligeramente inclinada a la derecha, y luego a la izquierda. Parecía que se hubiese olvidado de todos nosotros.

—Díselo —le dije a Rob—. ¡Dales algo!

Melón agitó su pequeña pistola.

—Hagámoslo —dijo. La enferma se dio la vuelta sobre sus piecitos y se deslizó fuera del pequeño despacho.

Nos levantamos y regresamos al pequeño pasillo donde Stuart nos esperaba.

—¿Listo? —me preguntó.

Llegamos a un ancho portón y nos detuvimos. Más allá había una habitación que pudiera haber sido un baño turco abandonado, grises superficies resbaladizas que se alzaban para formar largos bancos junto a las paredes. Siete tinajas de azulejos gris-azulados, tan grandes como bañeras de doble ancho, se encontraban en el centro en dos filas de tres y una en el medio, formando una H. Un líquido oscuro y denso como un pudín se agitaba en espirales en las bañeras, removido por palas invisibles. Largas mangueras conectadas a gasificadores colgaban de los extremos más lejanos de cada bañera. Podía oír pequeños ruidos burbujeantes. La habitación estaba en sombras en su mayor parte.

—Quítense la ropa —dijo la enfermera.

El aire olía ligeramente a jungla. A agua de mar en un charco de marea. A sudor reciente en los brazos de Janie en un día soleado. No pude identificar todos los olores que emanaban de las bañeras, pero me asustaron más que las emanaciones de cuerpos en putrefacción o el olor punzante de la sangre derramada.

Observaba con la esperanza de un desliz en su atención y empecé a actuar—no hacía falta mucha actuación, la verdad— como una muesca a punto de perder el control. Una muesca es alguien que es completamente consciente de que pronto se va a convertir en fiambre. El teniente JG Mark Wasserman^[6] se cambió el nombre cuando volamos a Laos porque así es como solíamos llamar a aquellos que pronto estarían muertos. «Mira todas esas muescas».

—¿Qué edad tiene? —le preguntó Rob a la enfermera—. ¿Por qué soy como usted? ¿Qué receptores jodí? —Curioso hasta el final. Como un novillo en el matadero.

Stuart y Norton tomaron posiciones. Empecé a quitarme la ropa, pero lentamente. Prolongando lo inevitable.

La enfermera caminó hasta uno de los gasificadores y cogió una vara negra con un morro de latón. Vi que dos mangueras colgaban de la vara, una se introducía en la bañera, la otra serpenteaba hasta unas tomas de latón montadas en la pared del fondo.

Inspeccionó el morro. Se parecía al teléfono de una ducha y pareció conforme con lo que esperaba. Abrió la válvula y una pequeña porción de pegote le cubrió la palma de la mano. Se acercó a Rob. Melón levantó las manos. Incluso con la diferencia de edad, no había tenido ninguna posibilidad.

Rob echó la cabeza hacia atrás. Delicadamente, como una maquilladora aplicando maquillaje, la enfermera metió un dedo en el pegote, y luego lo usó para pintarle alrededor de los ojos, bajo los labios. Echó la cabeza a un lado, y Melón le apretó por los codos hasta que dio un respingo. Aplicó rayas verduscas a sus encías, sus mejillas, sus sienes, bajo la barbilla, con pases rápidos, sus brazos veloces como las de avispa.

—Codicia y estupidez —dijo—. Es una vieja historia.

Melón soltó a Rob, dejándolo que se frotara la cara con fuerza.

Me había quitado la camisa.

La enfermera apuntó el morro en mi dirección.

—Es suficiente. —Abrió la válvula por completo. La sustancia picaba allí donde caía, como si fuera pintura en aerosol. Sentí los pinchazos sobre la piel, involuntariamente aspiré algo por la nariz y la boca, me ahogué y tosí, intentado escupir. Caí de espaldas y me limpié los ojos, proyectando hilos de limo contra el suelo, los lados de una bañera.

—Era estudiante y ayudante de Maxim Golokhov en 1924. Me convertí en su esposa en 1936. Beria y Stalin estuvieron en nuestra boda. Pasamos largos años en Irkutsk y Moscú, aprendiendo, siempre aprendiendo.

A través de una neblina, observando su siguiente movimiento, me di cuenta de que todavía podía llorar.

—Ayudé a construir esta instalación, después de que hubiésemos terminado con Rusia, después de que huyéramos. El Politburó no quería tener nada que ver con nosotros, aunque los hubiésemos salvado. Maxim era un hombre valiente, pero tenía otras preocupaciones aparte de nuestro matrimonio. Se fue a las islas en 1965 y me dejó aquí, y me convertí en enfermera. Me gané mi salario.

El picor disminuyó. Empecé a disfrutar del sonido de su voz. Comprobó mis ojos, nariz y labios, como un veterinario examinando un perro.

—Su amigo le ha tratado con algo, ¿un antídoto, tal vez? —me dijo en tono confidencial.

Asentí. El légame se escurrió de mi barbilla.

—Pero no expertamente. ¿Le gusto?

La verdad era que sí.

—Rob Cousins es un hombre muerto. ¿Puede verlo? ¿Ve y siente el porqué?

Su voz era verdaderamente fascinante. Me sentía como un árbol a punto de caer de su tocón, pero de alguna manera me mantuve en pie.

—Está cubierto de Madrecitas que producen una paleta de persuasores químicos, por todo su exterior, y dentro de poco por el interior. Insinuándose. No es desagradable, ¿verdad?

No lo era. Me sentía muy bien. Seguro.

—Escúcheme, señor Bridger. Le contaré la verdad, y luego le diré lo que tiene que hacer.

—De prisa —dijo Stuart—. ¿Cómo sabe que lo controla? Seda no pudo.

—Le podría enseñar a mi marido un par de cosas —dijo la enfermera—. Pero no creo que Maxim tenga puesto el corazón en el trabajo, ya no. Quizás ha aprendido todo lo que quiere saber. —Podría haber jurado que aquella cara avejentada, arrugada, tenía una mueca de desprecio. Me miró—. No es un hombre rico, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Ni mucho menos.

—Rob Cousins le pide dinero a los ricos y poderosos. Los convertiría en

inmortales. ¿Pero le confiaría usted a esos plutócratas su bien máspreciado? ¿Dejaría a sus hijos y nietos durante diez, un centenar de generaciones con ellos? Esa gente avariciosa e ignorante, tiranos, expoliadores de todos los recursos, todo el dinero, por toda la eternidad. ¿Les confiaría a ellos semejante poder, por toda la eternidad?

Como si fuera una reprimenda merecida, roció a Rob de lleno en la cara con la vara. Rob cayó sobre sus manos, tosiendo y resollando. Ella alzó la vara y se volvió. Contempló a Stuart y a Melón, Norton, me corregí a mí mismo. Mejor que sea respetuoso.

Retrocedieron. Estaban distraídos, su guardia baja. Pero era demasiado tarde para que hiciera mi movimiento. Yo también estaba en el suelo, temblando, sintiendo pequeños orgasmos subiéndome por la espina dorsal. La piel de mi espalda se pegaba al suelo resbaladizo.

Me pregunté cómo lo llevaba Rob. La enfermera se inclinó sobre él y le mostró la palma de su mano derecha, como si quisiera abofetearlo.

—¿Sabe qué edad tengo? —preguntó en un tono de tenor agudo—. Tengo ciento siete años. Seré fea y horrible por siempre jamás. ¿Sabe cuántos años estuve loca?

Rodé sobre mí mismo para ver la reacción de Rob. Empezaba a sentirme muy molesto con él por causar tantos problemas, y por haber ido a ver a toda esa gente rica.

—Diez años. Maxim me mantuvo en observación —dijo—. Me tenían en una jaula. Tomaba notas y hacía mejoras en el tratamiento. Quería vivir mucho tiempo para poder descifrar la voz de las Madrecitas, desde las profundidades y los mares de sal, pero Beria y Stalin eran más prácticos. Insistieron en que fueran los siguientes en ser tratados o todos nosotros seríamos ejecutados. Habían matado a tantos y aun así eran tan cobardes. No se volvieron tan locos. —Otra sonrisa muerta.

—¡Dispáranos, por amor de Dios! —le grité a Stuart con los últimos restos de mi voluntad de resistencia.

Stuart llegó a apuntar su pistola hacia mí. Todavía quedaba un poso de decencia en él.

—¿Qué aprendería ella de eso? —le preguntó Melón. Stuart bajó la pistola.

La enfermera se volvió por última vez hacia Rob.

—Siempre nos queda su hermano.

Rob intentó agarrarla. Melón le golpeó el brazo y le pateó en el estómago. Se encogió de dolor.

La enfermera se inclinó sobre mí y frunció los labios como un pequeño gibón arrugado.

—Aquí tengo unos números —dijo, y sacó una pequeña hoja de papel de su vestido—. Dígame lo que quieren decir para usted.

QUINTA PARTE

HAL COUSINS

13 de agosto - Arizona

Seguíamos conduciendo en dirección al este en el Mercedes rojo sangre, a través del desierto iluminado por la luz de la mañana. Bridger y yo habíamos estado hablando durante horas, contando nuestras historias. Banning hablaba muy de vez en cuando y comprobaba sus mapas continuamente.

La historia de Bridger se acercaba a la conclusión que no quería oír.

—Los chavales nos rociaron con agua para quitarnos el limo —dijo Ben—. Los dos estábamos bastante pasados por aquel entonces. Yo tenía visiones. Creía que era capaz de volar. Estaba en contacto con gente poderosa por todo el mundo. Podía oír a mis intestinos hablándome, como si estuvieran repletos de ángeles.

»Nos llevaron a la cubierta de carga y nos metieron a empujones en aquel condenado Crown Victoria. Mojamos los asientos, recuerdo. Rob hablaba sin parar acerca de células y canales y receptores, acerca de cómo podía sentir las rutas metabólicas abriéndose en su interior. Dijo que podía identificar las que había pasado de largo, en las que se había equivocado. Parecía más feliz que un niño, ansioso por volver al trabajo. “¡Van a dejar que nos vayamos! —dijo—. ¡Nos vamos sin problema!”.

—¿Te contó cuáles eran los receptores? —le pregunté a Ben.

Ben me miró, como si fuera una especie de insecto extraño y desagradable. Miró al frente, observando la autopista de dos carriles.

—No, joder, lo siento, Hal, no lo hizo. No con esas palabras, y, además, ¿cómo lo hubiese sabido?

—Rob tenía la otra mitad del secreto. Eso fue lo que dijo Lissa. Si consiguiera esa lista podría terminar el trabajo. Sabría todo lo que sabe Golokhov. Quizá más.

—Estoy seguro —dijo Ben con un suspiro. Yo era incurable, al fin se había dado cuenta, así que dejaba a un lado el tono de recriminación moral.

Cosa que me enfureció.

—¿No ves lo importante que podría ser? Rob lo preguntó, ¿no?

Ben asintió.

—Era lo más importante del mundo para él —dijo; su voz parecía venir de fuera del coche.

—Han intentado matarnos, han asesinado a civiles inocentes, solo para impedirnos saber —me paré durante un segundo, con la cara caliente, antes de añadir —: y a mi hermano.

—Sí —dijo Ben.

Pasaron cinco minutos antes de que Ben continuara.

—Nos soltaron cerca de Times Square, completamente mojados. En un callejón. Stuart me metió una pistola en la mano y me dijo: «Lo siento». Parecía verdaderamente apesadumbrado por lo que tenían que hacer. Entonces él y Norton se fueron al final del callejón para esperar. Juro por Dios que intenté apuntar la pistola hacia ellos, pero no pude. Estaba concentrado en Rob.

Sentí que me faltaba el aliento.

—Le disparaste —dije, con la esperanza de que así terminara su historia.

—No fue tan simple —dijo Ben—. Primero, tenía que enfadarme. Así que le pegué un puñetazo, allí mismo, en el callejón. Le rompí la nariz, creo. Tenía esa horrible voz en mi interior, que me decía: «Rómpele las sonaderas, eso le hará enfadar y te hará enfadar a ti». Su cara estaba cubierta de sangre. Pero Rob bailaba y cantaba una canción acerca de en qué genes iba a trabajar luego, qué proteínas iba a bloquear. Dijo que todos viviríamos para siempre.

—Mierda —dije, y me tapé los oídos.

—¡Maldita sea, escúchame! —Ben gritó desde el asiento de atrás, golpeándolo con su puño—. ¡Escúchame y, por Dios, dame algún tipo de absolución! ¡Tu hermano vino a mí, me metió en esto! ¡Vosotros dos le habéis dado palos al avispero, y todos me han usado!

Ambos estábamos llorando. Intenté tocarle el brazo. Me apartó la mano con un gesto.

—Entonces algo cambió. Arriaron la bandera y Rob se asustó. No reaccionaba de la misma manera que yo. No quería matarme, quería hablar. Pero no se lo iba a permitir. Retrocedió y dijo que sabía algo. Me dijo que se lo dijera a su hermano. Quería que te dijera lo que sabía, si sobrevivía. Dijo: «Dile a Hal que sé por qué funciona contigo y no en mí». Entonces soltó una retahíla de nombres sin sentido. Estropajo o badajo o algo así era el primero.

—¿Destajo?

—Eso es. Luego... Revolver o regulador.

—¿Régulus?

Ben asintió.

—Le dije que se callara. Encontró un listón de madera de una caja. Era patético. Yo tenía una pistola pero él movía ese palo de madera. La última palabra era machete. Lo recuerdo porque me hacía gestos con el palo. Quería escapar, pero bloqueé el callejón. Seguía gritando que si yo recordaba quién era y lo que estábamos haciendo, podíamos salir de allí. «Hay tanto que vivir, tanto que ver», dijo. Pero no podía detenerme.

Destajo, régulus, machete. Me sonaban dos de ellas. Destajo era un gen bacteriano común que regulaba la creación de adhesinas. Las compañías de pastas dentífricas estaban interesadas en él porque impedía que los Streptococcus y los Actinomyces se aferraran a la boca humana y reducía la placa dental. Régulus era un

gen humano del núcleo que coordinaba las funciones mitocondriales. Jódela bien con el régulus y podías terminar teniendo Parkinson. Es por eso que lo había evitado, aunque era un claro candidato para mi trabajo. Nuestro trabajo. Machete no era un gen. No podía determinar en aquel momento dónde había oído el nombre.

Puse el rostro entre las manos.

—Rob no pudo soportarlo más —dijo Ben—. Hizo una intentona, y le disparé. Luego tiré la pistola y salí corriendo del callejón. Stuart y Norton habían desaparecido. Estaba a solas en la calle. Eran las cuatro de la mañana.

Ben contó esto último rápidamente, con las mejillas brillantes.

Nos detuvimos en una gasolinera. Me asomé por la puerta, pensé en vomitar, decidí que no era estrictamente necesario, y me quedé junto al coche.

—Tengo que ir —dije por sexta o séptima vez. El elixir todavía causaba un efecto fuerte en mí.

Banning puso gasolina. Cogí la llave que me dio el joven de detrás del mostrador, fui al baño y me incliné sobre el lavabo sucio. A pesar de la náusea, no pude vomitar nada.

Acababa de oír a un hombre confesar que había matado a mi gemelo, mi sombra. Mi sombra esencial. Y no sabía cómo reaccionar, si enfurecerme o compadecerme. Estaba furioso, no con Ben Bridger, sino con Rob y conmigo mismo. La habíamos jodido completamente. Podíamos haber conquistado el mundo. O salvarlo. En vez de eso, yo le había robado las chicas, luego trozos y pedazos de su dignidad. Rob a su vez me había devuelto las jugarretas. Tantas pequeñas riñas en las que debía haber cedido. Su ciencia, que no robé, porque para entonces habíamos guardado secretos y nos habíamos mantenido apartados el uno del otro.

Podíamos haberlo hecho juntos. Podíamos tener el Largo Viaje en nuestras manitas ahora mismo. De verdad podíamos haberlo hecho, me dije a mí mismo, contemplando el espejo sucio y arañado.

Era mi gemelo, hasta en su arrogancia suicida.

La diarrea del elixir iba y venía. Me pasé diez minutos en el retrete, totalmente absorto en mi miseria.

Cuando volví al coche, Ben bebía una Roy al Crown. Me subí al asiento de atrás. Se sonó la nariz con un paño azul para limpiar el parabrisas y evitó mirarme.

Banning sorbía café en una taza Naranja 76 y estudiaba otro doblez en el map a.

—Probablemente no has estado al tanto de las noticias —dijo Ben.

—No. —Sentí que se me revolvía el estómago, e intenté que mi voz no temblara.

—El director de la CIA acaba de dimitir. Está bajo sospecha de haber descargado archivos clasificados, pero es solo una tapadera. Están pasando cosas, muchas cosas. Grietas en la estructura de Seda en Washington. Una guerra en miniatura. De todos modos, algo lo ha puesto en marcha — dijo Ben—. Algunos agentes han informado a sus jefes... puede que los dos que estaban en la Central Ántrax, los que habían sido asignados a ayudar a Stuart y a Norton. Los jefes descubrieron algo muy especial, un

poco tarde. Descubrieron que ya se habían humillado y avergonzado lo suficiente. Es un nuevo milenio, caballeros —pontificó Ben, sacando su brazo derecho y gesticulando hacia el aire de la noche—. Hora de limpiar la pizarra y poner las cosas en su sitio. Hora de trazar un nuevo rumbo, quizá la muerte de Rob no ha sido en vano.

»Unos polis me encontraron una hora después fuera del callejón. Estaba bastante pasado. Al día siguiente, tres agentes que nunca había visto antes me sacaron de Rikers y de la cárcel. Me escondieron, me hicieron un chequeo físico y me trataron con antitoxinas, y luego me interrogaron sobre todo lo que ocurrió desde que Rob apareció por primera vez en mi casa. Primero pensé que me iban a matar cuando tuvieran lo que querían. Pero no. Había dos agencias, una agencia encubierta que o bien estaba marcada para que traicionara o bien se defendía de sus errores, y un equipo especial de investigación con casi ningún apoyo ni dinero.

»Acompañé a un grupo de ellos de vuelta a San José y abrimos el despacho secreto de Rob. Pusieron a sus propios tipos a rebuscar en los documentos de Banning y lo que Rob había hecho. Realizaron un inventario de todos sus cultivos y sustancias químicas.

—Antes de que Lissa me llevara allí —dije.

—Sí. Modificaron el elixir basándose en el trabajo de Rob. Para cuando se organizaron y se dispusieron a encontrarte, habían pasado un par de semanas desde el funeral de Rob en Florida. Te habías ocultado. Banning te encontró primero, pero actuaba por su cuenta, como suele hacer.

—A veces es lo mejor —dijo Banning.

—Nos encontramos en una operación pequeña, y hasta ahora, deliberada..., no saben quién puede estar marcado y quién no, y quieren que parezca para Seda que seguimos siendo perseguidos. Puede que la operación no esté sancionada oficialmente. Creo que aún ahora en Washington están haciendo descubrimientos desagradables y tomando decisiones difíciles.

—¿Qué pasa con el cuerpo en el congelador? —pregunté.

—Hubo un revuelo en San Francisco. Casi nos matan... y cogimos a dos controladores. Uno murió, y el otro escapó.

—¿Un hombre de gris? —Pensé en el hombre que había discutido con Lissa frente al motel de carretera.

—Sí. La Agencia ejecutó una autopsia rápida del tipo muerto, tomó muestras para ver lo que hacía Seda para controlar a sus controladores. Entonces metieron el cuerpo en un camión refrigerado y lo transportaron a San José. Lo dejaron en el congelador de Rob por si a Seda se le ocurría ir a echar un vistazo. Era conveniente y además contenía un elemento de revancha. Un poquito de guerra psicológica.

Lissa se había sorprendido de verdad.

—Pusieron un centinela en el solar de coches usados, por si acaso aparecía por ahí —dije—. El tipo flacucho con el traje blanco. Al que Lissa le disparó.

—No sabemos quién era ese —dijo Ben—. Quizá solo fuese un buen ciudadano, que tenía la esperanza de arrestar a un terrorista.

Jodido aficionado.

—Lo dudo —dije—. Algo salió mal... falta de coordinación en la cumbre. La bomba asustó a Lissa. Quizá se cargó a uno de los suyos. O quizás a un marcado... un controlador incompetente. —O quizá, la idea vino y se fue, todavía no habíamos comprendido nada.

Ben se encogió de hombros.

—Cometen errores. Eso es algo a nuestro favor. Nuestro equipo empezó a rastrear después de que la señora Callas se introdujera ilegalmente en el NCIC2000.

—¿Qué demonios es eso?

—La base de datos on-line del FBI sobre actividad criminal en Estados Unidos. Solo es accesible para las fuerzas de la ley. Un verdadero objetivo para los hackers.

—Callas se negó a tener nada que ver con nosotros —dije.

—Una mujer lista —dijo Ben—. Os encontramos después de que divisaran el coche de Lissa al este de LA.

Nos salimos de nuevo de la carretera.

—Aquellos tres nombres —dije—. Déjame asegurarme. Eran destajo, régulus y machete.

—Eso creo —dijo Ben.

—Puede que sean importantes —advertí.

—El primero podía haber sido estropajo o badajo —dijo Ben.

—No existe ningún gen con esos nombres.

—¿Son nombres de genes?

—Dos de ellos son genes —le confirmé. Machete me volvía a la memoria. No era un gen, sino una glicoproteína que se creaba a menudo durante la infección por fagos. Era parte de un sistema de carné de identidad bacteriano.

—¿Te hacen vivir para siempre?

Negué con la cabeza.

—Eso no era lo que Rob quería decirnos. Son parte de rutas complejas que permiten a las bacterias coordinar sus actividades en nuestra piel y en nuestros intestinos. Si se introduce RNA antisentido con un vector de transporte podría bloquear los productos de los genes. Las bacterias infectadas por fagos, sin machete, serían clasificadas como «extranjeras» y atacadas por otras bacterias. Rob debió de haberlas incluido en su tratamiento al principio, pero no en el tuyo. Eso es lo que produjo la diferencia en tu comportamiento cuando os marcaron. El salió más rápido.

—Destajo, machete, régulus —dijo Banning—. Es agradable estar en compañía de colegas chalados, que alguien reconozca mis esfuerzos y, finalmente, estar trabajando para el gobierno.

—Claro, claro —dijo Ben—. Conduce.

—Espero, caballeros, que cuando todo esto termine, uno de ustedes me preste una

pistola. Me gustaría acabar con todas esas voces idiotas de una vez por todas.

—Con gusto —dijo Ben—. Conduce.

Los labios de Banning empezaron a moverse. No podía evitarlo.

—Mi primer amor fue una joven y bella judía —confesó; sus ojos se movían rápidamente de un sitio a otro.

—Simplemente cállate —dijo Ben con cansancio.

Banning permaneció en silencio durante el resto del viaje.

Nuestro punto de encuentro era un pequeño aeropuerto civil en el desierto. Un grupo de unos diez hombres con traje y aspecto serio esperaban en el interior de un enorme hangar de chapa. Parecían sorprendidos de vernos.

—Lo conseguisteis —dijo un tipo de aspecto agradable un poco mayor que yo que llevaba pantalones vaqueros y una camisa blanca remangada. Se presentó como un agente del FBI llamado Condón—. Me alegro de veros. Nuestro otro experto en el exterior no lo consiguió. Tenemos que acompañarles a Nueva York. ¿Saben adonde vamos?

—Cerca de donde dispararon a mi hermano.

—Lo siento —dijo Condón, y se pasó las manos por el cabello rubio.

—No me dé disculpas a mí —dije severamente—. Déselas a Ben. Ustedes son los hijos de puta que lo hicieron.

No era un análisis justo, pero nadie intentó corregirme. Tres doctores salieron de la parte de atrás de una furgoneta sin marcas y nos examinaron, y luego nos pusieron un par de inyecciones. Hice una última visita al baño, y, cuando salí, me sentí tan vacío como nunca lo había estado en mi vida.

Ben, yo y otros tres nos subimos a un reactor de las Fuerzas Aéreas, y unos pocos minutos después despegamos hacia el despejado cielo de la mañana.

Dejaron a Banning con el coche. Nos despidió con la mano al lado del hangar. Rudy Banning, lo quisiera o no, era un superviviente.

Una vez que alcanzamos la altitud de vuelo, el mayor de los tres agentes se desabrochó el cinturón y caminó hacia delante, agachándose en la baja cabina. Tenía un rostro cuadrado, bronceado, culminado por un haz de pelo castaño que se estaba volviendo gris, ojos negros y labios mediterráneos bien formados. Se agarró con la mano a la tela azul de mi asiento para estabilizarse mientras hablaba.

—Mi nombre es David Breaker —dijo—. Queremos darle las gracias por todo lo que está haciendo. —Oí cómo resonaba su estómago—. Puede que Ben ya le haya descrito nuestra operación.

—Un poco —dije.

—Me han puesto al mando de esta parte de la operación. Los llevamos a Nueva York. A Manhattan. Como puede ver, no me siento bien, y no es que esté mareado por el vuelo. Estamos bastante avergonzados, pero estamos haciendo todo lo posible para compensar, incluyendo una pequeña penitencia intestinal.

—Muy bien —dije sin entonación. Todavía no sabía a quién creer, con quién mostrarme agradable, y desde luego no sabía a quién confiarle mi vida.

—Personalmente, no sabía de la existencia de Seda hasta hace un mes, pero no es ni aquí ni allí, y después de la muerte de su hermano, con la connivencia de una parte de la Agencia, solo quería...

—Disculpase —dije, sintiendo otro brutal ataque de rabia—. A la mierda.

—Tiene que saber algunas cosas acerca de esta operación. Una, que no está sancionada por el presidente. Las pruebas sobre el presidente dan positivo en marcaje reciente. Hemos apartado a dos de las personas que creemos que lo controlaban, pero es muy probable que existan controladores de reserva. Algunos de mis colegas están controlando todas las llamadas telefónicas del presidente. No sé qué más podemos hacer, en la práctica o de acuerdo con la Constitución, llegados a este punto. Así que en el fondo estamos solos, aunque sea ilegal. Primero necesitamos cortar de raíz el centro de actividad de Seda en Norteamérica. Ese esfuerzo requiere su cooperación, doctor Cousins. Esta tarde, si todo sale bien, vamos a poner un equipo armado, todos los que podamos reunir: el ejército, CIA, NSA, FBI, quizá veinte personas, en el edificio Jenner de Nueva York. ¿Sabe de cuál le hablo?

—Ben me lo contó —dije—. La Central Ántrax.

—Esa fue nuestra tapadera durante años. Esperamos tenerlo bajo control para cuando aterrice nuestro avión. Irá con un equipo de seguridad. Queremos darle una oportunidad de que examine sus instalaciones. Piense en ello como una especie de ensayo general para la gran actuación en Florida.

—¿Lemuria?

Breaker asintió.

—Posiblemente pueda ayudarles ahora mismo —dije. Miré a Ben, sentado al otro lado del pasillo en frente mío, parcialmente cubierto por Breaker. Ben se inclinó hacia delante y nuestras miradas se cruzaron. Sin ninguna razón convincente en absoluto, confiaba en el hombre que había apretado el gatillo para matar a Rob.

A Rob le hubiese gustado. Se hubiese divertido un montón.

—¿Cómo? —preguntó Breaker.

—Dígale a sus científicos que creen antisentidos de destajo, régulus y machete. Fue el último mensaje que recibí de mi hermano.

—¿Antisentido?

—Ellos sabrán qué quiero decir. Añádanlos a la lista de su elixir. Inmunícennos a todos de nuevo, si hay tiempo.

Breaker parecía dubitativo.

—Si hay tiempo.

Un agente sentado detrás de nosotros dejó un rifle de asalto a un lado y tomó nota de los nombres en una libreta de papel. Se los deletreé varias veces para estar seguro.

Breaker conectó un pequeño reproductor de DVD a una pantalla montada en la parte de atrás del asiento.

—Esto es de una cámara de seguridad en la cafetería del edificio Edgard J. Hoover en Washington DC —dijo—. Hace dos semanas. —Apareció un título: «VIGILANCIA HOOVER 29 de julio».

El fragmento tomado desde una cámara de seguridad en un ángulo elevado mostraba a dos chicos flacuchos y dos mujeres con aspecto de matronas trabajando en la cocina y la cola de la comida. Todos llevaban delantales y gorros de plástico. Servían a un cierto número de estaciones de pedido, limpiando y reemplazando la comida.

Uno a uno, usaron pequeñas botellas de plástico para rociar una barra de ensaladas, mesas y, finalmente, filas de gelatinas, pudines y otros postres. Los hombres y mujeres que llenaban sus bandejas no les prestaban atención. Solo era parte de la rutina.

Luego, dos fragmentos con títulos «VIGILANCIA CIA ARL VA 30 de julio» y «VIGILANCIA ACADEMIA FBI 2 de agosto».

—Es el comienzo, o la continuación, de un asalto general en masa a nuestras instituciones, dirigido por puede que unos cincuenta controladores de Seda —dijo Breaker—. Son conscientes de nuestras actividades, aparentemente les asustan, y han tomado medidas para contrarrestarlas.

Luego vinieron grabaciones sonoras, varias llamadas de teléfono desde fuera del cuartel general del FBI a despachos en el interior.

—Los que llaman dicen ser parientes —dijo Breaker—. Normalmente parientes fallecidos. Recitan listas de números y luego piden que se las repitan. Casi todo el mundo repite los números. Después, los agentes solo recuerdan llamadas sin voz.

—Estoy familiarizado con la rutina —dije.

—Pueden apreciar la magnitud de nuestro problema —dijo Breaker.

—Es enorme —concedí—. Creo que han esperado demasiado tiempo. Breaker alzó las cejas.

—Posiblemente.

—¿Alguna noticia de Garvey y Crenshaw? —preguntó Ben.

—Ninguna —dijo Breaker—. No emprenderemos ninguna acción contra agentes colaboradores hasta que no tengamos la situación controlada. Y hasta que sepamos si están o no marcados.

—Déjame que los pille. Y tendrán acción —dijo Ben con un retumbar bajo.

—Usted no es imprescindible para esta operación, señor Bridger —advirtió Breaker—. Lo retiraré si es necesario.

—¿Hay comida a bordo? —pregunté, sintiéndome particularmente contrariado.

—Nada —dijo Breaker—. Hay café caliente. Muy caliente.

Ese ejército, observé, no marcharía sobre su estómago. El estómago y cualquier cosa por debajo de este, ya no eran dignos de confianza.

8:00 p.m., 14 de agosto - Edificio Jenner, Manhattan, «Central Ántrax»

Recorrimos en coche el amplio callejón por detrás del cubo gris. Vi la puerta de acero que Ben había descrito, cubierta de franjas acidas de grafitos. A la señal de un claxon, la puerta se abrió desde dentro. Breaker y otros dos agentes bajaron de nuestros coches y conferenciaron con figuras en el interior del edificio que llevaban trajes anticontaminación. Gesticularon y hablaron durante un cierto tiempo.

Miré a través de la ventana la extensión vacía de piedra y cemento que se elevaba al soleado cielo de la mañana. Nueva York nos presentaba su mejor cara. Iba a ser un bonito día.

Todo yo me había encogido en un punto minúsculo. Exhausto y agotado, el punto era vagamente consciente del pasado, intensamente conectado con el presente y sin deseos de considerar el futuro. Solo estaba relacionado de forma remota con el antiguo príncipe Hal y todos sus deseos.

Era un animal, un gato, un oso, un conejo. No quería ser humano.

Breaker volvió al coche y golpeó los cristales. El conductor bajó mi ventanilla, y Breaker se asomó.

—Situación despejada, pero nuestra oposición dentro de la Agencia y en el resto del gobierno puede que se una a la fiesta en cualquier momento, así que tenemos que movernos rápido. La ofensiva ha terminado, seguridad ha entrado, y un equipo técnico llegará dentro de poco para respaldarle. ¿Listo?

Asentí. Mentía.

Breaker abrió la puerta. Ben salió por el otro lado e hinchó las mejillas, inhalando algo de coraje del aire.

—No quiero volver ahí dentro —dijo—. Lo que significa que tengo que hacerlo.

—Bien —dijo Breaker. No intercambiaron ni una sonrisa. Un asunto de rigor y honor que yo no sentía en absoluto.

Estaba aterrorizado, pero lo haría por Rob.

Atravesamos la puerta de acero. Inmediatamente dentro, cuatro hombres con trajes de plástico blanco con cascos transparentes flexibles nos ayudaron a ponernos trajes similares y nos conectaron los tanques. Teníamos tres horas de aire, bajo condiciones de ejercicio moderado.

Miré alrededor de la plataforma de carga mientras los hombres me ajustaban las correas. Justo enfrente estaban los acuarios que Ben había descrito; les habían disparado y los habían vaciado, dejando la plataforma húmeda y con olor a sal marina. A la derecha conté veinte cuerpos dispuestos en filas bajo sábanas blancas.

Un hombre en un traje de plástico transparente los rociaba con antiséptico de un cilindro de bombeo, como un jardinero rociando las lilas.

Estaba listo. Uno de los hombres de los trajes de plástico blanco me hizo una señal con el pulgar hacia arriba.

—¿Puedes oírme? —preguntó Ben. Su voz me llegaba un poco ahogada, pero con suficiente claridad.

Todos a los que veía tenían un aspecto cerúleo e infeliz, lo que no era ninguna novedad. Confiamos en nuestros pequeños aliados bacterianos. Hacen un montón de trabajo para nosotros. También son vigilantes defensores, y a veces jueces inapelables. Ahora estábamos intentando salir adelante sin esos sistemas de apoyo. Habíamos convertido nuestros intestinos en zonas de guerra.

Breaker nos llevó escalones arriba a la plataforma. Miré a través del cristal roto del acuario más cercano. Cien y grandes formas negras emergían de una delgada capa de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Breaker en voz demasiado alta, como alguien que hablara llevando puestos unos auriculares. Señaló el cieno.

—¿Madrecitas del Mundo? —dije, y me encogí de hombros.

—Todavía no cojo la mierda esa acerca de las «Madrecitas» —dijo Ben.

—Colonias bacterianas marinas... esos montones negros pueden ser estromatolitos. Golokhov quería estudiar cómo las bacterias forman comunidades. Puede que fuese algo místico, como guardar los huesos de un santo. Quizá creía que solo somos supercolonias evolucionadas de bacterias, naves espaciales para bacterias, sin voluntad propia. Alguna mierda similar.

Una joven formal con un rostro experimentado y serio y con el pelo cortado a cepillo de dos centímetros de largo se encontró con nuestro grupo. Llevaba un rifle de asalto con un sobresaliente cargador.

—Servicio Secreto, Nancy Delbarco —dijo a través de su capucha plástica—. Síganme. —Sus ojos mostraban concentración y ninguna emoción, pero sus labios, tensos y grises, la traicionaban. También estaba asustada.

—Hemos vuelto a poder dar electricidad a algunas secciones —nos dijo mientras marchábamos por detrás de los estropeados acuarios—. Cada piso tiene su propio generador, pero algunos cables fueron cortados y los generadores sabotados. Justo aquí —señaló el piso de cemento— estamos por encima de tres niveles de sótanos, que descienden casi quince metros. No hemos explorado los niveles inferiores, pero parece que son en su mayor parte almacenes e infraestructura: aire acondicionado, planta de vapor, agua, las bombas que mantenían los acuarios. Hay túneles de metro por debajo, así que hemos detenido los viajes en metro hasta asegurarnos de que el edificio no está preparado para saltar por lo aires.

—¿Cuántos han muerto? —pregunté.

—Los suficientes —dijo Delbarco en un tono que implicaba que había sido una pregunta grosera—. No sé cuánto tiempo podemos quedarnos. Puede que llegue un

equipo de la oposición en cualquier momento, y la verdad es que no quiero verme involucrada en otro tiroteo.

—Tampoco tenemos completamente el control, ni en los niveles superiores ni localmente —dijo Breaker.

—¿Garvey? —preguntó Ben.

—Sus jefes tienen influencia —concedió Breaker.

Delbarco nos condujo a lo más alto de un largo tramo de escaleras. La iluminación era casi inexistente. Las escaleras de acero pintado tenían brillantes marcas de desgaste. Mirando desde la barandilla central, llegaba a ver el techo del edificio, dieciséis plantas.

—Los cuatro primeros pisos son cubas y tanques de cultivo de acero, como una cervecera —dijo Delbarco—. La mayor parte hace mucho que no se usa. Es difícil concebir para qué necesitarían tanta cantidad de material de mercado, pero puede que nos estemos equivocando. Los técnicos tomarán muestras en cuanto lleguen.

—Eso es lo que quería mi hermano —dije, ausente.

Tres pisos. Era difícil conseguir el aire suficiente dentro de la capucha, pero lo estaba llevando bien. Ben se esforzaba en ocultar su estado físico, o la falta de él.

Delbarco abrió una puerta de un empujón en el cuarto piso. Caminamos sobre un suelo brillante, vítreo y azul grisáceo entre filas ocultas por las sombras de cubas de acero, las mayores de siete metros de alto y tres de ancho, rodeadas por espirales de enfriamiento, y bosques y arcos de tuberías pintadas según códigos de colores. En el lado opuesto, había un laboratorio vacío de paredes de cristal, los bancos de trabajo completamente limpios y los armarios desnudos de contenido. Dos paneles de cristal estaban rotos por disparos y yacían en forma de esquirlas dentadas por todo el piso.

Un cuerpo yacía desplomado contra el único panel intacto: una joven delgada de unos dieciocho años, con un pequeño agujero en la frente y un charquito de sangre bajo los muslos. Una vez había poseído la concentrada belleza de una gimnasta del Bloque del Este. Llevaba un mono vaquero y una camiseta roja.

Delbarco pasó al lado del cuerpo.

—Tenemos a algunos niños, vivos, unos cuantos, en el piso octavo —dijo—. No tienen armas, ninguna que podamos ver, por lo menos, así que... los evitamos por el momento.

Pensé en Nicolae Ceausescu, antiguo dictador de Rumania, que reclutaba el núcleo de sus guardaespaldas en orfanatos, criando a los chavales desde la niñez para que sirvieran como una especie de guardia pretoriana. Lo habían depuesto y ejecutado en 1989. Sus chavales lo habían apoyado fanáticamente hasta el final. Habían tenido que eliminarlos como a perros rabiosos.

—Me gustaría ver a los niños —dije—. ¿Están bajo supervisión?

—No. Como dije, los dejamos en paz por ahora. Puede que tengan explosivos o estén contaminados. —Tenía prisa por cambiar de tema—. No creemos que haya habido verdadera actividad en la mayor parte del edificio durante algún tiempo.

Incluso la mayor parte de los plafones de iluminación no tenían bombillas.

—Tengo que ver a los niños —insistí—. Quiero saber cómo los estaban usando.

Delbarco aceptó renuente. Yo era el experto, y ella tenía sus órdenes, incluso aunque fueran su funeral. Así que en la práctica yo estaba al mando. No me gustaba nada.

Seguimos a Breaker al siguiente piso. En el hueco de la escalera, rodeamos otro cuerpo, un joven de no más de veinte años, tirado boca arriba y estudiando el piso de encima con relajada desesperación. Había dejado marcas aleatorias con los dedos, y luego había comenzado a escribir dos letras en un río de su propia sangre mientras le salía a borbotones. Las letras eran cirílicas, ? y ?. Quizás estaba escribiendo su nombre, puede que una despedida a sus amigos.

—¿Dónde están las tropas de defensa? —preguntó Ben.

—Las sacamos de aquí una vez que el edificio estuvo asegurado. Nos falta personal por todos lados —dijo Breaker.

El octavo piso parecía un hospital estatal que pasara por una mala racha. Una mesa de recepción desierta ocupaba el centro de una habitación semicircular. Seis pasillos radiaban desde el centro como rayos de sol hacia el resto de la planta. Al final de un pasillo, bajo el resplandor parpadeante de un único fluorescente, vi un gimnasio: potro, colchonetas apiladas, barras paralelas, anillas.

—No queremos permanecer aquí mucho tiempo —dijo Delbarco.

Nada de luz solar. Nada de ventanas. Ninguna oportunidad jamás de salir al exterior.

Giré a la izquierda y llegué a una sala, me paré, miré en la primera puerta abierta. Las luces parpadeaban en plafones rotos en el techo. Papeles diseminados, una televisión desplazada de una patada, sangre pisoteada y esparcida por botas. Un póster de Ven a la Tierra Media de los años sesenta competía con dibujos infantiles de dragones, una bruja de nariz ganchuda y aviones. Bajo ellos, una cama de metal con barniz blanco sostenía un colchón desnudo; las sábanas habían sido desgarradas y tiradas al suelo. En una esquina, alguien había dejado un montoncito de cagarrutas amarillas. Cristales rotos por todos lados.

Del fondo de la sala venía una canción, débil pero encantadora, la voz de un niño o una niña. Sonaba a canción tradicional rusa. Al acercarme, oí lloros. Pasé ante dos puertas cerradas, casi esperando que apareciera un adolescente gritando con una Uzi y nos rociara a balazos. O que el techo se agrietara, se rompiera y nos cayeran encima galones de solución marcadora mezclada con agujas y que rompiera nuestros trajes. Todo era posible. Había visto demasiado para ser incrédulo.

La puerta a mi derecha se abrió a una habitación llena de bañeras de acero; hidroterapia, supuse, pero luego vi que las bañeras tenían costras secas de una pasta amarillenta. Me alegré de estar dentro del traje y ser incapaz de oler el aire exterior.

Esto era lo que Tammy le había descrito a Ben y Rob: un área de entrenamiento. Una casa de baños de adoctrinamiento bacteriano. La señora Golokhova había tenido

que arreglárselas con lo que tenía, pese a todo; no podía permitirse espacio en el barco de crucero más grande del mundo. ¿Mantenía algún contacto todavía con su esposo?

No me los imaginaba hablando durante horas por teléfono como dos amantes separados.

Disminuí la marcha al oír el sonido de pasos. Una chica negra con un largo camisón blanco emergió de una puerta en medio de la sala. La acompañaba un chavalín de cara delgada y pelo rubio, largo y sedoso, agarrándose con puños apretados al camisón arrugado de la otra. Me contemplaron con ojos hinchados llenos de sospecha.

La chica mayor ladró algo en ruso. Miré a Ben, que estaba a unos pasos detrás de mí.

Meneó la cabeza.

Gesticulé con las manos, y la niña, que no entendió mi propósito, se quedó mirando sus antebrazos desnudos. Tenía largas cicatrices rosadas desde las muñecas hasta por lo menos la altura de los codos, donde se desvanecían bajo las mangas anchas y sueltas. Entre sus largos dedos marrones agarraba una ampolla de plástico con un tubo colgante adjunto a una aguja intravenosa.

Otros tres niños emergieron de las otras puertas de la sala y se adelantaron, temerosos pero con curiosidad.

La chica negra sacudió la cabeza, y luego apuntó con los dedos a su boca, con los ojos fijos, desafiante: Comida, hijo de puta, ¿lo pillas?

Un chico de ocho o nueve años atravesó la habitación calzado con zapatillas de suela de goma. Franjas amarillas como parches de yeso se entrecruzaban sobre su coronilla afeitada. Tenía los ojos angelicalmente serenos, y sonreía mientras sus zapatillas alternativamente golpeaban y chirriaban contra el duro suelo azulado.

Ben me tocó el codo, y me sobresaltó.

—Vámonos —dijo—. No hay nada que podamos hacer, y no tiene sentido que corramos riesgos. No sabemos lo que pasaba aquí.

Podía hacer una suposición. Los chicos mayores, los asistentes de la señora Golokhova, los mismos que habían salido a ver a Ben y a Rob en la plataforma de carga, debían de haber intentado proteger a los más pequeños. El primer equipo de incursión había matado a todo el mundo en los pisos inferiores. No demasiados, supuse, una operación pequeña.

—La señora Golokhova todavía hacía investigación. Tenía sus propios controladores y sujetos — dije. Les grité a Breaker y Delbarco—: ¿Pueden conseguir comida para esos chavales?

La chica negra nos inspeccionó críticamente desde una distancia de tres metros. Parecía renuente a acercarse más, tan renuente como yo a tenerla tan cerca. Estudié su piel, finamente arrugada, sus ojos sabios y cansados, y de repente no estuve seguro de su edad.

Lo intentó de nuevo, con otra larga parrafada en ruso. Solo pude encogerme de hombros en ignorancia. Disgustada, me tiró la ampolla, la aguja oscilando en el aire. Rebotó en la manga de plástico del brazo. Busqué frenéticamente señales de ruptura mientras ella se reía.

—Vámonos —dijo Ben, mientras tiraba hacia atrás de mí.

Los niños salieron disparados a sus habitaciones. Oí risitas y voces apagadas que susurraban, gimoteaban.

Continuamos subiendo hasta el piso nueve, el diez, el once, parándonos brevemente para examinar cada piso. Más cubas, cubículos de aislamiento de paredes de acero, laboratorios enormes pero vacíos de instrumental, las puertas soldadas, los oscuros interiores solo visibles a través de polvorientas ventanas de plástico duro. Almacenes llenos con cientos de archivadores derribados y vacíos, tambores de acero llenos de cenizas viejas, botellas de sustancias químicas vacías e instrumental abandonado en contenedores, filas marciales de viejas máquinas de escribir, un IBM 360 medio cubierto por un plástico protector rasgado y amarronado por el tiempo, contenedores rotos.

En el doce, en una oscura habitación para almacenaje había apilados ataúdes de plástico hasta el techo. Un varón obeso con una cazadora negra yacía boca abajo en medio de los ataúdes. Tenía un tiro en la espalda.

Ben rodeó el charco de sangre que se oscurecía —un montón de sangre— y le dio la vuelta al cuerpo con el pie. Llevaba pantalones sueltos y debajo de la chaqueta abierta, una camiseta de golfista azul.

—Norton Crenshaw —dijo Ben—. Hola, Melón.

—¿Satisfecho? —preguntó Delbarco.

—Joder, no —dijo Ben. Realizó un reconocimiento rápido del resto de la habitación, tiró una pila de ataúdes que produjeron un estruendo hueco y reverberante, sin alegría. Volvimos rápidamente a las escaleras.

—¿Has descubierto algo? —le pregunté a Ben.

—Demasiado —respondió.

Hacia cuarenta años, el edificio Jenner había alojado a una de las mayores operaciones de guerra química y bacteriológica de Estados Unidos. Justo en medio de Manhattan.

Creando candidatos neoyorkinos.

—Vas a tener que reescribir todos tus libros —le dije a Ben mientras subíamos.

—No es broma —dijo—. Esto hace que Enigma parezca un petardo mojado.

La puerta del piso quince había sido volada completamente. Marcas de quemaduras y humo decoraban las paredes y el techo al final de la escalera. Más allá de la puerta reventada había otra puerta más pequeña, intacta, fabricada de madera de abeto claro o imitación de madera decorada con flores talladas y plantas en bajorrelieve. Dos focos se alojaban en el techo arqueado. Los grabados proyectaban sombras alternantes y estrambóticas.

Ben empujó la puerta de madera. Se abrió con un chirrido, y entramos en una habitación de unos diez metros cuadrados, llena de sillas tiradas, alfombras arrugadas y dobladas, pinturas ajadas de paisajes (un hermoso lago [¿Baikal?], montañas, pintorescas cabañas de troncos en el bosque). Estanterías de libros, algunas en pie y otras derribadas, libros apilados entre una silla y el suelo de moqueta. Una larga mesa de comedor de roble cubierta de gruesos álbumes de fotos, algunos abiertos, otros en montones. Uno de los montones se había caído y había tirado un candelabro de plata.

—Es un apartamento —dijo Breaker—. Alguien vivía aquí.

Una galería entera de retratos de tamaño natural nos miraba con desprecio desde la pared del fondo, con cortinajes de terciopelo a los lados y colgados con cordón dorado. Podía haber sido la sala de estar de un expatriado ruso adinerado, una capilla personal dedicada a un pasado glorioso.

Ben pasó las hojas de uno de los álbumes abiertos. Le dio la vuelta y estudió unas cuantas páginas de fotos pegadas, luego silbó con asombro.

—Nos los llevamos —dijo—. Todos.

Breaker le miró con aire sorprendido.

—Creí que estábamos aquí para recoger especímenes biológicos.

—Tenía una tía soltera que guardaba las fotografías de la familia —dijo Ben—. Las pegaba en álbumes y escribía a maquina etiquetas con nombres, fechas y lugares. Todo el mundo le enviaba copias. Trabajó en ello hasta que murió. Era nuestra archivista.

Breaker seguía sin estar convencido.

—Nos las llevamos —insistió Ben—. Si no lo hacemos, puede que nunca entendamos qué ocurrió.

Breaker me miró.

—Cógelos —dije.

Tres técnicos con trajes aislantes llegaron por fin, sin aliento, arrastrando maletines de aluminio. Delbarco habló con ellos en voz baja en la sala de estar mientras Ben, Breaker y yo explorábamos más adelante.

Ben encontró un cuarto de baño. Abrió la pesada puerta blanca, echó un vistazo detrás y luego se dirigió a una bañera de patas terminadas en garras de metal. La bañera estaba rodeada por una cortinilla de ducha con dibujos de margaritas. Agarró la cortinilla y me dedicó una mirada triste, reacia, desde dentro de su capucha de plástico.

—Se acaba el tiempo —dije.

—Que le den —dijo—. Eso es lo que dijo Melón.

Ben apartó la cortinilla con un tintineo de anillas de acero. Un cuerpo yacía dentro de la bañera blanca, encogido en un ovillo anguloso de brazos y piernas. La cara arrugada parecía flotar, como la de una muñeca, sobre la parte superior de un traje negro largo mal ceñido. Unos ojos abiertos y lechosos contemplaban el techo embaldosado con una expresión simiesca de decepción y sorpresa.

—La señora Golokhova, supongo —dijo Ben—. Hemos venido a presentarle nuestros respetos — insistió. Breaker y yo nos adelantamos—. La esposa de nuestro amo secreto. Supongo que no le apetecía que la echaran a patadas de su hogar.

Aparentemente se había pegado un tiro en la sien con un pequeño revólver con culata de marfil, que todavía agarraba con una mano nudosa. La mano descansaba contra un lateral de la bañera, con la pistola colgando de los tiesos dedos blancos.

Se suponía que viviría para siempre. Quizá su marido le había prometido eso como recompensa por ser un conejillo de indias, por los años de locura.

Ben retrocedió.

—Aquí no hay nada para mí —le dijo a Delbarco cuando salía del baño—. Pero llevémonos esas fotos.

—Me gustaría tener muestras de tejido de ella —le dije a Delbarco. Les pasó la petición a los técnicos. Se pusieron a trabajar rápidamente, sacando el cuerpo de la bañera y colocándolo en el suelo de baldosas.

Salí del cuarto de baño antes de que pudiera ver nada más.

Breaker cogió dos álbumes. Yo agarré tres. Ben llevaba cuatro. Era menos de un tercio de los que había, pero eran gruesos y pesados, y Delbarco nos advirtió que no nos sobrecargáramos, por si teníamos que movernos rápido.

—Un piso más —dijo Delbarco, con los párpados bajos, como si ya hubiese visto demasiado—. Mejor que se preparen, caballeros. Esta es la guinda del pastel.

Subimos al piso dieciséis, el último de la Central Ántrax. Allí, Delbarco le aplicó el hombro a lo que parecía una puerta de seguridad de la bóveda de un pequeño banco, la abrió de un empujón y nos hizo señas para que entráramos. La puerta dio un suspiro hidráulico cuando intentó cerrarse. Delbarco metió un destornillador en la rueda de seguridad antes de que pudiera cerrar sus pistones.

Más allá de la puerta de la bóveda, había un centenar o más de cilindros de acero, del tamaño de los antiguos pulmones artificiales, dispuestos en cinco largas filas hasta la pared del fondo, separados solo por columnas cuadradas de soporte y, en el centro de la habitación, dos pequeños laboratorios o centros de control de paredes de cristal.

Los cilindros estaban montados sobre plataformas de cemento. Dos finas tuberías de cobre, no más anchas que mi meñique, y un tieso cable eléctrico blanco emergían de la parte superior de cada cilindro.

—Vamos a necesitar algo de ayuda para entender esto. —Delbarco parpadeó rápidamente detrás de su visor de plástico—. No es que tenga muchas ganas de averiguarlo —añadió.

Agarré una barandilla de acero, trepé unos escalones de cemento y miré por encima del primer tanque a mi derecha. Una larga y estrecha ventana de cristal proporcionaba una vista clara de los contenidos. Dentro, bañado en un fluido rojizo más denso que la mermelada, el ketchup o la sangre, yacía el cuerpo de un hombre desnudo. Delgado, con una calva incipiente, en los últimos años de la mediana edad,

parecía estar atrapado en un sueño ligero pero turbador. Sus músculos faciales y sus dedos se agitaban, y sus ojos se movían espasmódicamente bajo los párpados. Densas ondas se transmitían por el fluido rojizo.

Por encima de la cabeza del hombre, algo hizo clic, y una luz azul plateada salió del interior del tanque. Espectro de luz completo, pensé, y levanté la mirada con puntos nadando enfrente de mis ojos.

Un ligero zumbido eléctrico llenó la cámara. Las luces se habían encendido en todos los tanques, proyectando barras de difusa luz azul en el techo.

Una vez que mis ojos se adaptaron al nuevo resplandor, pude ver al hombre más claramente. Había filamentos que emergían del líquido rojo y se arrastraban sobre sus dedos, sus brazos desnudos y su cara, dejando rastros oleosos sobre la piel pálida sin barba.

Sintiendo una especie de terror fascinado, examiné el dorso de su mano. Entre los tendones, la piel formaba rendijas arrugadas.

Con la garganta seca y las piernas como goma, descendí, me tranquilicé y me dirigí a otros cuatro tanques. Cuatro hombres más, todos desnudos, dos viejos, dos de mediana edad o puede que más jóvenes, con los rostros ictericos bajo el resplandor plateado, todos yacían en el mismo baño rojo, atrapados en un sueño inquieto.

Ben le dio unos golpecitos al quinto tanque y señaló una placa de identificación de latón, del tamaño de una ficha de archivo, metida en un marco. Después de una cadena de doce dígitos de números había un guión y lo que podría ser una fecha: 9/3/61.

—Quizá lo sellaron en 1961 —sugirió Ben—. Como si fuese atún en lata.

—Autocontenido —dije, e inmediatamente dudé de que fuera posible. Con esas tuberías tan minúsculas, no se podía hacer mucho con respecto a la entrada de fluidos y eliminación de desperdicios; puede que solo un poco de agua fresca. Ningún bombeo, nada de oxígeno. Solo las luces. Nada tan simple, sin importar cuál fuera el equilibrio ecológico, podía mantener a aquellas personas con vida... y sin embargo, estaban vivas. Con espasmos. Inquietas.

—¿Experimentos fallidos? —supuse.

—Quizá se volvieron locos por culpa del tratamiento de Golokhov —dijo Ben—. Demasiado locos como para correr riesgos y dejarlos sueltos.

—¿Deberíamos abrir uno de los tanques? —preguntó Breaker.

—No me atrevo —dije—. No sabría por dónde empezar. —Estábamos en terra ignota.

—Sigamos adelante —insistió Delbarco. Su voz despertó ecos entre las filas de tanques—. Puede que no tengamos mucho tiempo.

La ignoramos. Ben y yo nos dimos la vuelta simultáneamente para mirar hacia las largas filas de tanques de acero que zumbaban. El horror nos tenía agarrados, y necesitábamos liberarnos, encontrar respuestas.

Con una serie de clics en staccato, siguiendo las filas hacia delante y atrás, las

luces de los tanques se apagaron siguiendo una secuencia.

Éramos como niños en una feria, decididos a ver el siguiente monstruo de la exposición. Delbarco notó nuestra turbación.

—Recuperen la compostura, caballeros —advirtió. Luego, con una expresión tensa y controlada en el pálido rostro, añadió—: Lo último que deseo es saber lo que de verdad ocurre aquí. Me gusta poder dormir por las noches.

—Demasiado tarde —dijo Breaker.

Ben alzó las manos e hizo chasquear los dedos. En el interior de su guante de plástico, el sonido no fue mayor que el de un goterón de lluvia.

—Acabo de tener una idea horrible —dijo—. La galería de retratos en su despacho. Había cerca de un centenar de personas en las fotos. Cuenten los tanques.

—Cerca de un centenar —dije—. Si todos están ocupados en realidad.

Ben se inclinó y dejó los álbumes en el suelo. Apilé los míos al lado de los suyos.

Breaker respondió a una llamada en un pequeño walkie-talkie mientras Ben se infiltraba con decisión entre dos filas de tanques, echando un vistazo en la luz turbia a las placas de latón impresas.

—Puede que encontremos un catálogo —dijo—. Una identificación de esos hijos de puta.

Seguí a Ben, preguntándome qué se proponía.

—¿Cuál es tu idea? —pregunté.

—Es demasiado estrafalaria —murmuró.

Las puertas en los centros de control del centro de la habitación estaban abiertas, pero las habitaciones acristaladas estaban completamente desnudas. El polvo cubría el suelo como una fina película gris. Ben dejaba huellas.

Las luces se encendieron de nuevo. Los tanques zumbaron como colmenas eléctricas. Luz solar instantánea cada pocos minutos, puntual como un reloj.

—Piensa a lo ruso —dijo Ben por encima de su hombro—. Golokhov jugaba a todas las bandas, enfrentando a los unos con los otros, supuestamente realizando servicios para todo el mundo, con cartas en la manga como seguros. ¿Quién se aprovechaba de quién? No me creo que estos sean experimentos fallidos. No tiene sentido que los hayan mantenido aquí, gastando recursos. Simplemente se hubieran deshecho de ellos. Y no creo que sean amiguitos. ¿Quién trataría a sus amigos de esta manera? ¿Tú no los librarías de su miseria?

Giró y caminó por otro pasillo entre los tanques, parándose a leer las etiquetas una a una.

—Creo que estamos en un gulag. Un gulag de acero.

Se detuvo y posó los dedos en una etiqueta, dándole tirones experimentalmente. Había encontrado lo que buscaba.

—Puede que sea esto. Oh, dulce Jesús. —Se ajustó las perneras de plástico con maldiciones en voz baja y trepó los escalones de cemento.

La fecha en la etiqueta, que seguía al largo número de serie, era 3/7/53. Eso

suponía que databa de un año antes de que el edificio Jenner hubiera sido traspasado a Seda.

Ben me hizo señas con la mano para que subiera a su lado. Juntos, nos inclinamos sobre la ventanilla rectangular del cilindro.

El hombre con los miembros extendidos en el baño de fluido rojizo tenía unas cejas pobladas, una distintiva nariz gruesa y una larga mata negra de lo que probablemente había sido una vez pelo cano, ahora grasiento y manchado de rosa. Manchones y cintas con un propósito particular se pegaban a sus mejillas y a su mostacho descuidado, introduciéndose entre los labios entreabiertos.

Me pregunté si el fluido rojo disolvía el pelo que crecía de más, se encargaba de los productos de deshecho, mantenía a los individuos prisioneros alimentados y vivos. Autocontenidos. Sin embargo, aún no estaba convencido, pero el polvo entre las filas de tanques, solo perturbado por nuestras pisadas, mostraba que nadie o bien muy pocas personas había estado allí desde hacía años, quizá décadas.

—No parece feliz, ¿verdad? —preguntó Ben—. Puede que tenga pesadillas.

—¿Y?

—Desde luego, no está en buena forma. Después de todo, tiene más de, ¿cuánto?, ciento veinticinco, ciento veintiséis años. —Ben parecía asustado—. Cristo. ¿Quién sufrió un ataque en la dacha de Kuntsevo? ¿A quién fue que internaron pero no dejaron que los doctores lo atendieran? ¿Quién señaló el cuadro de la pared de un chico y una chica alimentando a un corderito con un biberón? ¿Quién murió en la cama mientras Svetlana miraba? Todo fue un montaje. ¿Lo sabía Beria? —Ben me miró casi bizco de extraña emoción.

—¿Saber qué?

—¿No le reconoces? ¿No te enseñaron historia en el colegio? —Ben hizo una pausa, y luego preguntó reflexivamente—: ¿O es que me estoy volviendo loco?

—Puede ser —dije yo.

Ben sacudió la cabeza como si quisiera espantar moscas, pero no podía dejar de mirar al anciano en el cilindro.

—¡Maldición, estoy seguro! Está hecho un desastre, pero he estudiado fotografías tuyas desde que era un chaval. Es él. Banning tenía razón. Golokhov lo trató, lo mantuvo con vida más allá de la duración de una vida normal. Pero no de la forma que hubiese querido. —Ben soltó una risa como un ladrido que resonó con eco desde las paredes alejadas de la cámara—. Golokhov estaba en el exilio, pero debió de ayudar al Politburó a derribarlo del poder. Fingieron una enfermedad. Lo incapacitaron. Puede que colocaran un doble. O puede que Svetlana y los otros estuvieran marcados o les lavaran el cerebro. —Ben extraía entusiasmo de ese cuento improbable—. Tiene que ser eso. Lo enviaron fuera de Rusia cuando Seda montó la tienda en Nueva York. Lo instalaron aquí en el edificio nuevo, junto con sus colegas monstruos, arquitectos del viejo régimen. Luego colgaron sus retratos en la pared de abajo. —Ben miró con los ojos entrecerrados las hileras de cilindros—. Dios, ¿crees

que Beria está aquí también? ¿Guardadito como recuerdo de los viejos tiempos?

—Sigo perdido, Ben.

—¡Es Koba, Hal! —gritó Ben, exasperado—. Iosip Dzugashvhili. Dile «hola» a papá Stalin.

Bajé la vista hacia el rostro arrugado, marcado, lleno de cintas rojas y no pude ver el parecido, pero claro, tampoco había visto tantas fotos como Ben.

Los ojos del hombre en el tanque se abrieron repentinamente y contemplaron a través del cristal, luego se fijaron en mí. Sus escleróticas estaban teñidas de rosa y una saliva rojiza salía burbujeando de su boca. Estaba seguro de que podía verme. Su mirada me horrorizó: débil, pero aún cargada de electricidad. Cargada de odio puro.

—Te estás imaginando cosas —dije, con una horrible sensación vacía de que no era así, que estaba solo a medio metro del peor asesino de masas de la historia de la humanidad.

—¡Caballeros! —gritó Delbarco.

—¿Lo estoy? —respondió Ben, ignorándola—. Mira esos ojos. Gorky lo describió como una pulga que se hubiese hinchado hasta tener el tamaño de un hombre. No le importaba un carajo la humanidad, solo quería chupar toda su sangre. Parece un vampiro de verdad, ¿no?

—¡Tenemos que irnos inmediatamente —gritó Breaker desde la puerta de la bóveda.

La lengua púrpura del hombre se asomó obscenamente y los labios se abrieron, revelando unos dientes amarillos. Parecía que intentaba hablar, o gritar. Su cabeza cayó a un lado, y olas de fluido rojo golpearon contra las paredes del tanque. Algo del fluido entró en su boca, y el hombre tragó, tosió, frunció débilmente los labios como si fuera a escupir, pero no pudo. Entonces se revolvió como una anguila en un jarro, golpeándose contra las paredes del cilindro.

—No es posible —dije.

Ben me palmeó el hombro y se rio.

—Hal, esa es la cosa más estúpida que te he oído decir. Joder, hombre, mira a tu alrededor.

—¡Hay problemas en el primer piso! —gritó Delbarco.

Gracias a Dios, la luz del tanque se apagó con un clic, pero el golpeteo continuó, y luego, un largo chillido agudo.

Ben movió con un gesto brusco la cabeza a un lado, rompiendo el trance, y se estremeció mientras bajaba los escalones. Me demoré junto al cilindro incluso mientras Breaker recorría el pasillo para sacarnos de allí.

—Es una locura —dije cuando me reuní con Ben. Retomamos nuestras cargas y corrimos con dificultad dentro de nuestros trajes de plástico, los álbumes eran tan pesados como ladrillos. Ben se las arregló para agarrar su pila y tocarse el cráneo envuelto en plástico con un dedo, haciendo un movimiento como un destornillador. «Todo el puto siglo estaba como una cabra, Hal».

Bajamos dieciséis pisos. Delbarco fue primero, en misión de reconocimiento de las plataformas que dominaban la de carga. Caminamos entre los rotos acuarios y observamos a una multitud compuesta de agentes del Departamento de Policía de Nueva York y bomberos. A través de las puertas, vi camiones de bomberos y coches de policía con las luces parpadeando.

Alguien —probablemente de nuestro lado— había llamado a los perros guardianes de la ciudad.

—Mantengan la calma —dijo Delbarco, mientras salíamos de nuestros trajes aislantes—. Dejen que el agente Breaker hable.

—Amigos, tienen que salir de aquí —gritó Breaker a la multitud—. El edificio todavía está contaminado. —Llevar puesto un traje aislante de plástico le confería algo de autoridad. Unos cuantos salieron corriendo por la puerta. Los bomberos echaron mano de sus máscaras de oxígeno.

—Sígueme —dijo Delbarco—. No creo que disparen con la crema y nata de la ciudad mirando.

—Yo no contaría con ello —murmuró Ben.

Caminamos a través de la multitud. A medio camino de la puerta, agarré a un bombero por el brazo.

—Hay niños en el octavo piso —le dije—. Tienen hambre, y necesitan atención médica. Pueden llegar hasta ellos... nosotros lo hicimos. Por favor, llévenselos.

El bombero se quedó mirando a mi traje.

—Para ti es fácil decirlo. El edificio está contaminado, colega.

—¡Solo son niños! —grité.

Me hizo señal de que me apartara.

Mezclados con los hombres y mujeres, con uniforme de policía y equipos de emergencia, vi a unos cuantos hombres en ropas informales, no más de seis o siete. Nos observaban fijamente. Algunos llevaban pistolas, otros, pequeñas cajas.

Ben se detuvo inmediatamente.

—Vamos —dije, y tiré de él, pero no se movía. Seguí la línea de su mirada y vi a un hombre de aspecto cuidado de unos setenta años, con unos pantalones Dockers y una cazadora negra, que mantenía una expresión estoica. Cruzó los brazos y se mantuvo inmóvil en medio de la multitud como si nadie más importara.

—Olvídalo —le dijo Breaker a Ben con un susurro áspero—. Tenemos que salir de aquí antes de que se metan en medio de la confusión y traigan refuerzos.

El hombre de la cazadora negra miró intensamente a Ben, y luego escupió sobre la acera.

Nos arrastraron junto a nuestros tesoros fotográficos a los coches que esperaban en el ancho callejón. Nos abrimos paso entre camiones de bomberos y coches de policía, hasta salir del callejón.

Nadie nos seguía.

—¿Ese era Stuart Garvey? —le pregunté a Ben mientras las luces destellantes

disminuían detrás nuestro.

Asintió, luego se reclinó en su asiento y cerró los ojos.

Delbarco hizo una llamada en un móvil. No sonaba contenta con lo que le dijeron. Cuando la llamada terminó, ella también cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la ventanilla.

Dejamos la ciudad y cambiamos a una caravana de camiones en Nueva Jersey.

Ben encendió la luz de su asiento una hora o así más tarde y puso uno de los álbumes de la señora Golokhova en el regazo. Las grandes ruedas del camión producían un zumbido sordo sobre la autopista.

—Tendríamos que habérselos llevado todos —dijo—. Hubiese merecido la pena correr el riesgo. Cristo, la cantidad de historia que debe de haber pegada aquí dentro. —Pasó unas cuantas páginas, estudiando las fotografías.

Me imaginé a la señora Golokhova en el asilo especial de su marido, viviendo con su locura, con todo el tiempo del mundo para ella, y esos álbumes como su tarea especial.

Unos minutos después, Ben silbó.

—Bingo —dijo.

Sostuvo la página para que la viera. Una fotografía en blanco y negra granulosa —una foto casera, a juzgar por los bordes recortados y la iluminación— que mostraba a un Stalin de mediana edad, fácilmente reconocible, el pelo volviéndose gris con dignidad. Estaba de pie con el brazo rodeando a un doctor en bata blanca de laboratorio, que llevaba quevedos. Stalin sonreía ampliamente, contemplando un futuro feliz. La fecha escrita en letra clara debajo era 4.VI.38.

Se parecía al hombre del tanque.

—En ese momento ya ha matado a millones —dijo Ben, con la voz teñida de ese extraño tono de asombro que le sobreviene a los historiadores varones cuando contemplan enormes atrocidades—. Acaba de cargarse la cúpula militar soviética. Está a punto de establecer un pacto con Hitler para ganar más tiempo; luego, Hitler invadirá Rusia. En los diez años venideros, casi treinta millones de personas morirán, algunos dicen que cincuenta millones, otros más. ¿Crees que Golokhov ya lo estaba tratando en ese momento?

No tenía respuesta. Solo miraba la foto, memorizando los rasgos del segundo hombre. Agradables, casi tímidos, con ojos suaves y una nariz picuda. Dos amigos ya maduritos.

La mayor parte del viaje a Florida fue un borrón. No sé qué fue lo que le ocurrió finalmente al gulag de acero. Probablemente nunca sabré si Ben solo se imaginaba cosas.

Pero el hombre en el tanque, si todavía le quedaba algo de juicio, sufría. Si la fecha impresa en la etiqueta servía de guía, había estado sufriendo durante más de cincuenta años.

17 de agosto - Puerto Cañaveral, Florida

Podíamos ver el Lemuria desde el balcón de nuestra suite del hotel. Era difícil no verlo, cuatro resplandecientes castillos dispuestos de proa a popa sobre un crucero blanco de más de seiscientos metros de eslora. En el puerto de bajura, el barco había estado maniobrando durante casi diez minutos, usando impulsores de proa y popa, disponiéndose a hacerse al mar abierto. A través de un pequeño par de binoculares estabilizados pude ver un poco la oscura entrada a las cubiertas inferiores de atraque dispuestas entre los masivos cascos gemelos de la nave. Había yates que entraban y salían por este portal como pequeñas mariposas que revolotean a través de la puerta abierta de una casa.

A su manera presuntuosa, el Lemuria era una de las cosas más feas que jamás había visto en el mar. Sin duda las vistas desde los setecientos apartamentos de lujo serían espectaculares. Gente rica, pensé con una punzada. Todos con el dinero suficiente y sin el suficiente tiempo para gastarlo. Montones de potenciales inversores.

Puede que Golokhov hubiese encontrado una verdadera mina de oro.

Más allá de la entrada al puerto Cañaveral, podía divisar las torres de una pista de lanzamiento. Le di la vuelta al mapa sobre la mesa. Complejo de Lanzamiento de Cabo Cañaveral 39. Comprimidos en unos cuantos kilómetros cuadrados alrededor del hotel se encontraban algunos de los logros tecnológicos más grandes de la historia de la humanidad. ¿Por qué no sentí una llamarada de orgullo?

Nos encontrábamos en el quinto piso del Westin Tropicale, bajo la pretensión de ser asistentes a un seminario de Wade Cook sobre inversión bursátil. Se habló de llevarnos a la estación de los guardacostas, pero la habían cerrado justo antes de nuestra llegada, de ahí nuestra nueva tapadera. Teníamos identificaciones y bolsas llenas de panfletos y todo lo que necesitáramos. Como punto culminante de nuestro seminario, estaba previsto que nos llevaran a bordo del Lemuria.

Breaker volvió a la habitación acompañado por un hombre y una mujer que me eran desconocidos. Detrás venía Ben. Me quedé junto a la ventana, con un sándwich de jamón de máquina expendedora en una mano y los binoculares en la otra.

Breaker saludó con las manos formalmente.

—Hal Cousins, me gustaría presentarle a Nate Carson, del Instituto Nacional de Salud.

—Encantado de conocerle —dijo Carson. Estaba en la primera mitad de la treintena, con el pelo castaño que le llegaba a los hombros y un pálido rostro

alargado, de aspecto patricio. Me tendió la mano, pero negué con la cabeza, lo siento. Retiró la mano con una mirada de reojo a Breaker, y luego una sonrisa bovina—. De acuerdo —dijo.

—Y esta es la doctora Val Candle. Es de la NSA, no nos atrevemos a decir el nombre completo de la agencia, una especialista en seguridad bioinformática.

Candle parecía que estaba en la segunda mitad de la treintena. Tenía unos rasgos marcados del Oriente Medio: pelo largo y negro ceñido en un moño suelto, melancólicas cejas elegantes, grandes ojos negros débilmente maquillados con sombra de ojos, y una nariz prominente pero de porte clásico. Dependiendo de mi estado de ánimo, podía haberla encontrado agradable o increíblemente guapa, pero estaba claro que no le importaba mucho la opinión de los demás. Tenía una forma de hablar profesional y económica, con una voz profunda y un desafiante acento de Brooklyn.

—No parece que se encuentre bien, doctor Cousins —dijo Candle.

—No me encuentro bien —dije—. ¿Qué contiene el elixir aparte de laxantes?

—Desesperación y esperanza —dijo Candle—. Estamos aprendiendo mucho. Ojalá nos hubieran asignado al caso hace años.

—Vayamos al grano —dijo Breaker—. Ya les han informado sobre Washington. Puede que el presidente esté en remisión, pero aun así se niega a firmar los documentos necesarios. Eso nos limita. El vicepresidente está en Israel, el portavoz está Dios sabe dónde, así que el secretario de Defensa está al mando de esta operación por ahora. El resto de personal de la Casa Blanca está enfermo como perros. El director del FBI se suicidó esta tarde a las tres. El nuevo director de la CIA ha sancionado nuestra operación, pero porciones sustanciales de la Agencia todavía se resisten, así que pueden ser considerados como traidores o marcados exhaustivamente. Hay un comité de emergencia en marcha en el Pentágono, pero vamos a tomar la iniciativa y hacer nuestra jugada en el Lemuria. —Breaker se volvió hacia mí—. Aquí está mi sugerencia útil del día. Usted irá con ellos al Lemuria para ofrecer apoyo técnico. El señor Bridger le acompañará. Ambos tienen ya un montón de experiencia sobre las operaciones de Seda. Asignaremos a alguien para que los proteja.

—¿Cómo sabe que no estarán marcados? —pregunté.

Ben agarró el álbum de la colección de la señora Golokhova y se acercó a la amplia ventana.

—Tengo en cuenta su preocupación —dijo Breaker—. Voy a pasar las próximas horas en Washington allanando el camino con los tipos renuentes de Washington. Unos cuantos agentes de la vieja guardia y políticos, que no están marcados ni controlados por Seda, odian la idea de tener que desenterrar todos estos residuos tóxicos que creen bien enterrados. He aducido que ustedes deberían ser parte de la operación de limpieza debido a que saben lo que buscamos.

—O eso esperamos —dijo Candle.

—Habrán dos ingenieros navales aquí con los planos del barco antes de la medianoche. Eso es todo lo que voy a contarles de la operación hasta que esté en marcha —dijo Breaker—. Pero estén seguros de que habrá más.

—Podríamos introducirnos mientras esté en el puerto, ahora mismo —dijo Ben mirando por la ventana.

—Seguiremos los procedimientos —dijo Breaker.

—Como en Vietnam —dijo Ben—, sus procedimientos pueden costar un montón de vidas.

—No podría estar más acuerdo —dijo Breaker—. Pero así es como va a ser. Pueden quedarse al margen ahora si lo desean. —Salió de la habitación. Ben fue hasta la nevera para coger un paquete de seis latas de coca-cola. Sacó una de su círculo plástico y se tiró en una silla. Golpeó el álbum con los dedos y enarcó una ceja en mi dirección. Quería enseñarme algo.

Candle y Carson se cruzaron de brazos y se me quedaron mirando como si fuese algún tipo de insecto raro.

—¿Por qué la inmortalidad? —preguntó Carson críticamente.

—Ya lo discutiremos más tarde —dijo Candle—. Tenemos que saber cuáles son todos los receptores que ha bloqueado. Hemos buscado en sus artículos, pero nunca publicó todos los detalles.

Nos sentamos alrededor de una mesa en medio de la sala de estar de la suite. Abrieron sus valijas y sacaron resmas de papeles, todos con el sello ALTO SECRETO PRIORIDAD SUPERIOR, todos bordeados con tiras incendiarias que podían dispararse con un dedo.

—Van a aprender unas cuantas cosas que van más allá del simple alto secreto —dijo Candle—. Yo misma en persona les perseguiré y les arrancaré los testículos si revelan algo de esto a alguien, cuando sea, de alguna forma.

Me contuve de soltar una réplica ingeniosa. Candle no estaba de humor para bromitas, y yo estaba cansado.

—Muy bien —dije.

Nos dio su conferencia en tono seco, sin ninguna emoción discernible.

—La NSA ha estado estudiando el potencial de cifrado biológico. A nuestra división se le ha encargado la tarea de descubrir si se puede, o si ya se hace, enviar mensajes codificados genómicamente a nuestro país mediante pájaros, plantas o bacterias. Analizamos genomas bacterianos de muestras que se nos envían desde centros metropolitanos y detectamos alteraciones genómicas no aleatorias, las cuales preferimos no llamar mutaciones, en trescientas variedades diferentes de bacterias intestinales comunes. Determinamos que esas alteraciones involucraban intervención inteligente. En veinticinco o treinta de las alteraciones, se demostró matemáticamente la existencia de un esquema de autoalteración. Eliminamos la posibilidad de una inteligencia exterior como la causa e invocamos la posibilidad de una inteligencia genómica interior.

—¿Pueden hacerlo, quiero decir, demostrarlo? —pregunté.

—No puedo, personalmente —dijo con pesar.

—¿Pero sabe lo que significa eso?

—Implica que las bacterias pueden modificarse a sí mismas en todo el mundo en menos de diez años. Llámelo evidencia de cambio genómico coordinado, llámelo «pensamiento» microbiano, llámelo como quiera, pero gente en la que confío, gente brillante en su especialidad, me dicen que es cierto.

Las Madrecitas del Mundo, pensé.

—Las otras alteraciones fueron interpretadas a regañadientes como intervenciones humanas, por parte de fuerzas potencialmente hostiles, a una escala enorme. Aún más, se determinó que los cambios hechos desde el exterior no estaban destinados a cifrar señales basadas en el lenguaje, sino a alterar la función de determinados genes en bacterias comunes humanas, con el fin de que produjeran sustancias nuevas, o bien para causar enfermedad en fuerzas militares objetivo o en poblaciones civiles, o para inducir psicosis colectivas a gran escala. Un montón de nuestros gruñones biólogos soplaron y resoplaron tratando de derribarnos la casa. Apenas sobrevivimos a su asalto. Pero cuando vuestra mierda llegó al ventilador — me dedicó una sonrisa fría—, entonces se acordaron de nosotros en la Agencia.

—Muchas gracias —dijo Carson con acritud.

—¿Cuánto tiempo hace que empezaron a trabajar en ello?

—Eso no importa —dijo Candle.

—A mí sí —dije.

—Hace cinco meses, sometimos el asunto a la atención del director de la NSA. Se lo pasó a otras agencias adecuadas. Se quedó entre el papeleo, demasiado oscuro y demasiado fantástico para que actuaran en ello, hasta hace dos meses. —Candle mantuvo sus ojos fijos en mí, un párpado le temblaba—. Tres helicópteros de los marines volaron unas cuantas casas en Los Ángeles. Alguien decidió que ya era hora de averiguar qué demonios estaba ocurriendo y ponerle fin. Ahora es vuestro turno. Díganos qué han hecho.

Le conté la mayor parte de lo que sabía acerca de los secretos de la interacción bacteriana/intestinal, cómo inmunizar o alterar las variedades más comunes, cómo ajustar la ecología interior de uno para anular o subvertir setenta años de maldad humana. No mencioné la inserción de genes alterados en mis células intestinales. Tenía mis dudas de que les resultara útil; y no quería que experimentaran con sujetos sin conocimiento de causa, sujetos que pudieran incluso no ser voluntarios.

Candle tomó notas en hojas de papel especial equipadas con mapas del genoma de varios tipos de bacterias, y un mapa muy resumido del genoma humano. Cuando hubo terminado, decidió que nos tomáramos un bien merecido respiro.

Ben se sentó en un sillón excesivamente acolchado, dando sorbos a su tercera Coca-Cola y escuchando, con las cejas juntas, como si tuviera en mente escribir otro libro.

—Vigila tus testículos —le advertí.

—Es una tigresa —admitió. La suite del hotel estaba temporalmente vacía excepto por Ben y por mí. Había metido el dedo en una página específica del álbum. Dejé que se abriera en su regazo.

—¿Cuánto sabemos de verdad, Hal? —preguntó, y señaló una foto en la esquina superior de la página derecha.

Me incliné para ver. La foto mostraba cinco personas en trajes posando rígidamente en frente de un telón.

—Esta la debe de haber tomado un fotógrafo ruso y se la deben haber pasado a la gente de Golokhova. La señora Golokhova la pegó con todas las demás fotos, pero este es el último álbum que recopiló, creo. Hubo un gran congreso patrocinado por el Partido Comunista en Nueva York en 1949, el «Congreso Cultural y Científico por la Paz Mundial». También conocida como la Conferencia Waldorf. Jefazos y celebridades de todo el mundo vinieron para asistir. Fue antes de McCarthy, claro. Creo que la revista Life hizo reportajes.

—¿Y quiénes son los de la foto?

Recorrió la foto con el dedo.

—El tipo de la izquierda es un novelista, Alexander Fadeyev. Era el presidente del Sindicato de Escritores Soviéticos. Era solo otro coronel Klink en el zoo de Stalin: «¡No veo nada, no oigo nada!». Al lado está Norman Mailer, el genuino Norman el tormentoso, y judío, por supuesto. Este tío es Arthur Miller, también judío. Se casó con Marilyn Monroe, de quien se dice que se acostaba con John F. Kennedy. Entre ellos está Dmitri Shostakovich. Compositor bastante bueno, forcejeó con Stalin durante años. Pero este tío, con el corte de pelo Windsor... ¿quién crees que es?

—No lo sé —dije con irritación. Pero el perfil del quinto hombre en la foto ya se me había metido en los ojos. La nariz, las cejas, la postura...

—¿Qué es lo que de verdad sabemos, Hal? —preguntó Ben—. ¿Quién controla a quién por aquí? Tú dirás.

El quinto hombre se parecía un montón a Rudy Banning. Unos cuantos años más joven, pero inconfundible pese a todo.

—Mil novecientos cuarenta y nueve —dije—. ¿Estás seguro?

—Mira a Mailer —dijo Ben—. Solo era un jovencuelo ambicioso. Y Miller, con todo ese pelo negro. Absolutamente seguro, esta foto es de Nueva York en 1949.

—Puede que la hayan retocado.

—Hal, ella pegó la foto al álbum en 1949 o en 1950. Es parte de una secuencia de fotos sobre el congreso. Apostaría a que Maxim Golokhov estaba allí, haciendo planes con sus contactos norteamericanos.

—Podría ser una falsificación.

—No lo creo.

Miré a Ben a los ojos.

—¿Todavía quieres ir?

—No me lo perdería —respondió Ben, y cerró de golpe el álbum.

En el exterior, la noche cálida de Florida trajo consigo una constelación de luces de mercurio y sodio que se extendieron por todos los centros comerciales, aparcamientos, complejos de apartamentos y restaurantes que servían al puerto Cañaveral y a los barcos de crucero, y en particular al Lemuria. Las luces del gran navío se encendieron las últimas. Parecía una hilera de zigurats convertidos en árboles de Navidad. Solo una media docena de ventanas en los cuatro castillos estaban iluminadas; solo unos pocos de los apartamentos de lujo de la nave habían sido vendidos y ocupados.

A las nueve, Breaker volvió con los ingenieros navales. Desplegaron hojas enrolladas de planos sobre la mesa. Cada uno de nosotros llevaría un pequeño mapa que mostraría las rutas propuestas a bordo de la nave. Consideraron que los códigos de Tammy no eran de confianza. Encontraríamos otras maneras de introducirnos en el santuario de Golokhov. Pese a eso, Ben me pasó una copia del mapa esbozado por Tammy y los códigos. Los doblé y me los metí en el bolsillo.

Seguíamos operando con una variopinta colección de medios y personal. Tomaríamos «prestada» una barca de recreo de los muelles privados del puerto Cañaveral. Diez marines nos acompañarían. Otros abordarían el Lemuria desde, al menos, dos, y posiblemente cuatro, helicópteros de los guardacostas. Sumado a eso, si la cosa iba bien, dos patrulleras de los guardacostas se unirían a la fiesta.

Ben escuchaba con una expresión sobria y sombría. El plan original de Rob se iba a llevar a cabo, pero a una escala más grande de la que cualquiera de nosotros hubiese esperado.

Algo me inquietaba, una especie de reacción retardada al shock. Algo me pasaba por la cabeza, pero no podía determinar el qué. Para compensar, para encontrar tierra firme, fantaseé sobre la posibilidad de enfrentarme a Maxim Golokhov. Quería entrar a saco en sus laboratorios clandestinos y quizás obtener un par de pistas. Me lo debía.

Todos los que estaban allí me lo debían. Le eché la culpa a su ignorancia e intransigencia de todo lo que había tenido que pasar, y de la muerte de Rob. Seguiría adelante por los dos. El recuerdo de Rob se lo merecía.

A pesar de todo lo que había visto y a lo que había sobrevivido, todavía estaba obsesionado con el Largo Viaje.

Delbarco y Breaker se trajeron sus sacos de dormir todavía dentro de sus envoltorios de plástico, más toallas blancas, que apestaban a desinfectante reciente, y una caja de ALCs-Almuerzos Listos para Comer, no aptos para gourmets y nada frescos en absoluto, empaquetados en 1997.

Carson me pilló mientras me examinaba el dorso de la mano.

—¿Arrugas, doctor Cousins? —preguntó.

Cerré la mano formando un puño.

—No —dije.

19 de agosto - Océano Atlántico, Lemuria

El barco de recreo de veinte metros de eslora rebotaba sobre las olas de metro y metro y medio, siguiendo al Lemuria al Atlántico abierto. El amanecer era un resplandor lejano tan amarillo como un limón sobre el mar gris oscuro.

—El Águila ha aterrizado —dijo Breaker. Caminó hacia delante, con la mano tanteando la pared color nuez del camarote delantero, y se sentó en un banco acolchado al lado de Delbarco y enfrente de mí y de Ben—. El presidente acaba de terminar de ser desmarcado. Está con nosotros.

Candle y Carson estaban sentados tirados contra la pared del fondo, detrás de una pequeña mesa. Tres de nuestros diez marines, dos hombres y una mujer jóvenes, estaban sentados rígidamente en lujosas sillas plegables de cuero, vestidos de camuflaje para el desierto que dudaba que fuese efectivo a bordo de un crucero. Tenían los cascos sobre los regazos y escuchaban atentamente todo lo que decíamos, con una intensidad y concentración que me impresionó.

Iba por mi tercera taza de café fuerte. Me había sentido fatal desde que me desperté, mareado y desorientado, hacía unas cuatro horas.

Breaker miraba cómo se acortaba la distancia entre nosotros y el crucero.

—No vamos a conseguir todo lo que pedimos. En Washington hay más revuelo que nunca. El secreto se ha ido al traste; algún senador se fue con el cuento a los propietarios del barco y les dijo que estábamos en camino. Para cuando lleguemos, tenemos la esperanza de que los contingentes de los guardacostas nos hayan asegurado ya la cooperación del capitán y la tripulación. Abordaremos el barco después de que hayan tomado el control.

Nadie hizo ningún comentario sobre las apariencias. Todos sufríamos los efectos del oleaje y de otra ronda de elixir, que incorporaba aún más bacterias modificadas, fagos en incubación dispuestos a expresar ARN mensajero antisentido. Teníamos un estupendo mareo de alta tecnología, estábamos zumbados e irritables, y nadie podía decirnos lo que íbamos a encontrar en las entrañas de la ciudad flotante.

El Lemuria estaba ahora a ocho kilómetros frente a nosotros y con rumbo sur-sudeste a una velocidad de unos cinco nudos. Carson y Candle se volvían más tensos conforme el día clareaba.

Ben y yo subimos a la cubierta para coger algo de aire fresco. Los biólogos nos siguieron unos momentos después. La espuma de las crestas de las olas y el romper de la proa nos produjo un escalofrío salado hasta los huesos, pero me sentó bien. Mi estómago dejó de revolverse como un perro, y empecé a creer que no iba a fracasar

miserablemente en el próximo par de horas.

Carson y Candle se me pegaron como si tuvieran algún problema pendiente conmigo. Como quería algo de soledad, y oliendo los problemas en el aire, Ben se adelantó.

No aprecié que me dejara abandonado y superado en número.

—Maldición, es grande —dijo Carson. Sacó un folleto de una inmobiliaria del bolsillo de la chaqueta y lo desplegó contra el viento. Un corte esquemático del Lemuria ocupaba tres grandes paneles—. Lo conseguí en puerto Cañaveral. Líneas Bel Canto y la Asociación de Vida Marítima Americana... ¿no es bonito? El apartamento disponible más barato, un millón y medio.

La popa del Lemuria se alzaba a casi treinta metros sobre la línea de flotación, sin contar cuatro miradores en terraza, un restaurante y cubiertas de ejercicios que añadían otros veinte metros adicionales. Más allá de las cubiertas inclinadas, barridas por un jirón extraviado de un banco de nubes bajas, se elevaba el cuarto castillo, llamado Élite, un rascacielos marino culminado por las alas verde jade y la cúpula blanca del centro de reunión y el gimnasio olímpico de popa.

—¿No hay recintos para los criados? —dijo Candle con desprecio—. Para qué molestarse.

—Una tripulación de setecientos, más una población de unos mil trescientos esclavos asalariados permanentes, para atender sus más mínimos deseos.

—La otra mitad —dijo Candle—. ¿No son adorables? —Se volvió hacia mí con ojos sombríos, críticos—. Su clase de gente, doctor Cousins.

—¿Y eso?

—Ha estado dando vueltas con el sombrero en la mano, prometiéndole la inmortalidad a cada millonario que se encuentra. Debe de haber unos cuantos objetivos potenciales en esa multitud. — Señaló con la barbilla hacia el barco gigante, con la mandíbula tensa por la ira como un bulldog.

—Sí —dijo Carson—. Justo lo que el mundo necesita: plutócratas inmortales.

—Mi trabajo es para todo el mundo —dije.

Candle sacudió la cabeza.

—Qué noble. Qué increíblemente ingenuo. Se cómo trabajan los hombres poderosos. En la NSA, nos pasamos el día escuchando sus desagradables secretitos.

—Es nuestro derecho —insistí. Mis palmas empezaron a sudar de nuevo. Me estaban haciendo considerar ese pensamiento indefinido, esa hipótesis en bruto que apenas podía articular—. ¿Quién va a decirnos que no podemos vivir tanto como queremos?

—Ellos —dijo Candle, señalando el Lemuria—. Cada uno de esos ricos hijos de perra, jefazos, líderes religiosos, demagogos, fascistas morales, comunistas, nacionalistas. Dirán que es pecado. Lo harán ilegal. Pero lo que de verdad estarán diciendo es —apuntó con un dedo tenso a la brisa—: «Es malo para todos excepto para mí».

—Lucharemos contra ellos —dije.

—No, no lo hará —dijo Candle. Se agarró a la baranda con una mano cuando el oleaje aumentó—. Usted tendrá montones de clientes. Usted les cobrará una fortuna. Yo perderé, mis hijos perderán. Todos los que conozco y me importan. La misma gente que compra a los políticos pagará miles de millones para continuar vivos. ¿Cuánto vale la vida? Para ellos será calderilla. Un centenar de años a interés compuesto, y comprarán el planeta entero.

—De la misma manera que acaparan todo el dinero, las patentes importantes y las mujeres bonitas —añadió Carson.

—Cuidado —dijo Candle adoptando una pose—. No se quedan con todas las mujeres bonitas.

No podía decir si realmente estaban enfadados o solo se metían conmigo.

—Deberíamos atenernos al trabajo que tenemos que hacer —dije, pero me salió como un murmullo.

—Ha abierto esta pústula, y ahora nosotros vamos a ir a limpiar el pus.

—Valor —dijo Candle, a Carson, no a mí.

—Lo que quiero saber es ¿qué es lo que hizo para provocarlos? ¿El Golokhov ese está celoso de usted, o es que quiere toda la gloria para sí?

—No lo sé —dije.

—¿Cree que sabe algo que usted no?

—No he hecho nada malo —dije, en un tono demasiado alto—. Investigo sobre extensión de vida. Voy a ciudadanos particulares que tienen dinero porque la comunidad médica cierra filas sobre el tema, y el gobierno rehuye considerar la posibilidad...

—Seguridad social —murmuró Carson.

Candle me dedicó una mirada llena de lástima.

—¿Cuánto tiempo quiere vivir? —pregunté—. ¿Cuarenta años? ¿Tanto como un tipo de Bangladesh?

—Cronóvoros —dijo Carson con asco—. Plutócratas que se dan el banquete y dejan las sobras para los demás.

Supe que era inútil, pero intenté una nueva táctica.

—¿Habría hecho algo alguna vez el gobierno si no nos hubieran perseguido? Han estado tirando de los hilos durante décadas, y puede que con su ayuda. ¿Han pensado en eso? Quizá les he hecho un favor.

Carson resopló.

—Gracias por su preocupación.

Candle se dio la vuelta con el mismo gesto que Julia había usado una vez, asumiendo la misma postura femenina de que yo no merecía más consideración.

Una vez más era un Jonás. Yo tenía la culpa de todo. ¿Por qué me ocurría esto cada vez que me subía a un barco?

Repentinamente, la tensión se rompió. Tenía que reírme. La risa era genuina, la

mejor que me había dado desde que veía dibujos animados en la tele cuando era un chaval.

Candle y Carson me miraron con lástima.

Lo que sentía era la clase más rara de risa tonta, demasiado tonta para ser cínica. Sabía que llevaba puesta la última armadura de chico listo, una sonrisa enorme. Era la única armadura que me quedaba, la única armadura que en realidad había tenido siempre.

Me adelanté, limpiándome los ojos con los puños de la camisa, disfrutando del viento de nuestro avance. Ben estaba sentado como un Buda gris cerca de la proa, detrás de una mampara contra el viento, sumido en la contemplación de una cuerda ordenadamente enrollada. Un helicóptero Sea King naranja y blanco de los guardacostas rugió sobre nuestras cabezas, aproximándose desde el aire al Lemuria. Ben alzó la vista y se protegió los ojos contra la claridad oriental. Un segundo helicóptero siguió el rastro del primero.

—Justo a tiempo —dijo. Observamos cómo daban vueltas en torno a los castillos en forma de zigurat como fans alrededor de Madonna.

—¿Soy un puñetero monstruo, Ben? —pregunté, arrodillándome a su lado.

Dobló los dedos índices y se los llevó a su labio superior, formando los colmillos de Drácula.

Mi risa se convirtió en un hipido solitario y desapareció.

—¿Era Rob un monstruo? ¿Habríamos terminado los dos como Golokhov, esclavos de los Stalin y los Beria?

—Escucha a Orwell, pequeño saltamontes —dijo Ben parsimoniosamente.

—¿Qué pasa con Orwell?

—La verdadera y auténtica voz del siglo veinte. —Ben trazó comillas en el aire—. «Si quieres tener una visión del futuro, imagina una bota pisoteando un rostro humano... para siempre».

—Tú también, ¿eh?

—Solo soy un envejecido hijo de perra que ha hecho algunas cosas moralmente dudosas —dijo Ben—. No quiero vivir para siempre, no sin Janie. El estar con ella se llevaba los malos recuerdos. Ahora, me voy a pasar los próximos años entrando y saliendo de una caja que cada vez contendrá menos botellas de Jim Beam. O puedo morir en algún momento del próximo par de horas. Prefiero lo segundo. La historia es un chiste malo, y era la única pasión que me quedaba.

—Yo no puedo sentirme así —dije, con la garganta tensa—. Hay demasiado por ver y aprender. La historia no se repite.

—No puede —dijo Ben—. Tartamudea demasiado. La verdad es que la historia no puede siquiera recordar las frases de su guión.

—Por Dios, lo digo en serio.

—¿De qué te reías hace unos minutos? Ese es el verdadero espíritu. Fúmate un condenado porro y carga el fusil. Inhala algo de maría para darte fuerzas y disponte a

conocer al Hombre. —Gesticuló con el brazo, adelante carretas, e imitó a John Wayne—. Ríete en sus caras, peregrino.

Me dejé caer a su lado, dejando escapar el aliento en un soplido. Mis pensamientos eran como una película de aceite en los bordes de un charco.

Ben se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello gris.

—Que lo jodan. Es cháchara de guerra. Estuve con Rob... te lo juro, Hal, no era muy diferente de estar contigo. Observé cómo trabajaba. Admiré su cerebro y cómo se mantenía firme contra la locura. Dios, era un loco pero valiente hijo de puta, y quizás era la clase de persona que se merecía otros cincuenta, o cien o un millar de años más para poder pensarse las cosas.

Eso me confundió aún más.

Ben se inclinó hacia delante.

—La vida es para aquellos que todavía tienen ilusiones. Abre tu clínica, y mira cómo hacen un surco ante tu puerta. Quizá me una a ellos. Todos somos unos hipócritas acerca de la muerte, y la vejez asusta, también.

—No es para mariquitas —dije.

Me da un pánico terrible. Mi padre había sido tan fuerte como un árbol, una presencia constante en mi mente infantil, hablaba con tacos y muchas veces estaba enfadado, pero se podía confiar en que se arrepintiera cuando estaba sobrio y te comprara una bicicleta (por la cual nos habíamos peleado Rob y yo) o que nos llevara a hombros.

Papá. Papi. Mon Pere. No era un árbol, sino un vegetal, pudriéndose por dentro y convirtiéndose en un montón del Abono de Dios empapado en sangre.

—Creo que cuando esto termine deberíamos comparar notas —dijo Ben—. Tengo la impresión de que estamos equivocados completamente en algo de lo que ocurre por aquí.

Durante un momento me puse a la defensiva y no sabía por qué. Entonces puse cara de atender a razones.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estamos intentando no pensar en Rudy Banning, ¿no?

Cierto. Había demasiadas otras cosas de que preocuparse. Que le den a la enigmática foto. Era un error.

Ben se concentró en el barco. Los helicópteros habían aterrizado y desembarcado a sus equipos. El Lemuria frenó la marcha. Observamos cómo se deslizaba sobre la superficie del mar antes de detenerse completamente.

El barco de recreo lo seguía a unos quinientos metros o así. Una cinta de humo se elevó de un respiradero del Lemuria, justo por encima de la cubierta principal y delante de la segunda torre. Podía haber sido un fuego de cocina. Las alarmas sonaban débiles y frenéticas a través del mar picado.

—No me gusta —dijo Ben con un perruno movimiento de cabeza—. Vamos a entrar sin coordinación en el nivel superior y con poquísimos recursos. No creo que

tengamos ni idea de a lo que vamos. Va a ser como apretar un grano inmenso.

Nuestro barco dio un acelerón, con los dos motores diesel gemelos rugiendo como leones. El Lemuria dominaba la vista ante nosotros, brillando en blanco y verde jade, con su centenar de portillas y ventanas resplandeciendo a la luz reciente de la nueva mañana, una montaña de acero y cristal provocando un surco profundo en el mar.

—Se parece al Purgatorio —dijo Ben—. Vayamos a reunimos con los otros.

Breaker soltó la radio en la cabina principal y nos dijo que éramos los siguientes.

—No parece que todo sea óptimo —dijo, pasando a mi lado con el entrecejo fruncido—. Pero nos han dicho que subamos a bordo y que nos dirijamos al primer castillo.

Salimos de la cabina y nos dispusimos como si nos fueran a sacar una foto de grupo, que cogiera el puente y la parte inferior. Delbarco nos pasó a cada uno de nosotros un brazalete naranja y les dio a los civiles una pistola.

Nos habían dado previamente un chaleco antibalas y una pistolera.

—Mantengan el seguro puesto. No disparen sin que se lo ordenen, a menos que estén lejos de su equipo y se encuentren en peligro inminente. —Breaker cogió un walkie-talkie que le tendió Delbarco y se alejó un par de pasos para hablar en voz baja. El ceño se le hizo más pronunciado.

La pistola me ofreció poca sensación de seguridad.

La popa del Lemuria cortó el cielo azul encima de nosotros. En el interior, entre las paredes de los cascos gemelos, la plataforma de desembarco había descendido como la mandíbula de un pez prehistórico. El espacio entre los cascos se había convertido en un gigantesco muelle móvil, una boca de hierro esperando pacientemente a tragarnos.

Breaker le pasó el walkie-talkie a Delbarco. Delbarco habló rápidamente detrás de una mano haciendo pantalla. El barco de recreo cortó el agua justo delante de una barricada de lonas naranjas que bloqueaban la entrada. Había voces que gritaban en varios idiomas dentro de la caverna, y finalmente fueron dominadas por una voz masculina profunda que hablaba inglés con acento de Texas.

Luces brillantes ardían en el interior del muelle, como estrellas naranjas y azules en la cueva de un cíclope. A través de mis binoculares pude divisar cuatro yates que estaban fuera del agua sobre lanzaderas. Se balanceaban suavemente en la brisa del oeste que corría entre los cascos, esperando a sus dueños cuando estos desearan escapar al tedio del mayor crucero de lujo de la Tierra. Lanchas de excursión se aferraban a las paredes como larvas en una colmena.

Sonó una sirena y repicaron las alarmas cuando la barricada de lona se retiró a un lado gracias a un poste mecánico. Nuestro barco dejó a regañadientes la luz del día y se introdujo en el resplandor de mercurio azulado de las lámparas de vapor en hileras a los lados. El muelle parecía aún mayor desde dentro. Dos de las zodiacs de

emergencia del Lemuria tripuladas por hombres en trajes de neopreno — probablemente no formaban parte de la tripulación del barco— nos ayudaron a guiar a un punto de atraque a unos ciento cincuenta metros en el interior de la plataforma de estribor.

Marines en traje de combate nos saludaron en el puerto. Una masa de trabajadores portuarios poco cooperativos nos hizo promesas en francés, español, portugués e inglés macarrónico de nuevos orificios en nuestros cuerpos por cometer lo que libremente tradujo, con ayuda de mi español de instituto, como piratería en alta mar. Temían por sus puestos de trabajo, por el dinero que enviaban a sus familias en Jamaica, Tobago, Acapulco, Miami, Corpus Christi, Puerto Príncipe.

Breaker nos empujó sombríamente, nuestra escolta de marines hacía las veces de parapeto. Ahora llevaban armadura ligera completa, cascos de combate y los brazaletes naranjas requeridos.

—Va a mejorar —nos dijo Breaker cuando entrábamos en un gran ascensor de cristal—. El equipo C se mueve hacia popa para unirse a nosotros. Son los que llevan nuestros trajes aislantes. El equipo B ha ido al puente. El capitán del Lemuria cree que estamos llevando a cabo una operación antidroga de los guardacostas. Dice que tiene instrucciones de los dueños del barco en Florida de cooperar. Pero también dice que hay unos mil huéspedes a bordo, ricos inversores y posibles compradores.

Candle cruzó su mirada conmigo pero no dijo nada.

—Eso va en contra de la información que tenemos. Tendremos que estar alerta —dijo Breaker—. Nada de disparos sin una orden directa.

Ben se mantenía cerca. Carson y Candle agarraron sus maletines de aluminio contra sus pechos y miraron directamente hacia delante, hacia la puerta del ascensor, pese a la vista que se abría ante ellos mientras el ascensor se elevaba de su pozo oscuro y subía por el costado del barco.

Salimos en la primera cubierta del castillo cuatro y atravesamos un vestíbulo alfombrado pero sin terminar —mármol auténtico y oro falso, muy al estilo Las Vegas— hasta la terraza acristalada. Escaleras mecánicas subían y bajaban por todos lados. Nuestros marines de camuflaje destacaban como manchas de barro en un templo griego.

Aproximándonos a la baranda mirando hacia delante, inspeccioné el cristal curvo que recorría la mayor parte del estribor del Lemuria, protegiendo cinco niveles de paseos, cafés y bares elegantes.

—Se parece a South Coast Plaza —me dijo Ben en voz baja—. Pero yo diría que es más grande.

Los trabajadores nos dedicaban miradas de curiosidad y recelo pero continuaron clavando tabloncillos, extendiendo enormes rollos de alfombra cortada y cargando pilas de sillas almohadilladas envueltas en láminas de plástico. La habitación olía a pegamento, alfombras nuevas y tela. Enormes ventiladores, como los que se usan en los estudios de cine, aireaban los olores a través de segmentos abiertos en la terraza.

Breaker trasteó con su mapa doblado.

—El equipo C debería estar aquí para escoltarnos —dijo. Delbarco señaló.

Una mujer alta en un camisón azul ceñido se asomó por una puerta amplia y se adelantó a cuatro agentes de los guardacostas y a dos marines. Su voz llegaba desde el otro lado del vestíbulo inacabado y resonaba como una campana áspera. Cuarentona, bronceada con un tono chocolate cobrizo, ojos grandes y prominentes con el blanco brillante, adornada con un chillón lápiz de labios y sombra de ojos azules, parecía a punto de estallar.

—No creo tener ninguna razón para cooperar. No me importa lo que diga el capitán Moustakis. Los pasajeros están enfadados, nadie dice nada que tenga el más mínimo sentido, y...

La mujer cerró la boca de golpe cuando los dos grupos se reunieron. Observó a los nuevos invasores con un enojo leonino.

—Teniente —le dijo Breaker a un joven agente de los guardacostas—. ¿Dónde están nuestros trajes?

—No han llegado, señor —dijo el teniente—. El comandante pensó que eran superfluos.

—¿De dónde demonios sacó la autoridad para esa decisión?

—No lo sé, señor.

—Mierda —dijo Delbarco—. Estaba marcado.

—No lo sé, señora.

Por primera vez, Delbarco pareció a punto de perder los estribos. Se quedó mirando al suelo, apretando los músculos de su mandíbula espasmódicamente. Breaker la observaba atentamente. Sacudió la cabeza.

—Estoy bien.

—No podemos detenernos ahora —dijo Breaker, pero tenía los hombros encogidos y por un momento pareció un niño al que han castigado.

—Usted —dijo la mujer, concentrándose en Breaker—. ¿Qué demonios se supone que tenemos que hacer? ¿Darles los pasaportes y las tarjetas de embarque y hacernos a un lado? Este es un barco de propiedad y financiación privada...

—Registrado en Liberia y lleno de pecado —dijo Breaker con la paciencia agotándosele—. Solo díganos el camino al castillo Aristos.

—Tengo mejores cosas que hacer, créame. Tenemos a un millar de huéspedes indispuestos en la sala de banquetes...

—¿Indispuestos? —preguntó Candle, alzando la cabeza como si le hubieran hecho una señal para que entrara en escena.

—Eso diría. Hubo una alarma de incendio y los aspersores lo empaparon todo. Un olor horrible. Ahora todos vomitan y se desmayan y lo achacan a comida en mal estado o al mareo. Es completamente ridículo: el barco tiene los mejores chefs del mundo, setenta y ocho estabilizadores y una estructura de aluminio y acero de primera clase. Es el barco más firme y grande jamás construido. ¡Tengo que volver

allí y hacer mi trabajo!

Delbarco se adelantó, con el permiso tácito de Breaker: de mujer a mujer.

—Señora, tenemos cerca de una hora para terminar lo que hemos venido hacer —dijo la agente del Servicio Secreto—. No tiene ni la más remota posibilidad de entender por qué estamos aquí, y de todas formas no se lo diríamos. Baste decir que a menos que desee un montón de muerte y destrucción, ¡cierre la puta boca y llévenos a donde le pedimos!

La mujer absorbió esta explosión con algo de resistencia, obviamente acostumbrada a hacer de pararrayos con clientes difíciles.

—Tengo un nombre —dijo— Espero que lo use y me trate con el debido respeto. Soy la señora Holloway.

Delbarco puso los ojos en blanco.

—Muy bien. Señora Holloway, por favor llévenos.

Ben miró la pequeña multitud como un farero evaluando el tiempo, con una sonrisa tensa de p a y aso en la cara.

—¿Ese es tu rostro de guerra? —pregunté en voz baja.

—No hay trajes. Estamos jodidos —dijo Ben—. Es una jodienda mental estándar.

—¿Porqué?

—¿Intoxicación alimentaria, Hal? —preguntó.

—¿Hay algo con lo que les gustaría contribuir? —gritó Delbarco. Breaker dio un respingo al oír su voz, así como la señora Holloway en su ceñido camisón azul—. ¡Díganos cómo llegar allí! —ordenó Delbarco.

—Los trenes funcionan —dijo la señora Holloway, parpadeando rápidamente—. Siguen la galería interior. Recorre toda la longitud del barco, dividiendo los siete primeros pisos de cada castillo. El expreso ejecutivo es la manera más rápida de moverse a bordo del Lemuria. ¿Hay otros... de su grupo que los esperen?

Si no podía hacer que nos fuéramos, quizá fuera hora de tratarnos como invitados difíciles.

—Los hay —dijo Delbarco.

—Entonces los ayudaré a ponerse en contacto con ellos. —La señora Holloway le dio un tirón a la cintura de su camisón, ciñéndolo sobre una disciplinada figura a lo Nancy Reagan. Tembló durante un instante, eliminando su ira, y se ajustó el peinado con gestos suaves con las manos mientras nos conducía a una escalera mecánica—. Si hay algo más que necesiten saber acerca del Lemuria, por favor pregunten.

Subimos al expreso, un tren completo estilo aeropuerto que recorría un único camino con ruedas de goma. Rodó sobre la galería central con absoluta suavidad. Incluso para alguien que hubiese estado en Las Vegas, la galería del Lemuria dejaba boquiabierto, más de cuatrocientos cincuenta metros de largo, una línea recta que atravesaba como un tiro el eje del barco. Casi podía sentir el peso sobre nuestras cabezas de los cuatro grandes castillos que interrumpían los largos tramos de luz celeste. El expreso nos transportó a través de cavernas azules de cubiertas

estratificadas, paredes de cristal punteadas de mosaicos iluminados por neones y fibra óptica, escaleras mecánicas elaboradas con lo que parecía cristal y tachonadas de luces de fosforescencia marina. Cuando dejamos atrás las señales que advertían que habíamos llegado a la base del castillo Aristos, pasamos rodando a través de un soleado palacio cretense que hubiese hecho que Minos se desmayara de envidia. Un minotauro gigante robótico apoyaba los pies a ambos lados de la vía, haciendo subir y bajar un hacha dorada de doble hoja.

Estábamos trescientos metros más cerca de la proa.

Cuando las puertas del tren se abrieron, oímos gritos y el eco de disparos desde arriba. Un grupo de obreros en monos azules transportaba frenéticamente cajas rojas de herramientas y un compresor a través de una espaciosa sala de suelo y paredes de mármol, parlotando en alemán y poniéndose fuera del camino tan rápido como podían.

Una ancha puerta deslizante a nuestra izquierda, incrustada con hipocampos, se abrió con un clic. Un marine salió tambaleándose y tiró a un lado su rifle. Levantó los brazos, con los dedos tanteando como si no pudiera ver, pero sus ojos se movían bruscamente de un lado a otro, siguiendo las paredes, el techo. Empezó a correr y tropezó con una columna de acero bruñido, yendo a caer contra una pila de alfombras enrolladas; entonces se agarró a las alfombras como un bebé mono a una madre sustituta de trapo. Tres de nuestros marines salieron corriendo para ayudarlo.

—¡Alejaos de él, joder! ¡Permaneced juntos! ¡Centrados en el objetivo! —ordenó Breaker—. Puede que esté contaminado. Llamen a un médico. ¿En qué puñetera cubierta estamos? ¿Dónde estamos?

El marine asustado gimió e intentó trepar y esconderse.

La señora Holloway pareció darse cuenta al final que Delbarco no era propensa a la exageración.

—Dios mío —Se rascó la mejilla con una uña con manicura, dejando una franja blanca en ella—. Ese pobre hombre.

—¿Dónde estamos? —gritó Breaker. Delbarco señaló con el dedo el mapa y lo sostuvo para que lo viera Holloway.

—Están justo debajo del castillo Aristos —respondió débilmente Holloway—. Cubierta B, adyacente al residencial Concha Espiral. —Buscó las palabras mientras su cuerpo expresaba mucho más claramente su opinión instintiva—. Aristos es el primer castillo de alojamientos a precio medio, con las mejores instalaciones deportivas a bordo. Alguien debería ayudar a ese pobre hombre.

—Hay un hospital en este castillo. ¿Dónde? —preguntó Breaker.

—Hay cinco hospitales en el Lemuria —explicó la señora Holloway—, y diecisiete clínicas, con ciento cincuenta...

—Queremos el hospital del primer castillo —dijo Delbarco—. El centro médico Goncourt.

El teniente de guardacostas respondió a su walkie-talkie.

—Esa es una instalación privada, el Centro de Entrenamiento Goncourt —dijo la señora Holloway—. Medicina deportiva. Todavía no está abierto, y la verdad es que no es un hospital público.

—Tenemos órdenes de salir de aquí —interrumpió el teniente—. Se acabó. La operación ha sido cancelada. Tenemos que reunimos con nuestro equipo de helicóptero en el helipuerto, o dirigimos a la plataforma de proa, lo que quede más cerca.

—Es una orden para que nos dividamos. Ignórenla —aconsejó Ben.

El teniente se le quedó mirando.

—Algo va mal, y yo tengo mis órdenes —insistió.

—Vayanse —le dijo Breaker—. Nos quedamos con los marines.

—Señor, con todo el respeto, nosotros...

—¡Fuera! —gritó Breaker, y Delbarco se acercó para dedicarles su mirada de papel de lija.

Los guardacostas se retiraron, renuentes. Los marines se quedaron.

—¿Podría irme yo también? —inquirió la señora Holloway con esperanza.

—Al hospital —insistió Delbarco, cogiéndola por el codo.

No importaba cuánto hubiésemos estudiado los planos y los mapas: en diez minutos estábamos perdidos. Las cubiertas del barco eran un laberinto de pasillos, paseos, galerías, conductos de ventilación de varios niveles, salas de descanso, bares, restaurantes, tiendas. Todo en diferentes grados de construcción. Subimos por una larga escalera mecánica en el interior de las cubiertas y nos quedamos mirando una inmensa cristalera tintada para iluminación natural que hacía las veces de techo. Giramos a la izquierda en el atrio, nos volvimos hacia otra escalera mecánica...

La señora Holloway empezaba a palidecer.

Salimos al paseo de estribor, mirando una hilera de puertas que se abrían a apartamentos vacíos.

No estábamos donde queríamos.

Las barricadas de material y equipo de construcción habían dejado a la señora Holloway tan confusa como al resto de nosotros. Media hora después de giros y vueltas y medias vueltas solo para volver a donde habíamos empezado, se echó a llorar.

—No han puesto las señalizaciones todavía. Vamos demasiado rápido —dijo—. Quiero saber, por favor, ¿estamos en peligro? No puedo ayudarlos. Estamos fuera de mi área.

Ben y Delbarco caminaron con el mismo paso hacia el ojo de buey más cercano. Delbarco levantó el rifle y disparó una descarga. El cristal de seguridad erupcionó en un millón de diamantes voladores. La señora Holloway se encogió y se cubrió los ojos con la mano.

Ben se asomó al interior y miró hacia arriba, a los lados, abajo.

—Por ahí —concluyó, y señaló con el dedo en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Delbarco asintió.

Nos acercamos a una puerta de acero contra incendios que bloqueaba el paso a un amplio pasillo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó un marine, arrugando la nariz. Algo olía intensamente a podrido.

—La alarma ha sido desactivada —dijo la señora Holloway—. Esta puerta debería estar abierta.

Sacó una llave de su monedero y la insertó en una caja roja. La puerta se deslizó a un lado obedientemente. Un fluido se abalanzó y empezó a inundar la cubierta.

Retrocedimos, asaltados por un hedor increíble, como diez mil mofetas podridas. Un flujo de un líquido parecido al pus empezó a acumularse a nuestros pies, rosa y verde, lleno de cuajarones amarillos.

La compostura de la señora Holloway se desintegró en un ataque de histeria.

—Dejad que se vaya —dijo Delbarco. Breaker cogió a la señora Holloway por los hombros y le señaló la dirección de popa. Salió corriendo con rápidos pasos espasmódicos, con el camión levantado para dejar libres las piernas y sin volver la vista atrás.

—Dígannos qué es esto —le preguntó Breaker a Candle y Carson.

—Se parece y huele como fluido contaminado —dijo Carson.

Breaker exhibió una mirada sardónica de decepción. Se volvieron hacia mí.

—Es un cultivo —dije. Señalé un hilo de cieno que colgaba de un aspersor del techo—. Alguien conectó una cuba a los aspersores contra incendios.

Eso explicaba el fuego de la cocina, la débil cinta de humo; el sistema de aspersores había sido activado deliberadamente, y no por nuestros equipos.

Breaker cerró los ojos.

—No hay trajes.

Delbarco preguntó:

—¿No estamos inmunizados?

—Alguien abrió la boca —dijo Ben—. ¿Qué os apostáis a que Golokhov está probando algo nuevo?

Cuatro de los marines empezaron a toser. Gesticularon con las manos, tosiendo aún más fuerte, pidieron disculpas, y luego se doblaron y cayeron de rodillas. Pese a sus resuellos, vi que sonreían; la tos se convertía en risa.

Otros dos sacudieron la cabeza y sostuvieron sus fusiles como si quisieran mantenerlos limpios en caso de que los restantes marines empezaran a vomitar.

Candle parecía lista para convertirse en piedra. Carson retrocedió, quitándole el seguro a su pistola.

—Histeria —dijo Delbarco—. ¡Aquí no hay nada!

—Aerosoles —dije—. Puede que haya una neblina por todo el barco. Bacterias, fagos... Hemos estado respirándolo desde hace algún tiempo. Directamente a

nuestros pulmones.

Delbarco puso una cara como si le acabaran de pegar una patada en el estómago.

—Maldición —dijo. Alzó su rifle de nuevo—. Poneos en pie. Tenemos que seguir adelante.

Breaker puso su mano en el cañón del arma. Delbarco lo quitó de un empujón y lo miró sombríamente.

—Joder —dijo Breaker.

—Vamonos —me susurró Ben—. No nos quedemos aquí. —Me tomó del brazo y empezamos a alejarnos. Uno de los marines tendidos en el suelo nos miró y echó mano a su rifle.

—Señora —dijo.

Delbarco lo ignoró. Tenía la mirada fija en Breaker.

—Estamos siendo influenciados —dijo Breaker—. No tenemos otra elección excepto volver al barco.

—No estoy de acuerdo —dijo Delbarco.

—Yo estoy al mando.

—Y yo no voy a abandonar la misión por culpa de un cubo de pus, maldita sea.

—Muévete —me ordenó Ben en voz baja. —Suelte el arma, agente Delbarco —ordenó Breaker.

—¡El país entero está en peligro por lo que ocurre aquí!

—Suelte el arma.

Miré por encima de mi hombro. Breaker ponía cara razonable, incluso agradable. Adelantó la mano y carraspeó.

Delbarco disparó. Breaker golpeó de espaldas contra una pared y las balas zumbaron y silbaron por la cubierta. Una de las balas que rebotaron le dio a un marine en la nariz. Cayó hacia atrás y su arma se disparó.

Sentí el viento cuando un disparo pasó junto a mi oreja.

Ben tenía razón. Intentar asaltar el Lemuria y enfrentarnos a Maxim Golokhov era de verdad como intentar apretar un inmenso grano. No habíamos progresado tanto como habíamos deseado con nuestro elixir. Ben lo había supuesto, y supongo que yo mismo me lo había imaginado; todos podrían haberlo imaginado. Golokhov se había pasado setenta años estudiando los microbios.

Corrimos hacia la escalera mecánica y subimos los escalones de tres en tres.

Ben y yo nos dividimos cuando nos encontramos a un grupo de cuatro marines con brazaletes azules, que usaban las luces del techo para prácticas de tiro.

—Mierda de pollo —gritó uno de ellos. Ben salió en línea recta por el corredor mientras yo cogí una estrecha escalera.

Intento recordar en una secuencia lineal qué ocurrió a bordo del Lemuria en las siguientes horas. Me gustaría contar la verdad, pero incluso en aquel momento la verdad era un artículo escaso, sujeto a muchas falsificaciones. Estaba mejor que

algunos de los que vi, pero en quince o veinte minutos estaba sudando como un cubo de hielo en un pantano. Por dentro me sentía con un frío glacial, pero mi piel estaba caliente y húmeda, y el aliento me olía —o eso pensaba yo— como las vaharadas de un cubo lleno de alquitrán caliente.

Me sentía algo feliz, pero no tanto que pudiera reírme de mi estado.

Al principio no tenía miedo. Tenía una especie de ganas de pasear y ver cosas. Me sentía como una hormiga conducida por su parásito esperando al pájaro. Solo que no quería saber cómo era el mío.

Sabía que mi pájaro no era un pelotón de marines, con los uniformes empapados y apestando, mezclados con parte del personal de cocina con gorras de chef y delantales manchados de fluido. Tenía que evitarlos. Se dedicaban a dispararle alegremente a una enorme escultura colgante en un área de bares de techo alto, esquivando las largas dagas de cristal que hacían caer del techo. Fragmentos de cristal verdes y azules cubrían la pista de baile de roble. Uno de los marines no se había movido con la suficiente rapidez y un largo cuchillo de cristal azul se había introducido en el muslo y lo había clavado al suelo. Miró con pesar el estado en el que se encontraba, y luego se echó a reír con el resto, doblándose en espasmos, tirando de la carne de su pierna como perro al que han atado con correa corta.

—¿Alguien quiere apostar cuánto tiempo pasa antes de que se rompa? —dijo gritando.

Disparos y gritos de alegría se alzaban del interior de un jardín tropical bajo otra cubierta de cristal. Marines y guardacostas se habían dividido en bandos y se usaban los unos a los otros para hacer prácticas de tiro. Se daban puntos por disparos, y mientras los escuchaba, ráfagas de rifle reducían el número de voces. Mejor sería que evitara el área completamente. Seguí adelante cruzando el barco hacia el lado de estribor de la cubierta A, o eso creo.

Continué por un pasillo alfombrado con paredes de mármol remachadas con cierres de oro. Era hermoso, pero mi cabeza empezaba a despejarse y me sentía un poco ansioso. Pensaba sobre destajo, machete y régulus. Quizá mi hermano no era tan bueno como todos pensaban, Lissa incluida. Quizás esas alteraciones nos habían predisuesto involuntariamente a los efectos de las defensas del Lemuria.

O quizá sabía que me protegerían a mí, por mis modificaciones genéticas... pero no protegerían a los otros.

Llegué a una balconada (no tenía ni la más mínima idea de cuál sería el término náutico) que sobresalía por debajo de una gran ala prominente que supuse sería parte del puente. Eso me dejó justo enfrente de Aristos.

La balconada dominaba el lado de estribor de la proa, toda una colina de ladera suave con líneas de ventanas esparcidas, brillando como la hoja de un cuchillo contra el gris del mar. Dios, se hacía tarde. El cielo hacia el este estaba oscuro, y hacia el oeste se difuminaban las últimas trazas de un ocaso flamígero. De qué manera se había distorsionado y acelerado el tiempo. Me quedé allí durante un momento,

disfrutando del aire fresco, y luego decidí que no intentaría escapar. Encontraría el hospital de Goncourt por mí mismo.

Tenía unas cuantas preguntas que hacerle al Amo. Le ofrecería mis respetos en persona, y luego me rendiría. La Historia había ganado. Eso era todo, expresado en pocas palabras. Maxim Golokhov era el siglo veinte. Era mi historia. Y había ganado definitivamente esta guerra, una en la que, para empezar, nunca quise luchar.

Justo cuando me daba la vuelta para volver dentro, oí una rápida sucesión de chasquidos, como palomitas de maíz haciéndose en el interior de un tambor de metal. Miré hacia popa y vi varias columnas de humo, negras y agitadas por la brisa marina, alzándose desde el lado de estribor. Otra humareda se les unió, y luego más chasquidos. Puede que fueran balas que se disparaban por el fuego en una bolsa de cargadores del cuerpo de algún marine cocinado. O fuegos artificiales. Yo no era soldado, y no quería saberlo.

Me encontré con Ben cerca de una hilera de teléfonos públicos. Estaba simplemente allí, de pie, frotándose la barba de tres días del mentón y sonriendo como un chaval con una bolsa llena de barras de chocolate. Parecía sorprendido de verme.

—Eh —dije.

Se quedó desconcertado durante un momento.

—Creí que nos habíamos dicho nuestros adioses.

—No formalmente —dije.

Había metido su pistola en el cinturón. La sacó, y retrocedí. Puso una cara de preocupación expectante.

—Sin problemas —dijo de manera consoladora, y me la tendió como un regalo—. Me lo he pensado, y será mejor que te lleves esto —dijo—. Janie llegará en cualquier momento y no le gustan las pistolas.

Cogí la pistola. Como si le hubieran quitado un peso de encima, alzó los brazos y empezó a ejecutar un lento baile de felicidad.

—Hace tanto maldito tiempo, la echo tanto de menos. No me importa cuánto tarde, la esperaré.

—Creo que deberías venir conmigo —dije—. Piensa, Ben. —Intenté ser amable. Ben había sido una sólida columna en medio de todo este caos y confusión, y ahora lo habían reducido al estado de un niño confiado—. ¿De verdad va a venir Janie?

No pareció que me oyera. Dio otra vuelta en redondo y sonrió.

—¿Ben?

—Vete. Estaré bien.

—Muy bien —dije. Por el momento, al menos, Golokhov lo hacía más feliz de lo que yo jamás podría—. Os dejaré algo de intimidad.

—Vale, gracias, colega. Cuando llegue, la necesitaremos. Te la presentaré más tarde. —Me dio una palmada con su gran mano en el hombro—. Y asegúrate de decirle adiós al príncipe Hal. A Janie le hubiese gustado, también.

—Lo haré —dije, y me alejé de allí a la debida velocidad.

Incluso mis lágrimas picaban y olían a creosota.

No confiaba en mí mismo con la pistola de Ben o cualquier otra. La tiré por la barandilla al océano, junto con la mía. Librarme de ellas me hizo sentir menos aprensivo. Por lo menos no me sentiría inducido a poner una sonrisa tan grande como una almeja en marea alta y volarme los sesos.

Empecé a subir las escaleras de emergencia. Las puertas de seguridad habían sido abiertas a golpes en varias cubiertas. Los equipos de los helicópteros habían llegado bastante lejos antes de sucumbir. En lo que supuse sería el piso nueve o diez, encontré una placa de latón apoyada contra la pared, esperando a que la atornillaran a la pared a la altura de la vista. Me incliné para examinar la placa. Mostraba un plano del décimo piso del castillo Aristos. Seguí con el dedo las líneas grabadas: piscina olímpica, a la izquierda, sala para conferencias de prensas, a la derecha, un gimnasio y clínica de terapia física. La mayor parte de los espacios en la placa habían sido esmaltados en negro brillante: no accesibles al público.

Me entretuve pensando que el Lemuria era lo más parecido a la nave estelar de Montoya, transportando a inmortales ricos a través del universo. Limpia (al menos cuando la terminaran y barrieran) y bien iluminada, oliendo a plástico, a pintura y a aire filtrado, sábanas blancas sobre acres de cama de tamaño imperial, hermosas mujeres abriéndose de piernas para sementales sin edad, siempre jóvenes, deseosos y fértiles, y fuera, terribles vistas de la Nebulosa Cabeza de Caballo y el Cinturón de Orion. Cada planeta un desafío, cada día una aventura.

—¿Es eso lo que busco? —me pregunté a mí mismo—. ¿El perdón y unas cuantas migajas de la caridad del Amo?

Me deprimí, y no tenía forma de saber si era genuino o un falso estado inducido por agentes bacterianos.

—Viajar a las estrellas. Llenar el universo de carne humana. Carne humana blanca. Sueños de chico blanco, destino imperial. Limpia y brillante y blanca e higiénica... mierda.

Oí voces. No estaba solo. Miré por la esquina, tropecé con un hueco entre las losas del suelo y caí completamente al descubierto. En el corredor más allá, tres sirvientes y un guardacostas rebuscaban en los bolsillos de un cadáver. Le dieron la vuelta, soltando tacos monótonamente en voz baja. Detrás de ellos, cinco hombres grandes en trajes de ejecutivo se acercaban por el corredor como si estuvieran borrachos, pero sus ojos eran firmes y con una expresión de depredador. El guardacostas y uno de los sirvientes los vieron venir, se dieron la vuelta para abandonar su presa y me divisaron. Se agacharon y ni siquiera se hicieron una señal el uno al otro, sino que como un equipo blandieron inmediatamente una pistola y un rifle de caza de fantasía cubierto de filigranas. El guardacostas realizó un disparo antes de que pudiera hacer nada que no fuera encogerme en el sitio. El disparo me arañó la mejilla. Grité y rodé, de alguna manera acabé de rodillas con las manos en el

suelo. Me levanté. Otra bala atravesó la pernera de mi pantalón. Corrí, resbalando en las baldosas cuando doblé la esquina.

La adrenalina me aclaró la cabeza como un cubo de agua fría. Que le den al Largo Viaje. Quería vivir por lo menos otro par de segundos, por favor, Dios, por favor mamá. Me escondí detrás de un extintor, temblando, hasta que oí que alguien se acercaba, y salí corriendo como un estúpido faisán. El sirviente, a más de diez metros, había apuntado con su rifle con anticipación, pero antes de que pudiera disparar, yo había atravesado la entrada al pasillo en el lado opuesto de los recintos.

De alguna manera, había acabado de vuelta junto a la placa de latón sin montar. Me toqué la mejilla, y cuando retiré los dedos, estaban manchados de sangre, y miré el corredor en el que había visto a los cazadores y a su presa. El cadáver seguía allí, con la cara convertida en una masa rojiza. Ahora estaba acompañado de otros dos. Cogí la placa para usarla como escudo, o como arma, y estudié al mapa grabado. A la izquierda. Estaba seguro de ello; el hospital estaba en ese piso y hacia el interior, a mi izquierda.

La primera puerta de seguridad hacia los recintos privados estaba intacta y cerrada. Me estremecí al oír voces, la culata de un rifle golpeando rítmicamente contra las paredes. Un crujido doloroso y un rebote.

Saqué los papeles de Tammy de mi bolsillo, los leí rápidamente y tecleé un código de entrada, y esperé a que el pequeño LED destellara en rojo, rojo, rojo, no hay suerte. Estaba seguro de que sería lo que ocurriría, y de pronto estaría muerto.

Destelló en rojo. Intenté otro número. Las voces llegaban del pasillo.

—¿Viste cómo caía ese hijo de puta? Cristo, le di justo en mitad de la espalda.

—Mejor que las balas de pintura.

—Sí, salpican más.

Risas. Dos colegas en el bosque, cazando piezas como yo o cualquier otra cosa que se les presente.

Rojo, rojo.

Alcé el papel hasta la altura de mis ojos, estudié la copia borrosa del diagrama de Tammy. Esa era una puerta trasera, supuse, usada por el personal del centro médico.

Encontré la puerta en el boceto e intenté discernir la combinación. Lo había escrito con su mano izquierda. El garabato de catorce números era difícil de descifrar, pero hice una suposición, los botones se quedaban pulsados después de cada número. Saltaron al décimo número. Confuso, le pegué a la puerta, y luego pulsé cuatro números más.

—¡Vaya! ¡Te pillé! —gritó alguien en tono alegre.

La luz destelló en verde.

Trasteé con la manija sin asirla. La agarré de nuevo. Algo produjo un sonido de deslizamiento y chasqueó detrás de mí: un arma de fuego bien engrasada. La puerta era pesada y se abrió lentamente.

Intenté colarme por el hueco abierto. Al final del estrecho pasillo vi la chaqueta

blanca de uno de los sirvientes y una cara empapada en sudor y macilenta con una sombra de barba, el brillo de un rifle de caza decorado.

Clic.

—Ah, joder, espera, idiota.

Una mano aferrada a una pistola se asomó por la esquina y disparó. La bala me dio en el costado, rebotó en el chaleco antibalas sobre mis costillas, arrancó una explosión de pintura y metal de la pared y me empujó como el puñetazo de un matón a través de la puerta.

Cerré la puerta de un empujón con el hombro y le di a la cerradura, luego me sobresalté al oír el sonido de un culatazo. Cuando di un giro frenético, mientras me alejaba de la puerta, vi lo que podía haber sido un pasillo alfombrado de gris en cualquier hospital moderno o en un edificio de universidad: puertas de despacho cerradas, tabloneros de corcho para boletines (virginales y desnudos todavía) puestos sobre paredes recién pintadas en tono beige, y al final, una sala de espera o descanso con dos sofás azules de diseño funcional, dos sillas rojas, una mesa y un mural que cubría toda una pared.

Recuperé el aliento. Toqué el chaleco antibalas a través del agujero en mi chaqueta, sentí el surco debajo de la tela, asomé el dedo a través del agujero de salida.

Uno, dos, tres...

Inspeccioné el patrón de marcas grises y negras en la parte de atrás de la manga, el impacto de bala y las manchas de pintura descascarillada.

Cinco, seis, siete...

Levanté la pierna para ver el agujero en mi pernera.

—Jodido aficionado —dije, y empecé a reírme ásperamente.

Nada en el exterior.

Entonces, contra la puerta, cinco golpes en staccato, sonoros como coces de caballo: balas. Intentaban atravesar la puerta a balazos. Ninguna marca en el interior, ni siquiera una abolladura cóncava. Gruesa y blindada. Me dolía la parte posterior de la cabeza. Me la había golpeado contra la pared por el susto.

Otro golpe en la puerta, sordo y frustrado.

Ocho, nueve.

La habitación estaba en silencio excepto por el tictac del reloj en la pared. Me quedé con la espalda contra la pared durante varios minutos, escuchando, esperando a que mi corazón se calmara, y eso fue todo lo que oía. Mi corazón y el suave tictac del gran reloj. El pasar del tiempo. No podía creer que todavía estuviera vivo. Podía sentir el dolor en la mejilla como una ramita caliente.

En la sala de espera me lavé la cara en una fuente para beber, diluyendo la sangre de mi cara. El surco de bala no era muy grande, poco más que un mal corte al afeitarte. Ya se estaba formando costra.

Me limpié las manos en los pantalones. Tragué saliva.

En el vientre de la bestia otra vez, pero el lugar más seguro del barco.

El mural mostraba la Tierra en una proyección Dymaxion, el globo según Buckminster Fuller, cubierto de amplios parches irregulares de verde, rojo y tonos de azul, en su mayor parte en los océanos. Encontré el lago Baikal, rojo intenso. Otro parche rojo rodeaba las Bahamas, las aguas por las que el Lemuria navegaría en días mejores, y más pacíficos. Había pequeños puntos en el Mediterráneo, el mar Muerto, Canadá occidental, alrededor de las Galápagos y Perú, fuera de la costa de Japón. Un largo arañazo felino de líneas rojas abrazaba la costa noreste de Australia, cubriendo la Gran Barrera de Coral, supuse. Parches y puntos de menor tamaño cerca de Sri Lanka, Borneo y Nueva Zelanda. El mapa carecía de palabras o etiquetas.

Estaba seguro de que los colores significaban puntos calientes bacterianos. Centralitas de teléfono de las Madrecitas del Mundo. Desde la década de 1920, Maxim Golokhov había estado a la escucha de los mensajes de las mentes más antiguas de la Tierra.

Justo a la derecha del mapa había una puerta doble sin ventanillas y otra cerradura de combinación. Usé la lista de Tammy una vez más, con algo de seguridad. Moví la manija, reuní lo poco que me quedaba de verdadero valor y pasé por ella.

Detrás había una piscina de tamaño olímpico, desierta. Estrafalarios patrones formados por pequeñas ondas reverberaban a través de la superficie azul ópalo. Caminé por el borde de la piscina, mis zapatos chirriaban sobre la cubierta antideslizante como si fuera papel de lija rugoso. Olisqueé, luego me incliné sobre la piscina y olisqueé de nuevo. Ningún olor penetrante a cloro. Metí el dedo y probé el agua. No era agua de mar, pero escupí de todos modos. La piscina estaba llena de agua dulce sin tratar.

No quería desalentar a nuestros amiguitos microbianos.

Los códigos de Tammy funcionaron para todos los recintos más allá de la piscina. La clínica disponía de camillas de masaje y de quiropráctica, centros de acupuntura y moxibustión con pequeños cubos cromados llenos de conos de incienso, equipo de ejercicio y rehabilitación, bancos para pruebas de coordinación, bañeras de hidroterapia, la mayor parte de las cuales podrían haber estado en cualquier buen estadio deportivo (el centro de moxibustión parecía de último modelo, ¿pero quién era yo para juzgarlo?).

Un gabinete de cristal en la pared encerraba hileras bien ordenadas de jarras opacas marcadas PIEL, NASAL, CUERO CABELLUDO, RECTO. Etiquetas de menor tamaño en algunas de ellas clarificaban el uso: PREPUBESCENTE, MENARQUÍA, >30. Un dispensador de tampones al lado del gabinete tenía una etiqueta roja que decía SoLO REHABILITACIÓN ATLÉTICA.

Estanterías abiertas contenían pilas ordenadas de pantalones deportivos de algodón blanco, sujetadores, cintas y pantalones cortos, todos envueltos en plástico y con números de serie. Todo muy igualitario y unisex. Posguerra Fría, más avanzado que la Central Ántrax, quizás el reflejo de una nueva generación de reclutas.

Se habían hecho preparativos para una larga estancia con un grupo selecto de

adaptables y altamente entrenados jóvenes guardaespaldas, controladores y artistas de circo. Los pretorianos de Golokhov. Me di cuenta de los agradables colores de la habitación pero no vi ninguna marca personal, ninguna señal de uso o desgaste. Las habitaciones estaban sin usar.

Grandes frascos de plástico en el centro servían de medio de cultivo para un gel blanco y amarillo. Un haz de tuberías ascendía de los frascos hasta el techo, y luego bajaban para conectarse con una máquina dispensadora de refrescos, una ducha y un centro de enemas.

Aparté a un lado otra larga cortina y encontré una fila de retretes de acero inoxidable. Las tazas contenían el mismo fluido lechoso. Los gérmenes excretados debían de reunirse con sus colegas para no ser sacrificados en la planta de tratamiento de residuos del barco.

O quizás el profesor Goncourt no quería contaminar innecesariamente las aguas alrededor del Lemuria.

Hacia el fondo, hacia el eje del barco —intentaba mantenerme orientado—, vi los primeros signos de desorden, de actividad humana. Mochilas azules, verdes y rojas habían sido tiradas al suelo con algo de descuido. Pasé al lado de la línea de mochilas, paseando con las manos en los bolsillos. Sonriendo al ocurrírseme, me quité el chaleco antibalas y lo situé en el suelo al final de la línea. Uno más del equipo. Menos aparente.

Las puertas frente a mí se abrieron. Busqué un lugar donde esconderme, pero era demasiado tarde. Tres jóvenes mujeres entraron y me vieron. Se encontraban a finales de la adolescencia o a principios de la veintena, alegres, ágiles, rebosantes de salud, llevaban prendas de ejercicio naranjas y azules, el pelo recogido en un moño en lo alto con cintas azules, rojas y verdes. Pasaron rápidamente a mi lado, dirigiéndome miradas confusas de reconocimiento, sonrieron educadamente y se dirigieron a los bancos.

Charlaron en voz baja en un inglés con acento, y con solo la más ligera impresión de incomodidad, se pegaron sensores a los brazos, piernas y hombros, leyeron las medidas y tomaron notas en pequeñas libretas. Parecía parte de una rutina familiar. Ninguna preocupación, ninguna alarma por mi presencia.

Otro día normal, aisladas del caos y la muerte en el resto del barco.

Las observé durante un momento, sintiéndome como un mirón, luego salí por la puerta por la que habían entrado. Según el mapa de Tammy, más allá estaban los camerinos del anfiteatro, y un espacio circular relativamente grande, etiquetado como «Oyentes 1».

En el corredor curvo en el exterior, desde detrás de una escotilla de mantenimiento entreabierta con ranuras de ventilación en el fondo, me llegó el sonido de bombas de agua y un bajo zumbido eléctrico. Abrí la escotilla.

Me encontraba en algún tipo de amplia estación de bombeo. El arco interno del espacio circular era un tanque de paredes de acero de al menos cuatro metros de

diámetro. Un varón a principios de la treintena, de hombros anchos, de nariz chata, vestido con una camiseta naranja y pantalones azules, vino rodeando la curva del tanque, pasó brevemente junto a un bosque de tuberías de alimentación y luego emergió a la vista otra vez, tomando notas sobre un sujetapapeles.

Se detuvo en cuanto me vio. Sonrió tímidamente. Se dio la vuelta. Se fue por donde había venido.

La sensación de irrealidad se intensificó. En el corazón de los nuevos cuarteles generales de Golokhov, nadie me retaba, quizás hasta era bienvenido.

Inhalé profundamente para calmar mis nervios, que tintineaban como una cortina de campanillas de viento. Una escalerilla daba acceso a una pasarela sobre el tanque de acero. Subí, dirigiendo cautas miradas hacia abajo, a la sala de bombeo. El tanque estaba lleno de sombras demasiado oscuras para que las penetrara con la vista. Su interior se abría como un bostezo bajo una cubierta concava suspendida por gruesas cadenas de las vigas de la infraestructura de la cubierta superior. Desde la oscuridad llegaba un periódico gorgoteo y el olor punzante de agua marina, fresca, no estancada. Un acuario, posiblemente; me acordé de los tanques de cristal rotos en la Central Ántrax.

Mi hipótesis sin confirmar me aguijoneó, como una aguja de calceta metida en un nervio sensible. Pequeñas chispas de ideas, sospechas, miedos. ¿Qué demonios quiero descubrir aquí?

Delbarco había dicho que la verdad es que no quería saberlo. Quería poder dormir por las noches. Demasiado tarde, había dicho Breaker.

Cierto.

Llegué hasta un panel de control dispuesto en medio de la pasarela. Pude ver vagamente varias etiquetas, de nuevo en inglés: Luces. Micrófono. Música.

Le di al interruptor marcado Luces.

El tanque despertó con un profundo brillo azul-verdoso. No era tan profundo como había pensado, no mucho, en realidad, poco más de la altura del hombro en el centro, si la luz no me gastaba ningún truco. Un fondo arenoso servía de apoyo a formas con aspecto de champiñón, negras y verdes, con apariencia peluda gracias a tiras de algas. Las formas parecían viejas cabezas de coral o tocones de árboles cubiertos de vegetación, sobresaliendo alrededor del perímetro como leños erosionados en un bosque anegado.

No tenía dudas. A Golokhov le gustaba cultivar estromatolitos. Colonias de cianobacterias, eucariotas, algas, que construían gruesas capas durante siglos, creando pilones en el agua poco profunda. Postes telefónicos para las Madrecitas.

Nada de peces. Ni tiburones. Ni pulpos, ni algas decorativas ni rocas de adorno con morenas. No gran cosa como acuario, la verdad, casi no merecía la atención de nadie, pero el lado opuesto del tanque poseía grandes ventanales de observación. Con un sobresalto de sorpresa vi a personas detrás de los ventanales, distorsionadas por la refracción y borrosas por la ondulación del agua, envueltas en azul crepuscular y en

parejas enlazadas, como si fueran amantes.

Mientras mis ojos se ajustaban a la luminosidad crepuscular detrás del tanque principal, pude ver que llevaban cofias oscuras o cascos, de los cuales sobresalían tubos blancos y ciertas tuberías negras. Me moví hacia el lado opuesto de la pasarela, agarrándome a la barandilla de hierro, y me incliné para mirar hacia abajo en un tanque adyacente, un estanque estrecho y rectangular lleno de un líquido azul lavanda.

Las personas de cara a los ventanales estaban completamente sumergidas en el líquido. Aún más sorprendente, estaban desnudas. No eran amantes; eran gemelos siameses, siete parejas. Tres estaban unidos por el abdomen, tres por las caderas. Uno de los pares estaba unido por las sienes y requería una máscara especial y anteojos con tres lentes. Sus brazos colgaban de cintas de goma, conectadas a negras palancas mecánicas que ejercitaban sus miembros, arriba y abajo, como los dedos negros de un marionetista.

Me quedé mirando con horror, con la sensación de que debían de ser cuerpos ahogados dispuestos en una horrible parodia de arte moderno. No había tubos que llevaran aire a sus bocas o narices. No había burbujas que salieran de sus máscaras. Pero sus dedos se movían. Sus miembros se flexionaban débilmente contra las cintas. No podían respirar, pero estaban vivos.

El estanque lavanda olía como una guardería, a leche agria y a pañales mojados. Pero los ocupantes eran adultos, no niños, torsos velludos o pechos prominentes, genitales completamente desarrollados. Me protegí los ojos de la luz para ver más detalles. Filas de bultos regulares tachonaban sus hombros y espaldas. Cada bulto tenía una pequeña protuberancia con uno o dos agujeritos en el centro. Demasiado pequeños para que sirvieran de agallas. Sin embargo, creí ver que los agujeritos se abrían y cerraban como minúsculas bocas.

En el tanque principal, de las formas negras salían tuberías hasta la pared bajo los ventanales. Pequeñas válvulas al final de estas succionaban nubes de coágulos blancos, como los conglomerados que rodean las fumarolas abisales. Los coágulos eran succionados hasta el estanque lavanda, en donde giraban en torno a los siameses como nieve en un pisapapeles de cristal.

«Oyentes 1», decía el mapa de Tammy. Si esos eran los Oyentes, ¿qué demonios era lo que escuchaban? ¿Cuántos más había, a bordo o en otros lugares? Intenté imaginarme a Golokhov recogiendo niños no deseados por todo el mundo, llevándose a los discapacitados junto a los aptos, con una extraña percepción para los talentos especiales, con extraordinaria paciencia. Creando un Shangri-La biológico, una reserva donde todos tenían su lugar (o sus lugares), haciendo algo básicamente incomprensible para el resto del mundo, y ciertamente para mí. Un imperio basado en microbios.

Entonces me di cuenta. Golokhov había aislado a las figuras dobles de la respiración. No obtenían oxígeno del agua como los peces; no usaban oxígeno en

absoluto. Ya no dependían de las mitocondrias para dar energía a sus células y tejidos.

Los gemelos siameses se habían convertido en anaeróbicos.

No puedo recordar mis impresiones exactas en aquel momento. Me imagino que sentí furia, indignación, incluso celos, pero la impresión debía de haber desbancado a todas las demás sensaciones.

El problema de nuestra antigua alianza con las mitocondrias había sido resuelto. Pero la solución parecía ser una esclavitud pasiva e inmóvil. O el horrible e interminable infierno de los prisioneros en el piso superior de la Central Ántrax. O la arrugada excentricidad de la señora Golokhova, quien había sufrido muchos años de locura.

Lissa me había advertido de que lo que buscábamos Rob y yo era desagradable. Qué razón tenía.

Me enderecé y busqué una escalerilla al otro lado de la pasarela. No había ninguna. Una pared bloqueaba el paso. Me dirigí al centro, tambaleante, mis zapatos se agarraban a la superficie de rejilla, y me arrodillé para mirar el agua azul, en el estanque lavanda, en un ángulo más cerrado, para ver si había una galería, un área de observación, al otro lado de los gemelos enlazados. Entre el agua y los gruesos ventanales, discerní una franja de color más claro que podía ser un suelo. Entonces divisé una silueta fantasmal, plana, como un recorte de papel mojado pegado al cristal, apenas visible a través de las ondulaciones y la distorsión óptica del agua, la dislocación de las líneas de visión.

Estaba de pie con los brazos cruzados.

Me puse a cuatro patas en la pasarela.

Un rostro apareció claramente entre dos grandes ondas en el agua del tanque. Tenía el párpado del ojo izquierdo caído, y los labios entreabiertos en concentración mientras examinaba a los siameses. Había visto esa cara en el espejo tan a menudo que creí que estaba viendo un reflejo imposible. Pero la imagen se movió fuera de mi vista, caminando, o simplemente difuminándose en las ondas.

Era Rob.

Era Rob. No podía creer mi suerte. Todavía estaba vivo. Podía hablar con él y disculparme. Sentí una oleada de felicidad próxima al éxtasis. Me puse en pie y me limpié los ojos, avergonzado de haber caído tan fácilmente en un arranque emocional.

—¿Quién está ahí? —gritó una voz femenina detrás de mí.

Me di la vuelta y me agarré de ambas barandillas, con la completa certeza de que iba a sentir otro balazo, uno que me atravesaría las costillas y me mataría.

Una mujer de pelo oscuro subió a la pasarela y permaneció en la débil luz azul. Reconocí a Betty Shun, una vez más vestida con un traje corto negro y zapatillas deportivas. Hacía oscilar un hacha para incendios en una mano. Durante un momento, pareció reconocerme. Se relajó y sonrió, luego estudió mis ropas, el corte en mi mejilla. Se tensó.

—¡Tú! —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Alguien me dio una llave —respondí, sonriente, pero mis sobacos chorreaban—. ¿Cómo está Owen? —Seguí el movimiento pendular del hacha.

—Espero que se pudra en el infierno —dijo Betty—. Ven conmigo. No deberías estar aquí.

Me esperó al final de la escalerilla, con los labios tensos, el hacha agarrada de tal manera que le cortaba la circulación a la mano.

—Estoy bien —dije—. No estoy loco.

Shun asintió, pero no parecía que me creyera. Me señaló con el dedo que diera la vuelta al tanque, alrededor del bosque de tuberías, por el lado opuesto al que había entrado.

—Me gustaría ver al doctor Golokhov —dije—. He pasado un infierno. Al menos me merezco eso.

—El doctor Goncourt abandonó el barco hace una semana —dijo Betty. Me guio fuera de la cámara del tanque hacia el corazón del laboratorio principal, grandes recintos con mostradores de acero inoxidable con grifos, incubadoras, secuenciadores, una falange de proteomizadores enlazados a máquinas de conexión. Todas las habitaciones estaban vacías, pero vi varias cajas de embalaje sin abrir esperando en una esquina, pilas de discos DVD-RW en gavetas de plástico, revistas y cajas de cartón llenas de libros de texto.

—No estoy segura de cuánto sabes —dijo Shun—. Yo misma acabo de llegar.

—Lo sé todo —dije; mi garganta amenazaba con cerrarse.

—Bueno —dijo—. Muchos se han ido. El doctor Goncourt liberó de sus obligaciones a muchos tan pronto como Irina murió en Nueva York. Ya no había necesidad de ser tan vigilantes.

—¿La señora Golokhova?

Betty asintió.

—No sabía su nombre de pila. Shun sonrió. Había mentido. Había un montón de cosas que no sabía.

—El doctor Goncourt siempre había planeado retirarse y pasar sus operaciones a otros. Es importante que haya continuidad.

—¿Dónde está?

—¿El doctor Goncourt?

—Golokhov.

Meneó la cabeza.

—Ya no usa ese nombre. Le trae malos recuerdos.

—Se resistió... ¿no?

—Tú deberías saberlo —dijo.

—¿Quién ganó?

—Vosotros, por supuesto —dijo Betty Shun.

—Por supuesto. ¿Quiénes son los siameses?

—Son Oyentes. Eran la principal preocupación del doctor Goncourt durante las negociaciones.

—¿Negociaciones? ¿A eso llama negociaciones?

—Ahora se quedarán y continuarán su trabajo. El circo continuará, también.

—¿Qué es lo que escuchan?

—La voz de las Madrecitas, o eso nos han dicho. Pero las Madrecitas hablan despacio. El doctor Goncourt investigó la extensión vital para poder vivir lo suficiente para entender lo que decían. —Me miró con una expresión triste, como si quisiera añadir y mira todos los problemas que ha causado.

—¿Escuchan bacterias?

Betty Shun arqueó una ceja.

—¿No lo hacemos todos, a nuestra manera? ¿No fue eso lo que le contaste a Owen?

En el negro océano, barcos de rescate, pesqueros, yates, corbetas de los guardacostas, remolcadores e incluso un inmenso transporte de mercancías, todos convergían en el Lemuria con focos recorriendo la silueta del enorme casco en la hora previa al amanecer.

Betty Shun me dejó en el helipuerto en lo alto del castillo Aristos, a cargo de dos jóvenes fuertes y altos con jerséis. Eran educados, pero hablaban poco.

Cuando volvió, me llevó a un lado y susurró:

—Te vas ahora.

—¿Qué pasa con los demás?

—No sé nada de ellos.

—¿Qué pasa con Ben Bridger?

Sacudió la cabeza.

—Puede que los barcos se los lleven. Tú usarás el helicóptero.

—¿Adonde voy?

—A encontrarte con el doctor Goncourt —dijo Betty—. Es todo un honor, ¿no lo crees?

Miré desde la ventana lateral del pequeño helicóptero civil mientras se elevaba desde la pista. Los dos jóvenes de gris me acompañaban. Dejaba detrás de mí a Delbarco, Breaker, Ben, Carson y Candle, y a todos los demás, vivos o muertos, probablemente muertos.

Estaba seguro de que mi destino final era la muerte. El único consuelo era que conocería al hombre más grande del siglo veinte. El verdadero asesino de mi hermano.

Podría hacerle unas cuantas preguntas, y puede que, si era amable y tenía suerte, obtuviera unas cuantas respuestas.

Parte de mí decía que era una traición a todos mis principios del pasado el no gritar y aullar y agarrarme a cada segundo de vida, pero un yo mayor estaba al control, y tenía calma.

Y curiosidad. Ni siquiera volar me asustaba. ¿Los corderos cuentan mariposas

hasta que el cuchillo los mata? Nadie se dio cuenta de mi partida. Todo el mundo estaba demasiado ocupado en averiguar qué demonios había ocurrido a bordo del crucero más avanzado y caro del mundo. Por qué habían muerto tantos. Dudé de que nadie llegara a ver el hospital, la clínica, los laboratorios y a los Oyentes. De alguna manera los investigadores serían distraídos de lo importante, les darían pruebas falsas, los enviarían a otro lado. O morirían misteriosamente. Seda sobreviviría.

El helicóptero voló hacia el oeste. Le pregunté al piloto adonde íbamos.

—Cayos Exuma. Isla Lee Stocking —dijo con acento ruso—. Un complejo de vacaciones. Bonito. Le gustará.

—Estoy seguro.

—Es una lástima que no pueda quedarse mucho tiempo —añadió—. Hay un frente tropical de bajas presiones cociéndose. Puede que incluso le den un nombre pronto.

21 de agosto - Isla Lee Stocking, Bahamas

Caminé bajo la luminosidad de la mañana hacia la playa de arena blanca. Una brisa húmeda y fresca me alborotaba el pelo y tironeaba de mi nueva camisa blanca. Una masa de amenazadoras nubes grises formaba una muralla hacia el este, y era desde el este que soplaba el viento.

Había tomado un desayuno ligero de cereales en el restaurante del complejo, lubricándolo con café caliente, luego había preguntado dónde quedaba la propiedad del doctor Goncourt. Todo el personal lo sabía. Estaba a kilómetro y medio de distancia, dijo un camarero, al final de un camino asfaltado que daba al lado atlántico de la isla y pasaba a través de una verja privada que siempre estaba abierta.

Era libre de hacer lo que quisiera, abandonar la isla —los hombres de gris me habían soltado con varios miles de dólares en el bolsillo— o quedarme y aceptar la invitación. Aparentemente, ya no era una amenaza para nadie.

En la isla, la propiedad del doctor Goncourt era famosa por tener la única playa privada con sus propios estromatolitos. Los estromatolitos eran la principal atracción de Lee Stocking.

La casa era de tamaño medio, estructura de madera, cimientos de cemento, grandes ventanas con celosías de madera, la mayor parte abiertas. Pegaba con las agitadas palmeras. Evité la casa y me encaminé directamente a la playa, como me habían indicado. Eran las diez en punto.

Una mujer rubia en traje de baño con un pareo turquesa ceñido a las piernas estaba sentada en una tumbona lejos de los restos de la marca de marea alta. Una gorra le ocultaba la cara. Cuando me acerqué, oyó el sonido de mis sandalias sobre la arena, se cubrió los ojos con la mano y se dio la vuelta en la tumbona para mirarme. Se levantó para salir a mi encuentro, sin ninguna inseguridad o vergüenza.

—Hola, Hal —dijo.

—Lissa —dije—. ¿Sorprendida?

—No —dijo—. ¿Debería?

—Hiciste todo lo que pudiste por matarme.

—Evidentemente no lo hice muy bien —dijo—. Pero eso se acabó. Se ha hecho una petición, y el doctor Goncourt te está esperando. No creo que tengas ganas de quedarte a charlar conmigo.

—He estado pensando mucho en ti, la verdad.

—Yo no he estado pensando nada de nada en ti —dijo.

—A Rob le hubiera encantado ver esto —dije.

—Qué considerado por tu parte pensar en tu hermano.

—Sufrimos horrores gracias a ti. He oído que alguien va a reemplazar al doctor Golokhov, después de tantos años.

—El doctor Goncourt. Cierto.

—¿Estás guardándolo?

—No le queda mucha vida por delante. Decidimos que lo mejor sería que lo dejáramos trabajar y salvar su dignidad, lejos de los desastres.

—¿Se acabó? ¿El control, el marcaje, los controladores? El gobierno se está estremeciendo como si fuera un enorme perro, vomitándolo todo, ¿no crees?

—Por supuesto, Hal —dijo, como si le siguiera la corriente a un niño—. Puedes salir a caminar por ahí, por el agua. Las olas no son muy fuertes. No hasta dentro de unos minutos, sin embargo. No nos quedaremos a esperar la tormenta.

—¿Os mudáis a otro estado? ¿Más riquezas escondidas?

Lissa se encogió de hombros.

Tenía ganas de tirarme encima de ella y estrangularla, o solo de tocar su cara, para descubrir si era un espejismo. Ya no podía estar seguro de que lo que veía era real.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté.

—No lo sé —dijo—. Pero no hagas nada estúpido. —Alzó el brazo y lo dobló, luego señaló con el dedo hacia los árboles al lado de la casa. Me di la vuelta y vi a cuatro hombres en trajes grises. Tres de los hombres eran jóvenes y atléticos. El cuarto era mucho más viejo, de unos setenta. Llevaba puesta una camisa hawaiana y pantalones Dockers. Era el hombre que Ben se había quedado mirando en la Central Ántrax.

Stuart Garvey.

Me di la vuelta en ese momento, odiando que Lissa pudiera verme tan confuso. Caminé a largos pasos sobre la arena seca, hacia la parte húmeda, y luego hasta el agua. Los estromatolitos no son bonitos, solo bosques enanos de bultos marrones en el agua, rodeados de cambiante arena. Las cimas marrones rompían las olas durante diez o doce metros antes de que el océano las cubriera.

Un viejo delgado con una mata de pelo blanco estaba arrodillado en el agua, con una bolsa de lona cruzada sobre un hombro. Levantó la vista mientras me acercaba chapoteando. Su rostro era pálido, increíblemente arrugado, pero sus ojos eran brillantes. No parecía haber sufrido la misma aflicción de Irina Golokhova, y de hecho parecía tener al menos un centenar de años. Sus manos arrugadas, manchadas, pero normales en lo que respecta a lo demás acariciaban la superficie superior redonda de un estromatolito. Tenía algas pegadas a los dedos.

Me miró.

—Hola —me saludó—. ¿Es usted un estudiante de las ciencias biológicas? ¿Conoce estas maravillas?

—¿Doctor Golokhov?

Me miró más críticamente.

—Goncourt, por favor. Golokhov debió de haber muerto hace décadas.

—Soy Hal Cousins. Usted mató a mi hermano —dije.

—¿Lo hice? —Puso cara de pesar—. Lo siento. Espero que me perdone.

Esa reacción hizo que se me subiera la sangre a la cabeza, pero también me tomó por sorpresa.

—Casi me mata a mí, joder.

—Qué afortunado que fallara —dijo con falsa caballerosidad.

—No me diga que fue una guerra. Era estupidez extrema.

—Quizá lo era —dijo—. Engendrada por el miedo. Inimaginable, cuánto miedo. Usted es uno de los pequeños tumores humanos, ¿no? Usted y su hermano. Ambos querían vivir para siempre.

—Sigo queriendo.

—Las Madrecitas nos vigilan a todos —dijo el anciano, y se limpió las manos en los pantalones, dejando manchones oscuros en ellos—. Corta las conexiones entre el cuerpo y su administración, y bloquea mucho más que el camino a la vejez. ¿Alguna vez se ha sentido vital y conectado a todo? ¿Que la vida es buena? Quizá tenga un sentimiento místico de conexión con la naturaleza, con algo superior. Esa es la voz de las Madrecitas. Todas las tensiones y recompensas de la vida están equilibradas; si lo haces bien, lo aprueban. Si eres juzgado y encontrado en falta, es doloroso. Pero elimina las voces y pronto pierdes todo equilibrio. Somos mucho más que solo nuestros cerebros en sus jaulas de hueso. Mentes más grandes y antiguas viven en nuestros cuerpos y a nuestro alrededor, hablando en lenguas que he intentado interpretar durante toda mi vida. —Deslizó los dedos por el agua—. Quizá solo somos un sueño que sueñan las bacterias.

No podía dejar que el viejo hijo de puta siguiera diciendo chorradas. Quería respuestas. Por Rob, por Ben.

—¿Hizo un trato con Stalin? ¿Cuánta gente ha matado y torturado?

Golokhov encajó la mandíbula y bajó la vista al agua.

—¡Experimentó con su esposa y luego la abandonó!

—Sí. Irina. —Se restregó la nariz, luego la frente, dejando un rastro de cieno en la piel pálida y arrugada—. La convertí en un nuevo tipo de mujer. La examiné durante diez años. Estaba llena de odio y astucia, sin afecto por nadie, una ladrona cruel e irredenta. Intenté arreglar mis errores, y con el tiempo revertí los efectos malignos... pero debí haberme detenido ahí y haber destruido los informes. Demasiado tarde. Había atraído la atención de bestias que eran de antemano el odio y la avaricia encarnados. ¿Qué hará usted, señor Fausto, que aún quiere saber tanto? ¿Qué bestias liberará cuando corte todas las correas?

—Todavía quiere matarme, ¿no es así? —pregunté—. ¿Por qué simplemente no les dice que me peguen un tiro?

—Ah —dijo, y alzó las manos al aire, sacudiéndolas como si invocara a algún poder superior.

Mi furia se desató.

—Es usted un cobarde —grité—. Nunca cogerá usted mismo una pistola y apretará el gatillo. Es demasiado remilgado. —Alcé la mano, apuntando a su frágil nuca de anciano. No me importaban los hombres en la playa. Golokhov miró hacia arriba. Un hilillo de saliva le colgaba de la comisura de los labios.

—Fui un cobarde. Temía a la tortura y a la muerte. Vi la sangre fluir en ríos y los cuerpos apilados como leña para quemar. Para salvarme a mí mismo, les di a los monstruos incluso más poder del que tenían... y los ríos se convirtieron en océanos. Me propuse acabar con ellos, y fueron derrotados, convertí en mi obligación el vigilar y hacer guardia, con los pocos recursos que me quedaban, para salvar al mundo de más matanzas. ¿Cómo cree que esta especie dolorosamente cruel e inepta sobrevivió para ver otro milenio? Pero fui un idiota al creer que podía detener a tantos niños curiosos e inmorales. —Se limpió la boca con la mano y se la lavó en el mar—. Espero que su generación lo haga mejor.

—No, no lo espera —dije.

Se arrodilló entre las olas rompientes y volvió su atención al estromatolito.

—No es usted mejor que Stalin o Beria —añadí—. Intenta matar nuestros mejores sueños. Yo quiero mejorar la vida de los hombres. Pero usted nos dio la Ciudad de las Madres de los Perros.

Se estremeció. Durante un momento pensé que estaba dándole un ataque, pero tiró a un lado su bolsa de lona, se giró en el agua azul y me miró, la mirada más feroz y llena de odio que espero ver jamás.

El rostro de un Dios airado tal como Blake podría haberlo dibujado antes de romper el papel y quemar los pedazos.

—¡Sí, y habrá un castigo! —dijo—. ¿Sabe cuál es el mensaje? ¿Lo poco que he interceptado y traducido después de siete décadas, la suma de todo mi trabajo en la Tierra, en este siglo olvidado por Dios? —Bajó la mano y acarició el estromatolito entre sus rodillas—. Todas las Madrecitas susurrando en nuestras entrañas y en las selvas y en las junglas y en los océanos que intentamos destruir con tanto esfuerzo. No están contentas. Nada contentas con nosotros en absoluto. Somos una desagradable decepción para ellas. Nos harán la guerra completamente a partir de ahora. Es un juicio al que nadie se podrá resistir. Nadie a bordo de ese barco, ni aquí en la orilla. Nadie. Nadie.

Se encaró hacia la muralla gris de la tormenta sobre el agua.

—¿Cuánto tiempo cree que nos queda, joven monstruo? —preguntó, mientras aún temblaba—. ¿Cuánto?

Epílogo

Sur de California (sin direcciones, por favor)

Han pasado más de cuatro meses, y todavía sigo vivo. Sigo cuerdo, creo. Ben está vivo. Debieron de sacarle del barco. Me pregunto cómo se sintió cuando no pudo volver a ver a Janie.

Me envió un ejemplar de la revista Life; me llegó por correo el pasado viernes. De 1949, fotos de la Conferencia Waldorf en Nueva York. Comunistas por la paz mundial. (¿Cómo consiguió mi dirección? Una vez que has sido un agente...).

Leí la revista con guantes de plástico puestos. Hay otra foto de Rudy Banning. Está de pie junto a Arthur Miller, y Miller se está riendo de algo que Rudy acaba de decir. Definitivamente es Rudy.

En un post-it pegado al lado de la foto, Ben escribió: «No hay forma de que hayan falsificado esto. Reconsidéralo todo. Lo que Banning hacía en realidad, lo que hacía Rob. ¿A quién le disparé?».

Y lo estoy reconsiderando. He intentado encajar la secuencia de sucesos y averiguar quién controlaba a quién, y cuándo.

Esto es lo que tengo hasta el momento:

HACE DOS AÑOS

Junio: Rob se ha tratado a sí mismo para bloquear conexiones bacterianas, pero yo llevo la delantera en mi investigación en ese momento.

Agosto: Desesperado, Rob lo apuesta todo a una carta, va a Siberia.

Octubre: Rob contacta con Banning, ¿o Banning va al encuentro de Rob?

Diciembre: Empiezan a perseguirlo (¿Stuart Garvey e Irina, o Maxim?). Los efectos del marcaje solo tienen éxito parcial gracias a su auto tratamiento y las bacterias intestinales alteradas. Parece volverse más y más excéntrico.

AÑO PASADO

Finales de enero: Rob de viaje con Lissa. (¿Lissa enviada para detener a Rob... o para convertirlo, reclutarlo?)

¿Quién intenta marcar a Rob? ¿Es Lissa trabajando para Maxim Golokhov, o es

Irina Golokhova? Banning intenta que Rob vaya a vera Callas y que entrene. Rob se niega.

Febrero: Rob comienza un programa coordinado para detener a Seda. En su momento más bajo... (¿Abre un laboratorio en el edificio de oficinas de San José?)

Abril: Tammy huye y da con Márquez. Márquez contacta con Banning sobre la historia de Tammy. Banning pone a Rob en contacto con Márquez y Tammy en Los Ángeles. Rob construye un laboratorio en el sótano de Márquez. A Márquez le gusta el enfoque de longevidad del asunto, pero es un paranoico con respecto al control mental por parte del gobierno, y la historia de Tammy solo hace empeorar sus temores.

28 de mayo: Rob me llama al aeropuerto de San Diego. Me da una advertencia.

30 de mayo: Visito a Montoya, hago mi propuesta, consigo su aprobación para la inmersión en submarino.

6 de junio: Rob visita a Ben Bridger.

7 de junio: Bridger es arrestado y llevado a la cárcel.

8 de junio: El doctor Mauritz mata a su esposa.

10 de junio: Bridger es liberado.

11 de junio: Bridger, Rob y Banning van a Los Ángeles.

12 de junio: la casa de Márquez es atacada. (Los periódicos con la historia aparecen cuando estoy en el mar. Lissa me enseña los artículos más tarde; helicópteros del cuerpo de marines estrellados... ¿por qué? ¿Me pregunta si lo sabía o lo sabe ella?)

LA INMERSIÓN: El 18 de junio, voy en el DSV. Comida del Mensajero del Mar contaminada. Dave Press intenta matarnos a ambos. Tres mueren en el Mensajero del Mar.

19 de junio: el Mensajero del Mar llega al puerto de Seattle.

20 de junio: Desayuno con Bloom y Shun, 9-10:30 a.m. Investigo especímenes 11:30 a.m.- 8p.m. Cena en Canlis 10-11:30 p.m.

20 de junio:

Tarde: Rob me llama al móvil desde un teléfono público en Nueva Jersey. (Lugar y tiempo supuestos).

2 p.m.: Ben y Rob se encuentran con Stuart Garvey en el exterior de Penn Station. Almuerzan. Garvey los lleva a la Central Ántrax en el centro de Manhattan. 4:00 Irina intenta subvertir a Rob. ¿Reclutarlo? Ben le dispara a Rob en un callejón de Nueva York (¿2-3:00 a.m.?).

21 de junio: 12:30 a.m. Lissa llama a mi teléfono móvil para dejar un mensaje sobre la muerte de Rob.

21 de junio: 1 a.m. Último encuentro con Montoya. Camino por el lago Union hasta el laboratorio Genetron, descubro especímenes estropeados 2:30 a.m.

21 de junio 3:20 a.m. Enciendo mis teléfonos móviles, cojo el mensaje de Rob y el de Lissa. Me entero de que Rob ha muerto.

21 de junio: Funeral en Coral Gables, Florida.

29 de junio-18 de agosto: Estoy en Berkeley.

8 de agosto: Conferencia Prometeana. Me encuentro con Banning. Incendio de apartamento y ataque de perros, visita al hospital. Banning paga.

8-9 de agosto: Habitación de hotel en Haight.

9 de agosto: Compró ropas, Banning y yo nos reunimos con Callas, Lissa vuelve. Leo varios de los papeles de Rob; Ciudad de las Madres de los Perros. Intento de marcaje (abrelatas) parcialmente con éxito esa misma noche.

No conseguí hacerle pruebas al abrelatas.

10 de agosto: Segunda reunión con Callas, quien nos deja en la estacada. Tía lista.

10 de agosto: Thuringia -viejo poli falso y chalado con señales del tratamiento de inmortalidad de Golokhov y viaje a San José con Lissa para abrir el despacho/laboratorio de Rob. Es una trampa. Lissa le dispara al vendedor de coches.

10-13 de agosto: Lissa me da marcaje supremo y me lleva a hotel desierto. Me dice que me mate. Parecía una buena idea en aquel momento.

13 de agosto: Ben Bridger y Rudy Banning me rescatan, me dan un galón de elixir, y luego me transportan cagándome vivo y echando la pota al aeropuerto de Arizona.

13-14 de agosto: De vuelta a la Central Ántrax (para mí la primera vez).

11 de agosto: Asalto al Lemuria.

18 de agosto: Encuentro con Golokhov/Goncourt. Malas noticias sobre las Madrecitas.

20 de agosto: Vuelvo a Miami desde las Bahamas. No hay muchas noticias sobre el Lemuria. Me escondo.

He deducido parte de la historia. Esto es hasta donde he sido capaz de llegar. Abrir el sobre marrón (con los cabellos pegados con cinta para mayor seguridad) y leer. Pero llevar guantes, ja-ja. Tienes libertad para añadir tus propios detalles o corregirme. Está todo en el aire, con poca o ninguna prueba tangible.

No puedo rastrear todos los hilos y quién tira de ellos y cuándo. No tiene sentido. Algo no encaja, algo me pica en la nuca.

¿Por qué le disparó Lissa al hombre flacucho de traje blanco?

¿Por qué no cambiaron los códigos en el hospital de Goncourt a bordo del Lemuria después de que Tammy desapareciera? Pienso que a lo mejor no sabían que los estaba traicionando. Tammy fue plantada para engañar a Banning y a Rob.

¿Por qué no lo hizo? ¿Quién la convirtió? ¿Rob?

¿Trabajaba para la señora Golokhova y el gobierno?

¿Quién ordenó el ataque con helicópteros en LA? Probablemente Golokhov, ¿pero por qué? ¿Por qué provocar a sus antiguos aliados? ¿Tanto le preocupaban Rob y Banning?

Fueron unas extrañas elecciones las de este noviembre, ¿no?

Maxim Golokhov cooperó con Estados Unidos después de la guerra. Todo lo demás acerca de él es turbio hasta 1954, cuando aparece en Nueva York, pero debió estar allí para poner en marcha Thuringia y las otras ciudades. Enviando pastel de frutas marcado a todos los rincones del mundo.

Irina Golokhova cooperaba con alguna rama del gobierno federal, y lo hacía desde al menos la década de los sesenta, después de que Maxim la dejara en Manhattan. Para mantener las cosas en secreto, Stuart Garvey y sus cohortes de la CIA destruyeron la reputación de Rudy en 1992. Supuestamente es ahí cuando la carrera de Rudy empezó a desintegrarse.

Pero está claro que Rudy no es quien dice ser.

La foto que cayó del sobre de Rob, yo y Rob en algún lugar de Europa, pudiera ser, no recuerdo la ocasión. ¿Solo un lapsus de memoria?

¿Por qué iba a distraerse Golokhov de su estudio de las Madrecitas? ¿Pensaba que alteraríamos el equilibrio de la naturaleza de una manera infernal? Ya creía que las bacterias habían emitido su juicio y nos habían declarado la guerra.

¿Me lo creo?

¿Y tú?

Mi primer instinto es contraatacar. Cortar todos los hilos. Ya es hora de crecer e independizarnos. Si las Madrecitas quieren jugar duro, nosotros también podemos jugar a ese juego.

Pero la verdad es que estoy cansado.

No duermo bien. Vivo en un estrecho apartamento de Los Ángeles, concretamente en Culver City. Así que ahora lo sabes. El aire acondicionado se ha roto y vivo de comida enlatada. La compro en diferentes tiendas, y limpio el abrelatas en agua hirviendo y jabón cada vez que lo uso.

Todavía tengo mi lista incompleta de proteínas, todavía pienso de vez en cuando en la ruta brillante hacia el Largo Viaje. Recuerdo las tiras de papel azul de Rob, dentro del sobre de correo aéreo. Quizá fueran la otra mitad del secreto, la mitad de Rob. Quizá me las legaba en caso de que fracasara.

No importa. Ya no existen.

Todavía me convengo a mí mismo de que sigo teniendo la visión, que la historia no me ha robado mi vida. Pero no puedo trabajar, no puedo conseguir trabajo y mamá dice que se ha quedado sin dinero.

Entonces, la pasada semana, su teléfono estaba desconectado. No tengo dinero para ir a ver dónde está o qué hace. Creo que probablemente estará bien, pero no sé por qué creo eso.

Owen Montoya está en el hospital. Leí los titulares en un quiosco de periódicos. Una crisis nerviosa. Intentó apuñalar a un científico cuando le visitaba.

Sigo despertándome por las noches. Tengo sueños sobre Rob, frecuentes y

desagradables. Me persigue. Me culpa de su muerte. Está loco de ira porque Lissa y yo hicimos sexo. Intento decirle que no es culpa mía, y solo me dedica su sonrisa más enfurecida.

Mis cuentas telefónicas me asustan. (No puedo pagarlas, pero alguien lo hace, porque no me han cortado el teléfono). Hago llamadas a larga distancia a números que no conozco, y si intento volver a llamar a esos números, no me reconocen, o me responde un contestador automático, o una línea de módem y todo lo que oigo son pedorretas electrónicas.

En las últimas semanas he recibido muchas llamadas blancas. Cojo el teléfono y no hay nadie. Solo silencio, o un murmullo de otra galaxia.

No soporto que suene sin cogerlo.

Quizás es parte de esta elección, miles de directorios políticos telefónicos marcando centenares de números a la vez, respondo, mi voz activa el ordenador para que me pase con el operador, pero todos los operadores están ocupados...

Ese tipo de cosas. Pasa continuamente. Nada de que preocuparse.

¿Pero ochenta o noventa veces al día? ¿A un tipo con un número que no figura en el listín, que no está empadronado para votar y que tiene una miserable cantidad de dinero en el banco? Algunos días me olvido de quién soy, el teléfono me arranca trozos enormes de mi tiempo.

La pasada noche, alrededor de la medianoche, respondí al tercer timbrazo. Esta vez había una voz al otro lado, pero no recuerdo si estaba dormido o despierto.

Era Rob. Dijo que llamaba desde la isla Lee Stocking Me dijo:

—Hal, viejo, tengo algunas noticias. ¿Tienes las pistas finales? Al doctor Seuss vamos a visitar.

—Maldita sea —dije—. Déjame en paz. —Pero no pude colgar el teléfono. Después de asegurarse de que continuaba a la escucha, me recitó una lista de números.

Todavía recuerdo esos números. Todos y cada uno de los malditos números.

Dejamos el ataúd cerrado. Nunca vi el cuerpo. Rob controlaba a Ben, tenía dominio sobre él incluso al final, le hizo ver lo que Rob quería que viera.

La lista de Rob —machete, destajo, régulus— no impidió que los otros fueran marcados en el Lemuria. Pero puede que me protegiera a mí. Quizás, a su modo, puede que me quiera. Quiere que siga vivo, especialmente si me tiene completamente controlado.

¿Es una locura o finalmente he dado con la respuesta?

Rob encontró una manera de darle la vuelta a la tortilla. Terminó su trabajo mientras todos creíamos que estaba muerto, incluido yo, su hermano. Cuando todas las diferentes facciones se hubieron agotado luchando entre ellas, hizo su jugada. Hizo tratos, promesas. Se hizo cargo. Reemplazó a Golokhov.

Pero sus manos tienen las arrugas, la enfermedad de Irina, la locura de Stalin.

Esta mañana, encontré una pistola debajo del felpudo de la entrada. Una Glock con un cargador de quince balas del tipo que usan las fuerzas policiales. La pistola de Lissa.

¿Es para usarla en alguien o contra mí mismo?

La historia es el puño de mi hermano aplastando mi rostro para siempre.

Me duele el estómago.

Aprende a vivir bien, o haz lo que desees con rectitud; has jugado, amado, comido y bebido hasta saciarte: sal con dignidad; antes de que una edad más impetuosa venga con risillas y te saque a empujones del escenario. Deja que sean ellos los que se preocupen de banalidades con más gracia y elegancia, aquellos a quienes la Estupidez place, y cuyas Estupideces placen.

ALEXANDER POPE, *Imitaciones de Horacio*
Lynnwood, Washington
5 de diciembre de 2000

Agradecimientos

Muchas gracias al agente especial Cari Jensen, del FBI; Julián Brunzell, agente especial, del Minnesota Bureau of Criminal Apprehension; Ed Ueber, de la NOAA; David y Diane Clarke; Yoshihisa Shirayama, director y profesor del Laboratorio Marino Seto de Kyoto, Japón; Mark E. Minie y Rose James; David Thaler, microbiólogo de la Universidad Rockefeller; doctores Karl y Sylvia Anders; Karen Anderson; Ron Drummond; Bob y Sara Schwager, correctores; y a mis editores en lengua inglesa, Shelly Shapiro, Jane Johnson y Joy Chamberlain. Y muchas gracias de verdad a los Extropianos, y a Max More y Natasha Vita-More.

La teoría sobre el envejecimiento descrita en este libro es especulativa. El concepto de cooperación bacteriana, sin embargo, está firmemente fundamentado en artículos científicos y libros, incluyendo *Bacteria as Multicellular Organism*, compilado por James A. Shapiro y Martin Dworkin.

Eshel Ben-Jacob de la Universidad de Tel-Aviv tiene una excelente página web dedicada a su exploración de vanguardia de la cooperación bacteriana: <http://star.tau.ac.il/~inon/baccyberO.html>

La idea de una red distribuida bacteriana —una mente bacteriana si así lo quieren— está lejos de ser una fantasía.

Las especulaciones sobre la descripción y las relaciones entre los xenophyophora y los vendobiontes que aparecen en la novela son de mi cosecha. *The Garden of Ediacara*, obra del doctor Mark A. S. McMenamin, es un excelente examen personal de los fósiles vendobiontes y sus posibles relaciones con las formas de vida modernas.

Casi no hay necesidad de decir que tengo una gran deuda con el trabajo de Lynn Margulis.

Ninguna de estas excelentes personas, por supuesto, son responsables de cualquier error o mala interpretación por mi parte.

DESCARGO

La Conferencia Waldorf tuvo lugar realmente en Nueva York en 1949. La fotografía descrita en el texto es real, pero la persona al lado derecho de la fotografía no es, de hecho, Rudy Banning.

Rudy Banning no existe, ni simboliza ni representa a ninguna persona en particular, viva o muerta. Los demás personajes de esta novela son totalmente ficticios.

Notas

[1] Todos los apellidos corresponden a verbos en inglés: esquivar, florecer, presionar.
(N. del T.) <<

[2] En español en el original. (N. del T.) <<

[3] En español en el original. (N. del T.) <<

[4] En español en el original. (N. del T.) <<

[5] En español en el original. (N. del T.) <<

[6] Mark: «muesca» (N. del T.) <<